



Ian
Gibson



Cuatro
poetas en
guerra



Antonio Machado
Miguel Hernández
Juan Ramón Jiménez
Federico García Lorca



Cuatro poetas en guerra

IAN GIBSON



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Prólogo

Epifanía del Frente Popular

Hacia finales de diciembre de 1935 el transatlántico *Cabo San Antonio*, procedente de Buenos Aires, atraca en Las Palmas de Gran Canaria. A bordo se encuentra el periodista Pablo Suero, jefe de las páginas teatrales del diario porteño *Noticias Gráficas*, que viaja, con emoción, rumbo a España, la tierra donde naciera, en Gijón, un día de marzo de 1898. Su cometido: informar a sus lectores acerca de la situación política y social «del viejo gran pueblo» en momentos de extraordinario interés y no menor gravedad, y entrevistar a personajes destacados de la actualidad. El encargo le apasiona.[1]

Suero es un buen ejemplo de porteño cosmopolita. Durante tres años fue corresponsal en París del diario argentino *La Razón* y allí, según confesión propia, perdió las aristas combativas que antes le habían caracterizado. También escribe en las revistas más prestigiosas de su país, *Caras y Caretas* y *Mundo Argentino*; es director, desde hace dos temporadas, del teatro Liceo de Buenos Aires; y es autor de algunas obras dramáticas. Se trata de un personaje muy conocido en la capital argentina.[2]

En Las Palmas nota que la gente habla acaloradamente de política. Después de dos años en el poder de las derechas —derechas duras y maduras—, y con elecciones generales a la vuelta de la esquina, hay una enorme inquietud. Unos días antes ha estado en la isla el famoso catedrático socialista Fernando de los Ríos, durante el primer bienio de la República ministro de Justicia y luego de Instrucción Pública. Los discursos del gran orador han dejado «una estela de efervescencia» en el ambiente.[3]

Ambiente, según apunta el periodista argentino con aprobación, netamente favorable a las izquierdas. Suero es algo que, por desgracia, escasea en España: un católico liberal que admira la República inaugurada en 1931 y que ha seguido, con creciente preocupación, el rumbo de los acontecimientos desde la victoria electoral de las derechas en el otoño de 1933.

Ya en Cádiz conoce a un fraile que le asegura, mientras contemplan juntos en la Capilla de los Agustinos el *Cristo de la Buena Muerte*, del Montañés, que el país está abarrotado de peligrosos marxistas cuya única finalidad es perseguir a curas. «Todo se puede esperar de esos fanáticos», protesta el buen hombre. Luego añade: «De todo esto tiene culpa la ignorancia». ¿La ignorancia? «Sí, padre, pienso yo —musita para sus adentros Suero—. La ignorancia en que las clases opresoras, aliadas con el clero, han mantenido al pueblo español durante siglos.»[4]

¡El pueblo español! Suero, hombre jovial, gordo y campechano, con un admirable don de gentes, lo encuentra sumido en una deprimente crisis económica, no solo en el campo andaluz, con cuya miseria se familiariza pronto, sino en los barrios pobres de las grandes ciudades. Buena parte de la legislación del primer bienio ha sido desmantelada durante el segundo, ya denominado «bienio negro» por las izquierdas. A raíz de los hechos revolucionarios de 1934, los ayuntamientos progresistas han sido sustituidos por gestoras conservadoras, lo cual ha creado un intenso resentimiento. Flotan en el aire el rencor y un hosco afán reivindicativo. La férrea censura de la prensa impide saber lo que está ocurriendo realmente en el país. Hay treinta mil prisioneros políticos, pero en torno a su situación no se publica nada y se sospecha todo. La derecha es tan de derechas que el Gobierno no solo se ha negado a condenar la invasión de Abisinia por Mussolini sino que, a través del fiscal del Estado, ha enviado a la cárcel durante un mes y un día al escritor y periodista Antonio Espina por... ¡atreverse a criticar duramente a Hitler! Los intelectuales republicanos apoyan enseguida a su colega y, cuando sale de prisión en noviembre de 1935, le ofrecen un banquete. Entre los que firman la convocatoria o mandan su adhesión (incluso desde la cárcel) están Federico García Lorca y Juan Ramón Jiménez, indignados ambos tanto por la actitud del Gobierno español como por los atropellos cometidos por los fascistas italianos en el país africano.[5]

Suero llegará pronto a la conclusión de que, si la hostilidad de las derechas hacia la República no remite, habrá tarde o temprano, tal vez temprano, una revolución marxista de verdad. Pasa el fin de año en Barcelona, donde Lorca acaba de estrenar con enorme éxito *Doña Rosita la soltera*, con Margarita Xirgu en el papel estelar. En un tabernucho escucha una copla flamenca en la cual se recomienda el fusilamiento de Alejandro Lerroux (a quien Suero considera uno de los mayores traidores de la República) y de José María Gil Robles, líder de la coalición derechista ganadora en las elecciones de 1933, la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas).[6]

El periodista descubre pronto que Barcelona no es solo «la ciudad orgullosa y lujosa que ostenta sus inmensos edificios de piedra ondulada», legado del modernismo, el bullicio de sus maravillosas Ramblas (el mejor teatro del mundo) o el frufú de los vestidos de las bellas que bajan de lujosos carruajes cubiertos de joyas. Hay también, a dos pasos, una pobreza vergonzosa, «el vicio miserable y sórdido del Barrio Chino y las viviendas sombrías de los mefíticos callejones de Santa María del Mar, donde el pueblo proletario de Barcelona se amontona».[7]

«En España —señala Suero no sin cierto asombro— solo consiguen vivir bien algunos políticos y los toreros. Para la demás gente que no haya nacido rica o no haga negocios turbios hay una terrible, insalvable, limitación económica.»[8] La carne está por las nubes. El pollo también. Observa que muchísimos españoles dan la impresión de alimentarse solo de tapas. Es como si no hubiera cambiado nada desde principios de siglo, cuando, enviado por otro diario de Buenos Aires, llegara a España Rubén Darío para dar cuenta del país después del «Desastre» de 1898.

Ello no impide, empero, que el pueblo porfie con su alegría de siempre y siga cantando pese a su penuria secular. «Sí. Esto es España. La miseria entre canciones de amor infeliz y entre gestos de heroísmo.»^[9] Y añade en otro momento: «Este fondo de resignación y conformidad del pueblo español, esta capacidad de alegría dentro de la miseria, no la tiene ningún otro pueblo».^[10]

Cuando llega a Madrid a primeros de enero de 1936 todo el mundo tiene el aliento cortado ante la esperada disolución de las Cortes y el anuncio de nuevas elecciones. Ayuda a caldear el ambiente el consejo de guerra que se acaba de iniciar contra las milicias socialistas acusadas de haber participado en los sucesos de 1934.

Suero se lanza sin perder tiempo al «mar agitado» de la actualidad española y empieza a entrevistar a políticos y escritores.

Tiene buenos amigos en la capital, entre ellos Federico García Lorca, a quien conoció —y promocionó— durante su estancia triunfal en Buenos Aires en 1933-1934. Sabe que Lorca está con la República de Azaña y Fernando de los Ríos, y que, como director de la agrupación teatral universitaria La Barraca, ha dedicado muchas horas de su vida, con un desinterés encomiable, a llevar cultura al pueblo, a veces a lugares donde jamás se ha montado una obra dramática. Desde entonces se desvive por volver a ver al poeta granadino. También al gran Ramón Gómez de la Serna, inventor de la «greguería» y animador de la famosa tertulia de Pombo, que se reúne cada sábado por la noche en una botillería al lado de la Puerta del Sol. Quiere conocer a Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez. Y, entre los nuevos, a un joven poeta de Orihuela, en Alicante, de quien se empieza a hablar y que, según se comenta, fue cabrero durante su juventud: Miguel Hernández.

La llegada de Suero a la capital española no pasa inadvertida para sus colegas del mundo periodístico. «Pablo Suero se encuentra ya en su casa, puesto que está entre compañeros madrileños», informa el *Heraldo* el 9 de enero de 1936.^[11] Durante su estancia, que durará dos meses, su nombre aparecerá con frecuencia en diarios y revistas. En cuanto a las crónicas que manda a *Noticias Gráficas*, nos ofrecen una visión apasionante, casi de documental cinematográfico, de la vida española en estos momentos. Se recogerán en un libro, *España levanta el puño*, publicado en Buenos Aires a finales de año, cuando el país esté ya sumido en una cruenta guerra civil.

El martes 7 de enero de 1936 el presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora, y el presidente del Consejo, Manuel Portela Valladares, firman el decreto de disolución de las Cortes del bienio derechista. «HA MUERTO EL FANTASMA. LA ENÉRGICA Y CONCRETA ACTITUD DE LOS PARTIDOS REPUBLICANOS HA ASFIXIADO PARA SIEMPRE EL PERIODO DE BAJAS MANIOBRAS QUE VENÍAN DESARROLLANDO LAS DERECHAS», rezan los titulares del *Heraldo de Madrid*. Y, al día siguiente,

los de *El Liberal*: «¡VIVE DIOS QUE PUDO SER! HAN QUEDADO DISUELTAS LAS CORTES MALDITAS DEL CONGLOMERADO BLOQUISTA. EL PUEBLO RECUPERARÁ SU REPÚBLICA Y NUNCA, ¡JAMÁS!, VOLVERÁ A PERDERLA».

Un comentario del *Heraldo*, «Epitafio a las Cortes», publicado en la página citada debajo de una fotografía del Parlamento, nos ayuda a calibrar la rabia que habían suscitado entre los republicanos de buena fe las «maniobras» aludidas en los titulares del diario:

Ya están, por fin, disueltas las Cortes. Las Cortes de la Contrarrepública, muertas en sus más hondas raíces antes de nacer.

¡Qué decir de ellas si ya está dicho todo una y mil veces! Surgieron para destrozar el espíritu de la Constitución, como reverso infamante de las Constituyentes. Todo el conglomerado de los restos monárquicos y monarquizantes se envalentonó a su conjuro. Por eso pudimos asistir al espectáculo inconcebible de que los que no habían acatado la República dieran pautas para gobernar el régimen. (Para desgobernarlo, mejor dicho.) Se desnaturalizó en ellas la Reforma agraria. Se devolvieron los bienes a la grandeza. Se votaron los haberes del clero. Se deshizo la obra social de la República...

Las nuevas elecciones han sido convocadas para el 16 de febrero y ya se está aireando la necesidad imperiosa de crear sin perder tiempo un gran bloque electoral de izquierdas. Está claro que todas las fuerzas progresistas tienen que unirse para evitar la repetición del error garrafal de 1933, que propició la victoria de la coalición de derechas liderada por Gil Robles. Facilita tal iniciativa el hecho de que, desde el verano de 1935, la Internacional Comunista viene optando por una política de colaboración con los partidos democráticos.

El pacto del Frente Popular se sella una semana después, el 15 de enero. «¡LA REPÚBLICA, EN PIE! UN MAGNÍFICO PROGRAMA DE RECONSTRUCCIÓN NACIONAL», proclama el *Heraldo* la mañana del 16. Se comprende su euforia, pues los republicanos progresistas, los comunistas, los socialistas e incluso los sindicalistas se han puesto de acuerdo, para afrontar con eficacia las elecciones, sobre una serie de puntos fundamentales: vuelta a la política religiosa, educativa y regional de los dos primeros años de la República; reforma agraria eficiente y rápida; y amnistía inmediata para los treinta mil prisioneros políticos que continúan en la cárcel a consecuencia de los graves disturbios de 1934.[12]

El fervor preelectoral se parece mucho al que vivió España en vísperas de los comicios municipales de abril de 1931, y los actos de todo signo se multiplican alrededor del país. Pablo Suero sigue día a día el desarrollo de los acontecimientos, y las crónicas cableadas a su periódico suscitan enorme interés entre los bonaerenses.

El 19 de enero, en su columna habitual de *El Sol*, Antonio Machado, a quien todavía no conoce Suero, no puede resistir la tentación de comentar a través de su *alter ego* ya famoso la peligrosa situación que ahora existe en el país. «¿Qué hubiera pensado Juan de Mairena de esta Segunda

República —hoy agonizante—, que no aparece en ninguna de sus profecías?», se pregunta, llamando «agonizante» al régimen porque lo que espera es que salga de las urnas de febrero una «Tercera República» de verdad democrática. Y contesta su propia pregunta: «Él hubiera dicho, cuando se inauguraba: ¡Ojo al sedicente republicanismo histórico, ese fantasma de la Primera República! Porque los enemigos de esta Segunda habrán de utilizarlo, como los griegos utilizaron aquel caballo de madera, en cuyo hueco vientre penetraron en Troya los que habían de abrir sus puertas y adueñarse de su ciudadela».[13] La alusión va sobre todo por Alejandro Lerroux —cuatro veces presidente del Consejo durante el turbulento bienio que se acaba—, a quien Machado culpará después, con palabras durísimas, de haber sido quizás el principal traidor de la República, «al dar acogida en su vientre insondable a los peores enemigos del pueblo», es decir, al haber incluido, en su gabinete de mayo de 1935, a una mayoría de ministros que no habían sido republicanos en 1931, y que, en realidad, eran enemigos del régimen de libertades.[14] Para Machado, aquel político era «un hombre profundamente viejo, un alma decrepita de ramera averiada y reblandecida». En ello el gran poeta está de acuerdo con Pablo Suero.[15]

En el mismo artículo Machado alude al reciente fallecimiento de su gran amigo Ramón del Valle-Inclán. Haciendo alarde de la ironía que le caracteriza, explica que Juan de Mairena había conocido a Valle-Inclán hacia 1895 y escuchado de sus labios el relato, sin duda exagerado, de sus correrías por tierras mexicanas tres años antes. Apunta, además, que Mairena fue «uno de los tres compradores» del primer librito del escritor gallego, *Femeninas*. Machado comparte la alta opinión que tenía Mairena de Valle-Inclán, y expresa su admiración por la dignidad, en su postrer trance, del autor de las *Sonatas* y las *Comedias bárbaras*:

Olvidemos un poco la copiosa anecdótica de su vida, para anotar un rasgo muy elegante y, a mi entender, profundamente religioso de su muerte: la orden fulminante que dio a los suyos para que lo enterraran civilmente. ¡Qué pocos lo esperaban! Allá, en la admirable Compostela, con su catedral y su cabildo, y su arzobispo, y el botafumeiro... ¡Qué escenario tan magnífico para el entierro de Bradomín! Pero Valle-Inclán, el santo inventor de Bradomín, se debía a la verdad antes que a los inventos de su fantasía. Y aquellas sus últimas palabras a la muerte, con aquella impaciencia de poeta y de capitán: «¡Cuánto tarda esto!». ¡Oh, qué bien estuvo D. Ramón en el trago supremo a que aludía Manrique![16]

A principios de febrero de 1936, en plena ebullición electoral, se constituye en Madrid, como respuesta a una iniciativa del inglés lord Robert Cecil, la Mesa Permanente Española de la Unión Universal por la Paz. La integran el conocido abogado, escritor y político republicano Ángel Ossorio y Gallardo, Manuel Azaña, Teófilo Hernando (distinguido catedrático de Medicina de la Universidad de Madrid), el socialista Julio Álvarez del Vayo y Antonio Machado. Unas semanas después, firmado por los mismos, se publica en la prensa el manifiesto de la organización. Su mensaje está al alcance de todos: se acentúa día a día el peligro de una guerra internacional

alentada por el fascismo, peligro agudizado por el conflicto italo-abisinio que, desde hace meses, acapara las primeras planas de los periódicos; la paz es indivisible (si se rompe en un lugar del mundo se romperá en otros); defenderla «no supone simplemente maldecir de la guerra y cruzarse de brazos», sino trabajar de manera activa por ella, organizarla, propagarla; España, que ha incorporado el pacifismo a su Constitución, «puede hacer oír su voz, enteramente desinteresada, en defensa del orden internacional». «Dense cuenta todos —termina el documento— de que la pretensión de desinteresarse de esta causa común, de permanecer al margen o de afectar una neutralidad inhibitoria, es solo un modo de contribuir a la guerra.»

Han expresado su «fervorosa adhesión» al manifiesto numerosas personalidades relacionadas con el mundo de la cultura, entre ellas Azorín, Alejandro Casona —que dentro de algunos días estrenará *Nuestra Natacha*—, Federico García Lorca, Luis Araquistáin y el compositor Óscar Esplá. Se trata de una seria llamada de atención cuando la crispación política española se exagera cada vez más y el miedo a una inminente guerra europea ensombrece los ánimos.[17]

Ya para estas fechas, cumpliendo con su cometido periodístico, Pablo Suero ha entrevistado a algunos políticos clave del momento, entre ellos Azaña, Francisco Largo Caballero, José Antonio Primo de Rivera, Indalecio Prieto y, en la cárcel, Dolores Ibárruri, *la Pasionaria*.

El argentino no duda que Azaña es no solo el político más eminente que tiene actualmente España sino «uno de los grandes políticos mundiales». Además, ¿cómo negar que se trata de uno de los escritores españoles con estilo «más rico y jugoso», de un orador comparable con Castelar o Cánovas del Castillo?

La entrevista tiene lugar en la casa de Azaña en la calle de Serrano, 38. El expresidente del Gobierno explica que lo que más le interesa del programa del Frente Popular es la Reforma Agraria, que habrá que afrontar con absoluta seriedad y eficacia, y la Reforma Fiscal. «Hay que transformar radicalmente la economía del campo español —remacha con razón— y el sistema tributario.» Es consciente de que en ambos casos no se hizo, o no se pudo hacer, lo suficiente durante el primer bienio. No padece de falsa modestia. Le asegura a Suero que es el único español con sentido común («aquí la inteligencia está peor repartida que el dinero») y que, desde el punto de vista político, no social, «el hombre más conservador de España». Y luego esboza un pronóstico escalofriante: «Cuando todos los ensayos disparatados se hayan hecho y esto se haya ido abajo y yo esté exiliado en el extranjero, en el presidio o muerto, dirán: “Aquel bárbaro de Azaña tenía razón.”»

Suero se lleva la convicción de que Azaña representa mejor que nadie el auténtico centro republicano. Y hace un comentario punzante: «Azaña es el fiel de la balanza española en este instante. Si las derechas fuesen sinceramente republicanas estarían con él, y entonces el marxismo

se vería alejado del panorama social, como ellos quieren.» Pero por desgracia las derechas añoran «en la penumbra de los pasillos de la República los emblemas de la realeza». ¡Alfonso XIII! No quieren soltar la corona ni sus privilegios. Y así, opina Suero, el marxismo irá ganando prosélitos y fuerza entre las masas, irremisiblemente.

El comentario de Suero sobre Azaña tiene el gran interés de aludir al tema de la alegada homosexualidad del gran artífice del primer bienio de la República... alegada reiteradamente por las derechas y, en particular, por la revista satírica *Gracia y Justicia*, dirigida por el ultrarreaccionario Manuel Delgado Barreto, que se ha permitido las mayores crudezas al respecto. El argentino llega a la conclusión de que Azaña es un tímido sexual, pero en absoluto «uranista», como entonces se decía. Y cita una suculenta anécdota. Un día, antes de la llegada de la República, iba Azaña por la calle con un amigo de Suero, Agustín Remón. Y Azaña le preguntó: «¿No tiene usted miedo de andar conmigo?». «Por qué, don Manuel», le contestaría Remón. «Hombre, ¿no le han dicho a usted que soy uranista? En España un hombre casado y que no tiene queridas o no habla de queridas tiene que ser, por fuerza, un uranista.»[18]

El líder socialista Francisco Largo Caballero, encarcelado a raíz de los sucesos de 1934 y recientemente liberado, es una persona bien distinta. «Hay en España un hombre a quien se oye — escribe Suero—. Ese hombre es Azaña. Pero hay un hombre a quien sigue el pueblo español. Ese hombre es Largo Caballero.» En los discursos de Azaña se nota al ateneísta. La oratoria de Largo, al contrario, no es la de un intelectual. Va directamente al corazón de sus oyentes proletarios. Lo acaba de confirmar el periodista al asistir a un mitin del político celebrado en el teatro de la Zarzuela. «Párrafos cortos y oraciones llanas. Y un lenguaje de oficina, de tienda o de calle. El lenguaje de todos los días.» Con tal estilo, «Paco el estuquista» electriza a las muchedumbres que acuden a oírle.

El argentino entrevista a Largo en su despacho de la Unión General de Trabajadores. Y se encuentra con un verdadero revolucionario que apenas oculta su desprecio por los republicanos de Azaña. «Nosotros solo sabemos una cosa —dice— y es que, antes de la República, nuestro deber era traerla. Pero establecida la República, nuestro deber es traer el socialismo. Y cuando hablo del socialismo, no hablo del socialismo a secas, sino del socialismo marxista, del socialismo revolucionario.» Suero le escucha no sin inquietud. Entiende que la escisión del PSOE no puede tardar y que no beneficiará a nadie. Los moderados Julián Besteiro, reformista, e Indalecio Prieto, centrista, acabarán por ponerse de acuerdo y se llevarán tras ellos «la mínima fracción del partido». Largo Caballero arrastrará consigo a las muchedumbres y terminará fundiéndolas con el comunismo. Suero lo ve como inevitable.[19]

El orondo y energético Indalecio Prieto, «don Inda», está en estos momentos en paradero desconocido. Lo busca afanosamente la policía por su implicación en los sucesos de Asturias. Suero casi pierde la esperanza de conseguir una entrevista. Pero una noche le informan de que el

político no solo está en Madrid, por supuesto muy escondido, sino que no tiene inconveniente en hablar con él... ¡en su propia casa!

Uno de los mejores conocedores de la situación real del país, gracias a su condición de hombre de prensa hecho y derecho, Prieto se expresa cauteloso ante los posibles resultados de las próximas elecciones. Si gana el Frente Popular, y no está seguro de que lo vaya a conseguir, las nuevas Cortes serán muy conflictivas. Habrá enfrente «unas minorías numerosas y enardecidas». ¿Y el programa frentepopulista? Opina que es tan moderado, tan conservador, que sería de derechas en otro país. En realidad el PSOE solo ha insistido en la amnistía para los muchos miles de presos políticos.

Prieto señala que el mayor problema de la República es que los «republicanos» auténticos —y Azaña es su máximo representante— son muy pocos. Con todo expresa su convicción de que, si gana el Frente Popular, Azaña, aunque no quiera, será presidente del Gobierno dado el inmenso prestigio de que goza entre las masas.[20]

¿Y el fascismo? Suero tiene mucho interés en conocer a José Antonio Primo de Rivera. El 9 de febrero —último domingo de la campaña electoral— hay en Madrid una multiplicidad de actos políticos de todos los signos. El argentino acude por la mañana al gigantesco cine Europa, del barrio obrero de Cuatro Caminos, para escuchar al jefe de Falange Española. Es el único gran mitin del partido en Madrid y en el local se han reunido unas cuatro mil personas. Jóvenes de ambos sexos uniformados cantan el *Cara al sol*. Hay una enorme expectación y cuando aparece el apuesto Primo de Rivera en el escenario sus huestes se ponen de pie y lo aclaman estruendosamente, el brazo extendido. El espectáculo impresiona desagradablemente a Suero, que logrará hablar con su protagonista unos días después.[21]

La tarde del domingo se celebra en el café Nacional, castizo establecimiento de la calle de Toledo, un acto muy diferente. Se trata de un homenaje a los comunistas Rafael Alberti y María Teresa León, que acaban de regresar de un viaje a Rusia. Antonio Machado ha sido el primer firmante de la convocatoria, que congrega a la flor y nata de los jóvenes escritores y artistas del momento.[22] El autor de *Campos de Castilla* no acude al acto —no es hombre de banquetes—, durante el cual García Lorca lee a los asistentes, para su aprobación, el borrador de un manifiesto titulado *Los intelectuales con el Bloque Popular*. El documento apela al sentido común del electorado y expresa el convencimiento de que solo con la cooperación decidida de todas las fuerzas progresistas será posible recuperar el dinamismo y el idealismo de los primeros años de la República: los años en que se crearon más de veinte mil escuelas y se pusieron en marcha las Misiones Pedagógicas y La Barraca para llevar cultura a los pueblos. Es imprescindible apoyar a los candidatos del Frente Popular.

El manifiesto se publica en el diario comunista más leído de España, *Mundo Obrero*, el día antes de los comicios. La firma de Lorca encabeza una lista de más de trescientas, y una fotografía

publicada por el mismo periódico recoge un momento de la lectura por el poeta del documento. [23]

A nadie se le podía ocurrir entonces (como después se alegrará con tanta torpeza) que el autor de *Yerma* fuera apolítico. En realidad, el apoliticismo era imposible en aquellas circunstancias, sobre todo entre la juventud intelectual y creadora.

Unos días después Suero acude a la casa familiar de José Antonio Primo de Rivera, en la calle de Serrano, 86, con las escenas presenciadas en el cine Europa frescas en la memoria. El *jefe* insiste en que Falange Española no es fascista sino un «Partido Nacional Sindicalista». Pero lo que dice a continuación solo sirve para confirmar la raíz netamente fascista de su pensamiento. Suero, además, está muy al tanto de cómo pone en práctica la Falange el «diálogo de puños y pistolas» propuesto por Primo de Rivera en el acto fundacional del partido en 1933. Lo que no entiende es por qué una persona como José Antonio, culto y afable, se haya metido en una aventura inseparable de la práctica de la violencia. Hoy sabemos que tal empeño no era ajeno a la imperiosa necesidad que experimentaba de defender el buen nombre de su padre, muerto en el exilio en 1930, y a la indignación que le producían las lacerantes críticas públicas dirigidas a quien, a su juicio de buen hijo, había dado todo por la Patria. Al abandonar Serrano, 86, Suero solo puede temer lo peor de la organización liderada por aquel joven atildado y apasionado. «Conozco muchos hombres como José Antonio Primo de Rivera que creen sano, alegre, hermoso y lícito este ejercicio de la violencia... También sé adónde nos llevarán estos hombres...»[24]

Una de las máximas preocupaciones de Suero al llegar a Madrid es conocer, y hacer conocer a sus lectores, a los hermanos Manuel y Antonio Machado, ambos admirados en América. Pero le cuesta trabajo localizarles. Se entera de que el primero frecuenta un *colmao* de nombre Las Delicias, pero el mozo le informa que desde hace meses «don Manuel» no aparece por el establecimiento y le da la dirección del café Las Salesas (calle Bárbara de Braganza, número 8). Tampoco está allí el poeta, ni se sabe de él. Y es que los hermanos Machado cambian con frecuencia el lugar de su tertulia, siempre ansiosos de preservar su intimidad contra cualquier intromisión, periodística u otra. Suero descubre por fin que su paradero actual es el café Varela, en la calle de Preciados, número 37, casi esquina a la plaza de Santo Domingo. Cuando llega un camarero le señala a tres señores de aspecto burgués que ocupan una mesa al fondo. Son los poetas, acompañados de su hermano José, que es pintor. Suero se presenta y le invitan a sentarse con ellos.

«Antonio tiene algo de viejecillo —apunta en su crónica—, sin serlo todavía del todo. Cubre su cabeza un sombrero de alas pequeñas abarquilladas. Habla poco. Tiene un mirar apagado como

su voz. Manuel está más entero, pero se respira entre ellos algo de cansancio, de resignación, de desencanto.» No han pasado los años en balde, y los hermanos Machado —aunque Manuel no ha perdido del todo su conocida «majeza» anterior— bien podrían entonar los famosos versos de su amigo Rubén Darío, fulminado veinte años atrás por el alcohol y siempre añorado:

*Yo soy aquel que ayer no más decía
el verso azul y la canción profana...*

Ambos poetas, como antes su abuelo y su padre, son republicanos, Antonio férvidamente, y el «bienio negro» les ha deprimido sobremanera por su traición de los valores de los hombres y mujeres de 1931. Están preocupados por los resultados de la consulta que se aproxima. Conocen la fuerza de la CEDA, los medios de que dispone Gil Robles (a quien desprecia Antonio) y el poder aplastante de la propaganda. Nada garantiza la victoria de los progresistas. Y si ganan las derechas, aunque será imposible que lo hagan con su mayoría de 1933, la situación se hará intolerable.[25]

Durante la conversación con los Machado habría sido difícil que no surgiera el nombre de Juan Ramón Jiménez, íntimo amigo suyo en los «días heroicos» de la lucha por el modernismo, pero a quien Antonio ya no visita por no querer molestarle en su aislamiento. Un día, al volver de Toledo («una de las más grandes emociones de mi vida»), Suero se da cuenta de repente de que, pese a haber estado 45 días en Madrid, no ha entrevistado todavía al muguereño, «el “iceberg” solitario entre esta cadena de cráteres en función a cuyo lado estoy viviendo».

Descubre que Juan Ramón y su mujer Zenobia Camprubí —de padre andaluz, madre puertorriqueña y formación norteamericana— viven en el elegante barrio de Salamanca, en un piso de la calle Padilla, número 38, entre las de Príncipe de Vergara y Castelló. Hoy señala la casa una placa colocada por el Ayuntamiento en 1981, centenario del nacimiento del poeta, que reproduce unos versos suyos:

*El Madrid reciente —blanco,
mayor, verdoso,
amarillento— se dilata,
en recamado hervor,
en recta ansia...*

En Padilla, gracias a los buenos oficios de unos amigos, Suero tiene la suerte de ser recibido por el poeta el mismo día de la entrevista con José Antonio Primo de Rivera.

Sabe que el encuentro puede resultar peliagudo: Juan Ramón, a sus cincuenta y cuatro años, tiene merecida fama de hosco, de estar un poco —o un bastante— en contra de todo y de todos, de

ser un asceta, de vivir solo para su trabajo, de apenas moverse en sociedad. Pero es uno de los grandes poetas de España, maestro, como Antonio Machado, a quien deben mucho los «nuevos», con Lorca y Alberti a la cabeza. Hay, pues, que afrontar el reto con arrojo.

Cuando Suero va llegando a la casa recuerda una frase de Juan Ramón: «Mi vida ha sido siempre dulce y aislada. Se puede decir que no he vivido nunca en las calles». El periodista no le había visto jamás en persona, y le imaginaba como aquel joven de barba negra, tez pálida y ojos oscuros de las famosas fotografías de la primera década del siglo. Pero, por desgracia, nada más alejado de la realidad. Quien aparece en la sala en penumbra es «un hombre de espalda agobiada y cara de nazareno, de barbas grises, ojos hundidos, con algo de febril o alucinado, facciones angulosas, frente alta y libre de cabello». Y eso que solo tiene cincuenta y cinco años. Suero se queda impresionado. «No es alto —sigue—. Me tiende una mano fina y huesosa, que no es la mano blanda, que se entrega, de Benavente, pero que no deja huella de efusión alguna.»

Más que entrevista hay un soliloquio del poeta. Soliloquio enardecido y agrio. Cuando afirma que la poesía no debe servir de «pretexto» para buscar dinero, Suero intuye que sus palabras, «dichas con tono penetrante, lacerante, van dirigidas contra alguien». Contra otro poeta, evidentemente, pero ¿quién? «En casi todo lo que Juan Ramón me dirá hay ataques más o menos encubiertos», añade el periodista. No son nada encubiertos, sin embargo, cuando se refiere a los chilenos Vicente Huidobro y Pablo Neruda, o a los jóvenes «de casa». Entre estos, Dámaso Alonso y Pedro Salinas «están bien... pero no pasan de ahí», mientras que «Lorca y los suyos traen mayor abundancia, pero sin espíritu».

Suero también intuye que late en el fondo de la actitud de Juan Ramón, en sus opiniones durísimas, en sus sarcasmos, «un rencor de herido», y eso que los mismos poetas noveles a quienes ataca lo admiran. ¿Por qué tanto rencor? El argentino no lo sabe descifrar.

En cuanto a la República, Jiménez empieza confesándose desilusionado con ella. Pero luego resulta que no es tanto la República en sí como su degradación durante los dos últimos años derechistas, culminada por el escándalo del «estraperlo». Además, dice reconocer la «probidad» de Manuel Azaña. Piensa que tal vez la República se enderezará pronto.

A Suero se le ocurre preguntarle si es comunista. «Sí. Yo creo que el comunismo vendrá, como todo. Yo soy comunista individualista...» Es un concepto que Juan Ramón desarrollará unos meses después en una hermosa conferencia.

Se va terminando el «soliloquio». No se ha asomado al rostro del poeta, mientras hablaba, una sola sonrisa o muestra de humor. Su voz suena áspera en la creciente oscuridad. Con todo, aunque «secamente», no ha dejado de ser afable con el periodista. Suero cree percibir, detrás de la austeridad, «el dolor de su obra, forjada con su tortura en la soledad». Obra que no ha tenido el debido éxito público. Quizá ello explique el rencor. Juan Ramón, pese a llevar treinta y cinco escribiendo libros, no es poeta de masas. Y comenta Suero: «Todo ese dolor y esa perfección no

le han dado ni una peseta y ni siquiera la fácil y bulliciosa notoriedad de que otros plumíferos, inferiores, disfrutan».

Solo al final, cuando, acabada la entrevista, Juan Ramón pregunta al argentino por su compatriota la actriz Berta Singerman, que acaba de estar en España, y su pequeña hija, y el periodista contesta que vio a esta dormida en su cama, ensaya el poeta «una sonrisa impregnada de evocativa ternura». Suero, al observarlo, cree haber encontrado la clave. «¡Aquí está el poeta!... ¡El poeta que ama a los niños!»[26]

No se equivoca. Juan Ramón es un alma infantil que vive con nostalgia perenne el recuerdo de sus primeros años onubenses y que, por ello, se siente cercano a los niños. De salud precaria desde su adolescencia, ha pasado media vida en sanatorios y es un redomado neurótico. Gracias a Zenobia Camprubí, la compañera insustituible que se ocupa de todos los detalles prácticos de su vida, ha logrado seguir creando, sin hundirse definitivamente en la depresión que siempre le amenaza. Pero continúa siendo de una fragilidad síquica que asusta a todos los que le conocen.

El 14 de febrero, dos días antes de las elecciones, Alberti, María Teresa León, Lorca y otros amigos organizan un «funeral cívico» para homenajear al recién fallecido Ramón del Valle-Inclán. El acto, que tiene lugar en el teatro de la Zarzuela, se caracteriza por su marcado acento frentepopulista. Pablo Suero, invitado por Lorca, va apuntando los nombres de los famosos que acuden a la función. Entre ellos, Pablo Neruda y Jacinto Grau. Corre el rumor de que los fascistas van a tratar de impedir que se celebre el homenaje. Da la sensación de que puede ocurrir cualquier cosa. Pero no pasa nada.

El programa se divide en dos partes. En la primera, tras una alocución de María Teresa León, Lorca recita («con acento sabroso») un extracto del introito de Rubén Darío a *Voces de gesta*, la «tragedia pastoril» de Valle-Inclán, y los dos famosos sonetos dedicados por el mismo poeta al gallego. A continuación Luis Cernuda lee el maravilloso elogio de Valle-Inclán, «Castillo de quema», publicado por Juan Ramón Jiménez unas semanas antes en *El Sol*; Francisco Vighi recuerda unas pintorescas anécdotas valleinclanescas; y Elena Risco habla a favor de las Bibliotecas Populares de Madrid. Juan Ramón, víctima de su hipocondría habitual, no se presenta en el teatro, lo cual era previsible. Para terminar la parte inicial del acto, según el reportaje del *Heraldo de Madrid*, Rafael Alberti leyó «unas certeras cuartillas del decano de los grandes poetas, de Antonio Machado, el más próximo, en juventud y nervio, a los mejores poetas de la vanguardia triunfante».

La velada sigue con la primera representación pública del «esperpento» antimilitarista de Valle-Inclán, *Los cuernos de don Friolera*. Poner en escena una obra tan ofensiva para los sectores derechistas del Ejército significa un gesto marcadamente retador.[27]

A raíz del homenaje Suero conoce por vez primera a Alberti y María Teresa León. «Fui un viejo amigo de ellos desde este instante», escribe. Unos días después los visita en el estupendo estudio que ocupan en una «torre» al final de la calle del Marqués de Urquijo (donde hoy una placa recuerda la estancia en ella de la pareja). El estudio da al parque del Oeste y, más allá, a la Casa de Campo. Suero queda impresionado ante la mezcla de alegría juvenil de la pareja y su tajante compromiso con el comunismo. Alberti le regala unos ejemplares de su revista *Octubre* (donde Machado había publicado en 1934 un artículo sorprendente titulado «Sobre una posible lírica comunista») y una copia de su poema antifascista «Un fantasma recorre Europa». Le habla de su teatro de guiñol, La Tarumba, que monta espectáculos para los obreros, y le cuenta cómo fue evolucionando hacia el comunismo: dictadura de Primo de Rivera, los enfrentamientos estudiantiles de 1929, los fusilamientos de Jaca, su encuentro con Ernesto Toller en 1932, su viaje a Alemania...

Después habla con gran cariño de Miguel Hernández. ¿No sabe Suero lo que le acaba de ocurrir a manos de la Guardia Civil? Pues resulta que a principios de enero, cuando Hernández salió por la noche al campo madrileño para trabajar en unos versos, apareció de repente una pareja de civiles y, tras hacerle unas preguntas, rompieron sus manuscritos y le pegaron con las culatas de sus fusiles. ¡Le aplicaron la Ley de Vagos! A raíz de aquella agresión, añade Alberti, los poetas jóvenes habían reaccionado con energía y firmado un manifiesto de protesta encabezado por García Lorca (en realidad, como veremos, la Benemérita había detenido a Hernández porque no llevaba su «cédula personal», antecedente del carné de identidad actual).

Y termina Alberti, refiriéndose a su compromiso político: «Antes, mi poesía estaba al servicio de mí mismo y de unos pocos. Hoy, no. Lo que me impulsa a ello es la misma razón que mueve a los obreros y a los campesinos: o sea, una razón revolucionaria. Creo sinceramente que el nuevo camino de la poesía está ahí».

Suero no logrará conocer a Miguel Hernández, que acaba de ingresar en el Partido Comunista, durante los pocos días que le quedan en Madrid. Ello será para él motivo de tristeza posterior.

[28]

Lo que sí consigue Suero es renovar su amistad con García Lorca, a quien tanto había frecuentado —y promocionado— en Buenos Aires. El poeta está en un momento óptimo de productividad, plétorico de proyectos. El éxito en Barcelona de *Doña Rosita la soltera* ha sido arrollador. A principios de enero despide en Bilbao a Margarita Xirgu, que va a emprender una gira por América. José Bergamín acaba de publicar *Bodas de sangre* en las hermosas ediciones de Cruz y Raya, y otro poeta-editor, Manuel Altolaguirre, está terminando de imprimir *Primeras canciones*. A los treinta y siete años Lorca está en la cumbre de la fama. No puede salir a la calle

sin que le paren, sin que le hablen, le cuenten su vida. Sus amigos se desesperan, pues si el poeta se compromete a estar en tal sitio a tal hora saben que va a ser imposible, que si llega el mismo día será un milagro. Su lema es «tarde, pero a tiempo», y no tienen más remedio que conformarse.

Lorca y sus más íntimos se reúnen a menudo en la Cervecería de Correos, al inicio de la acera izquierda de la calle de Alcalá en el tramo que sube desde Cibeles a la plaza de la Independencia. Es allí donde conoce Suero al musicólogo Adolfo Salazar, que había coincidido con el granadino en los mágicos días cubanos de 1930, después de la estancia del poeta en Nueva York. A veces Suero acompaña a Lorca a dos típicas tabernas madrileñas: una, bastante sórdida, situada en la calle de la Luna, cerca de la Gran Vía, otra en la calle del Pozo, a tiro de piedra de la Puerta del Sol. En la primera el poeta le lee una noche el acto inicial de la obra de teatro que le ocupa en esos momentos, *El sueño de la vida* (antes conocida como *Comedia sin título*). «Es un drama social de extraordinaria fuerza —escribe Suero unos meses después—. Infinitamente superior a todo lo que Kaiser y Toller han hecho en este género. Le dije a Federico que nos situaba con esa obra frente a un teatro nuevo, que confundía escenario, público y calle. La obra se anticipaba de manera sorprendente a lo que está ocurriendo en España. Los revolucionarios aprovechaban una procesión para pasar en la custodia un contrabando de un poderoso explosivo que iba a asegurar el triunfo [...] Hay un cuadro de las madres en una morgue que alcanza verdadera grandeza. La obra es de una sensación brutal y al mismo tiempo está encendida de extraña poesía.»

Otro día Lorca le lleva a conocer a sus padres y hermanos, con quienes comparte un amplio piso de la calle de Alcalá, número 96 (hoy 102). El periodista se encuentra con un ambiente familiar lleno de ternura y bondad. Los padres de Federico son amigos íntimos de Fernando de los Ríos y partidarios de Azaña. A pesar de ser agricultores ricos de la Vega de Granada, «están con el pueblo español, se duelen de su pobreza y anhelan el advenimiento de un socialismo cristiano». Suero se queda de una pieza cuando la madre, Vicenta Lorca Romero, le dice: «Si no ganamos, ¡ya podemos despedirnos de España!... ¡Nos echarán, si es que no nos matan!».[29]

Madrid está empapelado de los pies a la cabeza de propaganda electoral, empezando, como constata Suero, con la Puerta del Sol, «punto neurálgico de España donde se oye el grito siempre que a España le duele algo», una de cuyas fachadas, la que se extiende entre las calles Mayor y Arenal, cubre del todo un inmenso cartelón de Gil Robles profusamente iluminado por la noche. Ha costado una fortuna (se calcula unas treinta mil pesetas de entonces). El cartelón reproduce la cabeza del *jefe* con ademán serio, displicente, mucho más enérgico del que tiene en la realidad. En la esquina superior izquierda reza la leyenda ESTOS SON MIS PODERES con una flecha que indica a una vasta muchedumbre encabezada por nueve militantes de las juventudes de Acción Popular que llevan sendas banderas de la combativa organización católica. Otra leyenda asegura: DADME LA MAYORÍA ABSOLUTA Y OS DARÉ UNA ESPAÑA GRANDE. El pueblo madrileño, según Suero, toma el

cartelón como un agravio cuando no se ríe de la prepotencia de quien, al parecer, tiene la desmesurada ambición de ser el Führer español.

El 14 de febrero, dos días antes de la consulta, Suero se las ingenia para intercambiar unas palabras con Gil Robles en la sede de Acción Popular. Encuentra el edificio atestado de gentes que van y vienen, con predominio de mujeres «de buen porte», jóvenes «enseñoritados», curas y monjas. El jefe de la CEDA es «un hombre lampiño, pálido, nervioso, de mandíbula huidiza» y de «una fría cordialidad». Se niega a hacer declaraciones, ante el empeño de Suero, sobre sus intenciones políticas. Se expresa seguro de que la coalición de derechas va a ganar rotundamente. Después se solaza describiendo «la organización electoral poderosísima de Acción Popular, que ha lanzado al país cuarenta millones de pasquines y organiza actos como el que esa noche tendrá lugar, en que su discurso será retransmitido a doscientos teatros de España, fusionando para tal efecto todas las líneas telefónicas del país. Me dice que solamente Hitler ha podido movilizar un tren de propaganda de esta magnitud». Suero decide que, con todo, la *cautela* es el signo más destacado del líder de la coalición derechista, de este hombre cuyo lema es «Por Dios y por España». Sale del despacho confirmado en su idea de que Gil Robles, más que nada, es un agitador de multitudes, «con acusados síntomas de mesianismo». Un agitador apoyado por una organización apabullante, con dinero a manos llenas, «dinero de la Iglesia y de los patronos, para invertirlo en el triunfo de su partido, detrás del cual el belfo del Borbón expulsado acecha ansioso». Entre bastidores, controlando todo, está el jesuita Ángel Herrera Oria, director de *El Debate*, el periódico católico más poderoso del país. Herrera Oria tiene una presencia pública mínima, ciertamente. Apenas nadie le conoce de vista. Pero es el cerebro eclesiástico que maquina en la sombra la caída de la España democrática.[30]

José Calvo Sotelo recibe al argentino media hora después en una lujosa mansión, con salones amplísimos, del barrio de Salamanca. El jefe de Renovación Española, calificado por Suero de «monárquico-fascista», es mucho más joven de lo que esperaba. Tiene cuarenta y tres años y «una fría gravedad de dandy. Es alto y vigoroso. Viste con empaque. Es un hombre de afirmaciones. Habla con velocidad incontrolable». Y afirma que «el 90% de la CEDA es monárquico». Encubiertamente, por supuesto. «El día que Gil Robles dijera que es antirrepublicano, caería la República», manifiesta. A diferencia de Gil Robles, Calvo Sotelo tiene la virtud de no disfrazar sus intenciones. Quiere una España netamente corporativista en la línea de la Italia de Mussolini. Preguntado por Suero si reinstauraría la monarquía, contesta: «No se trata de restauración sino de *instauración*. Pero eso interesa en segundo término. Lo primero es la conquista del Estado e instalar el Corporativismo. La monarquía sería el final de un proceso evolutivo que podría durar años. Antes hay que estructurar el país».

Tanto Gil Robles como Calvo Sotelo, pues, están urdiendo la implantación de un Estado corporativista. Con la complicidad, evidentemente, de muchos militares. Y allí están también José

Antonio Primo de Rivera y su Falange Española. Si las izquierdas ganan las elecciones, además, con el susto que ello dará a los católicos todavía moderados, el crecimiento del fascismo será inevitable. Suero lo tiene claro.[31]

La noche del 15 de febrero hay menos gente que la habitual en las calles de Madrid, tal vez debido en parte a la pertinaz llovizna que cae sobre ellas. En el extrarradio la Guardia Civil practica cacheos. En todas las carreteras de acceso a la ciudad se han apostado tanquetas de la policía. Es evidente que las autoridades están preparadas para actuar con mano dura si hay disturbios, ¡o tal vez sin ellos![32]

El 16 de febrero la capital amanece con cielo despejado. Desde las primeras horas de la mañana se forman largas colas delante de los colegios electorales. Suero ha sido invitado por Paulino Masip, director de *La Voz*, vespertino republicano de gran circulación, a «palpar» desde allí los resultados. Llega hacia el mediodía. Entre los concurrentes están el conocido médico Julio Bejarano, simpatizante socialista, y el dramaturgo Alejandro Casona, que ya ha estrenado, con enorme éxito, *Nuestra Natacha*, cuyo mensaje progresista no ha gustado nada a las derechas. También está el gran caricaturista Luis Bagaría. Llega la noticia de que el multimillonario mallorquín Juan March, conocido popularmente como «el último pirata del Mediterráneo», ha cruzado la frontera. Si se ha ido es que el Frente Popular ha ganado. Alguien sugiere, además, que si las derechas siguiesen creyendo en su triunfo, ya estarían las calles «llenas de señoritas con sus coches, gritando, atropellando, insultando». Y en las calles no grita, ni atropella, ni insulta nadie. [33]

Los colegios cierran a las cuatro de la tarde, y en la Puerta del Sol, frente a Gobernación, una vasta multitud ya espera, ansiosa, noticias de los resultados. De repente alguien descubre a Azaña, que va en un taxi rumbo a la sede de Izquierda Republicana. La muchedumbre le aclama. Poco después los guardias de asalto cargan, y la famosa plaza, testigo de tantos acontecimientos históricos, queda desierta.[34]

El único periódico madrileño que se publicaba entonces la mañana del primer día de la semana era *La Hoja Oficial del Lunes*. Hay que suponer que el 17 de febrero se vendió masivamente. Anuncia que el Frente Popular ha prevalecido en Madrid y, a la espera de los resultados finales, da a entender que las derechas ya aceptan su derrota. Por la tarde *La Voz* confirma la huida de Juan March y proclama a grandes titulares: ESPAÑA VOTA POR LAS IZQUIERDAS. EL FRENTE POPULAR TENDRÁ MAYORÍA ABSOLUTA EN LA PRÓXIMA CÁMARA. SE CALCULA QUE SU MAYORÍA EXCEDERÁ DE DOSCIENTOS SETENTA DIPUTADOS.

Al enterarse de que el Frente Popular ha ganado, los madrileños que lo han votado se echan a la calle para expresar su alegría. Al principio hay un riesgo de graves enfrentamientos con las

fuerzas de orden público, pero al poco tiempo los guardias confraternizan con el pueblo. Detalle pintoresco: en la Puerta del Sol los bomberos desmantelan rápidamente el ingente cartelón de Gil Robles para evitar que la muchedumbre intente quemarlo y cause un peligroso incendio.[35]

Había acudido a las urnas el 70% del censo, una cifra de participación altísima. La ventaja del Frente Popular es numéricamente estrecha pero más que suficiente, ya que, gracias a las provisiones de la Ley Electoral de 1932, que otorga a los ganadores una representación parlamentaria proporcionalmente superior, recibe 257 escaños de un total de 453, o sea, la mayoría absoluta.

Gil Robles, que había pedido 300 escaños, solo consigue 88 (y 12 el Bloque Nacional de Calvo Sotelo) y dimite como líder de la CEDA. Manuel Portela Valladares, presidente del Consejo, no quiere seguir en su puesto hasta la comprobación oficial de los resultados y le ruega a Manuel Azaña que le tome sin demora el relevo. El político reacio. Preferiría esperar la apertura de las Cortes en marzo. Pero accede ante la insistencia del presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora, y, el 18 de febrero, forma un Ejecutivo moderado compuesto por miembros de Izquierda Republicana y hombres de su confianza personal.[36]

Una de las primeras acciones del Gobierno de Azaña, de acuerdo con el programa del Frente Popular, es amnistiar a los treinta mil presos políticos del «bienio negro», lo cual da lugar a escenas de inmenso júbilo a la salida de las cárceles. Se levanta enseguida la censura y empiezan a aparecer en los periódicos de izquierdas escalofriantes relatos de la represión llevada a cabo en Asturias. El Gobierno prolonga el «estado de alarma», impuesto por Portela Valladares, que le confiere poderes policiales excepcionales. Tal medida, que se renovará cada mes hasta el estallido de la sublevación militar en julio, es una indicación de la extraordinaria crispación que sacude el país.[37]

Comenta la situación Pablo Suero en uno de sus últimos comunicados:

Hay una gran esperanza en todos los rostros... Se espera que esta vez los hombres de la izquierda comprendan el alcance de este mandato del pueblo y aseguren de una vez por todas la vida de la República, a punto de naufragar en manos de una derecha «republicana» que no esperaba sino el triunfo en esta ocasión para devolver al país al régimen monárquico. Pero no todo ha de ser fácil. Ahora comienza la represión solapada del capitalismo y de las clases aristocráticas. La nueva evasión de capitales, el tiro al crédito español en el exterior. Las empresas tendrán que devolver millones de pesetas en concepto de indemnización a los represaliados. Numerosos aristócratas están abandonando España en el momento en que escribimos estas líneas. Esta incomprensión del problema español por parte de las clases que no quieren abandonar su ideal monárquico y sus privilegios puede hacer mucho daño a España. Los hombres de la izquierda se harán cargo del gobierno con tremendos problemas a resolver. Pero quien, como yo, ha visto a este pueblo en esta hora, tan enérgico y digno,

resolver su destino futuro con calma ejemplar, tiene que tener confianza en el mañana de España. Hay muchas cosas en España que se derrumban bajo la podre. Pero su pueblo es de una vitalidad magnífica, está virgen de toda impureza. Con un pueblo así, España está en potencia para eclipsar su grandeza de antaño.[38]

A Pablo Suero le quedan pocos días en Madrid y Lorca le informa de que los «poetas jóvenes» le van a ofrecer una comida de despedida. Camino del local hay un susto que el periodista no olvidará: el rumor de que los aviadores de Cuatro Vientos se han sublevado contra el nuevo Gobierno. Y es que los rumores, en los días inmediatamente posteriores a las elecciones del 16 de febrero, pululan. La vuelta al poder de Azaña ha enfurecido a los reaccionarios, que saben que sus privilegios, recuperados durante el bienio que se acaba, van a estar otra vez en peligro. Y entre las derechas antes más moderadas se irá produciendo una radicalización creciente, como había previsto Suero, que pronto llevará a muchos jóvenes a abandonar las filas de Acción Popular e ingresar en las de Falange Española, más abiertamente dispuesta a la acción directa.

La historia de los siguientes meses se lee ahora, ochenta años después, como una tragedia griega que se va acercando fatal e irremediabilmente a su desenlace. Con todo, nadie pudo prever en aquellos momentos poselectorales, como es evidente, que la contienda posible o probable fuera de tales proporciones, ni que durara tres años, ni que diera lugar a una dictadura de casi cuatro décadas. En la comida de despedida de Suero, como recordaría este, era imposible imaginar el «bárbaro torrente de sangre» que se avecinaba. «Sabíamos todos muy enferma a España —escribe—, pero ¿quién iba a pensar que la Madre se desgarraría el pecho en la angustia desesperada de buscar remedio a sus males?» No, no lo podían pensar, aunque, eso sí, eran previsibles «días sombríos».

En aquel postrer encuentro de Suero con sus amigos españoles se brindó por la «recuperación» de la República, por el avance social de España, por la cultura. Allí estaban entre otros, con Lorca como maestro de ceremonias, Vicente Aleixandre, sonriente bajo su bigote rubio; el malagueño Manuel Altolaguirre, poeta e impresor, de tez morena y humor chispeante; Adolfo Salazar, que hizo casi morir de risa a todos con sus retruécanos; Rafael Alberti y la radiante María Teresa León... Suero estaba conmovido. «Aquella cordialidad, aquel afectuoso respeto de unos con otros, aquella hermandad en gustos y en ideas, le daban un gusto nuevo al vivir. Y cada uno de ellos vibraba con cada pulsación de España. La literatura no obliteraba en ellos el sentimiento de su obligación de servir al país, al pueblo, a la humanidad.»

Antes de que se separen, ya avanzada la tarde, María Teresa León propone que hagan una fotografía de grupo, para que Suero se la lleve a Argentina como recuerdo de su estancia entre ellos en días tan señalados. Y se retratan puño en alto. «¡Qué pena me da ahora —escribió el periodista a poco de empezar la guerra— pensar en esos puños, crispados de angustia o sobre las armas! ¡Qué dolor me da pensar en mis poetas...!» Ante todo en Federico, el más grande, el más

«rico de aventura», el más generoso, a quien el destino le había reservado una muerte atroz en Granada.[39]

Sigamos ahora las variadas fortunas que les esperan a Machado y a Juan Ramón Jiménez, tan admirados ambos por Pablo Suero, luego los últimos pasos del malhadado García Lorca en su camino hacia la muerte que tanto le obsesiona, y a Miguel Hernández, a quien, para su enojo, no ha logrado conocer el periodista argentino durante su breve estancia en Madrid.

Antonio Machado

«¡Viva España! ¡Viva el pueblo! ¡Viva el Socorro Rojo Internacional! ¡Viva la República Española!»

ANTONIO MACHADO,
Meditación del día (1937)[40]

Nacido en Sevilla en 1875, poco después del fracaso de la efímera Primera República, Antonio Machado nos confía en el que quizá sea su más famoso poema:

*Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,
pero mi verso brota de manantial sereno.*[41]

Aquellas gotas se las debía sobre todo a su abuelo, Antonio Machado Núñez (1815-1896), catedrático de Ciencias Naturales de la Universidad hispalense, médico, ornitólogo, antropólogo, geólogo, introductor en España de las ideas de Darwin y uno de los que participaron en «La Gloriosa», la revolución que acabó en 1868 con el régimen de Isabel II. En cuanto al padre del poeta, Antonio Machado Álvarez (1846-1893), pionero del estudio del folklore español, que, bajo el seudónimo de Demófilo, *El Amigo del Pueblo*, había editado en 1882 la primera antología de coplas flamencas, tenía fama en Sevilla como heterodoxo, masón y contestatario. Los Machado, de procedencia portuguesa, eran de hecho una de las familias más ilustradas de la capital andaluza: europeístas, liberales, agnósticos y entregados en cuerpo y alma al ideal de una España democrática abierta al mundo. El abuelo era amigo de Francisco Giner de los Ríos, fundador, en 1876, de la Institución Libre de Enseñanza, y en 1883 la familia se había mudado a Madrid para que los hijos pudiesen ingresar en aquel colegio incomparable, sin lugar a dudas el más progresista del país.

El poeta gustaba de recordar el republicanismo que impregnaba el ambiente familiar. «Cuando yo era un niño —escribió a Unamuno en 1921— había una emoción republicana. Recuerdo haber llorado de entusiasmo en medio de un pueblo que cantaba *La Marsellesa* y vitoreaba a Salmerón

que volvía de Barcelona. El pueblo hablaba de una idea republicana, y esta idea era, por lo menos, una emoción, y muy noble.»[42]

Machado, que ganaba su pan diario como catedrático de Francés, había vivido con gran intensidad la llegada en 1931 de la Segunda República, siguiendo la tradición familiar, e incluso había ayudado a izar la bandera tricolor en el Ayuntamiento de Segovia, en cuyo instituto entonces enseñaba. Tenía carné del partido de Manuel Azaña, Alianza Republicana (luego Izquierda Republicana), y, como tantos, creía que el nuevo régimen significaba por fin el ocaso de la anquilosada España cainita y sombría y la posibilidad de que el país avanzara resueltamente hacia la modernidad. Si bien los dos primeros años habían sido altamente positivos, máxime en el ámbito cultural (pese a los muchos problemas existentes, sobre todo el económico), el segundo bienio había resultado desastroso. Por ello la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936 le había devuelto la esperanza: se había recuperado la República de 1931, España todavía se podía salvar.

Machado vive con su madre y su hermano José y su familia en un amplio piso de la calle del General Arrando, cerca de la plaza de Chamberí. Manuel, en estos momentos encargado de la Hemeroteca Municipal, está cerca, con su mujer Eulalia Cáceres, en la calle de Churruca. Otro hermano, Joaquín, también tiene piso propio, y Francisco, oficial de prisiones, vive con su familia en las dependencias de la Cárcel de Mujeres de Ventas.

Muy pocas personas están al tanto de que Antonio mantiene, desde 1928, una relación secreta y (a su pesar) platónica con la poetisa Pilar de Valderrama, la Guiomar de sus poemas amorosos, con quien se ve de vez en cuando en un café alejado del centro de Madrid, en el barrio obrero de Cuatro Caminos. Valderrama es muy católica y de derechas, y en vísperas del golpe militar de julio huye con su marido y niños a Portugal, después de quemar más de doscientas cartas del poeta. Machado nunca la volverá a ver, pero su recuerdo le sostendrá hasta el último momento de su vida.[43]

Cuando se inicia la sublevación de los militares rebeldes el 18 de julio, todos los hermanos Machado se encuentran en Madrid menos Manuel, que ha ido a Burgos con su mujer para celebrar allí, el día 16, la onomástica de la hermana de Eulalia, Carmen, religiosa de las Esclavas del Sagrado Corazón.[44] La ciudad cae enseguida en manos de los sublevados y se inicia una dura represión de los elementos «rojos». Manuel, cuyos sentimientos republicanos acaso son conocidos por algunos de los gerifaltes fascistas locales, pasa al principio unos ratos muy difíciles, e incluso es encarcelado durante los momentos iniciales. Liberado gracias a las gestiones de su mujer y de Carmen, trabaja durante unas semanas como corrector de pruebas en el diario burgalés *El*

Castellano. Y antes de terminar agosto ya está al servicio de la Falange. Nada de esto sabe todavía su familia en Madrid.[45]

Antonio, entretanto, ha presenciado el ataque de los madrileños al Cuartel de la Montaña, que considera heroico.[46]

La arremetida fascista contra la República brinda a Machado la oportunidad de cumplir con tal vez su vocación más acariciada: luchar por la democracia al lado de su pueblo y, si resulta necesario, morir por la causa. Al leer sus múltiples textos de guerra es difícil no recordar aquella estrofa del «Retrato», publicado treinta años atrás:

*¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
mi verso, como deja el capitán su espada:
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.*[47]

«Capitán» es una palabra fundamental en Machado, siempre utilizada en clave admirativa. En sus escritos de 1936-1939 aparecerá muchas veces y, de manera notable, en uno de los primeros, donde a propósito de las fotografías de los anónimos defensores de la República que van apareciendo en diarios y revistas, comenta: «La verdad es que todos estos milicianos parecen capitanes, tanto es el noble señorío de sus rostros».[48] Para el poeta, el Cid Campeador — arquetipo del capitán auténtico— resucita en los héroes surgidos ahora de las entrañas del pueblo, héroes como Enrique Lister, para quien compondrá, al final del soneto que lleva su nombre, una copla reveladora:

*Si mi pluma valiera tu pistola
de capitán, contento moriría.*[49]

A lo largo de toda la guerra el poeta luchará por que su pluma valga como eficaz arma bélica. Y por que —parece imponerse la suposición— su nombre quede limpio y glorioso ante la historia. Machado no será como otros que, si bien, al estallar el alzamiento, empiezan afirmando su lealtad al orden constituido, luego se desdirán. Vale la pena recordar, a este respecto, el manifiesto publicado en varios diarios madrileños el 31 de julio de 1936, trece días después de iniciada la sublevación en Marruecos. En *El Sol* apareció bajo el titular «Adhesiones al Gobierno»:

Recibimos esta nota:

Los firmantes declaramos que, ante la contienda que se está ventilando en España, estamos al lado del Gobierno, de la República y del pueblo, que con heroísmo ejemplar lucha por sus libertades.

Ramón Menéndez Pidal, Antonio Machado, Gregorio Marañón, Teófilo Hernando, Ramón Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez, Gustavo Pittaluga, Juan de la Encina, Gonzalo Lafora, Antonio Marichalar, Pío del Río Horteaga, José Ortega y Gasset, Ignacio Bolívar.[50]

La defección posterior de Ortega, así como las declaraciones antirrepublicanas del exiliado Marañón, le dolerán especialmente a Machado.[51]

La rutina de antes se ha roto del todo. Madrid está en pie de guerra, llegan rumores y luego certidumbres acerca de la brutal represión que están llevando a cabo los rebeldes en la zona que dominan, y nadie duda de lo que pasará si entran los fascistas en la capital. Ahí está, además, la «quinta columna» de los desafectos al régimen republicano. ¿Quién sabe lo que está pensando el vecino de al lado, la gente que vive arriba, enfrente? Cunden el miedo y la suspicacia. Nadie se fía de nadie. Y con cada semana que pasa va cobrando ímpetu la persecución, esta vez «roja», ejercida en Madrid contra el enemigo interior, real o imaginado, no solo por las fuerzas legales sino por elementos incontrolados y representantes de los distintos partidos de izquierdas. Aparecen cadáveres cada mañana en la Casa de Campo (lo recordará Arturo Barea en *La forja de un rebelde*), se oyen tiros por la noche, se producen alborotos en las cárceles.

No hay manera de aventurar, desde luego, cuánto tiempo puede durar la lucha. Al principio parece imposible que la República, con los medios de que dispone, no vaya a poder reducir con rapidez a los sublevados. Pero el apoyo de Alemania e Italia a los generales insurrectos, eficaz desde el primer momento de la rebelión, ha convertido la contienda en mucho más que una guerra civil. Todo es incertidumbre... y propaganda. ¿Cómo saber lo que está pasando, cómo vaticinar lo que puede ocurrir?

La noticia de la muerte de Federico García Lorca a manos de los fascistas granadinos afecta profundamente a Machado. Inicialmente más rumor que certeza, la triste realidad no ha tardado en confirmarse, pues, si el poeta estuviera vivo, los rebeldes, ante la reacción mundial que está suscitando el caso, serían los más interesados en demostrarlo. Y no pueden.

Desde su encuentro con el joven Federico en Baeza, en 1916, la admiración de Machado por el poeta y el dramaturgo no ha hecho más que crecer. En 1933 le había conmovido *Bodas de sangre*, y así se lo comunicó en una carta.[52] Lorca, además, había montado con sus compañeros de La Barraca una versión escénica del largo romance machadiano *La tierra de Alvargonzález*. ¿Cómo no agradecer el detalle! No podía desconocer cuánto le debía Lorca, quien a lo mejor se lo había dicho más de una vez. ¿Había leído Machado, justo antes de la sublevación, las palabras que le dedicara el granadino en su entrevista con Luis Bagaría? Es muy probable. El caricaturista le había preguntado a Lorca qué poetas le gustaban más de la actualidad española. «Hay dos maestros —fue la contestación—: Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez. El primero, en un plano puro de serenidad y perfección poética; poeta humano y celeste, evadido ya de toda lucha,

dueño absoluto de su prodigioso mundo interior. El segundo, gran poeta turbado por una terrible exaltación de su yo, lacerado por la realidad que lo circunda, increíblemente mordido por cosas insignificantes, con los oídos puestos en el mundo, verdaderamente enemigo de su maravillosa y única alma de poeta.»[53]

Cuando llega la terrible noticia de la inmolación del poeta a manos de los sublevados de su patria chica, surge enseguida el impulso elegíaco y Machado apunta:

Día 8 de septiembre

Por la prensa de esta mañana me llega la noticia. Federico García Lorca ha sido asesinado en Granada [su ciudad natal]. Un grupo de hombres —¿de hombres?—, un pelotón de fieras lo acribilló a balazos, no sabemos en qué rincón de la vieja ciudad del Genil y el [Darro] Dauro, los ríos que él había cantado. ¡Pobre de ti, Granada! Más pobre todavía si fuiste algo culpable de su muerte. Porque la sangre de Federico, tu Federico, no la seca el tiempo.

Sí, Granada, Federico García Lorca era tu poeta. Lo era tan tuyo que había llegado a serlo de todas las Españas pulsando tu propio corazón.[54]

Se trata del germen de la elegía «El crimen fue en Granada», publicada el 17 de octubre de 1936 en la revista *Ayuda*, que se hace casi de la noche a la mañana famosísima. Reproducido profusamente dentro y fuera de España, el poema hizo más por la causa republicana que quizá cualquier otro texto literario de la guerra. Se trataba de una despiadada condena de las «fuerzas vivas» de la ciudad andaluza, siempre considerada por Machado como una de las más atrasadas de España:

El crimen fue en Granada

A Federico García Lorca

I

(EL CRIMEN)

*Se le vio, caminando entre fusiles
por una calle larga,
salir al campo frío,
aún con estrellas de la madrugada.
Mataron a Federico
cuando la luz asomaba.*

*El pelotón de verdugos
no osó mirarle a la cara.
Todos cerraron sus ojos,
rezaron: ¡ni Dios te salva!
Muerto cayó Federico
—sangre en la frente y plomo en las entrañas—
... Que fue en Granada el crimen
Sabed —¡pobre Granada!—, en su Granada...*

II

(EL POETA Y LA MUERTE)

*Se le vio caminar solo con Ella,
sin miedo a su guadaña.
—Ya el sol en torre y torre; los martillos
en yunque— yunque y yunque de las fraguas.
Hablaban Federico,
requebrando a la muerte. Ella escuchaba.
«Porque ayer en mi verso, compañera,
sonaba el golpe de tus secas palmas
y diste el hielo a mi cantar, y el filo
a mi tragedia de tu hoz de plata,
te cantaré la carne que no tienes,
los ojos que te faltan,
tus cabellos que el viento sacudía,
los rojos labios donde te besaban...
Hoy como ayer, gitana, muerte mía,
qué bien conmigo a solas,
por estos aires de Granada, ¡mi Granada!»*

III

*Se les vio caminar...
Labrad, amigos,
de piedra y sueño, en el Alhambra,
un túmulo al poeta,
sobre una fuente donde llore el agua,
y eternamente diga:
el crimen fue en Granada, ¡en su Granada!*

Para la fecha en que se publica la elegía los rebeldes ya se van acercando peligrosamente a Madrid —Toledo acaba de caer—, y, como hemos dicho, nadie duda que, si logran tomar la ciudad, la represión será inmisericorde. Así se lo han prometido a los madrileños tanto Franco como los generales Queipo de Llano y Mola. El momento de la verdad llega a principios de noviembre, cuando las tropas facciosas penetran en la Casa de Campo, con la capital delante.

En la noche del 4 de noviembre se forma un nuevo Ejecutivo de urgencia, encabezado por el socialista Francisco Largo Caballero y con la participación de los anarquistas. Largo está convencido de la necesidad de trasladar el Gobierno inmediatamente a Valencia, pues si cae en manos de los rebeldes la guerra habrá terminado. El asunto se debate a fondo en el consejo celebrado la tarde del día 6. Los cuatro ministros de la CNT y los dos comunistas se oponen, pero Largo amenaza con dimitir si no se acata su voluntad. La decisión de abandonar enseguida Madrid se toma a las 18.45 horas.[55]

Todas las autoridades republicanas creen que la caída de la capital es tan inminente como inevitable. Y así, también, los corresponsales extranjeros que acompañan al general rebelde Enrique Varela.[56]

Antes de irse, Largo Caballero confía al general José Miaja Menant la rápida organización de una Junta de Defensa de Madrid presidida por este e integrada por representantes de todas las formaciones políticas con carteras en el Gobierno (y en la misma proporción). Durante la noche del 6 al 7 de noviembre, Miaja y sus colaboradores trabajan febrilmente. No se ve un alma en las oficinas gubernamentales, no contesta nadie el teléfono. Todo el aparato del Estado Mayor se ha venido abajo. No hay artillería antiaérea, apenas hay armas, municiones. Solo funcionan ordenadamente el Partido Comunista y el Quinto Regimiento.[57]

Con la Junta de Defensa ya en pie se produce, sin embargo, el milagro, y los facciosos, cuando intentan entrar en la ciudad el 7 de noviembre, se encuentran con una feroz resistencia y son repulsados. ¡No pasarán! La hazaña de los madrileños será inmortalizada por Machado en cuatro versos admirables:

*¡Madrid, Madrid! ¡Qué bien tu nombre suena,
rompeolas de todas las Españas!
La tierra se desgarrá, el cielo truena,
tú sonrías con plomo en las entrañas.*[58]

Tampoco podrá faltar, en la misma vena, el elogio de José Miaja, para Machado otro auténtico héroe español:

Tu nombre, capitán, es para escrito

*en la hoja de una espada
que brille al sol, para rezado a solas,
en la oración de un alma,
sin más palabras, como
se escribe «César», o se reza «España».*[59]

«Quién oyó los primeros cañonazos disparados sobre Madrid por las baterías facciosas, emplazadas en la Casa de Campo —escribirá Machado un año después—, conservará para siempre en la memoria una de las emociones más antipáticas, más angustiosas y perfectamente demoníacas que puede el hombre experimentar en su vida. Allí estaba la guerra, embistiendo testaruda y bestial, una guerra sin sombra de espiritualidad, hecha de maldad y rencor, con sus ciegas máquinas destructoras vomitando la muerte de un modo frío y sistemático sobre una ciudad casi inerme, despojada vilmente de todos sus elementos de combate, sobre una ciudad que debía ser sagrada para todos los españoles, porque en ella teníamos todos —ellos también— alguna raíz sentimental y amorosa.»[60]

La eficaz resistencia del 7 de noviembre da nuevos ánimos a los madrileños. Este mismo día la revista *Ayuda* publica un importante texto de Machado, «Divagaciones de actualidad», ágil reflexión sobre el *señorío* del pueblo español, ahora en armas contra el fascismo. Señorío que Machado contrasta con el *señoritismo* derechista, «una forma, entre varias, de hombría degradada, un estilo peculiar de no ser hombre». ¿Dónde se origina el señoritismo español? Quizá, piensa Machado, en la educación jesuítica, «profundamente anticristiana» y «perfectamente antiespañola». Para el poeta el auténtico hombre castellano, por antonomasia, es el Cid Campeador: modesto, sufrido, leal, valiente, todo lo opuesto a «aquellos dos infantes de Carrión, cobardes, vanidosos y vengativos; aquellos dos señoritos felones, estampas definitivas de una aristocracia encanallada». Y termina sus «divagaciones» con un párrafo finamente irónico:

No faltará quien piense que las sombras de los yernos del Cid acompañan hoy a los ejércitos facciosos y les aconsejan hazañas tan lamentables como aquella del «robleto de Corpes». No afirmaré yo tanto, porque no me gusta denigrar al adversario. Pero creo, con toda el alma, que la sombra de Rodrigo acompaña a nuestros heroicos milicianos...[61]

Las «Divagaciones de actualidad» no podían haber salido en momento más oportuno, con Madrid en plena lucha contra los sublevados, atrincherados a dos pasos en la Casa de Campo. Machado no tarda en comparar al pueblo madrileño que se opone al fascismo doméstico e internacional en 1936 con el que se levantó en 1808 contra el invasor francés y sus cómplices interiores, iniciando así la guerra de la Independencia. Es para el poeta el mismo pueblo heroico

que, sin hablar nunca de patriotismo, sabe acudir, cuando llama el deber, para proteger los valores esenciales de la raza.

Los días 14 y 17 de noviembre caen bombas sobre varios monumentos y museos madrileños, entre ellos la Biblioteca Nacional, El Prado y el Palacio de Liria (propiedad de los duques de Alba). Ello indigna hondamente a Machado, que contribuye con un texto condenatorio al folleto *El fascismo intenta destruir el Museo del Prado*, editado por el Quinto Regimiento. «El amor que yo he visto en los milicianos comunistas guardando el palacio del duque de Alba solo tiene comparación —escribe— con el furor de los fascistas destruyendo.»[62]

El 19 de noviembre la revista *El Mono Azul. Hoja Semanal de la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura*, que ya ha reproducido «El crimen fue en Granada», publica un manifiesto dirigido, desde un Madrid que presencia «la patológica crueldad de los fascistas», a los intelectuales del mundo entero. Lo firma Machado al lado de otros treinta nombres conocidos, entre ellos Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, José Bergamín, León Felipe, María Teresa León, Rafael Alberti y Ramón Menéndez Pidal.[63]

Dos días después, el 21 de noviembre, muere combatiendo en las afueras de Madrid el escultor Emiliano Barral, autor de una magnífica cabeza de nuestro poeta, que se había hecho amigo suyo en Segovia. ¡Otro héroe del pueblo! El entierro tiene lugar el 22 en el Cementerio Civil, donde unos años antes Barral había labrado, con piedra rosa, el hermoso mausoleo de Pablo Iglesias. Su muerte conmueve a Machado.[64]

El mismo 22 de noviembre la prensa republicana anuncia que ha fallecido, también defendiendo Madrid, el gran luchador anarcosindicalista Buenaventura Durruti, y que Alemania e Italia acaban de reconocer la Junta de Burgos. Aunque era de esperar tal declaración, es ya la gota que colma el vaso y provoca una reacción airada y sarcástica del Gobierno de la República.[65]

En su libro *Imagen primera de...* cuenta Rafael Alberti cómo, «en los días grandes y heroicos de noviembre», el Quinto Regimiento «se ufano en salvar la cultura viva de España, invitando a los hombres que la representaban a ser evacuados de Madrid». En la lista estaba Antonio Machado. Cuando al autor de *Sobre los ángeles* y León Felipe se presentan en General Arrando, 4, y le explican la determinación del Quinto Regimiento, el poeta se resiste a marchar. Para convencerle es necesaria una segunda visita. «Y esta, con apremio —sigue Alberti—. Se luchaba ya en las calles de Madrid y no queríamos —pues todo se podía esperar de ellos— exponerle a la misma suerte de Federico.» Machado acepta finalmente, pero con una condición *sine qua non*: de que vaya con él su familia.[66]

Antes de la salida del convoy hacia Valencia, el 24 de noviembre, el Quinto Regimiento ofrece

un almuerzo a los viajeros en su cuartel general, situado en un convento requisado a los salesianos en el barrio de Cuatro Caminos.[67]

Con Machado se sientan el histólogo Pío del Río Hortega; el director de la Biblioteca Nacional, Tomás Navarro Tomás; Arturo Duperier, catedrático de Geofísica de la Universidad Central; Antonio Madinaveitia, catedrático de la Facultad de Farmacia; el urólogo Isidro Sánchez Covisa; el escritor José Moreno Villa; el director del Instituto Nacional de Física y Química, Enrique Moles, y los psiquiatras Miguel Sacristán y Miguel Prados (hermano del poeta Emilio Prados).[68]

Durante el almuerzo pronuncian sendos discursos el comandante Carlos Contreras (sobrenombre del italiano Vittorio Vidali) —comisario político del Quinto Regimiento—, y Antonio Mije, consejero de Defensa de la Junta de Defensa de Madrid y miembro del Comité central del Partido Comunista. «Ustedes marchan a Valencia, o adonde ustedes quieran —termina Contreras—. Quedamos aquí luchando para, dentro de poco, poderles invitar a que regresen a este Madrid a seguir trabajando todos por una España grande y feliz.»[69]

Le toca a Machado dar las gracias. «Yo no me hubiera marchado —dijo según *Milicia Popular*—; estoy viejo y enfermo. Pero quería luchar al lado vuestro. Quería terminar mi vida que he llevado dignamente, muriendo con dignidad. Y esto solo podría conseguirlo cayendo a vuestro lado, luchando por la causa justa como vosotros lo hacéis.»[70] *Heraldo de Madrid*, a la mañana siguiente, dio una versión ligeramente diferente de las palabras del poeta: «Yo me voy a la fuerza de Madrid. Mi gusto habría sido morir en Madrid, luchando al lado del pueblo que tanto amo. Toda mi vida ha sido una vida digna y repito que mi gusto hubiera sido morir dignamente luchando a vuestro lado».[71]

Cuando terminó Machado, según el *Heraldo*, Tomás Navarro Tomás dio un entusiasta viva al 5.º Regimiento. «El momento fue de gran emoción —recoge el diario—. Muchos de los presentes lloraban y hombres que se han visto en duros combates, en situaciones difíciles, estaban verdaderamente acongojados.»[72]

El *Heraldo* había tenido más tiempo que *Milicia Popular* para elaborar su reportaje. Tiene especial interés su resumen de unos renglones del discurso del comandante Carlos:

Aludió a la diferencia que existe en el proceder de los facciosos y de los que luchan por una España mejor y dijo:

Así como Queipo de Llano, según decía por radio hace pocos días, había que convertir los pueblos en mataderos, nosotros decimos a los legionarios y a los moros que están engañados, que pueden rehacer su vida, y les afirmamos que no asesinamos a los prisioneros.[73]

No era verdad, por desgracia, que en Madrid no se asesinaba a los prisioneros. Las «sacas» de

la Cárcel Modelo, efectuadas sobre todo el 7 y el 8 de noviembre, y las de las otras prisiones madrileñas, habían conducido a la muerte, para la fecha en que sale Machado de la capital, a casi dos mil presos.[74]

¿Estaba el poeta al tanto de la magnitud del Terror Rojo imperante, y al cual trataba de poner coto la Junta de Defensa, cuyo consejero de Orden Público es el joven Santiago Carrillo? Es probable que no, aunque no podía ignorar que se estaban cometiendo numerosos e impunes asesinatos de personas de derechas.

¿Y Manuel? El hermano mayor, atrapado en Burgos, es ya uno de los dos principales corifeos de los rebeldes (el otro es José María Pemán). El 13 de octubre *Abc* de Sevilla había atacado encarnecidamente, en su «tercera», el manifiesto de apoyo a la República firmado en los primeros días de la guerra por Menéndez Pidal, Gregorio Marañón, Ortega y Gasset, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y otras personalidades.[75] En la misma página se publicaba un soneto de Manuel, «Blasón de España», inspirado por el asedio al Alcázar de Toledo. El poema terminaba:

*Hoy, ante su magnífica ruina,
honor universal, sol en la Historia,
puro blasón del español desnudo,*

*canta una voz de gesta peregrina:
«¡Mirad, mirad cómo rezuman gloria
las piedras del Alcázar de Toledo».*

Aunque es casi seguro que Antonio nunca vio aquella «tercera» del *Abc* sevillano, en la que aparecía su nombre a unos centímetros del de su hermano, difícilmente podía desconocer del todo la intensa labor a favor de Franco que ya para noviembre de 1936 realizaba Manuel en la otra zona. De ella le llegarían noticias. Además los poemas se transmitían por la radio rebelde, a veces leídos por su autor. Con esta amarga realidad tendría que convivir Antonio, que tan cerca se había sentido siempre de Manuel, a lo largo de toda la guerra.[76]

«A las cinco, aproximadamente —seguía el reportaje publicado en el *Heraldo* el 25 de noviembre—, se puso en marcha la expedición, que fue despedida, desde la misma calle, por Mije y los responsables del 5.º Regimiento.» Iban los sabios y sus familias en «dos magníficos autobuses, rodeados del mayor número posible de comodidades, perfectamente escoltados por un grupo de milicianos y cuatro tanques».[77]

Solo pudieron llevar consigo unos pocos enseres. Lo esencial. Atrás quedaban la biblioteca del poeta, sus papeles privados, sus cuadernos. ¿Y las muchas cartas de Pilar de Valderrama, su «grande y secreto amor»? Cuesta trabajo creer que las abandonó a su suerte, o que las destruyó, pero sobre su paradero nunca se ha podido averiguar nada.

Antonio Machado no lo podía saber, aunque quizá lo intuía, pero jamás volvería a pisar las calles de Madrid.

La caravana llega sin incidencias, ya de noche cerrada, a Tarancón, donde duermen los evacuados. Al amanecer suben otra vez a los vehículos. Una avería en el puerto de Contreras retrasa en unas horas su arribo a Valencia.[78]

Allí los periódicos reflejan la presencia en la ciudad del grupo y señalan que están instalados en el Palace Hotel, situado en la calle de la Paz, número 27, habilitado como Casa de la Cultura.[79]

Hay una conferencia de prensa. Pío del Río Horteiga declara que los madrileños están soportando los bombardeos fascistas «con un estoicismo sorprendente». El espectáculo, dice, es sencillamente «grandioso». En cuanto a Machado, insiste sobre los estragos producidos por la aviación enemiga, a su juicio con premeditación, en los centros culturales y artísticos madrileños. «Los fascistas pretenden demostrar con estos inexplicables bombardeos —manifiesta— que no respetan nada y todo les ha sido, y es, indiferente.»[80]

En una entrevista publicada unos días después en *La Vanguardia* de Barcelona el poeta volvió a subrayar el absoluto desprecio del fascismo por la cultura. El incendio producido en la Biblioteca Nacional le había conmocionado. «Yo lo afirmo rotundamente. El Museo del Prado, la Biblioteca Nacional, han sido bombardeados, sin otra motivación bélica que la fatal necesidad de destruir que siente el fascismo. He visto las huellas de las bombas dirigidas a estos templos de la cultura [...] La cultura es un objetivo militar para los fascistas, y para destruirla envían sus aviones internacionales como embajadores de las fuerzas negativas de la historia.» Ante tal contienda el intelectual digno de tal nombre no puede inhibirse. Sería ruina. Machado tiene para Federico García Lorca un recuerdo emotivo, y termina repitiendo que, como ha dicho en ocasiones anteriores, él y los otros intelectuales comprometidos con la democracia se sienten soldados que blanden la pluma en vez de la espada.[81]

El poeta se cansa muy pronto de la Casa de la Cultura. Desarraigado de su ambiente habitual, «agravado en sus dolencias» y «de una nerviosidad y extenuación realmente alarmantes», según su hermano José, es evidente que no puede seguir allí. Unos amigos proponen que se le instale con los suyos en un amplio chalet, «Villa Amparo», ubicado en el cercano pueblo de Rocafort. Dicho y hecho.[82]

La casa está en pleno campo. Desde ella se contempla la feraz huerta valenciana y, subiendo a la torre, se atisba el Mediterráneo. Aquí vivirán Machado y su familia año y medio. Los naranjos y limoneros del chalet le recuerdan, hay que suponerlo, los de su niñez sevillana, y le encanta el canalillo que bordea uno de los lados del jardín (la Acequia Real de Moncada).

Vive en una casita contigua la familia de uno de los alumnos del poeta en Madrid, Alfonso Sancho Sáez, cuyo padre es funcionario y ha venido con el Gobierno. Un día coincide con Machado en la estación y se atreve a presentarse. Hacen juntos el breve viaje a Valencia. «Su exquisita bondad condescendiente le impidió defraudarme —apunta Sancho Sáez— y me despedí de él comprendiendo que, naturalmente, no me había reconocido, pero aquel brevísimo encuentro vive en mi corazón como un resplandor.»[83]

El 11 de diciembre de 1936 el ministro de Instrucción Pública, el comunista Jesús Hernández, inaugura en la plaza de Emilio Castelar, en pleno centro de Valencia, una «Tribuna de Agitación y Propaganda». Acude una vasta muchedumbre al acto, que empieza a las cuatro de la tarde. La banda del Quinto Regimiento interpreta el *Himno de Riego* y *Los hijos del pueblo*, cantados por los coros organizados por el ministerio. León Felipe recita un poema inspirado por la defensa de Madrid. Hay más música. Luego es el turno de Machado, que, después de recibir una «enorme ovación», recita «El crimen fue en Granada».[84]

«Del fondo de este improvisado escenario —escribirá su hermano José— subió lentamente y con gran esfuerzo el Poeta y surgió su figura como si saliera por el escotillón de una comedia de magia. No creo que el autor de “Soledades” haya hecho en su vida mayor sacrificio. Verse sobre un tablado, en medio de una gran plaza pública y rodeado por un mar de cabezas que se apiñaban para verle y oírle fue, sin duda, algo insólito para él.»[85] Estaban allí José Moreno Villa —que recordaba «los apuros de Machado para trepar por unas vigas o tablonos estando torpe de movimientos como estaba»[86]— y José Bergamín, amigo y editor de Lorca, que daría fe de la intensa emoción transmitida por Machado durante la lectura de su ya famosa elegía:

Parecía que subía al cadalso. Mas no ahogaba su voz; por el contrario, habló desde allá arriba con tal fuerza que aquel dejo tímido y altivo de su palabra la iba desnudando o, mejor dicho, vistiéndola de sangre, por un pensamiento que expresaba los sentimientos en conmoción de todos los pueblos de España. Cantaba el poeta la muerte de Federico García Lorca. Y quienes escuchábamos aquella voz que tantas veces escuchábamos al cobijo de su intimidad solitaria, le veíamos por vez primera, dibujando en los aires su contorno con precisión exacta, con veracidad justa. Hablaba desentrañando sangrientamente de su propia voz enfurecida algo mucho más hondo que su vida personal invisible, la vida visible por su palabra, de un pueblo entero. Como un solo hombre la multitud se revelaba en esa voz entera del poeta que al decirse, al hablar, lo hacía como un solo pueblo y como un hombre solo...[87]

A lo largo de los siguientes meses, y a pesar de haber aceptado presidir la Casa de Cultura, Machado apenas pone los pies en la ciudad. Ello no quiere decir que se va desentendiendo de lo que ocurre a su alrededor. Lee con asiduidad la prensa, escribe incansablemente a favor de la

República, concede entrevistas y firma manifiestos.[88] Además, si José se queda en Villa Amparo a su lado, en calidad casi de secretario, Francisco y Joaquín vuelven a casa cada noche desde sus respectivos despachos en Valencia —Francisco en Justicia, Joaquín en Trabajo— con las últimas noticias.

Cuando Machado y los suyos llegaron a Valencia ya estaba en marcha una de las iniciativas culturales más admirables de la guerra: la revista mensual *Hora de España. Ensayos, Poesía, Crítica, al Servicio de la Causa Popular*.

El número inaugural aparece en enero de 1937. Tan hermosamente impresa por el poeta-tipógrafo Manuel Altolaguirre como finamente ilustrada por Ramón Gaya, continuará su valiente andadura casi hasta el final de la contienda y contará con la colaboración de algunas de las más notables plumas del momento. Entre ellas, en primerísimo lugar, la de Machado, que mes tras mes publicará allí sus reflexiones, a menudo a través del apócrifo Juan de Mairena.

Da una idea de la envergadura de *Hora de España* la composición del Consejo de Colaboración en enero de 1937: León Felipe, José Moreno Villa, Ángel Ferrant, Antonio Machado, José Bergamín, Tomás Navarro Tomás, Rafael Alberti, José F. Montesinos, Rodolfo Halffter, José Gaos, Dámaso Alonso, Luis Lacasa y el escultor Alberto Sánchez. En cuanto a la redacción, los integrantes son Manuel Altolaguirre, Rafael Dieste, Antonio Sánchez Barbudo, Juan Gil-Albert y Ramón Gaya.[89] Poco a poco se irán agregando otros nombres distinguidos —María Zambrano, Luis Cernuda, Emilio Prados, Arturo Serrano Plaja, Miguel Hernández, Octavio Paz— y algunos hoy menos conocidos.

Además de participar en cada número de *Hora de España*, Machado enviará numerosas colaboraciones a la revista *Servicio Español de Información* (dependiente del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes), así como a las pequeñas revistas pensadas para informar y animar a los milicianos. Entre 1936 y los últimos días de la guerra, de hecho, su trabajo a favor de la República será agotador.

El 15 de enero de 1937 se celebra en Valencia la Conferencia Nacional de Juventudes. Machado acepta formar parte de la presidencia de honor y el día antes hace unas declaraciones a la prensa. Manifiesta que nunca ha creído en la revolución desde arriba, iniciada o impuesta por los viejos. La revolución tiene que venir desde abajo, desde un arrollador impulso surgido de las entrañas del pueblo. «Yo no soy un verdadero socialista —declara, repitiendo lo que ha dicho en distintas ocasiones—, y, además, no soy joven; pero, sin embargo, el socialismo es la gran esperanza humana ineludible en nuestros días, y toda superación del socialismo lleva implícita su previa realización. Soy de los pocos viejos que no creyeron nunca en las falsas juventudes. Siempre pensé que la renovación de nuestra vieja España comenzaría por una estrecha

cooperación del esfuerzo juvenil férreamente disciplinado. Confío en vosotros, que sois la juventud con que he soñado hace muchos años. Con vosotros estoy de todo corazón.»[90]

A Machado le impresiona «profundamente» la intervención de Dolores Ibárruri. «¡Qué tono de sinceridad, de mujer española auténtica!», exclama. El periodista apunta que en la voz del poeta, al decirlo, había «temblores de emoción contenida.»[91]

También impresiona a Machado, por estas mismas fechas, la heroica actuación de las Brigadas Internacionales. Cuando, en febrero, muere luchando con ellas el joven escritor británico Ralph Fox, la firma del poeta encabeza el telegrama de pésame enviado por la Alianza de Intelectuales Antifascistas Españoles.[92]

El 16 de marzo de 1937 Socorro Rojo Internacional organiza en el teatro Apolo de Valencia un festival en beneficio de las víctimas del fascismo. Jacinto Benavente (que según la prensa rebelde ha sido asesinado por los «rojos») está presente, y Machado, que no puede acudir, manda un texto expresamente redactado para el acto.[93] Titulado «Meditación del día», empieza con versos romanceados que luego se van alargando para dar paso a la prosa. El documento, publicado dos días después en el diario valenciano *El Pueblo*, es uno de los más indignados y comprometidos que se conocen del Machado de la guerra:

*Frente a la palma de fuego
que deja el sol que se va,
en la tarde silenciosa
y en este jardín en paz,
mientras Valencia florida
se bebe el Guadalaviar
—Valencia de finas torres,
en el lírico cielo de Ausias March,
trocando su río en rosas
antes que llegue a la mar—,
pienso en la guerra. La guerra
viene como un huracán
por los páramos del alto Duero,
por las llanuras del pan llevar,
desde la fértil Extremadura
a estos jardines de limonar,
desde los grises cielos astures
a las marismas de luz y sal.
Pienso en España vendida toda
de río a río, de monte a monte, de mar a mar.*

Toda vendida a la codicia extranjera: el suelo y el cielo y el subsuelo. Vendida toda por lo que pudiéramos llamar —perdonadme lo paradójico de la expresión— la trágica frivolidad de los reaccionarios.

Y es que, en verdad, el precio de las grandes traiciones suele ser insignificante en proporción a cuanto se arriesga para realizarlas, y a los terribles males que se siguen de ellas, y sus motivos no son menos insignificantes y mezquinos, aunque siempre turbios e inconfesables.

Si preguntáis: Aparte de los treinta dineros, ¿por qué vendió Judas al Cristo?, os veríais en grave aprieto para responderos.

Yo he leído los cuatro Evangelios canónicos para hallar una respuesta a esta pregunta. No la he encontrado. Pero la hipótesis más plausible sería esta: entre los doce apóstoles que acompañaban a Jesús, era Judas el único mentecato. En el análisis psicológico de las grandes traiciones encontraréis siempre la trágica mentecatez del Iscariote. Si preguntáis ahora ¿por qué esos militares rebeldes volvieron contra el pueblo las mismas armas que el pueblo había puesto en sus manos para defensa de la nación? ¿Por qué, no contentos con esto, abrieron las fronteras y los puertos de España a los anhelos imperialistas de las potencias extranjeras? Yo os contestaría: en primer lugar, por los treinta dineros de Judas, quiero decir por las míseras ventajas que obtendrían ellos, los pobres traidores a España, en el caso de una plena victoria de las armas de Italia y de Alemania en nuestro suelo. En segundo lugar, por la rencorosa frivolidad, no menos judaica, que no mide nunca las consecuencias de sus actos. Ellos se rebelaron contra un Gobierno de hombres honrados, y atentos a las aspiraciones más justas del pueblo, cuya voluntad legítimamente representaban. ¿Cuál era el gran delito de este Gobierno lleno de respeto, de mesura y de tolerancia? Gobernar en un sentido de porvenir, que es el sentido esencial de la historia. Para derribar a este Gobierno, que ni había atropellado ningún derecho ni olvidado ninguno de sus deberes, decidieron vender a España entera a la reacción europea. Por fortuna la venta se ha realizado en falso, como siempre que el vendedor no dispone de la mercancía que ofrece. Porque a España, hoy como ayer, la defiende el pueblo, es el pueblo mismo, algo muy difícil de enajenar. Porque por encima y por debajo y a través de la truhanería inagotable de la política internacional burguesa, vigila la conciencia universal de los trabajadores.

«¡Viva España! ¡Viva el pueblo! ¡Viva el Socorro Rojo Internacional! ¡Viva la República Española!» [94]

Es imposible que quienes mandan en la zona rebelde no sepan ya que Antonio Machado es adversario acérrimo de su llamado Movimiento, y que sus planteamientos distan poco de los marxistas. El 26 de abril de 1937 *El Pueblo* publica el manifiesto que acaban de dirigir Jacinto Benavente, Machado, Pío del Río Hortega, José Puche (rector de la Universidad de Valencia) y José Bergamín a «los estudiantes, artistas, hombres de ciencia y escritores de la España facciosa». Manifiesto que, según el mismo diario, «ha sido difundido profusamente por las zonas en poder de los rebeldes» (quizá en forma de octavillas lanzadas desde el aire). El documento insiste sobre la criminalidad del fascismo internacional que ahora se quiere implantar en España, y exhorta a quienes lo lean: «Llamamos a vuestra conciencia española. No nos traicionéis traicionándoos. No traicionéis a España ni en su pasado ni en su porvenir. No ayudéis con vuestra complicidad a los enemigos de la patria. A los que quisieron convertirla en colonia extranjera».

[95]

El 2 de junio *El Pueblo* y *Frente Rojo* publican otro manifiesto que los intelectuales españoles

antifascistas envían al mundo, esta vez en protesta por el bombardeo de Almería. Vuelven a encabezar la lista de firmantes Benavente y Machado.[96]

Se dan a conocer también las reflexiones de nuestro poeta, mayormente atribuidas a un Juan de Mairena «póstumo», en *Hora de España* y luego en *La Vanguardia* de Barcelona. Representan la culminación de una vida entera dedicada a la búsqueda y al análisis de «lo esencial español».

Nada como la guerra, dice Mairena en uno de sus comentarios, para agudizar nuestra percepción de la paz perdida. El viejo dicho romano *Si vis pacem para bellum* («Si quieres la paz prepara la guerra») le ha dado mucho que pensar a Machado. No puede estar de acuerdo, por supuesto, y Mairena propone una reformulación: «Si quieres paz, prepárate para vivir en paz con todo el mundo». Que es exactamente lo que *no* han hecho las llamadas democracias occidentales que, al participar en una frenética carrera de armamentos mientras al mismo tiempo se afanan por apaciguar a Hitler, han conseguido que el cataclismo, cuando llegue, sea terrible.[97]

Hoy sabemos que Machado tenía razón. Sigue siendo en el cristianismo —en el cristianismo laico sin Dios— donde encuentra la clave para un futuro mundo en paz. Porque lo realmente original del mensaje de Cristo —ya lo viene señalando desde hace años— es su insistencia sobre el amor fraternal. Y el amor fraternal es incompatible con el propósito declarado de aniquilar al prójimo, inherente al fascismo. Machado había declarado en 1934 que el marxismo era la *praxis* política que a su juicio más se aproximaba a las enseñanzas de Jesús. Lo reafirma ahora en su «Carta a David Vigodsky», fechada 20 de febrero de 1937 y publicada este abril en *Hora de España*.

Vigodsky es un distinguido hispanista ruso. Machado desarrolla en su carta la tesis de que los rusos, al margen del marxismo —así como los españoles al de la Iglesia católica— son un pueblo profundamente cristiano por el énfasis que ponen sobre el amor fraternal. La reciente lectura de *El adolescente*, de Dostoievski, le ha convencido de que no se equivoca. Por parte española ahí está don Quijote, exacta representación, a juicio de Machado, del alma cristiana de su pueblo. Y está su amigo y maestro Unamuno, el «incansable poeta de la angustia española», cuya reciente muerte en Salamanca le ha afectado hondamente.[98]

El 1 de mayo de 1937, en el congreso de las Juventudes Socialistas Unificadas celebrado en Valencia, Machado pronuncia un discurso en el cual tiene el valor de exponer otra vez, con nitidez, su actitud personal ante el marxismo/socialismo:

Desde un punto de vista teórico, yo no soy marxista, no lo he sido nunca, es muy posible que no lo sea jamás. Mi pensamiento no ha seguido la ruta que descende de Hegel a Carlos Marx. Tal vez porque soy demasiado romántico, por el influjo, acaso, de una educación demasiado idealista, me falta simpatía por la idea central del marxismo; me resisto a creer que el factor económico, cuya enorme importancia no desconozco, sea el más esencial de la vida humana y el gran motor de la historia. Veo, sin embargo, con entera claridad, que el Socialismo, en cuanto supone una manera de convivencia humana, basada en el trabajo, en la igualdad de los

medios concedidos a todos para realizarlo, y en la abolición de los privilegios de clase, es una etapa inexcusable en el camino de la justicia; veo claramente que es esa la gran experiencia humana de nuestros días, a que todos de algún modo debemos contribuir.[99]

Unos meses después continúa esta meditación en otro artículo, «Sobre la Rusia actual». ¿Cuáles son las «virtudes específicamente rusas» que han hecho posible el milagro de la Unión Soviética? Las encuentra claramente delineadas en la literatura prerrevolucionaria —Tolstoi, Turgueniev, Dostoievski—, en esas figuras que «parecen movidas por un resorte esencialmente religioso, una inquietud verdadera por el total destino del hombre». Es decir, los rusos han sido siempre revolucionarios cristianos.

Siendo así, Machado reconoce que puede parecer paradójico que la Rusia actual profese «un puro marxismo». Pero no cree que lo sea. «Es muy posible, casi seguro —propone a continuación, afinando lo dicho en ocasiones previas—, que el alma rusa no tenga, en el fondo y a la larga, demasiada simpatía por el dogma central del marxismo, que es una fe materialista, una creencia en el hambre como único y decisivo motor de la historia.» El marxismo ruso, según esta óptica, es un paso previo y necesario para la creación de una sociedad «de comunión cordial y fraterna». Un camino hacia un mundo mejor. «Mi tesis es esta —termina Machado—: la Rusia actual, que a todos nos asombra, es marxista, pero es mucho más que marxismo. Por eso el marxismo, que ha traspasado todas las fronteras y está al alcance de todos los pueblos, es en Rusia donde parece hablar a nuestro corazón.»[100]

¿Había oído rumores acerca de posibles crímenes cometidos por el estalinismo? Si así fuera, y no tenemos información alguna al respecto, hay que suponer que tampoco habría cambiado su tesis acerca de lo esencial ruso, de lo esencialmente *cordial* ruso. Le correspondía, como escritor comprometido con la República, ensalzar a los mayores aliados de España en la guerra contra el fascismo. Pero lo hace desde una profunda convicción muy anterior a la sublevación. ¿Convicción ingenua? Tal vez, pero no por ello menos sincera.

Recibe algunas visitas en Rocafort. Un día, a mediados de 1937, el periodista valenciano Rafael Ferreres acude acompañado del filósofo Vicente Gaos, que se queda preocupado al constatar la notable desmejora física del poeta, de aspecto «mucho más viejo» de lo que había esperado. «Andaba encorvado y arrastrando los pies —recordó—. El aliño de su persona era exactamente el “torpe aliño indumentario” con que él mismo se ha descrito. Véase en todo al hombre descuidado de sí mismo. Su cansancio y su agotamiento trascendían en el vacilante pulso con que firmó nuestros libros.»[101]

Ferreres comete en otra visita a Villa Amparo la indiscreción de decir que acaba de oír a Manuel Machado en la radio de Burgos. Antonio cambia, «un poco desazonado», de conversación. Y le pregunta en la puerta, «solo por curiosidad», qué decía su hermano. «Estaba leyendo unos

sonetos patrióticos, uno de ellos dedicado al general Franco», contesta el joven. Machado no hace ningún comentario, pero podemos imaginar su profundo disgusto.[102]

Estaba indudablemente al tanto de que Manuel se había convertido ya en uno de los principales panegiristas del Caudillo. ¡Mientras él luchaba por defender a la República legalmente constituida, su hermano encomiaba en público al detestable traidor que se había aliado con los fascistas alemanes e italianos para asesinar la democracia española! ¡Qué dolor, fuesen las que fuesen las razones para explicar tal defeción!

En uno de los sonetos compuestos en Valencia y publicado en *Hora de España*, el poeta evocaba su infancia sevillana y dirigía al mismo tiempo, entre líneas, una amarga queja al hermano mayor con quien la había compartido:

*Otra vez el ayer. Tras la persiana,
música y sol; en el jardín cercano,
la fruta de oro, al levantar la mano,
el puro azul dormido en la fontana.*

*Mi Sevilla infantil ¡tan sevillana!
¡cuál muerde el tiempo tu memoria en vano!
¡Tan nuestra! Aviva tu recuerdo, hermano.
no sabemos de quién va a ser mañana.*

*Alguien vendió la piedra de los lares
al pesado teutón, al hambre mora,
y al ítalo las puertas de los mares.*

*¡Odio y miedo a la estirpe redentora
que muele el fruto de los olivares,
y ayuna y labra, y siembra y canta y llora!*[103]

Otro joven escritor, el alicantino Juan Gil-Albert, visita al poeta y toma nota, como Gaos, de su aspecto envejecido y descuidado: «El cuello sin abotonar, los cordones de los zapatos a medio anudar, el belfo caído; entrecanoso. Sobre sus hombros, a la luz del sol que entraba oblicua por los ventanales, se percibía depositado un polvillo blanco que, en aquellas alturas, en torno a la antigua testa creadora, hacía pensar, metafóricamente, en la lava de un volcán».[104] El polvillo, claro, es la ceniza de los sempiternos cigarrillos. «En los últimos tiempos de la guerra los apuraba mucho más —recuerda su hermano José—. Y en los días en que no había ya tabaco, buscaba con avidez sus propios cigarros empezados para acabarlos.» Incluso llegó hasta fumar

hierbas aromáticas, pero las dejó enseguida al comprobar que no le gustaban nada. «El tabaco le era tan esencial cuando trabajaba —sigue José— que, apenas tiraba un cigarrillo ya estaba encendiendo otro, no obstante saber lo mucho que le perjudicaba a su salud.»[105]

El domingo 4 de julio de 1937 se inicia en Valencia el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura.[106] El primero se había convocado en París dos años antes, motivado por el ensañamiento progresivo de Hitler y Mussolini con las letras y las ciencias. Acuden ahora numerosos autores españoles y extranjeros de diversas tendencias izquierdistas pero convencidos, todos ellos, de que «el escritor que no hace política, hace esta guerra».[107]

Inaugura el Congreso el doctor Juan Negrín, que en junio ha sucedido a Largo Caballero como presidente del Gobierno, acompañado por los ministros Jesús Hernández, José Giral, Julián Zugazagoitia y Bernardo Giner de los Ríos. A su lado hay distintas representaciones de escritores: por Francia, André Malraux y Julien Benda; por Alemania, Ludwig Renn; por la Unión Soviética, Mijail Koltsov (luego eliminado por Stalin) y Alexis Tolstoi; por Dinamarca, Anderson Nexø; por Inglaterra, el poeta W. H. Auden; por Estados Unidos, el poeta y crítico Malcolm Cowley; por Chile, Pablo Neruda; y, por España, Antonio Machado y José Bergamín.[108]

Impregna el Congreso una profunda indignación por la actitud ante la guerra española de los grandes Estados sedicentemente democráticos —Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos— que se han negado a apoyar las justas pretensiones de la República, atacada de manera tan brutal por el fascismo internacional. Los congresistas no entretienen dudas acerca de lo que ocurrirá en Europa si el fascismo gana la partida en España. Lo acaba de demostrar Guernica. Sombras tutelares de las sesiones son Émile Zola y su famoso «J'accuse» (el nombre de Dreyfus está en todas las bocas) y Federico García Lorca.[109]

El primer día del Congreso José Bergamín lamenta la defección de los intelectuales españoles que no quieren ser pueblo, que no se sienten pueblo.[110] Muy aplaudido es el discurso de Malcolm Cowley, para quien el máximo culpable de la actitud antirrepublicana del Gobierno de Estados Unidos es el magnate Randolph Hearst, cuya cadena de periódicos ha apoyado a Franco, Hitler y Mussolini desde el inicio del conflicto.[111]

El Congreso se traslada a Madrid entre el 5 y el 9 de julio y reanuda sus sesiones en Valencia el día 10. El cubano Juan Marinello —que se llevará en el bolsillo un mensaje de Machado para su pueblo—[112] declara que lo que está ocurriendo en España es «un caso de sentido universal». La derrota de la República sería un desastre no solo para España y Europa sino para América Latina, donde las fuerzas de la reacción están cada vez más envalentonadas.[113] Tristan Tzara, quince años atrás animador del movimiento Dadá, expresa su desprecio por los escritores que no se comprometen con la causa republicana. Representan, está claro, «el espíritu de no intervención

aplicado de manera efectiva al mundo de las letras.»[114] Ilya Ehrenburg, que conoce muy bien España y su literatura, no podría estar más conmovido: «Ciertamente, los hombres no han cuidado durante decenas de años los olivos para que los obuses arrasen los olivares; ciertamente, la tierra generosa española no ha dado al mundo a García Lorca para que un soldado ignorante lo mate».[115] Impacta el discurso del hispanista ruso Fyodor Kelyn, que da un repaso a la literatura española más apreciada en Rusia: *Don Quijote*, por supuesto, pero también el *Romancero* y Lope de Vega, especialmente *Fuenteovejuna*, prohibida por los zares y ahora popularísima.[116]

En cuanto a los españoles, Fernando de los Ríos está de acuerdo en que, si se hunde la República, los resultados para Europa y el mundo serán devastadores. Entiende que 1808, gracias a la resistencia del pueblo, significó un momento estelar en la historia del país. No por nada la palabra «liberal», en su sentido político, se hizo popular al año siguiente en Cádiz. De los Ríos recuerda que poco después, en 1822, cuando los españoles estaban luchando otra vez contra la tiranía de Fernando VII, el gran Jeremy Bentham había escrito: «En este instante, para el mundo europeo no hay más que una esperanza: España». El pueblo español, al oponerse ahora al fascismo, sin apenas ayuda de nadie, está volviendo a cumplir con su destino.[117]

A Machado le toca leer la última ponencia del día, que titula «Sobre la defensa y la difusión de la cultura». Rechaza de forma radical la noción orteguiana del hombre-masa. ¡No hay tal! El pueblo se compone de individuos, cada uno con sus peculiaridades, sus necesidades y sus derechos. «Desconfiad del tópico *masas humanas* —insiste—. Muchas gentes de buena fe, nuestros mejores amigos, lo emplean hoy, sin reparar en que el tópico proviene del campo enemigo: de la burguesía capitalista que explota al hombre, y necesita degradarlo; algo también de la Iglesia, órgano de poder, que más de una vez se ha proclamado instituto supremo para la salvación de las masas. Mucho cuidado; a las masas no las salva nadie; en cambio, siempre se podrá disparar sobre ellas. ¡Ojo!» Y sigue: «Si os dirigís a las masas, el hombre, el *cada hombre* que os escuche, no se sentirá aludido y necesariamente os volverá la espalda. He aquí la malicia que lleva implícita la falsedad de un tópico que nosotros, demófilos incorregibles y enemigos de todo señoritismo cultural, no emplearemos nunca de buen grado, por un respeto y un amor al pueblo que nuestros adversarios no sentirán jamás».[118]

¡Demófilos incorregibles! ¡«Amigos del pueblo»! Con dos palabras expresaba Machado, sin que nadie lo pudiera sospechar aquella tarde en Valencia, su deuda para con su padre, que se apodaba «Demófilo», y, por extensión, con su abuelo, apasionados admiradores ambos del pueblo español y republicanos acérrimos.

Varios congresistas dejaron constancia de su encuentro en Valencia con Machado. Nicolás Guillén le oyó hablar, en Villa Amparo, «de la guerra que lo preocupaba y ocupaba sin descanso». Para el poeta cubano, Machado fue «la figura central» del Congreso.[119] Arturo Serrano Plaja recordaba que en una de las sesiones le había visto «una cara tan gris, tan de cansancio» que le

preguntó si se sentía bien. «Me dijo —mintiendo heroicamente— que muy bien y que si podría yo llevarle una copa de coñac.»[120]

Concluido por lo que toca a Valencia el Congreso, que luego continuará en Barcelona y París, el Ministerio de Instrucción Pública cierra la Casa de la Cultura. Ha habido mar de fondo en torno, con las habituales tensiones entre comunistas y demás fuerzas republicanas. Machado, que se ha sentido aludido, se apresura a declarar que, por lo que a él respecta, nunca ha sido objeto de «presión de partido por parte del Ministerio de Instrucción Pública ni de ningún otro órgano del Estado». «Mi posición política —añade— es hoy la misma de siempre. Yo soy un viejo republicano para quien la voluntad del pueblo es sagrada.»[121] Puesto que dirige dicho ministerio en estos momentos el comunista Jesús Hernández —autor, luego, del polémico libro *Yo fui un ministro de Stalin en España*— parece colegirse oblicuamente que a Machado se le ha acusado de ser «compañero de viaje» del partido, algo que por supuesto rechaza.

Alfredo Sancho Sáez, el joven exalumno y ahora vecino de Machado en Rocafort, lo espía muchas veces, desde el camino, sentado en la terraza de Villa Amparo. Allí, por estas fechas, con el mar valenciano al fondo, el poeta compone un soneto dedicado a su añorada Pilar de Valderrama, a quien imagina mirando el Atlántico desde su balcón portugués. Impregna el poema, además del dolor de la separación, el presentimiento de la muerte:

*De mar a mar entre los dos la guerra,
más honda que la mar. En mi parterre,
miro a la mar que el horizonte cierra.
Tú asomada, Guiomar, a un finisterre,
miras hacia otro mar; la mar de España
que Camoens cantara, tenebrosa.
Acaso a ti mi ausencia te acompaña.
A mí me duele tu recuerdo, diosa.*

*La guerra dio al amor el tajo fuerte.
Y es la total angustia de la muerte,
con la sombra infecunda de la llama*

*y la soñada miel de amor tardío,
y la flor imposible de la rama
que ha sentido del hacha el corte frío.*[122]

Lo que no sabe el poeta es que, desde febrero de 1937, Valderrama vive otra vez en España. En

la España de Franco. Concretamente en una casa perteneciente a su madre política en Palencia.
[123]

Machado escribe otros sonetos durante su estancia en Valencia. Expresan su profundo desgarramiento ante el hecho de la contienda civil que está destrozando el país.

En uno de ellos, «La primavera», habla con la «niña inmortal, infatigable dea» que trae cada año, en esta época, la savia nueva y la esperanza de amor. Pese a las bombas lanzadas por los trimotores enemigos que se ciernen sobre Valencia —ya no la ciudad tranquila de los meses iniciales de la guerra—, pese al estruendo de las sirenas y de las explosiones, ahí está, una vez más, el milagro del campo animado por la «alegre zalema» de abril.[124]

Después de sus noches de trabajo le gusta contemplar la llegada del nuevo día. «Amanecer en Valencia (Desde una torre)» expresa su tristeza al no poder cantar la felicidad disfrutada por la tierra levantina —«de floridas almunias y arrozales»— antes de la tragedia.[125] En «La muerte del niño herido» —herido, se da a entender, por una bomba enemiga— es la ternura del poeta identificado con los inocentes que sufren las consecuencias de la criminalidad fascista.[126]

En otro soneto de la secuencia glosa un asunto que le obsesiona, la «venta» de España a la ambición internacional.[127] Y en el último, con su dedicatoria entre paréntesis («*A otro Conde Don Julián*») —alusión clarísima a Franco, que ha abierto las puertas del país a la codicia extranjera, así como el padre de la Cava a los musulmanes—, esboza un diálogo entre la madre España y Dios que no excluye cierta piedad hacia el traidor:

*Hijo tuyo es también, Dios de bondades.
Cúrale con amargas soledades.
Haz que su infamia su castigo sea.*

*Que trepe a un alto pino en la alta cima,
y en él ahorcado, que su crimen vea,
y el horror de su crimen lo redima.*[128]

Pese a su profunda melancolía sigue trabajando. Muchas veces tiene que apagar la luz cuando empieza un nuevo bombardeo. Terminado este, vuelve a sus cuartillas. «Cada día su gabán parecía mayor y él más pequeño —recuerda José—. Entre el frío que le hacía encogerse, y su cuerpo que se consumía, no tanto bajo el peso de los años —entonces tenía sesenta— como por el agotamiento de sus energías físicas.»[129]

En agosto de 1937 visita Villa Amparo el escritor alicantino Pascual Pla y Beltrán, a quien impresiona el evidente cariño con el cual se tratan Antonio y José. El poeta elogia la campiña valenciana, tan paradisiaca, pero expresa su preferencia por las nunca olvidadas estepas de Castilla, duras y resistentes. Acaso lo más relevante de sus declaraciones concierne al exilio que

ya parece intuir como inevitable. «Cuando pienso en un posible destierro en otra tierra que no sea esta atormentada tierra de España —confiesa—, mi corazón se turba y conturba de pesadumbre. Tengo la certeza de que el extranjero significaría para mí la muerte.»[130]

De repente es el otoño. Ha pasado un año desde que Madrid decidiera no dejar pasar al enemigo. Consciente de que es su deber celebrar como pueda la hazaña, y con ello animar a los que siguen defendiendo la República asediada, reúne textos ya publicados en revistas y prepara otros. El más conocido hoy es el titulado *Madrid. Baluarte de nuestra Guerra de Independencia*, que edita el Servicio Español de Información en un hermoso cuadernillo de dieciséis páginas con numerosas fotografías de los destrozos causados en la capital por la aviación italo-alemana, así como de los combatientes, de los miembros de la Junta de Defensa de Madrid y de la población civil. De sus ocho apartados, al parecer solo el último, fechado «Valencia, 7 de Noviembre de 1937», es estrictamente inédito. En él Machado expresa el desprecio que le inspiran los traidores y sus aliados, «las hordas compradas al hambre africana», «las tropas italianas de flamantes equipos militares, al servicio de un faquín endiosado» y «los sabios verdugos del género humano, a sueldo de la ambición germana». La mayor grandeza de Madrid reside, a juicio del poeta, en haber luchado, y en seguir haciéndolo, no solo por su propia salvación, o la de la patria, sino por la humanidad entera. Al defender la causa popular, la capital «vierte su sangre por todos los pueblos y defiende el porvenir del mundo».[131]

Hacia finales del año Espasa-Calpe publica *La Guerra (1936-1937)*, recopilación de textos machadianos compuestos durante la contienda. Es una edición lujosa, con cubierta embellecida de letras azules y rojas, papel de excelente calidad y numerosas ilustraciones a tinta de José Machado.

La joven María Zambrano elogia el libro en el número de *Hora de España* correspondiente a diciembre de 1937. Las «terribles circunstancias» que están viviendo los españoles, las más duras «que se han exigido a pueblo alguno», han conseguido, dice, que Machado, aunque el mismo de siempre, haya cobrado de repente una enorme relevancia nacional. A María Zambrano, como pensadora, le fascina el hecho de ser Machado filósofo además de poeta. Tiene un fondo de sereno estoicismo que, aunque acaso el poeta no quiera del todo admitirlo, es el mismo «signo de resignación y triunfo» que él cree percibir en los rostros de los milicianos que están dispuestos a perder su vida por la República. Zambrano no duda, por otra parte, que Machado es un gran poeta amoroso, un poeta que canta y razona el amor como pocos. Y es cierto.[132]

Todo indica que Valencia, pese a la retórica de la esperanza, no tardará en caer en manos de Franco. A finales de octubre el Gobierno se había trasladado a Barcelona y, con él, la redacción de *Hora de España*. Machado sabe que pronto no tendrá más remedio que mudarse con los suyos a la capital catalana.[133]

A principios de febrero de 1938, en efecto, el escritor Juan José Domenchina le comunica una propuesta oficial en este sentido. Machado se muestra reacio a irse, como hiciera en Madrid. «Aquí trabajo bastante —contesta el 17 de febrero— y, aunque siempre estoy a la disposición del Gobierno, me agrada permanecer en este ambiente más reposado que el de Barcelona.» Añade que está preparando, «entre otras muchas cosas, una Historia poética de la Guerra», con la «colaboración gráfica» de José, proyecto del cual no sabemos nada más.[134]

Al poeta le preocupa el futuro de sus seis sobrinas, sobre todo las tres hijas de José y Matea Monedero. Ha hecho lo posible por orientar en Villa Amparo sus estudios, pero es muy consciente de que no están recibiendo una formación adecuada. El 2 de abril expresa su inquietud al respecto en una carta al hispanista ruso Fyodor Kelyn, con quien ha hecho buenas migas en el Congreso de Escritores de Valencia, y tantea la posibilidad, si todo sale mal en España, de trasladarse con ellas a Rusia, «donde es posible la noble convivencia humana». Allí trabajarían él y José «para no ser gravosos en esa tierra hospitalaria, sirviendo, además, de todo corazón, la causa de España y de sus relaciones con la U.R.S.S.» No sabemos si la carta recibió contestación.[135]

Ya para estas fechas ha acordado enviar una colaboración regular a *La Vanguardia* de Barcelona. El primer artículo, «Notas inactuales, a la manera de Juan de Mairena», se publica el 27 de marzo de 1938, introducido por una elogiosa nota del gran rotativo.[136]

Unos días después sale en la revista *Ayuda*, que ahora se edita en Valencia, su poema «Alerta (Himno para las juventudes deportivas y militares)». Lo ha compuesto, según José, a petición de «unos jóvenes entusiastas» —probablemente pertenecientes a las Juventudes Socialistas Unificadas— que le visitaron en Rocafort. Termina:

*En las encrucijadas del camino
cruels enemigos nos acechan:
dentro de casa la traición se esconde,
fuera de casa la codicia espera.
Vendida fue la puerta de los mares,
y las ondas del viento entre las sierras,
y el suelo que se labra,
y la arena del campo en que se juega,
y la roca en que yace el hierro duro;
solo la tierra en que se muere es nuestra.
Alerta al sol que nace,
y al rojo parto de la madre vieja.
Con el arco tendido hacia el mañana
hay que velar. ¡Alerta, alerta, alerta!*[137]

El himno será la despedida de Machado a Valencia. A mediados de abril recibe un telegrama del Gobierno en el cual se le invita, «perentoriamente», a abandonar Rocafort y trasladarse a Barcelona en el coche oficial que a la mañana siguiente se pondrá a su disposición. Esta vez el poeta, que depende económicamente de las autoridades republicanas, y además debe velar por el bienestar y seguridad de los suyos, no puede sino doblegarse ante lo inevitable. Por otra parte Joaquín y su mujer, así como Francisco y su familia, ya se han mudado a la capital catalana con sus respectivos departamentos.[138]

«Son ya los angustiosos momentos de la guerra en que iba a quedar interceptado el camino entre Valencia y Barcelona —explica José—. Con la urgencia del caso recogió sus papeles de más interés. Y como no había tiempo para más, tuvieron que quedar allí muchos libros, revistas y periódicos muy interesantes.»[139]

En Barcelona las autoridades instalan a los Machado en el espacioso Hotel Majestic, ubicado, como hoy, en el ancho paseo de Gràcia, número 70, en la misma acera y no lejos de uno de los edificios más renombrados de Gaudí, la Casa Milà. No está a gusto allí el poeta. «En este odioso ambiente de hotel, tan poco propicio a su soledad, pasó un mes —apunta José—. Allí, como en un andén de estación, pasaban, se cruzaban toda clase de personas conocidas y desconocidas, sospechosas.»[140]

Hay algún consuelo. También están alojados en el Majestic León Felipe y José Bergamín, con quienes había coincidido Machado en Valencia, y el hispanista norteamericano Waldo Frank, tan profundamente identificado con la causa de la República como asqueado por la política de su país (y de Francia y Gran Bretaña) en relación con ella.[141]

Un día avista a Machado inesperadamente su exalumno del Instituto Calderón de la Barca en Madrid, y vecino en Rocafort, Alfonso Sancho Sáez. Ocurre en el «enorme edificio» de la Diagonal que ocupa el Ministerio del Estado, donde, gracias al francés aprendido en las clases del poeta, el joven trabaja ahora en la Sección de Prensa Extranjera. Cerca, en el mismo inmueble, está la redacción de *Hora de España*, por la que desfilan Rafael Alberti, Manuel Altolaguirre, Juan Gil-Albert, Arturo Serrano Plaja y Miguel Hernández. Antes de que Sancho Sáez pueda saludar a Machado este desaparece en el despacho del ministro de Estado, Julio Álvarez del Vayo.[142]

Al no aguantar el poeta ya más el Majestic, las autoridades le encuentran otro alojamiento más idóneo, así como habían hecho en Valencia. Se trata de la Torre Castañer, palacio del siglo XVIII incautado a su propietaria, la marquesa de Moragas. El edificio, que está rodeado de una espaciosísima finca, con jardín ornamental, bosque y «barranco», se halla casi en las afueras de la

ciudad al pie del Tibidabo, en el paseo de Sant Gervasi (hoy números 19-21). Allí se instala Machado con los suyos a finales de mayo.

El palacio está algo alicaído, como descubre José Bergamín: «Grandes habitaciones. Salones con profusión de espejos en dorados marcos, piano antiguo, cornucopias, litografías que amarilleaban por el tiempo y grandes y magníficas arañas. El retrato de la marquesa, con un enorme marco circular recargado de purpurina, que sujetaba un cristal que protegía la pintura, hecha al pastel, por el pintor Béjar. La representaba joven y con un vaporoso traje. En este salón, que era el principal, todas las cosas estaban traspasadas por el tiempo. Los dueños de esta morada eran por aquel entonces los ratones y la carcoma. La sensación que daba esta vieja Torre era la de que todo iba a caerse hecho polvo».[143]

El edificio tiene su propia capilla, y, en el jardín, un panteón «al que se bajaba por una amplia y tortuosa escalera». ¿Hay fantasmas por la noche? Las sobrinas del poeta se lo plantean.[144]

En la Torre Castañer pasarán ocho meses. A veces los visitarán Francisco Machado y su familia, instalados en el Hotel España, detrás del Liceo, quizá también Joaquín y su mujer Carmen.[145] Antonio apenas sale a la calle, entregado en cuerpo y alma a la tarea que le consume: seguir escribiendo en defensa de la República, seguir creando.

En junio publica en *Hora de España* la secuencia de sonetos compuestos en Rocafort, además del dedicado a Enrique Líster («A Líster. Jefe en los ejércitos del Ebro») y una redondilla sin trascendencia en honor de Federico de Onís. Son los únicos poemas que edita en la revista.

De tarde en tarde sus artículos dejan traslucir algún pequeño detalle que ilumina su vida cotidiana, o su estado de ánimo real. Dos o tres veces, por ejemplo, apunta que no solo está viejo sino también enfermo. Por tal razón, dice en *La Vanguardia*, no puede ir a París a protestar en el Congreso por la Paz contra los bombardeos de las ciudades abiertas.[146] Nos enteramos de que está relejendo a Rubén Darío, a Shakespeare, y a los catalanes Maragall, Mosén Cinto y Ausiàs March, sin olvidar por ello a los actuales. El hecho de que su conocimiento del catalán es de necesidad imperfecto no le impide ni mucho menos gozar de estos buceos literarios en otra cultura peninsular. Y consigna: «Como a través de un cristal, coloreado y no del todo transparente para mí, la lengua catalana, donde yo creo sentir la montaña, la campiña y el mar, me deja ver algo de estas mentes iluminadas, de estos corazones ardientes de nuestra Iberia». Hermoso tributo al idioma que odian a muerte los franquistas.[147]

El común denominador de los artículos publicados por Machado en Barcelona —en primer lugar los diecinueve que aparecieron en *La Vanguardia* entre mayo de 1938 y enero de 1939, bajo el título «Desde el mirador de la guerra»— es el desprecio que le suscitan los Gobiernos británico y francés que, al concertar con Alemania e Italia el hipócrita «pacto de no intervención», han traicionado el talante esencialmente democrático de sus respectivos pueblos, además de perpetrar, contra España, «una de las iniquidades más grandes que registra la historia». Porque

«no intervenir» en la contienda ha sido, en realidad, efectuar «una decidida intervención» a favor del fascismo. Tanto por razones defensivas propias como por solidaridad política y humana con la República se podía haber esperado el apoyo activo y generoso del Gobierno frentepopulista de Francia. Pero no ha sido el caso y no hay nombre para tal traición. En cuanto a los ministros conservadores de Londres, aun cuando no sintiesen simpatía por la causa republicana española, ¿cómo no haber sido capaces de entender que su claudicación solo les va a acarrear peores problemas con Hitler y Mussolini dentro de muy poco?

Neville Chamberlain, el primer ministro británico, se le antoja a Machado un personaje ruin, cobarde, débil e inepto. El poeta no puede olvidar que Chamberlain ha dicho públicamente que se niega a «quemarse los dedos por la cuestión de España».[148] Además lo considera vendido a los intereses de la plutocracia. Y sentencia: «Fuera de España, en la brumosa Albión, hay alguien que no duerme, porque, como Macbeth, ha asesinado un sueño, y no precisamente en su castillo de Escocia, sino en el corazón de la City». Difícilmente se encontraría en toda la obra publicada de Machado una descalificación personal tan contundente.[149]

Entiende que lo realmente inteligente habría sido intervenir a favor de la democracia desde el primer momento, cuando era ya evidente que los fascistas ayudaban a Franco, y cortar por lo sano. Pero quienes detentan el poder gubernamental en Francia y Gran Bretaña, «convencidos... de la perfecta inanidad de la ética», no tuvieron la grandeza moral de acometer tal política entonces, y han asegurado en consecuencia que «la inevitable contienda futura» sea aún más terrible.[150]

Y, luego, la farsa u opereta cómica que se llama Sociedad de Naciones. En mayo de 1938 el ministro Julio Álvarez del Vayo había expuesto en Ginebra, con claridad meridiana, la angustiada situación en que se encontraba la República y los tremendos riesgos que ello entrañaba para la democracia en Europa. Francia (Bonnet) y Gran Bretaña (Lord Halifax) se habían mantenido rígidamente en sus trece, con «insuperable estolidez». ¡Qué irresponsabilidad![151]

Mirando hacia atrás a la Gran Guerra, Machado recuerda cómo él y otros habían llegado entonces a creer que los aliados, debido a su convicción de llevar la razón moral, terminarían prevaleciendo. Y así fue. Pero, ¿y ahora? Con líderes claudicantes y sin principios éticos, con una Sociedad de Naciones que no sirve para nada, ¿cómo oponerse a la máquina de guerra puesta en imparable marcha por los nazis, empeñados en la conquista de Europa y del mundo? «Allí donde a la razón y a la moral se jubila, solo la bestialidad conserva su empleo», razona el poeta.[152]

¿Y la Unión Soviética? Machado lleva años admirando a los rusos, y ya en 1918 había dicho en una carta a Unamuno que, en su opinión, solo aquel pueblo, imbuido de cristianismo, era capaz de superar «ese sentimiento tan fuerte y tan vil que se llama patriotismo» con otro «más noble y universal».[153] Desde entonces se ha venido confirmando en tal convicción. En los artículos de Barcelona se cuida de subrayar, una vez más, que, si bien no pertenece al Partido Comunista español, «y que dista mucho en teoría del puro marxismo», ello no quiere decir que haya perdido

su fe en el talante fraternal de los rusos, ni que esté insensible a las virtudes del comunismo.[154] Cierta ingenuidad hay en todo ello, sin duda. Y quizá cierto no querer ver los defectos del sistema soviético, aunque no se debe olvidar que las terribles purgas de Stalin no se conocían todavía en Occidente y era todavía posible creer que en Rusia se estaba forjando una nueva era humanista.

Machado está bien informado acerca del desarrollo de la guerra. El esfuerzo republicano en la batalla del Ebro, dirigido por el general Vicente Rojo e iniciada la noche del 24 de julio, le suscita el máximo entusiasmo. Al comenzar, cinco meses después, el repliegue, lo que hace pensar que todo está perdido, escribe: «Cualquiera que sea el resultado final de la contienda —yo no he desconfiado nunca de la victoria— la batalla del Ebro es un ejemplo magnífico de alcance universal, un ejemplo consolador que nos habla del posible triunfo de la justicia sobre la iniquidad». Pero, si el poeta, como asegura, nunca ha desconfiado de la victoria, ¿por qué empezar diciendo «cualquiera que sea el resultado final de la contienda»? ¿Por qué hablar «del posible triunfo de la justicia sobre la iniquidad»? Debió de ser muy difícil para él durante estos meses compaginar lo que realmente sentía, o temía, con el deber de animar a sus lectores.[155]

Saca buen provecho y no poco juego irónico de su «Mairena póstumo», como titula repetidas veces los artículos de estos meses protagonizados por el pensador apócrifo. El maestro, muerto en 1909, no podía opinar ahora acerca de la brutalidad de Hitler y Mussolini, la traición de Chamberlain y, especialmente, del Frente Popular francés. Pero la fórmula de «así hablaría hoy Juan de Mairena a sus alumnos» permitía al poeta comentar la actualidad a través de él, además de expresar o de proyectar sobre el apócrifo sus preocupaciones personales.

Mairena se confiesa (como Machado) «un hombre muy atento a los propios sueños, porque ellos nos revelan nuestras más hondas inquietudes, aquellas que no siempre afloran a nuestra conciencia vigilante». El sueño que acaba de tener el apócrifo es muy revelador en momentos en que el poeta, que se sabe en la lista negra de los franquistas, intuye que pronto tendrá que huir del enemigo. Se trata de una denuncia procedente de las «fuerzas vivas». Mairena ha sido acusado por «un extraño hombrecillo» con sotana eclesiástica y tricornio de guardia civil de abandonar su cátedra de Gimnasia a favor de la otra, la no oficial, la de Retórica. ¡Y ello cuando la nación se está preparando para la guerra y necesita músculos bien entonados! Se ha propuesto en virtud de todo ello su destitución, por Real Orden, como un peligroso «corruptor de la juventud». Y es verdad que a Mairena, opuesto a toda violencia física, solo le interesan los combates verbales, o, como él dice, «*retórica peleona* o arte de descalabrar al prójimo con palabras».[156]

El poeta no ha perdido su sentido del humor. Además, como manifiesta Mairena en otro artículo: «El hecho de que vivamos en plena tragedia no quiere decir, ni mucho menos, que hayan totalmente prescrito los derechos de la risa».[157]

A finales de septiembre de 1938 visita al poeta en la Torre Castañer un redactor de *Voz de Madrid* y lleva a cabo una entrevista que, leída hoy, ilumina mejor que ningún otro documento descubierto hasta la fecha los últimos meses pasados por el poeta en Barcelona. El redactor, que llama a la puerta del palacete algo nervioso, toda vez que va a hablar con «uno de los más altos símbolos de esta España transida de dolor», se encuentra pronto a gusto: la cálida palabra de Machado («acento andaluz, limpia sintaxis») va fundiendo el hielo de la timidez.

Machado insiste, al repasar su vida a instancias del entrevistador, sobre el republicanismo de su familia y de sus maestros, y recuerda que, años atrás, Julián Besteiro fue compañero suyo en la Institución Libre de Enseñanza.

El periodista sabe que a Machado le encanta hablar de Juan de Mairena, y guía hacia allí la conversación. ¿Le podría decir algo al respecto del famoso personaje? «Es mi “yo filosófico” — contesta el poeta— que nació en épocas de mi juventud. A Juan de Mairena, modesto y sencillo, le placía dialogar conmigo a solas, en la recogida intimidad de mi gabinete de trabajo, y comunicarme sus impresiones sobre todos los hechos. Aquellas impresiones, que yo iba resumiendo día a día, constituían un breviarío íntimo, no destinado en modo alguno a la publicidad, hasta que un día... un día saltaron desde mi despacho a las columnas de un periódico.»

Mientras prosigue la charla aparece, de repente, Ana Ruiz, la madre del poeta —«anciana y venerable dama que se desliza quedamente, en silencio, con la ingravidez de un pájaro»—, seguida de «unas chicuelas, alegres y revoltosas, que recuerdan al maestro que es la hora del yantar».[158]

Son las hijas de José y Matea: Eulalia, María y Carmen. El periodista no lo sabe, pero sus padres han decidido, tras largas deliberaciones con Antonio, ponerlas a salvo en el extranjero, y poco tiempo después serán evacuadas con otros niños a Francia. Trasladadas desde el país vecino a Rusia cuando empieza la Guerra Mundial, pasarán allí nueve años antes de volver a ver a sus padres, ya para entonces establecidos en Chile. Con su salida de Barcelona desaparecen las últimas risas de la Torre Castañer.[159]

No se ha documentado una sola comparecencia pública de Machado durante su estancia en la capital catalana. Ello no impediría la propagación de un bulo, en vísperas de la muerte de Franco, según el cual los comunistas le habrían ofrecido un banquete multitudinario en Barcelona durante el cual firmara su carné de ingreso en el partido. De haberse celebrado realmente tal acto quedaría constancia de ello en la prensa, y no solo en la prensa comunista. Pero no hay tal constancia. Además es inconcebible que Machado, que había tenido la valentía de manifestar públicamente, en numerosas ocasiones, su discrepancia con el marxismo —aun cuando reconocía su enorme valor para la transformación de la sociedad— hubiera podido ingresar en el PC en el último momento.[160]

Lo que sí es verdad es que el partido utilizó a Machado, o trató de utilizarlo. Ello queda claro

en el libro de Enrique Castro Delgado, *Hombres Made in Moscú*, donde el excomunista recuerda su visita a la Torre Castañer, acompañado del comandante Carlos Contreras y del poeta Pedro Garfias, y achaca a Machado haber sido «prisionero de una gran mentira» y no haber comprendido que a Moscú le importaban un bledo España y la democracia.

A Castro le parece patético el soneto a Líster, que cita mal dos o tres veces, pues Machado no escribió:

*Cambiaría mi pluma, capitán,
por tu pistola*

sino

*Si mi pluma valiera tu pistola
de capitán, contento moriría.*

Lo cual es otra cosa. «¿Qué poder tiene el Partido que hizo divorciarse a este hombre del alma de España?», dice Castro que se preguntó entonces para sus adentros. «¡La mentira había hecho su obra: entontecer a un hombre que era además de eso uno de los más grandes poetas de la España eterna; cegarle para que no viera una realidad!» Y sigue, impertérrito: «A él le habían encerrado en una prisión invisible en la que solo hablaba con sus carceleros, en la que solo convivía con sus carceleros, en la que solo escuchaba a sus carceleros que llevaban tabaco y comida a aquella casa demasiado grande para aquellas gentes tan viejas y tan sobrias en todo, aquella casa en medio de aquel jardín que se parecía tanto a aquellos cementerios abandonados y tristes que Castro recordaba de sus años verdes...». Para el autor Machado es otro patético «hombre *made in Moscú*», inconsciente de lo que pasa a su alrededor. Pero nadie que conoce medianamente el trayecto intelectual del poeta, y su actitud durante la Guerra Civil, podría afirmar seriamente tal barbaridad. Quizá, eso sí, alegar cierta ingenuidad.[161]

Machado recibe otras visitas en la Torre Castañer. Entre ellas su hermano José recordaba especialmente las dominicales del maestro Gustavo Torner, especialista en las canciones populares españolas, y del fonólogo Tomás Navarro Tomás, que daban lugar a que se abriera el viejo piano de la marquesa de Moragas y la música alegrara un poco aquel ambiente triste y cargado de tétricas premoniciones. También asiste a las reuniones «un filósofo catalán que tocaba con gran personalidad famosas sardanas».[162]

Se trata de Joaquín Xirau, rector de la Universidad de Barcelona y colaborador de *Hora de*

España. Xirau recordará desde el exilio que el propio Machado también intervenía en aquellas sesiones, incluso mientras caían las bombas franquistas sobre la ciudad. Xirau quizá no sabía hasta qué punto estaba en deuda Machado con los infatigables esfuerzos de su padre a favor de los estudios folklóricos.[163]

El único médico que al parecer veía a Machado en Barcelona era José Puche Álvarez, desde hace poco director general de Sanidad, que había coincidido con él en Valencia. «Sentía yo por él la gran admiración que todos los españoles tenían —recordará Puche en México un año después de terminada la guerra—. A esa admiración se debe quizá que me lo imaginara como un hombre poderoso, fuerte. Pronto me di cuenta de que tenía ante mí una máquina gastada... Fui prestando a don Antonio una asistencia más de amigo que de médico, teniendo él la comprensión de un paciente inteligente y yo ciertas tolerancias para el enfermo, llegando incluso a un acuerdo para que pudiese transgredir a veces mis disposiciones.» Puche no podía olvidar las atenciones de Machado para con sus familiares, y su dignidad extraordinaria ante el sufrimiento propio. También se acordaba de que la madre cuidaba a Antonio «como a un niño de pocos años, con preferencia a sus otros hijos, porque era el *hijo enfermo*». El médico terminó como sigue su intervención en México (recogida por un periodista):

Finalmente el doctor Puche refiere las tres últimas visitas que hizo en Barcelona, ya en los momentos angustiosos, en vísperas de su caída. Eran visitas médicas a tres personalidades ilustres y representativas de la República. A la primera de estas personalidades a quien visitó la encontró desasosegada, impaciente, dando visibles muestras de querer salir pronto de la ciudad amenazada y aun de España. A la segunda de estas personalidades, la de más poderosa salud y resistencia física, la encontró como derribada de su habitual firmeza y confianza, aunque sobreponiéndose noblemente a su momentánea depresión. Don Antonio Machado era la tercera de estas personalidades. Y en él creí ver, por su calma, por su serenidad en aquellas horas dramáticas, dice el doctor Puche, la más auténtica expresión del alma española.[164]

Ante este testimonio de extraordinario valor por parte de un afamado médico que le conocía bien, ¿cómo dudar de la entereza de Machado en los últimos meses de su vida? Meses durante los cuales acaso una de sus mayores alegrías fue la iniciativa de la editorial Nuestro Pueblo, que se había empeñado en publicar un pequeño libro suyo en cuya cubierta se leía, con letras verdes, *La tierra de Alvargonzález y Canciones del Alto Duero*. Iba destinado, como todos los títulos de la casa en estos momentos, a quienes seguían combatiendo con las armas en la mano contra el enemigo.

Machado no deja de trabajar sin descanso, pese a sus muchos achaques. El 29 de octubre publica en *La Vanguardia* una fúervida despedida a las Brigadas Internacionales. Sin ellas,

declara, «la hombría española» se queda ya sola frente a los traidores de casa y los invasores de fuera. «Amigos muy queridos, compañeros, hermanos —termina—: la España verdadera que es la España fiel al Gobierno de su República nunca podrá olvidaros: en su alma lleva escritos vuestros nombres: ella sabe bien que el haber merecido vuestro auxilio, vuestra ayuda generosa y desinteresada, es uno de los más altos timbres de gloria que puede ostentar.»[165]

Este mismo día muere en Barcelona Blas Zambrano. Machado prepara enseguida una nota necrológica para su «Mairena póstumo» de *Hora de España*. Del gran compañero de los días segovianos —los días primaverales de la joven República— recuerda, sobre todo, la sonrisa y el amor que inspiraba entre sus alumnos. Cuando le había visto por última vez estaba acompañado de María, algo envejecido, algo decaído físicamente, pero con un rostro que todavía se iluminaba «con aquella sonrisa de fondo, que yo interpretaba como expresión de una infantilidad deseosa y esperanzada de bien».

La nota necrológica solo se conocerá décadas después de la guerra el encontrarse, casi por milagro, las pruebas de imprenta completas del último número de *Hora de España*, nunca editado. [166]

Durante noviembre el poeta sigue arremetiendo contra el Gobierno conservador británico, que, «por salvar los intereses sin patria de la alta banca», está traicionando a su propio pueblo. Pero, con todo, el caso del Ejecutivo francés, como ya lleva tiempo diciendo, es mucho más desconsolador. Aunque solo fuera por interés propio, la Francia del Frente Popular nunca debió inhibirse en el caso de la contienda española.[167]

La «quinta columna» de Barcelona, a la cual hay que suponer lectora de *La Vanguardia*, si no de *Hora de España*, no podía desconocer a estas alturas que Antonio Machado no solo trabajaba incansablemente en defensa del Gobierno legítimo de la República sino que nunca perdía la oportunidad de combatir el fascismo nacional y extranjero. Y si no lo sabía se daría plenamente cuenta de ello cuando, el 22 de noviembre, se transmitió por «La Voz de España» una alocución del poeta dirigida a todos los españoles (no consta si leída personalmente por Machado). En ella incidió una vez más sobre la traición cometida por los rebeldes al abrir las puertas de España a la ambición y la codicia imperialistas de Alemania e Italia. Y, al aludir a Juan Negrín, con su oferta de una paz digna, apeló al dictado de la conciencia del adversario, terminando: «Él os señalará el único camino para ser españoles». Se puede imaginar la reacción en el otro bando ante tal recomendación.[168]

Ya para fines de noviembre de 1938 la salud del poeta se va quebrando gravemente. «Don Antonio está flaco, macilento —apuntó el periodista Lluís Capdevila—. Tiene el rostro descarnado, amarillento, anguloso. Está casi calvo, una pobre calva de maestro de escuela. Usa unas gafas que le comen la faz chupada, marchita. La boca, su boca de sensitivo, de hombre bueno,

se quiebra en una pálida, en una tierna sonrisa. Ha enflaquecido mucho. ¡Qué cambiado está Antonio Machado! ¡Cómo ha envejecido!»[169]

Por estas fechas le vuelve a visitar el escritor Ilya Ehrenburg. El ruso nota que ha desmejorado considerablemente desde su último encuentro del verano anterior: «Machado tenía mal aspecto: iba encorvado y se afeitaba raramente, lo que le hacía parecer todavía más viejo. Tenía sesenta y tres años; caminaba pesadamente. Solo sus ojos estaban llenos de vida, brillantes». Recita unos versos de su querido Jorge Manrique. Dice que piensa obsesivamente en la muerte. En cuanto al resto, Ehrenburg ya lo sabe: a Machado le dejan indiferente los bombardeos, las incomodidades, las penurias. A lo largo de la guerra nada le ha podido impedir seguir escribiendo sin descanso para la prensa del frente. Ha sido su manera de luchar al lado del pueblo. Se había percatado de ello el ruso en septiembre durante la operación del Ebro al oír a Manuel Tagüeña recitar a sus hombres un texto de Machado. La voz del comandante había temblado con emoción al leer «la España del Cid, la España de 1808, reconoce en vosotros a sus hijos...».

«Quizá, después de todo, nunca aprendimos a hacer la guerra —musita Machado cuando se van despidiendo—. Además, carecíamos de armamento. Pero no hay que juzgar a los españoles demasiado duramente. Esto es el final: cualquier día caerá Barcelona. Para los estrategas, para los políticos, para los historiadores, todo estará claro: hemos perdido la guerra. Pero humanamente, no estoy tan seguro... Quizá la hemos ganado.»

Machado acompaña al ruso hasta la verja. «Me volví —escribe Ehrenburg— y miré a este hombre triste, encorvado, tan viejo como España, este tierno poeta. Y vi sus ojos, tan profundos, que nunca respondían, que, al contrario, siempre preguntaban algo, sabe Dios el qué... Lo vi por última vez. Aullaba una sirena. El bombardeo comenzaba de nuevo.»[170]

La ofensiva de los nacionales contra Cataluña se inicia unos días después, el 23 de diciembre. La única pregunta, cuando los Machado procuran celebrar la Noche Vieja de 1938, entristecida aún más por la ausencia de las tres niñas, es cuándo llegarán.

El 6 de enero de 1939 Machado publica en *La Vanguardia* el que va a ser su último artículo de la serie. Es la misma prosa tersa, bien trabada, que le reconocen sus lectores, la misma indignación que le suscitan «la política filofascista de Inglaterra y Francia» y el «miserable intento» de Chamberlain por *apaciguar* a Hitler.[171]

El 15 de enero de 1939 el general Yagüe toma Tarragona y unos días después empiezan a hacerse más intensos los bombardeos de Barcelona. La caída de la ciudad es inminente, sobre todo porque ya no parece haber ganas de seguir luchando. Y se presiente, con razón, que las represalias serán brutales. La gente solo piensa en escaparse como sea, en huir, en salvar el pellejo.

El 19, Machado lee en la prensa el vibrante discurso pronunciado en la radio el día antes por el general Vicente Rojo, animando a hacer un último gran esfuerzo. El poeta admira profundamente a Rojo —un militar singular al ser, además de férvido republicano, católico sincero—, y le emociona tanto el discurso que le escribe aquel mismo día: «Veo que el cumplimiento del deber más estricto es, al par, el motivo de más alta satisfacción para un español de nuestros días, porque sus palabras hablan al corazón de todos los españoles, son la voz de España misma en expresión de sus valores más esenciales. La suerte ha querido que en la más alta cumbre del ejército apareciese en su persona una representación integral de nuestra raza. No es poca fortuna para todos». La carta termina: «Mi más respetuoso saludo militar; la expresión más sincera de mi admiración y de mi entusiasmo».[172]

Muy poco después la familia recibe un aviso urgente de las autoridades republicanas: deben estar preparados para salir en dirección a Francia en cualquier minuto.[173]

El domingo 22 de enero, según José, su hermano redacta un artículo que le han encargado sobre, precisamente, el general Rojo. Al constatar que no viene nadie a llevárselo a la hora convenida, lo cual es inhabitual, el poeta llama por teléfono. Por fin aparece un motorista. El artículo se desconoce.[174]

Aquella medianoche llega a Torre Castañer un coche oficial. Antonio, su madre, José y Matea suben con unos pocos efectos personales al vehículo, que los lleva a la Dirección General de Sanidad. Allí, después de una angustiada espera, y acompañados por el doctor Puche, vuelven a ocupar el mismo coche, con el cual ya se ha juntado una ambulancia repleta de intelectuales y profesionales.[175]

El rector Joaquín Xirau se instala con su mujer Pilar en el automóvil del doctor Puche, y, hacia las tres de la madrugada, la caravana se pone en marcha.[176] Cuando gana las afueras de la ciudad empiezan a sonar las alarmas y taladran el cielo de repente los brillantes rayos de los reflectores. Se oyen detrás las explosiones de las bombas.[177]

La caravana enfila la carretera del litoral (la hoy N-II) y, después de atravesar los pueblos costeros de Masnou, Premià de Mar, Vilassar de Mar, Mataró, Arenys de Mar y Canet de Mar, gira, al alcanzar Malgrat de Mar, hacia el interior. Cuando amanece el 23 de enero llega a Girona. Encuentran la ciudad atestada de vehículos abarrotados de gente que huye desesperadamente, como ellos, hacia Francia.[178]

Finalmente los coches consiguen arribar, por caminos comarcales, a la pequeña localidad de Cervià del Ter, a unos diez kilómetros de Girona. Los recibe con generosidad el alcalde y les ofrece una comida caliente. Luego los conduce a una espaciosa masía ubicada en el cercano pueblo de Raset, elegida por las autoridades para su descanso antes de dar el asalto final a la frontera. Se llama Can Santamaria.[179]

Aquí, frente a un campo verde y feraz, con montañas en lontananza, pasan cuatro días. Años

después la administradora de la finca, Lúcia Teixidó, recordará que Machado se encontraba muy mal cuando llegó, y que le dio un «licor casero» para ver si se recuperaba algo. Según la misma persona el poeta le pidió encarecidamente que le guardara el maletín que llevaba consigo. Ella se negó, argumentando que era una responsabilidad que no podía asumir. Parece ser que contenía manuscritos y otros papeles. Entre ellos, quizá, las cartas de Pilar de Valderrama, la Musa.[180]

Llegan a la masía, a lo largo de los siguientes días, otros refugiados procedentes de Barcelona. Entre ellos el escritor Corpus Barga, el poeta Carles Riba y su mujer, Clementina Arderiú, Tomás Navarro Tomás, el naturalista Enrique Rioja, el neurólogo José Sacristán, el profesor Juan Roura, el psiquiatra Emilio Mira López, Josep Pous i Pagés —presidente del Institut Català de Literatura—, el doctor Joaquim Trias i Pujol, el astrónomo Pedro Carrasco y el geólogo José Royo Gómez.[181]

Hay una fotografía, casi milagrosamente conservada, de una de las mañanas pasadas en el patio de la masía. La sacó José Royo Gómez. Machado, sentado, mira el suelo, meditabundo, con su bastón en la mano derecha. A su izquierda, de pie, está su hermano José. Al otro lado de la fotografía miran con intensidad la cámara, de izquierda a derecha, José Sacristán, Enrique Rioja y Juan Roura. Más de treinta años después, con la instantánea delante, Rioja recordaba: «Don Antonio, todavía, de vez en vez, hacía gala de un humorismo que dejaba traslucir su estoicismo y la serenidad plena de su espíritu. La mayoría de nosotros estábamos despedazados. Era sin duda el que más dominio tenía sobre sí».[182]

El jueves 26 se entera el grupo de la caída de Barcelona. No hay que perder tiempo. Por la noche se presentan una camioneta para recoger los equipajes y luego unas ambulancias enviadas por Sanidad Militar.[183]

Como se ha dado la orden de evacuar Girona, todos los caminos están ya atestados de gentes que huyen en dirección a la frontera. Por ello la caravana tarda mucho en alcanzar su próximo destino, Mas Faixat, situado unos pocos kilómetros más allá sobre una colina boscosa entre Orriols y Viladasens.[184]

José Machado evoca con patetismo la que iba a ser la última noche del grupo en España: la gran cocina, la chimenea de leña, casi apagada, la «constante inquietud» que no permite descansar a nadie, y menos dormir, la entrada y salida de milicianos, el intenso frío... y el dolor de los ya casi desterrados.[185]

Según comentó después Tomás Navarro Tomás a Federico de Onís, Machado le confesó durante estas terribles horas: «Yo no debía salir de España. Sería mejor que me quedara a morir en una cuneta».[186]

De Navarro Tomás tenemos otro recuerdo casi tan valioso. Antes de la guerra había querido registrar la voz de Machado, pero el poeta siempre aducía una excusa. Un día, desesperado, el fonólogo le había hecho escuchar la de Valle-Inclán, grabada poco antes de su muerte. Se

sorprendió sobremanera al ver que Antonio lloraba: «Cuando usted quiera, registramos», dijo. Pero era demasiado tarde.[187]

Durante la larga noche pasada en Mas Faixat, recordará Enrique Rioja, catalanes y castellanos «comulgaban en el mismo y común dolor. Allí, en un viejo diván, don Antonio conversaba, pausado y sereno, con Navarro Tomás, Corpus Barga y otros. En algún otro lugar Carles Riba hablaba, en un ambiente de tristeza, con un grupo de escritores. La luz mortecina, la desesperanza mucha y la fatiga que se apoderaba de nosotros [...] creaban un ambiente que imagino es el de todas las retiradas ante el acoso de los vencedores que avanzan».[188]

La versión más pormenorizada que tenemos de lo ocurrido durante las siguientes horas se la debemos a Joaquín Xirau, quien, como nativo de Figueres que era, tenía un excelente conocimiento de l'Empordà. Según Xirau la orden de partir se dio hacia la madrugada del 27 de enero: «Se organizó una caravana de tres ambulancias. Nos dirigimos a la carretera general. Nos detuvimos en el pueblo de Bàscara para recoger a unos ancianos familiares. La casa solariega en que habitaban se hallaba abandonada ya. En el puente del río Fluvià se detuvieron las ambulancias. No era posible seguir. La carretera estaba literalmente obturada. En la oscuridad de la noche fue preciso realizar una difícil maniobra de retroceso».[189]

La caravana tuerce por caminos secundarios y, volviendo atrás, llega a Torroella de Montgrí en busca de aceite. No hay. Siguen hasta l'Escala, donde los carabineros se niegan a suministrarlo sin orden de Figueres. De repente, ya de mañana, aparece la aviación enemiga. Pasado el peligro inmediato se ponen otra vez en marcha. Es ya la llanura de l'Empordà: Armentera, Sant Pere Pescador, Castelló d'Empúries... y, muy cerca, Figueres.[190]

La ciudad —donde el 1 de febrero se celebrarán las últimas Cortes de la República— ha sido brutalmente bombardeada por los aviones franquistas.[191] Según Xirau la caravana no entró en ella, pero entre los familiares de Machado se cree que sí y que fue allí donde tuvo lugar un inesperado encuentro con Joaquín, que andaba por la calle con un paquete en la mano. Había alcanzado Figueres con su mujer en otro vehículo que muy pronto saldría hacia la frontera.[192]

Se ha tomado la decisión de entrar en Francia por el litoral, por Port Bou. Joaquín Xirau refiere que, para llegar al mar, la caravana subió por la escarpada carretera de Cadaqués y torció, en Perefita, hacia la izquierda para bajar a Port de la Selva. Tal ruta parece inverosímil aunque, por razones que desconocemos —tal vez la congestión de tráfico rodado—, pudiera ser que la escogiesen. «Al pasar por Llançà —sigue Xirau— las campanas tocaban alarma. Las mujeres y los niños buscaban refugio en las cavernas y en las torrenteras. Había en la carretera grupos de soldados armados. Aparecieron los aviones. Un pequeño grupo de soldados detuvo las ambulancias. Pretendían subir para pasar la frontera. Les mostramos el interior atestado y les explicamos la calidad de las personas que iban en ellas. Saludaron respetuosamente y nos abrieron paso.»[193]

La frontera está ya a solo veinticinco kilómetros, pero van a ser un calvario. El tiempo ha empeorado, empieza a rugir el viento y cae una lluvia helada. A cada momento la carretera se hace más intransitable por la multitud de vehículos y de gente a pie. Cada vez que se aprecia el zumbido de los aviones la caravana se para y los ocupantes se tiran a las cunetas. Al poeta, que por lo visto baja siempre el último, se le oye decir, en palabras de José, «que era muy natural tener miedo, pero que aunque no fuese más que por decoro, no había para qué dar este espectáculo y que..., por lo demás, si le cayera una bomba, como esta llevaba en sí misma la solución definitiva del problema vital, no había para qué apresurarse tanto».[194]

¿Hasta dónde llega el vehículo que transporta a los Machado y sus compañeros de infortunio antes de ya no poder seguir? Las versiones discrepan en sus pormenores, como apenas podía ser de otra manera. «Cerca de la frontera —sigue refiriendo Joaquín Xirau— los chóferes de las ambulancias que nos conducían nos dejaron en medio de la carretera, sin maletas ni dinero, al entrar la noche en un alto acantilado cerca del mar en medio de la muchedumbre que se apretujaba. El frío era intenso. Llovía abundantemente. Cuarenta personas. Mujeres. Niños. La madre de don Antonio, de ochenta y ocho años, con el pelo calado de agua, era una belleza trágica.»[195]

Parece que aquel «abandono» se produjo, después de atravesar Port Bou, a la mitad de la empinadísima loma que culmina en el alto de Els Balitres («Los Límites»), o sea a unos quinientos metros de la frontera, donde la aglomeración de seres humanos y vehículos parados hizo imposible que la ambulancia pudiera seguir. Los Machado y sus acompañantes no tuvieron más remedio, según José, que dejar en el vehículo sus mínimos equipajes, entre ellos el pequeño maletín que el poeta había querido confiar a la masovera de Raset y que tal vez contenía, entre otros manuscritos, las cartas de Pilar de Valderrama. Tenían la esperanza de volver a por ellos después, pero resultó imposible.[196]

La subida por aquella pendiente es atroz.

Y la frontera —donde se agolpan miles de personas sin documentación y se comportan con dureza los guardias senegaleses—, un caos (de hecho no quedará definitivamente abierta para todos hasta el 5 de febrero). José y Matea tienen que pasar un control sanitario pero, gracias a las gestiones previas en España, a Antonio y su madre no les ponen pegas.[197] «En la casa de los gendarmes nos dieron a todos un pedazo de queso y una gran rebanada de pan blanco y esponjoso —sigue relatando Joaquín Xirau—. Nunca habíamos hallado nada tan sabroso como aquel pedazo de pan que nos ofrecía la hospitalidad francesa.»[198] Incluso parece ser que el inspector facilitó un coche celular para llevar a Machado y Ana Ruiz a la estación de Cerbère, cuatro kilómetros más abajo, mientras se resolvía la situación de José y Matea.[199]

Ya queda atrás la guerra. Ha empezado la pesadilla del exilio. El poeta y su madre se refugian en la cantina de la estación, donde reciben un trato muy descortés por parte de los camareros, que se niegan a aceptar dinero español. Al poco tiempo se juntan con ellos José y su mujer. Son un infierno los andenes, controlados por gendarmes que acosan a los desterrados y «forman levas para los campos de concentración, separando a hijos de padres, y a las mujeres de los maridos». «Fue un verdadero milagro —sigue José— que escapásemos de las garras de estos esbirros.» Xirau consigue que el jefe de estación les permita pasar la noche en un vagón de ferrocarril situado en vía muerta. Hace un frío de todos los diablos.[200]

«A las seis de la mañana el tren había de partir con los refugiados para repartirlos por los campos de concentración —sigue el imprescindible relato de Xirau—. Machado y los que le acompañábamos hubimos de instalarnos en la sala del restaurant de la estación. Machado sufría intensamente por su madre que, medio atontada, no cesaba de decirnos: “Hemos de ir a saludar a estos señores tan amables que han tenido la bondad de invitarnos.” Con esta idea se escapaba a cada momento del restaurant. Una vez se escapó y se perdió por los andenes en medio de la multitud. Conseguimos hallarla y calmar la exasperación de don Antonio. Este la riñó con dulzura y ya no se movió más de su lado.»[201]

Es la mañana del 28 de enero de 1939. Corpus Barga, que multiplica sus atenciones para con los Machado, se traslada con Tomás Navarro Tomás a Perpiñán, donde hacen unas gestiones eficaces. Por la tarde vuelven a Cerbère con dinero y una carta en la cual el ministro Julio Álvarez del Vayo comunica al poeta que la Embajada Española en París toma a su cargo los gastos suyos y de su familia.[202]

Aconsejados por Corpus Barga, los Machado acceden a parar provisionalmente en el cercano y pintoresco pueblo pesquero de Collioure, muy frecuentado en verano por artistas y bohemios desde que Henri Matisse y André Derain lo descubrieran a principios de siglo.

Hasta allí se trasladan aquella tarde en tren. Un trayecto de media hora. En la estación preguntan a un joven empleado de ferrocarriles, de nombre Jacques Baills, si conoce un hotel económico en el pueblo. Les recomienda el Bougnol-Quintana, situado, a unos trescientos metros, al otro lado de la La Placette, de la cual lo separa la rambla del río Douy, normalmente seco pero entonces, después de unas recientes lluvias, invadeable.[203]

La avenida de la estación está en obras. No hay, pues, taxis y es preciso ir a la placeta andando. Está lloviendo y hace frío. Corpus Barga lleva en brazos a Ana Ruiz. Mientras avanzan calle abajo la anciana le susurra al oído: «¿Llegamos pronto a Sevilla?». ¡A Sevilla! El escritor no sabe si es una broma o si la pobre «había vuelto en su imaginación a su juventud, cuando era una madre feliz en la capital de Andalucía».[204]

En la placeta hay una tienda cuya dueña está en la puerta en estos momentos. Ve aproximarse a un pequeño grupo de españoles. Le preguntan si pueden descansar un ratito en su establecimiento.

Juliette Figuères —que así se llama— se da cuenta enseguida de que son refugiados. Y de que llegan extenuados. Les da café con leche. Coincide con Baills en recomendarles el Bougnol-Quintana.[205]

Pauline Quintana, dueña del establecimiento, es una persona afable que simpatiza con la República española y está dispuesta a hacer todo lo que pueda para socorrer a los refugiados que lleguen a su casa. Pone a disposición de los Machado dos habitaciones en la primera planta: una para Antonio y su madre, otra para José y Matea.

Los cuatro han venido a Collioure con lo puesto. Y sin apenas dinero. Antonio está enfermo, la madre, exhausta. Pero, con todo, se han liberado del horror de los cercanos y vergonzosos campos de refugiados, en realidad campos de concentración —Saint Cyprien y Argelès-sur-Mer—, donde se van hacinando, en condiciones infrahumanas, miles de sus compatriotas menos afortunados.

Jacques Baills suele ayudar a Pauline Quintana con la contabilidad del hotel. Cuando llega aquella noche pregunta si están allí los españoles con quienes habló en la estación. Le dice que sí y que se han acostado sin cenar. Lo cual no era nada extraño después de su larga y terrible odisea. Años después, hablando con el hispanista francés Jacques Issorel, Baills contó su emoción al descubrir que el mayor de los dos varones era Antonio Machado, algunos de cuyos poemas había estudiado en clase. Para el poeta, tan necesitado de lecturas en español, el joven ferroviario actúa ahora como ángel custodio al llevarle dos libros de Pío Baroja: *El mayorazgo de Labraz* y *El amor, el dandismo y la intriga*. También una traducción de *Los vagabundos*, de Máximo Gorki, y un librito sobre la vida, obra y muerte de Vicente Blasco Ibáñez.[206]

Gracias al testimonio de Baills sabemos que Machado consume ávidamente, como era de esperar, todos los periódicos que puede conseguir, y que escucha la radio —hay que presumir que tanto la española como la francesa— en el saloncito situado al lado de la cocina del hotel. Tiene la acuciante necesidad de saber qué está pasando en España. Según Baills no estaba nada a gusto en el comedor a la hora del almuerzo o de la cena, cuando solía llenarse de ruidosos militares españoles refugiados en el pueblo. «Todos contaban gritando hazañas o hechos, mientras que Machado no pensaba más que en una cosa: en la pérdida que la derrota suponía para la libertad de España, y en haberse visto obligado a abandonar cuanto había abandonado. Por ello la familia prefería comer en un rincón apartado, casi invisible.»[207]

Desde la terraza de la primera planta del hotel —hoy cerrado, pero casi igual a como era entonces— se obtiene una pintoresca vista del cauce del Douy y, al fondo, del puerto, tan caro a Matisse y Derain, con su característico campanario de la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles. Tal vez fue un mínimo consuelo para el poeta poder vislumbrar desde aquí el mar.

Visita un par de veces la tienda de Juliette Figuères, a dos pasos al otro lado de la placeta. Comenta con ella y su marido la situación española. Les cuenta que perdió al cruzar la frontera los

libros que llevaba consigo, y que padece asma. Lo que le preocupa sobre todo son las tres hijas de José y Matea, de quienes no saben nada.[208]

Contrariamente a lo que se pudiera creer, no está del todo abatido. Lo demuestra una carta suya a José Bergamín, fechada el 9 de febrero de 1939, en contestación a una de este mandada al parecer desde París (y por desgracia desconocida). En ella el agudo y polémico escritor republicano se había interesado por la situación del poeta y le había transmitido una propuesta de alojamiento por parte de la Asociación de Escritores francesa. Machado contesta, dictando a José:

Mi problema más inmediato es el de poder resistir en Francia hasta encontrar recursos para vivir en ella de mi trabajo literario o trasladarme a la U.R.S.S. donde encontraría amplia y favorable acogida.

Con toda el alma agradezco los generosos ofrecimientos de esa Asociación de Escritores, muy especialmente los de M. Jean Richard Block [*sic*] y el Prof. Cohen,[*] pero temo no solamente quedarme muy aislado como Vd. indica, sino además no disponer de medios pecuniarios para mantenerme con mi familia en esas casas y para trasladarme a ellas. Así pues, el problema queda reducido a la necesidad de un apoyo pecuniario a partir del mes que viene, bien para continuar aquí en las condiciones actuales, bien para trasladarme a alguna localidad no lejana donde poder vivir en un pisito amueblado en las condiciones más modestas.

Vea Vd. cuál es mi situación de hecho y cuál puede ser el apoyo necesario...[209]

El poeta logra dar todavía unos pequeños paseos por Collioure, apoyado en su bastón. «En sus últimos días —escribió José a Tomás Navarro Tomás poco después—, dos veces salió a ver conmigo el mar que tanto anhelaba. La última, sentados en una barca de la playa, me dijo: ¡Quién pudiera quedarse aquí en la casita de algún pescador y ver desde una ventana el mar, ya sin más preocupaciones que trabajar en el arte!»[210]

Si Madame Quintana se desvive porque a los Machado no les falte nada en la comida, no le va Juliette Figuères a la zaga con respecto a la ropa. También le regala al poeta el tabaco que tanto necesita.[211]

Afectado por tal generosidad, quizá meditó Machado sobre su error al haber criticado tan duramente, en algunas ocasiones, a los franceses, como si todos, sin excepción alguna, fuesen avaros. La verdad es que mucha gente de la raya catalana se comportó magníficamente con los expatriados españoles. No así, desde luego, el Gobierno de la nación.

La condición de la madre está empeorando. Y la del poeta. «Como mamá Ana estaba tan mal —recordará Matea Monedero— yo me levantaba por la noche e iba a verla varias veces. Una noche, cuando entré en la habitación, ya casi de mañana, observé algo muy raro en Antonio. Salí y le dije a mi marido: “Pepe, Antonio está muy mal.” Pepe se levantó enseguida. Serían como las seis de la mañana y decidimos que fuera yo en busca del médico.»[212]

Matea llega poco después a la cercana casa de Juliette Figuères, quien la lleva enseguida a su médico, el doctor Cazaben, que luego los acompaña al hotel. «Dijo que era grave —recordará

Figuères—. Era asmático y cogió frío en Cerbère, sí, fue allí donde cogió frío. Como tenía asma, el médico lo encontró muy mal, porque tenía una congestión.»[213]

Los testimonios concuerdan. «El doctor Cazaben —siguió contando Matea a Jacques Issorel— le recetó algunas medicinas y nos dijo que no se podía hacer nada. Antonio se moría, de eso ya no nos cabía la menor duda. Estuvo cuatro días muy agitado e inquieto. Se veía morir. A veces se le oía decir: “¡Adiós, madre, adiós, madre!”, pero mamá Ana, que estaba bien cerquita en otra cama, no le oía porque estaba sumida en un coma profundo.»[214]

Parece ser que el episodio contado por Matea Monedero ocurrió el sábado 18 de febrero, cuando Antonio «empezó a sentir una gran angustia del corazón», como escribirá José poco después en su carta a Tomás Navarro Tomás.[215]

Con la madre y el hijo en estado tan crítico se colocó entre ambas camas, según recuerdo de Juliette Figuères, «un fino biombo de tela».[216]

Sería alrededor del 20 de febrero cuando Machado, haciendo un último esfuerzo, dicta a José una carta para su amigo Luis Álvarez Santullano, ahora secretario de la Embajada de España en París. Le asegura —según apuntará después el destinatario— que su salud ¡va en alza! y que espera verle pronto en la capital francesa. «Esto decía la letra de la carta —comenta Santullano —, pero los trazos de la firma vacilantes en temblorosa huida, declaraban que la existencia del Poeta se escapaba al más allá...»[217]

Y así fue. Entra en coma poco después y fallece en su cama el 22 de febrero de 1939, Miércoles de Ceniza, a las tres y media de la tarde.[218]

De sus postreras reflexiones no sabemos nada. Con una sola excepción. Unos días después de su muerte, José encontró, en un bolsillo del viejo gabán, «un pequeño y arrugado trozo de papel». Allí, escritos a lápiz, había tres apuntes. El primero, las palabras iniciales del monólogo de Hamlet, «Ser o no ser...», tan obsesivamente repetidas en sus borradores. El segundo, un verso alejandrino: «Estos días azules y este sol de la infancia». El último —con una pequeña variante en la primera línea— cuatro versos de «Otras canciones a Guiomar (a la manera de Abel Martín y Juan de Mairena)»:

*Y te daré mi canción:
Se canta lo que se pierde
con un papagayo verde
que la diga en tu balcón.*[219]

Gracias a este conmovedor documento sabemos que, poco antes de morir, Antonio Machado, transido de dolor por el derrumbamiento de la República, pensaba en la mujer amada que no pudo

ser suya. Y que, tal vez intuyendo que llegaba el final, se sintió una vez más transportado a la Sevilla de sus años infantiles.

¿Recordó también la estrofa final de su «Retrato»? ¿Se sonrió, quizá, al constatar su ironía, su amarga verdad?

*Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.*

Nunca tan ligero como al lado del mar de Collioure, fracasada la gran aventura de la República que tanto amaba y por la cual tanto había luchado.

Cuando murió Machado, según refería Matea Monedero, «tuvieron que sacar el cadáver alzándolo sobre la cama donde mamá Ana estaba inconsciente». El poeta estuvo de cuerpo presente en la habitación de al lado. «Luego fue amortajado en una sábana, porque así lo quiso José al interpretar aquella frase que un día dijera Antonio a propósito de las pompas innecesarias de algunos enterramientos: “Para enterrar a una persona, con envolverla en una sábana es suficiente.”»[220]

«Apenas habían sacado el cuerpo sin vida de Antonio —continúa Matea—, y por una de esas cosas que asombran, mamá Ana tuvo unos instantes de lucidez. Nada más volver en sí miró hacia la cama de Antonio y preguntó, como si la naturaleza le hubiera avisado de lo sucedido, con voz débil y angustiada: “¿Dónde está Antonio? ¿Qué ha pasado?” Y José, conteniéndose como pudo, le mintió diciendo que ya sabía que Antonio estaba enfermo y que se lo habían llevado a un sanatorio. “Allí se va a curar”, le dijo. Recuerdo que mamá Ana le dirigió una mirada en la que se veía que no aceptaba ninguna de aquellas palabras. Luego cerró los ojos y tres días después moría. Estoy segura de que en aquellos tres minutos de lucidez se dio cuenta de que su hijo había muerto.»[221]

José también estaba seguro de ello (aunque sitúa el «momento de lucidez» dos días después). «¿Qué ha sucedido? ¿Qué ha pasado?», preguntaría la madre al ver la cama de Antonio vacía. Y añade José: «Traté en vano de ocultárselo. Pero a una madre no se la engaña y rompió a llorar ¡como una pobre niña!».[222]

Se puede decir, pues, que perder a Antonio, a quien había querido cuidar hasta el último momento, fue lo que a Ana Ruiz le quitó finalmente las ganas de seguir viviendo.

En las primeras horas de la mañana del 23 de febrero José Machado recibe «una emocionante y cariñosa carta» del hispanista Jean Cassou, solicitando el permiso, en nombre suyo y de los escritores franceses, para que el entierro se haga, con la debida solemnidad, en París. José decide, sin embargo, declinar tan honrosa oferta, «mirando más que nada a la sencilla y austera manera de ser del Poeta», y ruega a las autoridades municipales de Collioure que permitan que los restos de su hermano descansen por el momento en el cementerio del pueblo. El acuerdo se salda cuando una amiga íntima de Pauline Quintana, Marie Deboher, ofrece un nicho perteneciente a su familia. [223]

La noticia de la muerte del célebre poeta español se ha propagado en los medios de comunicación. Van llegando a Collioure muchos españoles y franceses que quieren dar el pésame a la familia y participar en el entierro. Entre ellos el exministro socialista de Gobernación Julián Zugazagoitia, compañero de Machado en la redacción de *La Vanguardia* (y que será fusilado por Franco en 1940). Las autoridades galas, al tanto ya de la importancia del poeta, permiten que doce soldados españoles, pertenecientes a la Segunda Brigada de Caballería y recluidos en el sombrío Castillo Real de Collioure —entonces prisión estatal— salgan para llevar a hombros, en dos grupos, el ataúd.[224]

El entierro es estrictamente civil, y de una sobriedad acorde con el pensamiento y la manera de ser del poeta.[225]

La comitiva se pone en marcha a las cinco de la tarde. Cuando el ataúd baja por la escalera del Hotel Bougnol-Quintana va envuelto en la bandera republicana que ha cosido durante la noche Juliette Figuères.[226]

La cabeza del féretro lleva en grandes letras las iniciales «A.M.».[227]

Presiden el cortejo fúnebre José Machado, Julián Zugazagoitia, el cónsul español en Port-Vendres (J. Santaló), el alcalde de Collioure, Marcel Banyuls, y dos representantes de la Embajada de la República en París, Rafael Sánchez Ventura (íntimo amigo de Luis Buñuel) y un tal Nolla. También están el cónsul de España en Perpignan, Méndez; representantes del Centro Español y del Casal Català de la misma ciudad; tres de la Generalitat de Catalunya (Soler i Pla, Fontbernat y Costafreda); Garriga, presidente del Centro Español de Cerbère; y dos corresponsales británicos, E.G. de Caux del *Times* y Henry Buckley del *Daily Telegraph*. [228]

Según la prensa local también está en el entierro el general Vicente Rojo, tan apreciado por Machado y al parecer objeto, como vimos, del último artículo del poeta. Al entender que todo está perdido, y que además algo se trama contra él, Rojo se negará a obedecer, sin garantías escritas, las órdenes del presidente Negrín para que vuelva a su puesto. Consumado el golpe anticomunista del coronel Segismundo Casado, jefe del Ejército del Centro, optará por el exilio.[229]

La comitiva cruza el Douy, bastante encharcado, atraviesa la placeta y se dirige hacia el puerto. Frente a las inmensas murallas del Castillo gira a la izquierda y entra en la pequeña plaza donde

se sitúa el Ayuntamiento (hoy plaza 18 de Junio). El ataúd descansa brevemente delante de la Casa Consistorial. Luego la comitiva vuelve sobre sus pasos para cubrir la corta distancia hasta el cementerio, situado detrás del Bognol-Quintana.[230]

Antes de que se proceda a la inhumación, Julián Zugazagoitia traza una emotiva semblanza del hombre y de su obra.[231]

Una vez cumplida su tarea fúnebre los republicanos presos regresan silenciosamente a sus calabozos en el Castillo. El suyo ha sido el mejor homenaje del pueblo español —homenaje callado y anónimo— al poeta que había dado todo por la República. Y por fortuna queda el testimonio gráfico de la presencia en Collioure de aquellos hombres desafortunados.[232]

Tres días después, el 25 de febrero, a las ocho de la tarde, fallece en coma la madre del poeta. Cumple así una promesa hecha en Rocafort: «Estoy dispuesta a vivir tanto como mi hijo Antonio».[233]

Ana Ruiz, que acaba de cumplir los ochenta y cinco años, recibe sepultura en tierra, en un rincón del cementerio reservado para los pobres (después se juntarán sus restos en la misma tumba con los de Antonio).

Poco después se coloca una placa en el nicho del poeta tan generosamente cedido por Marie Deboher. Dice, con un laconismo digno del creador de Abel Martín y Juan de Mairena:

ICI REPOSE

ANTONIO MACHADO

MORT EN EXIL

LE 22 FÉVRIER 1939

Juan Ramón Jiménez

«Volver a España ha sido desde que salí y es mi único deseo. Pero no había podido cobrar unos libros que edité aquí el año pasado para el Departamento de Educación de Puerto Rico y tenía que esperar forzosamente.»

Carta de J.R.J. a Corpus Barga desde
La Habana, 5 de febrero de 1938.[234]

Después de las elecciones del Frente Popular, Juan Ramón Jiménez sigue encerrado, sin apenas pisar la calle, en su casa de la calle de Padilla, 38, entregado día y noche a la tarea que le consume en estos momentos: ultimar para la imprenta su libro antológico *Canción*, primer tomo de un vasto proyecto editorial que consistirá en dar a conocer, en 21 depurados volúmenes, su producción total desde 1895, cuando tenía catorce años.[235]

La *Obra*, con mayúscula, es la obsesión de Juan Ramón. Para él, como para el belga Georges Rodenbach unos años antes, lo único que importa (aparte de su mujer Zenobia Camprubí) es terminarla antes de morir y así cumplir con su misión en la tierra. Aunque, a decir verdad, la necesidad de corregir y volver a corregir lo que ha escrito es tan arraigada en Jiménez — caracterizado por sí mismo como «metamorfoseador sucesivo y destinado»—[236] que ningún poema suyo está a salvo de ser retocado, modificado y pulido *ad infinitum*. Así que la *Obra* es inacabable casi por definición. En ello J.R.J. es muy diferente a Antonio Machado, a quien no le gusta tejer y destejer, volver sobre lo hecho.

Todo ello lo sabe de sobra Juan Guerrero Ruiz, el literato alicantino bautizado por Lorca «Cónsul General de la Poesía», que desde hace algunos años visita con frecuencia a Juan Ramón y, para nuestra suerte, apunta en su diario lo que le refiere. A veces hasta Zenobia, la santa, la madre, se cansa de las manías (entre ellas la manía persecutoria) de su célebre esposo. En cuanto a los médicos que le atienden, no se liberan de los letales sarcasmos y tremebundas iracundias del «Andaluz Universal». El poeta alega que diez años atrás el doctor Gregorio Marañón, nada menos, le recetó una dieta equivocada que le hiciera un daño tremendo. ¡Si sus secuelas todavía le atormentan! Ahora otro conocido especialista, Luis Calandre, es responsable, por haberle recomendado el maldito tónico Roche, de su mal estado congestivo. Calandre le ha dicho, además,

que solo podrá llegar a los sesenta y cinco años, «por lo menos para trabajar». Si es así solo le quedan diez para la Obra, razón de más para darse prisa (Jiménez tiene ahora cincuenta y cinco). El poeta escudriña libros de medicina con la pretensión de resolver por sí mismo sus problemas digestivos y otros. Es, sin duda, un neurasténico en toda regla.[237]

A veces contempla la posibilidad de abandonar Madrid y de vivir, lejos de gérmenes y posibles contagios, en un pueblo, apartado definitivamente del mundanal ruido. ¿Pero dónde? Andalucía sería lo ideal, pero «no es posible, porque allí la vida no tiene el tono que uno necesita». Y en Cataluña, que sí tiene el tono necesario, sería un extranjero. ¿San Sebastián, entonces? Sí, tal vez. Sería más barato que Madrid y además allí vería a hispanófilos norteamericanos, los únicos que saben apreciar de verdad su obra, empezando con *Platero y yo*, que, gracias a Dios, se sigue vendiendo bien (de la última edición, publicada por Signo, ya van tres mil ejemplares, y pronto se hará otra tirada). Unos sesenta escritores, según el poeta, han solicitado su permiso para traducirlo al inglés. Y así por el estilo.[238]

A propósito de *Platero y yo*, vale la pena recordar que había provocado unos diez años atrás un momento muy desagradable cuando Dalí y Buñuel, que tenían, ellos, la obsesión de los burros *podridos*, le escribieran el telegrama que decía:

Nuestro distinguido amigo: Nos creemos en el deber de decirle —sí, desinteresadamente— que su obra nos repugna profundamente por inmoral, por histérica, por arbitraria.

Especialmente, ¡merde! Para su *Platero y yo*, para su fácil y malintencionado *Platero y yo*, el burro menos burro, el burro más odioso con que nos hemos tropezado.

¡MIERDA!

Sinceramente,

LUIS BUÑUEL
SALVADOR DALÍ[239]

No por nada se referiría Juan Ramón a Dalí, más adelante, como el «catalancito terrible».[240]

Otro factor económico adverso es la mala situación de las Misiones Pedagógicas, que, privadas de su presupuesto por las derechas durante el «Bienio Negro», ya no pueden comprar ejemplares de los libros del poeta para repartirlos entre los campesinos necesitados de cultura: aquella fuente segura de ingresos se ha secado. Si no fuera por la modesta renta que recibe Zenobia de Estados Unidos —cuya cantidad desconocemos, y que a veces no llega—, y por los ingresos que le provienen del alquiler de unos pisos administrados por ella, el matrimonio estaría al borde de la ruina. Para que sus editores no se lucren con su producción, Juan Ramón —siempre dispuesto a creer que le roban— está barajando incluso montar su propia editorial.[241]

Va surgiendo también la idea de hacer una visita a Estados Unidos. Todos los hermanos de

Zenobia viven allí, y hace veinte años que no los ven. Además el viaje podría incluir una estancia en Puerto Rico, donde se está gestionando la edición de una antología de Juan Ramón para niños, proyecto que le hace mucha ilusión.[242]

No obstante sus neurosis y sus rarísimas comparecencias públicas, el poeta no vive ajeno a lo que está ocurriendo a su alrededor. Jamás lo ha hecho, en realidad, y, como recordará después, incluso antes de la guerra hizo explícito su compromiso político, si bien manteniéndose siempre al margen de cualquier militancia («nunca he querido encadenarme a ningún partido político, aunque tenga mi lógica preferencia, porque los partidos suelen imponer complicación y volubilidad y yo quiero ser claro y seguido idealista»).[243] Con tal criterio, recordará después, firmó la súplica al Tribunal Supremo «por la revisión de la represión en Asturias»; protestó contra el asesinato, durante la misma, del periodista madrileño Luis Sirval, atribuido a los militares; y apoyó, también públicamente, a Manuel Azaña, encarcelado por su supuesta implicación en los sucesos ocurridos en Cataluña aquel octubre de 1934. Según Juan Ramón, tales firmas le valieron incluso estar «en las listas negras de Gil Robles», lo cual parece excesivo.[244] En cuanto a estar atento a lo que esté sucediendo en el mundo literario circundante, su compromiso se nota actualmente en los enjundiosos «folletos» dominicales que salen cada quince días en *El Sol*, donde, bajo el título genérico de «Con la inmensa minoría», da cuenta de lo que le va llamando la atención aquí y allá. En uno de ellos destaca el momento muy positivo que está viviendo la poesía española contemporánea (le encantan los libritos del sello Héroe que va publicando el poeta-editor malagueño Manuel Altolaguirre, «graciosos, primaverales libritos de colores»)[245] y son memorables su defensa del poeta y crítico Juan José Domenchina —combatido por el grupo encabezado por Lorca y Alberti, entre otras razones por la declarada antipatía que le inspiran los homosexuales—,[246] y el extraordinario texto en que evoca su encuentro y convivencia, entre 1899 y 1901, con el recién fallecido Francisco Villaespesa: texto en la línea de su acendrado elogio, en enero de 1936, del desaparecido Ramón del Valle-Inclán.[247]

Aunque lleva tiempo sin ver a Antonio Machado, su admiración por el viejo amigo sigue intacta. Cuando, en abril de 1936, sale la cuarta edición de las *Poesías completas* machadianas, se apresura a comentar la efemérides en *El Sol*. Le han llamado la atención sobre todo, en las páginas finales del libro, los misteriosos versos con los cuales terminan las «Últimas canciones a Guiomar», seguidos de una línea de enigmáticos puntos suspensivos:

*Abre el rosal de la carroña horrible
su olvido en flor, y extraña mariposa,
jalde y carmín, de vuelo imprevisible,
salir se ve del fondo de una fosa.
Con el terror de víbora encelada,
junto al lagarto frío,*

*con el absorto sapo en la azulada
libélula que vuela sobre el río,
con los montes de plomo y de ceniza,
sobre los rubios agros
que el sol de mayo hechiza,
se ha abierto un abanico de milagros
—el ángel del poema lo ha querido—
en la mano creadora del olvido...*
.....[248]

La breve reseña de Juan Ramón empezaba definiendo al poeta hermano, de manera sorprendente, como «alto castillo solitario, con el prestigio ya de la ruina secular de pasado y futuro; tesoro verdadero de la poesía española antigua y moderna». Luego se fijaba en los versos citados:

Sí, esta es la gran lírica de Antonio Machado, rica talla policroma; tosca, firme exactitud de la palabra necesaria y bastante; línea que arranca de su juventud, y que aparece y desaparece por el campo de su obra, como un Guadiana de ojo alterno, hermosa culebra de agua de la galería subterránea, con los espejos del súbito raudal erguido siempre.

El campo de Castilla con historia, la estrofa alejandrina y engolada quedan al norte, al oeste que mira a América, y son otra cosa que no es, siendo buena, tan buena cosa. ¡Espejo y galería, romance y silva del mejor, del auténtico Machado![249]

Nadie había dicho tanto, con tan pocas palabras, acerca del genio poético del autor de *Juan de Mairena*, a quien, seguramente, debieron de complacer profundamente.

Juan Ramón, pese a la aparente falta de preocupación social que le achacaban sus adversarios, no duda en alinearse abiertamente con los antifascistas del Frente Popular en momentos en que, como hemos visto, la situación política española se hace cada vez más encrespada. A mediados de mayo, cuando los diarios republicanos siguen con sus crónicas sobre la represión asturiana de 1934, y critican a diario los atropellos que están cometiendo en Abisinia los italianos y la persecución de los judíos alemanes por los nazis, llegan a Madrid, en representación del Frente Popular francés, tres conocidos escritores progresistas del país vecino: André Malraux, el dramaturgo Henri-René Lenormand y el hispanista Jean Cassou, amigo y defensor de los poetas jóvenes españoles. Hay una semana de intensa actividad política e intelectual, con sendas conferencias de Malraux y Cassou en el Ateneo y una representación, en el Español, de *Asia*, obra de Lenormand; una densa cobertura periodística, como es lógico en los revueltos tiempos que

corren; y, como fin de fiesta, un multitudinario banquete en honor de los distinguidos visitantes. Juan Ramón encabeza la convocatoria del mismo al lado de Antonio Machado. También la firman Lorca, Bergamín, María Teresa León, Alberti, Manuel Altolaguirre y otros compañeros de generación. El texto deja claro el compromiso de los firmantes con la República democrática recuperada. «La llegada a España de los ilustres escritores franceses Henri-René Lenormand, André Malraux y Jean Cassou —dice— significa para los intelectuales españoles el contacto con lo mejor del pensamiento francés. El triunfo del Frente Popular en nuestro país y el suyo han permitido esta visita, que nosotros queremos aprovechar para reunir en torno de ellos a cuantos políticos, artistas, escritores e intelectuales sientan simpatía por su obra literaria y por lo que estos escritores representan en Francia.»[250]

El acto se celebra el 22 de mayo. Asisten más de doscientas personas, incluidos varios ministros, pero no, al parecer, los poco sociables y amigos de multitudes Juan Ramón y Machado, pese a haber encabezado la convocatoria.

Pese a la marcadísima significación izquierdista del ágape, muchos comensales no son militantes de un partido político. Todos están de acuerdo, eso sí, en el peligro que representan Hitler y Mussolini para el mundo. Jean Cassou declara que «España y Francia son las dos civilizaciones occidentales que han de oponerse al paso del bárbaro fascismo», y al principio y final del banquete la orquesta toca *La Marsellesa*, el *Himno de Riego* y *La Internacional*. Muchos de los presentes saludan con el puño en alto.[251]

Entretanto han llegado a casa de Juan Ramón los primeros ejemplares de *Canción*, tomo inaugural de la Obra (aunque tercero en numeración), y el poeta, a pesar de las tensiones políticas que están desgarrando el país, vive momentos de felicidad. Unas semanas después el libro está expuesto y a la venta en el stand de la Editorial Signo en la Feria del Libro, inaugurada el 24 de mayo en el paseo de Recoletos por Manuel Azaña, que acaba de ser elegido Presidente de la República tras la destitución de Niceto Alcalá-Zamora.[252] Tiene 440 páginas y 418 poemas, papel de hilo y encuadernación de piel, y es de una extraordinaria belleza. Cada detalle ha sido atendido con esmero por Juan Ramón. En la portada aparece el lema del poeta, «Amor y poesía cada día», y su símbolo predilecto, la rama de perejil, premio máximo, para los espartanos, del esfuerzo desinteresado, del esfuerzo por el esfuerzo mismo. Fuera de texto hay dos láminas: la fotografía de un hermoso busto de Zenobia, a quien el libro está dedicado, y un facsímil del original de uno de los poemas. Por algo el precio es de 50 pesetas, entonces una barbaridad (las *Poesías completas* de Juan José Domenchina, publicadas hace poco por la misma editorial, se venden a 10).[253]

Se trata de cancioncillas muy depuradas que abarcan, aunque no se indica (ninguna está datada), desde la juventud del poeta hasta fechas más cercanas. Cancioncillas, en su mayoría brevísimas, que exaltan la primavera, el amor, la plenitud del yo y el afán de la belleza perfecta, y que llevan

en sus adentros mucho cielo, mucho oro solar, muchas estrellas y no pocas lunas, con algún recuerdo de Moguer (viñas, marismas, caminos, lo azul) y, a veces, un sabor popular refinadamente andaluz. «La niña dejada», por ejemplo:

*Morado y verde limón
estaba el poniente, madre.
Morado y verde limón
estaba mi corazón.*

*—¡Verdugones de los golpes
de su rudo corazón!
... Morado y verde limón
estaba el poniente, madre.[254]*

Del libro se había hecho una tirada nominal de 2.100 ejemplares (probablemente nunca completada) de los cuales, al parecer, se vendieron muy pocos en los dos meses que quedaban antes del inicio de la guerra. Además, para gran decepción de Juan Ramón, los críticos apenas le hicieron caso, con la excepción de Juan José Domenchina que, quizá animado por su compartido editor, se ocupa largamente del mismo en su espacio habitual de *La Voz* y arremete allí contra quienes se han abstenido de hacerlo.[255]

Aquel mismo 24 de mayo, el de la inauguración de la Feria del Libro, Juan Ramón discurría en su folletón de *El Sol* sobre la escritora Teresa de la Parra, que acababa de ser enterrada en el Cementerio del Este, y esbozaba una serie de reflexiones críticas sobre la poesía española, reflexiones notables por el cariño con el cual se refería otra vez, en breve, incisivo apunte, a la obra «del ya duradero» Antonio Machado, cuyo penúltimo artículo de Juan de Mairena aparecía en la misma página.[256]

El que será postrer suelto de la serie de Juan Ramón sale en *El Sol* el 7 de junio, titulado «La estación total». Contiene versos —versos de alto vuelo— y, además de otras reflexiones críticas, una pequeña y deliciosa prosa, «Hoy mediodía», que expresa la insistencia del poeta en exprimir del momento presente sus múltiples gozos:

Mediodía hoy. Cielo que es a un tiempo cielo benigno azul y mar encrespado; luces jenerales que parece que forman, alumbran instantáneamente todo lo que se puede ver en la vida, desde la vida. Y cielo bajo el que nos resignamos, contentos de no ver todo lo que no puede verse desde la pendiente quieta de la vida; contentos del lugar, del tiempo y el espacio relativos...[257]

Juan Ramón le había dicho a Pablo Suero, en vísperas de la consulta electoral de febrero, que se consideraba «comunista individualista». No fue una ocurrencia improvisada, como lo

demuestra la conferencia, titulada «Política poética», que le ha encargado el recién fundado Instituto del Libro Español. Se anuncia en la prensa que la dictará en la Residencia de Estudiantes el 15 de junio. Pero no tiene la menor intención de leerla personalmente. Lo sabemos por el mencionado diario de Juan Guerrero, a quien se lo declara así un mes antes, sin tapujos («he tenido que aceptar, aunque no asistiré»).[258]

El auditorio de la Residencia se llena a tope para el gran acontecimiento. Casi nadie ha visto a Juan Ramón en público, y hay una enorme expectación. ¿Política poética? ¿De qué diablos se trata? Asisten, en representación del Gobierno del Frente Popular, el ministro de Instrucción Pública, Francisco Barnés, y el de Agricultura, Mariano Ruiz Funes. Está el rector de la Universidad Central. Y acuden, según *El Sol*, «catedráticos y gran número de poetas, escritores, artistas y escritores». Quien no se asoma por allí es el autor de *Platero y yo*, víctima, según se «explica» a la concurrencia, muy decepcionada, de un achaque. Lee la conferencia, en lugar del poeta, uno de sus «discípulos predilectos», Jacinto Vallelado.[259]

Jiménez le había dicho a Juan Guerrero que estaba muy contento con la conferencia. No era para menos. En ella exponía, de manera concisa y muy amena, su teoría —en realidad, toda una filosofía— del «trabajo gustoso» (*El trabajo gustoso* será el título definitivo del texto). Para el Juan Ramón de 1936, atento casi exclusivamente a la Obra, lo único que salva al individuo, lo único que hace que valga la pena vivir, es encontrar el trabajo creativo que mejor le permita sacar desde dentro su potencialidad como ser humano y luego desarrollarla y compartirla con el prójimo. Cuando niño, recuerda, creía «más o menos vagamente» que el estado normal del mundo era la paz, y que las guerras que figuraban en los libros no eran más que inventos imaginativos, fantasías. Cuando estalló la conflagración de 1914, ya a la mitad de su camino vital, le parecía que el estado normal del mundo era la guerra. Ahora, a los cincuenta y cinco años, ha vuelto a creer que la guerra es una aberración absoluta y que lo que buscan los hombres, fundamentalmente y pese a las apariencias, es la paz. Lo demuestra sobre todo la poesía, para Juan Ramón el arte pacífico por antonomasia. «El hecho de nacer, de abrir nuestros sentidos en flor al mundo, es ya poesía, patrimonio unánime, comunismo lírico», declara.

El moguerense detalla a continuación su teoría de dicho comunismo, para que no haya dudas al respecto. «El comunismo ideal, el “comunismo poético”, que es el que yo pienso y sueño —explica—, sería aquel en que todos, iguales en principio, trabajásemos en nuestra vida, con nuestra vida y por nuestra vida, por deber consciente, cada uno en su vocación, “en lo que le gustara”, y, entiéndase bien, con el ritmo conveniente y necesario a este gusto.» Si tal estado de cosas se pudiera conseguir, cada persona respetaría profundamente el «trabajo gustoso» del otro. En una situación de tal armonía «vecinal», desaparecería la «antipatía», calificada por Jiménez como «el peor veneno del hombre, bebida de la guerra». «No estoy hablando por hablar —sigue—; el origen de la guerra está siempre en la antipatía, las diferencias de una familia, unos vecinos

que no pueden trabajar, vivir a gusto, que no pueden pensar a gusto en el trabajo.» Hay que ser «simpáticos», no «antipáticos». Es decir, sentir *con* el prójimo, no *contra* él; pensar en la comodidad del vecino, en no molestarle nunca más de lo absolutamente inevitable.

Juan Ramón odia el ruido de Madrid, la cacofonía desconsiderada de tantos vecinos. Arremete en la conferencia contra los «altavoces», es decir, en primer lugar, las radios, cuya estridencia — confirma con ello el testimonio de Pablo Suero— ya invade todos los rincones de la ciudad. Y pregunta: «Un altavoz, ¿qué es, señoras y señores, sino un artefacto de guerra físico y moral, un mortero, una catapulta, un obús, una gran Berta casera contra la inteligencia y el sentimiento?». Llega a su domicilio el obrero después de un jornal extenuante. Solo quiere descansar, hacer tal vez un examen de conciencia, prepararse para el día siguiente, hablar tranquilamente con su mujer, con sus hijos. Y en ese mismo momento irrumpe un altavoz «a toda potencia en los sentidos de su alma y de su cuerpo y con toda su boca abierta le grita guerra, le dispara dinamita, le vomita metralla, le inhala gases, en forma de chascarrillo idiota, de emoliente cantungueo, de falso “bel canto”, de paleta anuncio inútil. Sí, y esa es la guerra, ese es el comienzo de la guerra».

Solo había otro español tan sensible ante la embestida inmisericorde del ruido nacional como Juan Ramón. Se llamaba Manuel de Falla.

El poeta aduce a continuación las mínimas viñetas de cuatro «trabajadores a gusto» con los cuales ha topado a lo largo de los años, o de quienes le han hablado otros, o que, ¿quién sabe?, incluso se ha inventado (escritor al fin y al cabo) sin decírnoslo: el florista de Triana, tan embelesado con su hortensia que insiste en cuidarla en casa del importuno comprador y que, finalmente, desesperado, se la vuelve a adquirir; el regante granadino que lleva treinta años escuchando cada día las mil voces de la «escalerrilla del agua» del Generalife; el carbonerillo de Palos, enamorado de su burra; y el mecánico malagueño, para quien el motor de un coche es un ser vivo que necesita ser mimado para funcionar bien.

Pero, ¿y el dinero? Juan Ramón, que vive con una perpetua angustia económica, no puede estar indiferente ante la dura realidad de la lucha por subsistir. «Todos debemos ganar lo que merezcamos con la calidad de nuestro trabajo», sentencia. El comunismo del «trabajo gustoso» incluye la ganancia justa. Y puestos a hablar de los políticos, a quienes les vendría bien a todos un poco de poesía cada mañana, ¿por qué no funda alguien el partido «de la vida gustosa», «del trabajo agradable y completo»? Un país poblado por trabajadores vocacionales sería una sociedad de gente *centrada* de verdad.

La tesis, no por algo ingenua menos atractiva, decía mucho a favor de la humanidad del poeta. [260]

Juan Ramón —lo sabemos otra vez por el valioso diario de Guerrero Ruiz— llevaba meses preocupado por la seguridad de su archivo. El barrio de Salamanca, el suyo —barrio de ricos entonces como hoy—, era objeto del odio y resentimiento por parte de los «revolucionarios».

Había tenido oportunidades para percatarse de ello, y temía que, si a estos se les ocurriera incendiar una de las mansiones colindantes, tal vez propiedad de un «fascista», el fuego se podría extender a su casa y acabar con sus libros y papeles. O sea, con el trabajo de toda su vida. Sus temores no estaban sin fundamento, dadas las circunstancias que vivía entonces Madrid, con los frecuentes asesinatos políticos y las revueltas callejeras que sabemos, las enconadas trifulcas en el Parlamento y los constantes rumores de un próximo golpe de Estado. Pero por suerte no pasó nada en Padilla, 38... hasta más tarde.

Ya en marcha la sublevación anunciada, Juan Ramón se ofrece a varios «ministros amigos» para que le empleen «en lo más necesario». Ninguno le hace caso.[261] Declina la invitación de instalarse con Zenobia en la sede de la Alianza de Intelectuales Antifascistas —ubicada en el incautado palacio de Heredia-Spínola, cerca de la plaza de la Independencia en la calle del Marqués del Duero, número 7— y de asumir su presidencia, «ya que, como le dije a María Zambrano, la mitad por lo menos de estos Antifascistas eran Fascistas bien conocidos».[262]

Juan Ramón, ciertamente, no daba su brazo a torcer.

Poco después de iniciada la contienda el escritor Arturo Serrano Plaja participa en la recogida de firmas para un manifiesto de célebres intelectuales españoles a favor de la legalidad republicana. Considera que será difícil convencer a Juan Ramón a que lo haga, dada su fama de recluso y «apolítico». Pero se encuentra con una grata sorpresa: cuando aparece el poeta lleva en su brazo izquierdo un brazalete de la Cruz Roja, demostración de que ya actúa por su cuenta a favor de la República. «Apenas le hube dicho lo que deseaba —recordará Serrano—, cuando tomó una pluma y se dispuso a firmar el manifiesto. Le propuse leerlo antes de firmar, no solo para saber si estaba realmente de acuerdo con el contenido, sino también por si quería hacer alguna corrección de cualquier orden que fuese. Sin contestarme, puso los famosos caracteres, caligráficamente casi arábigos, de su firma, y a continuación, como si no hubiese oído mis palabras anteriores, *me pidió permiso* para leer la declaración.»[263]

La «Declaración de los intelectuales ante la sublevación militar» se publicó el 31 de julio de 1936 en el *Abc* republicano y otros lugares e incluía los nombres de tres destacados escritores —Marañón, Ortega, Pérez de Ayala— cuya lealtad al Gobierno de la República duraría poco, provocando el profundo disgusto de Antonio Machado, otro firmante, y, cabe imaginarlo, de Juan Ramón también.

Por estas mismas fechas el poeta —según afirmó en 1948, en Uruguay— se dirigió «al mundo» desde los micrófonos de Unión Radio de Madrid «pidiendo ayuda para el pueblo que resistía la sublevación armada». El recuerdo de aquella actuación le producía orgullo.[264]

El 1 de agosto de 1936 el vicepresidente del Consejo Superior de Protección de Menores,

Mariano Granados —que años atrás había sido alumno de Antonio Machado en Soria—, rubricó un documento dirigido al responsable de la Milicia Ciudadana instalada en la calle de Velázquez, 67. En él se manifestaba que el poeta Juan Ramón Jiménez y su mujer habían sido requeridos por dicho Consejo, dependiente del Ministerio de Justicia, para hacerse cargo de algunos de los niños abandonados como consecuencia de la sublevación. Y que habían instalado a estos efectos, en uno de los pisos que corrían a su cuenta, situados en dicho inmueble, un albergue provisional. La pareja se ocupaba gratuitamente de la manutención y cuidado de los niños que se les confiaban, prestando así, según Granados, una «valiosa cooperación» a las instituciones republicanas. Seguía el documento:

Tanto Don Juan R. Jiménez como su esposa son dos escritores ilustres que han dado gran brillo a las letras españolas. Son republicanos de confianza, y el Sr. Jiménez es uno de los firmantes del manifiesto de los intelectuales españoles adheridos al Frente Popular que recientemente ha publicado toda la Prensa.

Por la calidad de dichas personas y la índole de la labor humanitaria y republicana que realizan en estos momentos, ruego a V. que les preste la asistencia necesaria.[265]

Durante los primeros días de agosto Juan Ramón decide pedir permiso a las autoridades para trasladarse con Zenobia a Estados Unidos. ¿La razón? Según el poeta, en carta de 1938 a Corpus Barga, porque sus recursos se agotaban y porque tenía pendiente un contrato con el Departamento de Educación de Puerto Rico, contrato «muy importante» para él «y que en todo caso debía cumplir antes de acabar el año 36». Se trataba de la antología de la obra suya provisionalmente titulada *Verso y prosa para niños*. Añadió que, además, creía que él y Zenobia podían «hacer algo por España en América».[266]

En otra ocasión explicó que la decisión de irse fue consecuencia de estar sin dinero, ya que su editor, Juan Palazón, de Signo, «dejó de abonarnos lo que nos debía y mi mujer no podía recibir de América la pequeña renta de su herencia».[267]

Estaban, pues, sin un duro. A mediados del mes Juan Ramón se entrevista con Manuel Azaña. Le acompaña el cuñado de este, Cipriano Rivas Cherif, destacado hombre de teatro e íntimo colaborador de la actriz Margarita Xirgu (que en estos momentos pone obras de Lorca en México y espera la prometida visita del poeta). El presidente de la República se expresa de acuerdo con el propósito del moguerense. Sabe que no es hombre de acción y considera que será más útil a la causa bélica fuera, lo cual, probablemente, es cierto. Le ofrece una embajada en América, no sabemos dónde, pero Jiménez no quiere «prebendas». Sí acepta el nombramiento, más honorario que otra cosa, de agregado cultural en la Embajada de España en Washington. Azaña ordena que se tramite enseguida su pasaporte diplomático.[268]

Con el pie en el estribo, Juan Ramón lleva al Monte de Piedad los pocos objetos de plata y

algunas alhajas que poseen él y Zenobia, con la finalidad de donar el importe a su guardería de niños. Después, en la calle de Leganitos, mientras va a por su pasaporte, expedido el 19 de agosto, el poeta topa con Rafael Alberti y María Teresa León. Lo que no pueden saber los tres es que los fascistas granadinos acaban de asesinar a Lorca. «Me preguntaron por nuestra situación y me ofrecieron dos milicianos para guardar nuestra casa de posibles contingencias —declaró Juan Ramón unos meses después—. Les di las gracias y les dije que no me parecía bastante importante nuestra casa para inutilizar dos hombres en defenderla.»[269]

Antes de abandonar Madrid, el poeta entrega un texto para el primer número de una nueva revista de guerra, dirigida por Alberti y otros escritores de orientación comunista, *El Mono Azul. Hoja semanal de la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura*. Se publica el 27 de agosto de 1936 bajo el título «Declaración del gran Juan Ramón Jiménez».

El texto, en el cual Juan Ramón expresa su feroz adhesión a la causa republicana, demuestra, entre líneas, que no ignora los numerosos asesinatos e irregularidades que se están cometiendo en Madrid al margen de la legalidad, así como de los fusilamientos «oficiales» que se llevan a cabo a diario en la capital. La verdad es que todo el mundo lo sabe. Es posible, aunque nunca lo dijo, por lo menos públicamente, que su decisión de abandonar el país tuviera que ver también con ello, con aquel ambiente preñado de pánico, odio y afán vengativo. En el último párrafo de la «declaración» la alusión a dichos desmanes es casi explícita (la revista respetó la peculiar ortografía del poeta):

Creo que en la historia del mundo no ha existido ejemplo de valor material e ideal semejante al que en este año 1936 está dando el gran pueblo español.

En solo un día de decisión maravillosa, de recobro inconcebible, de extraordinaria incorporación, tomó su lugar exacto contra el estenso frente militar organizado año tras año, y en medio de su confianza, contra él. Lo sigue y estoy seguro de que lo seguirá sosteniendo, ¡y con qué extraña alegría! Alegría, esta es la emoción que da el pueblo de Madrid, y sin duda el de toda España, en estos días terribles y supremos. Alegría de convencimiento, alegría de voluntad, alegría de destino favorable o adverso.

Yo deseo de todo corazón, no creo necesario expresar este anhelo de toda mi vida, que tantas veces he manifestado en mis palabras y en mis escritos, el triunfo sin mengua del pueblo español, su triunfo material y su triunfo moral. Lo deseo y nos deseo la alegría inmensa de su triunfo completo. Que el hermoso pueblo español salga entero del cuerpo que le quede y de toda su alma, pleno de la alegre conciencia de esta empresa decisiva a que ha sido cruentamente citado. Entonces España, eterna y grande, alzará bandera de valor y conducta ante todos los pueblos del mundo.

Sucesos de inevitable horror ocurren en todas las conmociones materiales y espirituales: terremotos, tempestades, luchas de destino, de elemento y de vida. Bien sé que es imposible alumbrar del todo la sombra, que nada enorme es perfecto. Pero que la destrucción y la muerte no pasen más de lo inevitable o merecido. ¡No matar nunca, no destruir nunca a ciegas! No debe ser ciega la fe del noble pueblo español.

Ayudémonos todos para que nuestra España vea del todo en medio de su tormenta, para conseguir de nuestra

España y a nuestra España esta doble gloria, este doble ejemplo que le traerá para siempre el respeto universal.
[270]

Eran palabras que le honraban, y que recuerdan las de Prieto y de Azaña en el mismo sentido. Nada parecido se oyó nunca al otro lado de las trincheras.

Juan Ramón y Zenobia se trasladan desde Madrid a Valencia. Y de allí a Barcelona y luego a Figueras. El 22 de agosto cruzan la frontera en La Junquera. Atrás, en el piso de la calle de Padilla, quedan casi todos los libros y muchos papeles que el poeta probablemente espera recuperar dentro de algunos meses, una vez aplastada la sublevación militar. Pero no será así. Y nunca más volverá a pisar España.

Los Jiménez se quedan unos días en París, donde la indiferencia de la población ante lo que está ocurriendo en España les hiere en lo más íntimo. «Nunca me parecieron tan inhumanamente separadores mis queridos Pirineos —apunta Juan Ramón poco después—. Sí, acabamos de dejar España, y con la indiferencia general del París más verdadero, parece que hace ya un siglo que la dejamos.» Recuerda que, en 1914, cuando llegaron las primeras noticias de la Gran Guerra, existía en la España neutral un desapego parecido y no hizo nada por ayudar a su vecino en tan duro trance. Francia ahora se está comportando igual con la República española (pese a tener un Gobierno de Frente Popular). La historia se repite. «Es claro que yo solo me atreví a decirles algo con los ojos —termina la reflexión—; porque nosotros españoles no pudimos mover tampoco nuestra máquina más o menos poderosa cuando estos franceses amontonaban en plena desesperación su masa humana desprevénida contra otra fuerza mayor, la misma que nos ataca a nosotros ahora y que muy pronto atacará también y otra vez a ellos.»[271]

El 26 de agosto Juan Ramón y Zenobia suben en Cherbourg a bordo del transatlántico *Aquitania*. Son «cinco inmensos días grises» de travesía, con la obsesión cada momento de lo que está ocurriendo en España. En «Desterrado (Diario poético)», recordando la primera vez que cruzó el océano, veinte años antes, para casarse con Zenobia, el poeta apunta: «He mirado poco al agua, al mar. Mi ser, cuerpo y alma, no estaban, este segundo viaje a América, tan distinto del primero, con el presente mar tranquilo, estúpidamente tranquilo, sino con la lejana, enloquecida tierra.»[272]

En Nueva York pasan una semana con los hermanos de Zenobia —uno de los cuales, José, es director del diario de lengua española *La Prensa*—, y otra en Long Island. Juan Ramón encuentra la ciudad de los rascacielos muy cambiada: «Hace 20 años, Nueva York tenía aún carne y alma visibles. Hoy ya todo es máquina». En *La Prensa* los Jiménez organizan una suscripción a favor

de la «Protección de Menores» de Madrid, organización con la cual, como sabemos, han colaborado.[273]

Hacen un rápido viaje a Washington con la esperanza de poder conseguir apoyos para la lucha de la República contra el fascismo. Pero no encuentran, en los círculos gubernamentales a los cuales logran acceder —el poeta, como vimos, ha sido nombrado por Azaña agregado cultural, u algo parecido, en la embajada de España—, un ambiente nada favorable.[274] ¿Cómo lo iban a encontrar? La potentísima cadena de periódicos perteneciente a Randolph Hearst ha estado con los rebeldes desde el primer momento. Para el magnate de la prensa estadounidense, Franco es un adalid de la lucha internacional contra el comunismo. ¡Y el Gobierno de España, según él, es rojo subido! Además, como recordará Juan Ramón, se está preparando la campaña de reelección para la segunda presidencia de Roosevelt, y no hay interés en nada más.[275] «Un día fue lo bastante para que se convencieran de que no iban a conseguir nada de sus proyectos de paz —escribe Graciela Palau de Nemes en su biografía del poeta—, cosa que ya les había revelado con toda sinceridad a bordo del *Aquitania* un miembro del Gabinete Roosevelt, recordándoles que ningún candidato a la Presidencia se atrevería a arrostrar la impopularidad de intervenir en asuntos europeos.» Lo más que logra Juan Ramón es vaticinar, ante un grupo de redactores de la revista *The New Republic*, una próxima conflagración mundial si las democracias no reaccionan a tiempo. Nadie le hace caso. ¿Quién es Juan Ramón Jiménez en Estados Unidos? Un perfecto desconocido.[276]

El 18 de septiembre se celebra en Nueva York un acto en defensa de la legalidad republicana española patrocinado por el Comité Americano de Apoyo a la Democracia Española. Tiene lugar en el Mecca Temple. El tema es «¿Triunfará el fascismo en España?». Uno de los participantes es Robert Neville, que acaba de presenciar en persona los horrores de la represión que están llevando a cabo en Granada los rebeldes, y de los cuales ha dado detallada cuenta en el *New York Herald Tribune*. [277] Juan Ramón, que no puede asistir personalmente al acto, manda un texto vibrante de verdad y de indignación, ampliación del ya publicado por *El Mono Azul* en Madrid. Un texto en el que insiste sobre el desamparo en el cual las potencias democráticas han dejado a la República, afronta con denuedo el hecho de los inevitables desmanes cometidos en la zona leal y señala que, de perderse la democracia en España, las consecuencias para el resto del mundo pueden ser desastrosas. Vale la pena reproducirlo íntegramente:

Comprensión y justicia

Acabo de llegar de España, he compartido en Madrid el primer mes de esta terrible guerra civil nuestra, y traigo todo mi ser conmovido por el hermoso ejemplo (único, creo yo, en la historia conocida de las guerras más o menos civiles del mundo) que ha dado el gran pueblo español.

En un solo día de visión rápida, de absoluto recobro, de entera incorporación, nuestro pueblo tomó su puesto en todos los frentes contra la traición militar preparada año tras año en medio de su noble confianza. Y ¡con qué frenético entusiasmo! El contrario engaño armaba su conciencia. Madrid ha sido, durante este primer mes de guerra, yo lo he visto, una loca fiesta trágica. La alegría, la estraña alegría de una fe ensangrentada rebosaba por todas partes; alegría de convencimiento, alegría de voluntad, alegría de destino favorable o adverso. Y este frenesí entusiasta, esta violenta unión con la verdad habrían decidido desde el primer momento el triunfo justo del pueblo, si la revolución militar no hubiese sido amparada por codiciosos poderes estraños. Y España, la República española democrática y legal estaría hoy reorganizándose, completando su firme ejemplo ante el mundo.

Mi ilusión, al salir de España para cumplir otros espontáneos deberes jenerales y particulares, era hacer ver la verdad de la guerra a los países extranjeros cuya prensa, supongo que por deficiencias de información, presenta los hechos con un aspecto completamente distinto a la realidad. Se supone generalmente, y se dice en muchos periódicos americanos y de otros países, que el Gobierno español carece de fuerza, de justicia y de orientación. Si hubiese carecido de fuerza, ¿cómo hubiera podido hacer frente en un día, con los relativamente escasos elementos armados que le fueron fieles y con un pueblo que no había querido antes armar, a una revolución militar casi total y elaborada durante años? Y el Gobierno español ha procurado, y sigue procurando por todos los medios a su alcance, el respeto y el orden civiles. De esto estoy bien seguro, porque conozco y he oído constantemente al Presidente de la República y a algunos de los Ministros del Gobierno. En todas las grandes conmociones de la naturaleza y de la vida hay zonas de sombra que nadie puede fácilmente alumbrar, comprender ni dominar, y nada grande puede ser perfecto. Las injusticias parciales, los desmanes de todo jénero se cometen, sin duda, en España por los dos lados enemigos, pero ¡de qué manera tan distinta! Los militares revolucionarios organizan y dirijen militarmente el atentado y la venganza, traen moros salvajes eternos enemigos de España (este es otro asunto) y legionarios extranjeros famosos por su inmoralidad y su crueldad para que, a cambio de botín, desarrollen plenamente sus actividades criminales. El Gobierno de la República y los representantes del Frente Popular, en cambio, condenan cada día en la prensa, por el radio, por decretos, todo acto innecesariamente cruento; y sus milicianos, su aviación, su guardia civil, sus fuerzas de asalto, sus carabineros, sus mozos de escuadra, sus mandos dan muestra constante de mesura y dignidad. Es claro que no se puede evitar que tales grupos que merodean al margen de toda catástrofe y que existen también normalmente en época de paz en todos los países, cometan, favorecidos por el desorden de la guerra, actos que todos lamentan, que todos lamentamos, y que son en muchos casos sancionados rápidamente por las mismas fuerzas leales del Gobierno.

Pido aquí y en todas partes simpatía y justicia, es decir, comprensión moral para el Gobierno español, que representa a la República democrática ayudada por todo el Frente Popular, por la mayoría de los intelectuales y por muchos de los mismos elementos conservadores. Si el Gobierno español se sintiera alentado por esta justicia y esta simpatía universales, podría acelerar la verdadera victoria, en la que los amigos del mejor destino de España confiamos, y a la que esta España tiene pleno derecho. Y pensad bien que esta victoria no solo sería de España, sino del mundo. Esta victoria pondría a España en condiciones de desenvolver pacífica, ejemplar y conscientemente su lójica evolución social, con arreglo a su propio jenio y carácter, sin dependencia política de otros países; y evitaría, quizá, con su ejemplo la guerra del mundo, que en estos momentos está ya aguzando sus filos más espantosos.[278]

Texto valioso que no influyó para nada, apenas hace falta decirlo, en la actitud del Gobierno de

Roosevelt hacia la República española asediada por el fascismo.

El poeta mantiene al tanto de sus actividades «diplomáticas», como es lógico, a las autoridades españolas en Madrid (hay en su archivo un telegrama al Ministerio de Estado, con fecha 11 de septiembre de 1936, en el que solicita el nombramiento de un agente de Prensa), pero la verdad es que ha perdido cualquier esperanza de poder llevar a cabo una labor útil en Estados Unidos, por lo menos en estos momentos preelectorales.[279]

Tampoco ayuda el hecho de no estar nada a gusto en la metrópoli americana. «New York, Babel de la melancolía progresista, no es ya sino una sola desmedida máquina que su hombre ve desde dentro», se queja. Los neoyorquinos le semejan meros tornillos, como máquinas ellos mismos, obsesionados con la adquisición del dinero necesario para vivir... y para comprar más máquinas. Además la desproporción entre el hombre y su entorno ya le parece a Juan Ramón demencial. La visión es parecida a la del Lorca de *Poeta en Nueva York*, libro todavía inédito pero algunos de cuyos poemas tal vez haya leído el moguereno en revistas. Además ya debe de conocer la terrible noticia del fusilamiento del poeta, recogida en *La Prensa* y muy comentada en los círculos hispanoparlantes de la ciudad.

Nueva York, sí, es intolerable. Hay que escapar. Juan Ramón y Zenobia embarcan para Puerto Rico, donde les esperan, y llegan a San Juan el 29 de septiembre de 1936.[280]

Allí pasan dos meses. «Amor a primera vista: le gustó el paisaje, le gustó la ciudad, le sedujo el elemento humano. En sus prosas de Puerto Rico esta seducción es visible», nos asegura Ricardo Gullón en *El último Juan Ramón Jiménez*. [281]

El 3 de octubre se publica una entrevista con el poeta en el diario *El Imparcial*, titulada «El credo estético y la actitud política de J. R. J.». Ante las inevitables preguntas sobre la guerra el poeta explica que él está con la República, aunque tiene amigos honrados de derechas (a lo largo de la contienda se esforzará por demostrar que no es maniqueo). El 7 de octubre lee su conferencia «Política poética» en el paraninfo de la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras. El mismo día sale otra entrevista suya, esta vez en *El Mundo*. En ella habla de su incansable labor creativa: «Trabajo todo el día. Piedra a piedra, como se hace una catedral. Lo que he publicado son solo ejemplos de mi poesía». Y, refiriéndose a su casa madrileña, Madrid, puntualiza: «Tengo un cuarto grande como esta sala lleno de manuscritos. Hace años que no daba libros. Trabajaba en mi obra total con la ilusión de poder terminarla antes de mi muerte. Si por cualquier circunstancia eso se perdiera, yo pienso que habría perdido mi vida. Yo soy un trabajador infatigable. Trabajo día y noche». [282]

El 7 de noviembre de 1936 discurre sobre «La poesía contemporánea» en el Blanche Kellogg College. También da charlas en Ponce, Mayagüez y Salinas. Como siempre, piensa en los niños. El 19 de noviembre se instituye la Fiesta de la Poesía y el Niño de Puerto Rico, ideada en primer lugar por él mismo. En un hermoso discurso de presentación habla de la importancia del libro

bello para el desarrollo de la sensibilidad de los jóvenes. El 23 de noviembre lee en el Ateneo de San Juan una conferencia sobre Valle-Inclán, probablemente una versión modificada del texto publicado en *El Sol* a la muerte del gran amigo. Luego, cuando se convence de que no hay establecimiento en Puerto Rico capaz de imprimir dignamente *Verso y prosa para niños* —una de las razones para salir de España—, decide trasladarse a Cuba, donde la Institución Hispanocubana de Cultura le ha invitado a dar unas conferencias.[283]

El 24 de noviembre de 1936 Juan Ramón y Zenobia embarcan en San Juan de Puerto Rico y, después de una breve estadía en Santo Domingo, llegan poco después a Santiago de Cuba. Desde allí se trasladan enseguida por carretera a La Habana.[284] «Cuba, azúcar blanca y morena sitiada de sal. Azúcar en salazón. Fundición profunda de sal y azúcar en sol azul. ¡Qué exquisito bocado de isla, y qué peligroso!»[285]

En La Habana dicta tres conferencias: «Política poética», ahora titulada «El trabajo gustoso», «El espíritu en la poesía española contemporánea» y «Evocación de Valle-Inclán».

Después de dos o tres meses es toda una figura pública en la capital cubana, y aprovecha su nombradía para hacer propaganda constante a favor de la República en guerra.[286]

Tiene que defenderse, eso sí, contra la especie de que ha «huido» de España y, específicamente, de los «rojos». En una carta al *Diario de la Marina*, publicada el 17 de marzo de 1937, contesta una alusión en este sentido del periodista franquista Manuel Aznar, y puntualiza: «Yo “no he huido” de los rojos ni de los blancos ni de los de ningún otro color o matiz. Salí de España, con mi mujer, el 22 de agosto pasado, porque tenía pendiente, con anterioridad al levantamiento militarista, un compromiso literario, muy importante para mí, con el Departamento de Educación de Puerto Rico, que no pude cumplir en Madrid por los trastornos naturales de la guerra, y que estoy realizando aquí en La Habana; y porque otros intereses particulares de mi mujer y míos lo reclamaban».[287]

No bastaría la explicación, desde luego, para convencer a quienes alegaban que el motivo principal de la salida de los Jiménez de España había sido salvar el pellejo.

En abril de 1937 participa en el homenaje al poeta cubano Pablo de la Torriente, que ha muerto luchando en España, y también en otro, muy sentido, en recuerdo de Lorca. Seis años atrás el autor de *Bodas de sangre* había dejado en Cuba recuerdos imborrables. Sin duda Juan Ramón oye sonar, casi cada día de los tres años que pasará en la isla, el nombre del amigo asesinado por los fascistas. ¿Amigo? Sí, pese a algunas desavenencias. ¿No había sido Jiménez uno de los primeros en darse cuenta del enorme don poético del joven granadino cuando llegó a Madrid en 1919 con una carta de presentación de Fernando de los Ríos? ¿No le había aconsejado que podara las demasiado frondosas ramas de su árbol lírico? ¿No había publicado versos suyos en su revista

Índice y seguido desde entonces, no sin asombro, su carrera fulgurante? «De cinco razas; cobre, aceituno, blanco, amarillo, negro, como los anillos de cinco metales para el rayo, achaparrado en piña humana prieta, Federico García Lorca se vuela una vez y otra de lo que corre...»: Juan Ramón había escrito aquella viñeta del poeta en 1928, año de la publicación del *Romancero gitano*. Y ahora, ocho años después, desde Granada solo contesta el más tétrico de los silencios acerca del crimen.[288]

Juan Ramón y Zenobia se organizan lo mejor que pueden, siempre acuciados por la nostalgia de su tierra, en la capital cubana. En junio de 1937 atraca brevemente en el puerto, rumbo a México, un barco lleno de niños evacuados de España. Juan Ramón sube a bordo, conmovido, para pasar un rato entre aquellas criaturas víctimas de la locura que han desencadenado los generales traidores.[289]

El 14 de julio, casi en vísperas del primer aniversario del inicio de la guerra, vuelve a arremeter contra los militares rebeldes en su conferencia «Pueblo de España», dictada en el Círculo Republicano Español de La Habana. Se trata en parte de una refundición del texto mandado en Nueva York a los Amigos de la Democracia Española.[290]

Dicho texto había sido reproducido en distintos órganos republicanos y, en septiembre de 1937, con cierto retraso, se da a conocer en *Hora de España*, en Valencia.[291] Leerlo allí complace enormemente a un Antonio Machado inquieto ante la rumoreada defección del amigo, quien lo comenta con palabras que conmueven al poeta autoexiliado. El artículo, fechado en Valencia el 12 de septiembre de 1937 y distribuido a la prensa española y hispanoamericana por el Servicio Español de Información —órgano republicano de propaganda—, se publicó en la revista *Mediodía*, de La Habana, así como en otros lugares de América. Se titulaba «Voces de calidad. Juan Ramón Jiménez» y merece ser citado en su integridad, tanto por lo que dice de Antonio Machado como del futuro Premio Nobel de Literatura:

Siempre pensé que Juan Ramón Jiménez, en España o fuera de España, allí donde se encontrase, estaría con nosotros, con los amantes del pueblo español, del lado de nuestra gloriosa República. Y deseaba —porque nunca faltan malsines que gustan de enturbiar la opinión sobre la conducta de los excelentes— que esta convicción mía ganase la conciencia de todos.

Bien hizo el Servicio Español de Información en publicar, hace ya muchos días, las palabras de nuestro gran lírico, a su llegada a América.

«Madrid ha sido —dice Juan Ramón Jiménez—, durante este primer mes de guerra, yo lo he visto, una loca fiesta trágica. La alegría, la extraña alegría de una fe ensangrentada rebosaba por todas partes; alegría de convencimiento, alegría de voluntad, alegría de destino, favorable o adversa. Y este frenesí entusiasta, esta violenta unión con la verdad, habrían decidido desde el primer momento el triunfo justo del pueblo, si la revolución militar no hubiese sido amparada por codiciosos poderes extraños. Y España, la República española, democrática y legal, estaría hoy reorganizándose, completando su firme ejemplo ante el mundo.»

Palabras son estas de testigo presencial, algo más, de quien hizo suya y vivió con el pueblo, con su pueblo, la

gran experiencia trágica de la España actual. «Yo lo he visto», dice Juan Ramón Jiménez, aludiendo sin la menor jactancia a ojos excepcionales, los suyos, de verdadero poeta, que ven en lo profundo. «Como una violenta unión con la verdad», nos define Juan Ramón aquel ímpetu popular que realizó el milagro del Guadarrama y obró, luego, tantas hazañas portentosas, que son hoy el asombro del mundo. En efecto, nuestro pueblo ha necesitado siempre de la violencia; del frenesí entusiasta para unirse con la verdad, con su propia verdad; tantos son entre nosotros los poderes sombríos que contra ella militan, tantos los enemigos de la más humilde como de la más egregia verdad española. Por suerte, abundan ya los ojos que la han visto desnuda. Tal ha sido para muchos, para los mejores, la gran revelación de la guerra: la verdad española está en el corazón del pueblo como un arco tendido hacia el mañana, y es hoy una consciente voluntad de vivir en el sentido esencial de la historia.

Cuando Juan Ramón Jiménez escribió las nobles palabras transcritas, eran los días en que la contienda que ensangrienta a España nos aparecía con vagos caracteres de guerra civil entre dos categorías de españoles, o, si queréis, entre dos Españas: la España popular, ávida de nuevas experiencias humanas, España viva y, por ende, incapaz de vivir a retrotiempo, y la España desmayada y sombría, tantas veces cobarde ante la historia, que invoca vanamente una tradición de cultura que ella nunca hubiera contribuido a crear, y cuya tradición verdadera está hecha de renunciadas, fracasos y traiciones; una España triste que alguien, no yo, llamará burguesa, con adjetivo sobradamente holgado para su mezquindad, una España de viejas infecundas, que compró al hambre africana los brazos que habían de defenderla.

La guerra civil, tan desigual éticamente, pero, al fin, entre españoles, ha terminado hace muchos meses. España ha sido vendida al extranjero por hombres que no pueden llamarse españoles; quien vende a su patria se desnaturaliza y ha de sobreentenderse que renuncia a su patria para buscar cobijo en la patria del comprador. De suerte que ya no hay más que una España, invadida, como otras veces, por la codicia extranjera y, como otras veces, a solas con su pueblo y con su destino, quiero decir con su razón de ser en lo futuro, para luchar sin tregua ni desmayo por su propia existencia, contra dos potencias criminales, tan fuertes como viles, que le han salido al paso en la más peligrosa encrucijada de su historia.

Mucho alienta escuchar las voces de los buenos —su claro timbre español—, en los momentos más trágicos, que han de ser también los más fecundos, de esta magnífica soledad española.[292]

No es sorprendente que Juan Ramón, al ir desarrollando su proyecto de publicar un libro titulado *Guerra en España*, decidiera incluir, como prólogo al mismo, el magnífico y sentido artículo de su viejo amigo.

Era verdad, como decía Machado, que trabajaba sin descanso a favor de la República, de la España cuya paz tan hondamente anhelaba. «Mi único deseo, ansia, necesidad, es España — escribe a Corpus Barga en octubre de 1937—. Pero ¿qué utilidad tendría yo ahora, enfermo y viejo, en España a cambio de lo que consumiera? Me parece que soy más útil fuera y en país oficialmente desafecto, donde el peligro también existe, rodeados como estamos de “españoles” indeseables y cerriles.» El régimen cubano entonces imperante no quería saber nada de la

República española, ciertamente. La carta a Corpus Barga (en estos momentos encargado de Relaciones Culturales del Ministerio de Instrucción Pública en Barcelona) revela, además, que Juan Ramón ya piensa abandonar pronto la isla («país oficialmente desafecto»), trasladarse a Nueva York y, desde allí, regresar a Europa.[293]

La estancia de los Jiménez se prolonga, con todo, hasta primeros de enero de 1939, cuando por fin embarcan. Pasan dos meses en Nueva York y allí Juan Ramón recibe una invitación de la Universidad de Miami, en Coral Gables, para pronunciar una serie de conferencias en el recién fundado Hispanic American Institute. La pareja, que ya ha visto la imposibilidad de volver por el momento a Europa, no se lo piensa dos veces y baja sin perder tiempo a Florida, donde al parecer se encontró enseguida muy a gusto. Allí pasará, sin haberlo previsto, tres años.[294]

La noticia de la muerte de Antonio Machado es un golpe tremendo. En una carta fechada el 3 de marzo de 1939 en Nueva York, donde acaba de llegar, Tomás Navarro Tomás le explica cómo pasó la frontera con el poeta y cómo Corpus Barga y él hicieron todo lo posible por aliviar sus sufrimientos en aquellas trágicas circunstancias. «Estoy seguro —puntualizó— de que no ha muerto de necesidad, ni de abandono, sino del dolor insoportable ante el espectáculo de la ruina y la miseria de España.»[295]

La desaparición de Machado provoca en Juan Ramón uno de los textos elegíacos más bellos jamás escritos en español... y una de las semblanzas más profundas que tenemos del poeta sevillano. Jiménez sabe cuánto le había acompañado a su amigo, desde su infancia, la angustia de la muerte («Tuvo siempre tanto de muerto como de vivo, mitades fundidas en él por arte sencillo»), y le ha conmovido saber que cruzó la frontera rodeado de su pueblo, «humilde, miserable, colectivamente, res mayor de un rebaño humano perseguido». «Toda esta noche de luna alta —sigue—, luna que viene de España y trae a España con sus montes y su Antonio Machado reflejados en su espejo melancólico, luna de triste diamante azul y verde en la palmera de rozona felpa morada de mi puertecilla de desterrado verdadero, he tenido en mi fondo de despierto dormido el romance *Iris de la noche*, uno de los más hondos de Antonio Machado y uno de los más bellos que he leído en mi vida.»

Se trataba de un fenómeno observado por Machado a veces mientras el tren cruzaba el Guadarrama, entre Segovia y Madrid, y que, sin que lo hubiera podido saber Juan Ramón, había comentado en una carta a Pilar de Valderrama: «Es mucho más delicado que el iris de sol. Y no es una invención romántica, sino un fenómeno natural, que pocos observan. El de aquella noche, una noche de Abril, con luna llena, era magnífico».[296] Juan Ramón recuerda ahora los últimos versos del poema que tanto le ha impresionado, en que Machado le hace una insólita pregunta a Dios, casi en clave de creyente:

Y tú, Señor, por quien todos

*vemos y que ves las almas,
dinos si todos, un día,
hemos de verte la cara...*[297]

Lorca asesinado por los fascistas en Granada al principio de la guerra. Y ahora, cuando la fratricida contienda toca a su fin, Machado, muerto de dolor en el exilio de Collioure. ¡Qué pena más negra! ¡Qué rabia!

En La Habana Juan Ramón había recibido una carta desde Alicante de su fiel amigo Juan Guerrero Ruiz. ¿Quería que le consiguiera el traslado de su biblioteca y sus manuscritos desde el piso de la calle de Padilla a Alicante o Valencia, para garantizar mejor su protección? Juan Ramón le había rogado que no se hiciera.[298] También se había enterado, por la cocinera de Padilla, Luisa Andrés, de que el alcalde de Madrid deseaba saber si sería conveniente que vigilasen la casa unos milicianos. La muchacha le había transmitido la consigna acordada: aquellos hombres tenían cosas más importantes que hacer.[299]

Pero en junio de 1939, ya ganada por Franco su «Cruzada», Juan Ramón tal vez lamentó no haber aceptado la oferta de Juan Guerrero. Porque recibió entonces la noticia de que el piso acababa de ser allanado por unos jóvenes escritores falangistas, Félix Ros («el joven ratero catalán», en palabras del moguereno), el gallego Carlos Martínez Barbeito (amigo en su momento de Lorca) y otro catalán, el periodista Carlos Sentís, que se habían llevado libros, manuscritos y hasta la máquina de escribir. El poeta trataría por todos los medios a su alcance de recuperarlos y hasta recurrió, con lenguaje cauto y diplomático, a José María Pemán. Incluso, utilizando su mejor modo irónico, le escribió al propio Félix Ros. La breve misiva empezaba:

Pienso ir pronto a Europa, Félix Ros, y me gustaría mucho encontrarme en mi casa todo lo que usted y sus diligentes amigos recojieron con tanto cuidado de ella.

Me gustaría mucho saber por ustedes mismos que estas cosas les han sido útiles o agradables. Yo no soy demasiado egoísta, pero usted que es un poeta culto sabe lo que para un escritor vocativo significan su biblioteca, sus manuscritos, sus cartas, todas sus intimidades...[300]

¡Útiles o agradables! «Tan útiles —apostilla Andrés Trapiello en su libro *Las armas y las letras*—, que la primera edición de las *Soledades* de Machado dedicadas a Juan Ramón Jiménez le sirvieron de regalo de boda para un amigo. Lo conserva su viuda.»[301]

Parte del botín fue restituido después de largas y difíciles gestiones, pero el poeta nunca perdonó aquel atentado contra su intimidad y el trabajo de toda una vida.

Descubrió, además, que entre las cartas robadas y no devueltas figuraban las de Unamuno

(menos dos), Pedro Salinas y Lorca. Pérdida, hay que suponerlo, irreparable.[302]

Las críticas de Juan Ramón a otros escritores, antes, durante y después de la Guerra Civil, eran a veces duras. Él siempre insistió en que solo decía la verdad como él la veía y entendía, sin querer herir a nadie. Y ello por la necesidad, inexcusable en él, de ser fiel a sí mismo, que, poeta de vocación, vivía por, en y para la poesía. El autor de *Platero y yo* creía que el auténtico poeta era el que tiene «voz en pecho», no «voz en cabeza». Consideraba que las voces de Jorge Guillén y Pedro Salinas eran «de cabeza», y lo decía, abiertamente (lo cual no equivalía a denigrarlas). No podía ver a José Bergamín. Y lo decía. Despreciaba a León Felipe. Y lo decía. Tampoco le cayó en gracia, al principio, Pablo Neruda. Pero Juan Ramón era de los que saben rectificar. Lo hizo en el caso de Neruda y se lo dijo en una carta de 1942 a la cual el chileno, conmovido, contestó desde México, D.F.[303]

Los Jiménez, con Estados Unidos ya en guerra, viven ahora en Washington, donde el poeta ha ofrecido sus servicios al Departamento de Estado. Desde la España de Franco le llegan de vez en cuando recortes de prensa con insidiosos ataques. El 3 de febrero de 1945 había publicado en *El Español* de Madrid una semblanza de un amigo suyo, el exvicepresidente de Estados Unidos Henry A. Wallace. Provoca la rabia de Gaspar Gómez de la Serna, que desde *Informaciones* acusa al poeta de haber vivido ajeno a las realidades sociales de su país, de tener un lenguaje vacío de sentido, de ser un «superpoeta puro». «Por lo visto ha vuelto a forrar de corcho su habitación —termina con sorna la arremetida— y sigue sin querer escuchar el trágico ruido de la calle. Pero ese aislamiento, que está muy lejos de ser espléndido, se asemeja, en cambio, a la fría paz de los sepulcros. ¡Descanse en paz don Juan Ramón!» El poeta guarda el recorte, sin duda para incluirlo en su proyectado libro *Guerra en España*.[304]

Juan Ramón está acostumbrado a la carga de vivir apartado de cualquier preocupación social, de ser un egoísta ajeno a las preocupaciones del mundo que le rodea. Lo que acaba de decir Gaspar Gómez de la Serna no es excepción a la regla. Nueve años atrás, en «Desterrado (Diario poético)», a los pocos días de salir de España y mientras cruzaba el Atlántico, el moguerense había apuntado: «Mi “apartamiento”, mi “soledad sonora”, mi “silencio de oro” (que tanto se me han echado en cara, y siempre del revés malévolo, y tanto me han metido conmigo en una supuesta “torre de marfil”, que siempre vi en un rincón de mi casa y nunca usé) no los aprendí de ninguna falsa aristocracia, sino de la única aristocracia verdadera y posible».[305] Y en otra ocasión, al volver a referirse a la torre marfileña de marras, recalcó: «Yo siempre me reí de ella y hace mucho tiempo que dije, como definición estética mía, “azotea abierta”». Azotea abierta a todos los vientos, y con vistas a todos los mares.[306]

Desde Washington los Jiménez se mudan a la ciudad de Riverdale, para estar más cerca de la Universidad de Maryland, donde Zenobia ya tiene un puesto como profesora de español.[307] Van pasando los años y va envejeciendo el poeta. En Riverdale recibe, en 1948, una invitación para

dar unas conferencias en la capital argentina, que no conoce. Procede de la directora de la revista *Anales de Buenos Aires*, Sara Durán de Ortiz Basualdo. La acepta con entusiasmo. La visita resulta extraordinariamente grata para el poeta, que en la gran ciudad de la Plata tiene la sensación de renacer como español. Es, dice, «un milagro».[308]

En Buenos Aires la revista *España Republicana* le pregunta sobre la Guerra Civil, sobre el hecho de que, casi diez años después de terminada, no haya vuelto a España, sobre el rumor de que «huyó» de la contienda por razones egoístas. Impregna el intercambio la nostalgia de la República perdida. «Prosigue la conversación —consigna el entrevistador—, y hemos evocado a Fernando de los Ríos, el sutil socialista granadino, que en tierras yanquis agoniza en su pasión humanista por una España Libre, y al desaparecido Azaña; y al gran Unamuno, muriendo con el dolor de España en el tuétano de los huesos; y al inmenso Antonio Machado, cuyos ojos moribundos atalayaban, desde la playa francesa de su éxodo definitivo, las cumbres nevadas del Pirineo esquivo... y al pobre y genial Federico García Lorca, asesinado en su tierra natal...»[309]

Sí, tantos muertos preclaros, tantos amigos idos para siempre. A Juan Ramón le hablan constantemente, como no podía ser de otra manera, de la triunfal estancia argentina de Lorca en 1933-1934 (cuando el granadino conoció por vez primera a Pablo Suero). Juan Ramón cree ahora que el poeta del *Romancero gitano*, tan obsesionado por la muerte —por la muerte en general y por la suya propia en particular— presintió en julio de 1936 que se iba acercando su momento de la verdad y que, por ello, decidió ir a afrontarlo cara a cara en Granada. ¡Quién sabe![310]

Después de Buenos Aires es, otra vez, Riverdale, donde la pareja vivirá hasta 1951, año en que se vuelven a instalar, para no moverse más, en Puerto Rico. Allí, en la Universidad, Juan Ramón dicta en 1953 un curso sobre el modernismo que, editado, resultará de extraordinario interés para los futuros estudiosos del movimiento;[311] allí, a partir 1954 y ya seriamente enfermo, dejará prácticamente de escribir; allí recibirá la magnífica noticia de la concesión del Premio Nobel en 1956 y, unas horas después, la terrible de la muerte de Zenobia; y allí fallecerá él mismo en 1958, a los 77 años, sin haber alcanzado la imposible meta de ver terminada su Obra.

Durante sus últimos años de actividad literaria había ido ordenando el material acumulado por él, obsesivamente, en torno a la contienda de 1936-1939 y a su nunca roto exilio lejos del país natal. Ello con visos a publicar el libro, jamás editado —ya era demasiado tarde— titulado *Guerra en España*. Dicho material, reunido en tres grandes sobres de tamaño folio, fue examinado y ordenado por Ángel Crespo en la Sala Zenobia-Juan Ramón de la Biblioteca General de la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras y publicado por el mismo investigador en 1985, treinta y siete años después de la muerte del poeta. Lo hemos venido citando a lo largo de este capítulo. Además de los textos literarios —poesía, prosa— y recortes de prensa, los sobres contenían fotografías de la guerra anotadas por el poeta. Debajo de una de ellas, donde aparece Franco con los generales Mola, Saliquet, Queipo de Llano y Cabanellas, apuntó: «Los defensores de la

“Civilización cristiana occidental”. Chulería y taberna. La chulapona y los *bajos*. Coro».[312] Y debajo de otra, de Hitler: «¿Podrá este gorila, cerdo, tiburón, rejir el mundo?». Los comentarios recuerdan los de Goya en *Los desastres de la guerra*.

La documentación publicada por Ángel Crespo demuestra que Juan Ramón Jiménez estuvo orgulloso, hasta el final, de la dignidad con la cual se había comportado antes, durante y después de una guerra que supuso para él, como para millones de sus compatriotas, la ruptura de sus esperanzas más hondas.

Demuestra también que murió con el dolor del país natal clavado en el alma.

Desde 1958 los restos del poeta, que se negó a poner los pies en la España de Franco, descansan al lado de Zenobia en el camposanto de su nunca olvidado y siempre añorado Moguer, immortalizado en las páginas de aquel *Platero y yo* que tanto había molestado a Salvador Dalí y Luis Buñuel.

Federico García Lorca

*Cuando se hundieron las formas puras bajo el cri cri de las margaritas
comprendí que me habían asesinado...*

GARCÍA LORCA,
«Fábula y rueda de los tres amigos».[313]

Después de las elecciones de febrero, Federico García Lorca no tarda en expresar pública y claramente su compromiso con el Gobierno del Frente Popular y su rechazo del fascismo, doméstico e internacional. Recita sus poemas en una concentración masiva congregada en la Casa del Pueblo de Madrid, entre ellos el provocador «Romance de la Guardia Civil española».[314] Se hace socio de la recién constituida Asociación de Amigos de América Latina, dedicada a combatir sendas dictaduras de Miguel Gómez en Cuba y Getulio Vargas en Brasil;[315] del Comité de Amigos de Portugal, fundado con el propósito de informar a los españoles acerca del régimen dictatorial de Oliveira Salazar;[316] y de la Asociación de Amigos de la Unión Soviética.[317] Los manifiestos correspondientes se dan a conocer en la prensa con la firma de los adheridos.

El 7 de abril de 1936 el vespertino *La Voz* publica una importante entrevista en que Lorca recalca que el teatro, en momentos tan críticos, tiene el deber de afrontar los problemas sociales que aquejan a la humanidad en general y a los españoles en particular. La noción del arte por el arte ya resulta insostenible. Refiriéndose a su obra *Así que pasen cinco años*, que está ensayando el Club Teatral Anfístora, dirigido por Pura Maórtua de Ucelay, deja claro que, como autor dramático, su «verdadero propósito» está ahora en su teatro «imposible» o «irrepresentable», en su teatro socialmente comprometido.[318]

Aunque no lo dice, teme que *Así que pasen cinco años*, de tan atrevido corte surrealista, puede fracasar, por bien montado que esté, y decidirá pronto que no se ponga hasta después del estreno madrileño de *Doña Rosita la soltera*, previsto para el otoño, cuando Margarita Xirgu vuelva a España después de su gira americana. Probablemente calcula que si *Doña Rosita* cosecha en

Madrid el gran éxito que se le augura, repitiendo el de Barcelona, *Así que pasen cinco años* tendrá más posibilidades de gustar.[319]

En cuanto a sus publicaciones, declara a *La Voz* que se van a editar próximamente sus poemas de Nueva York, una obra todavía sin título, casi seguramente *El sueño de la vida*, otro libro no especificado y, tal vez lo más sorprendente, uno de sonetos. Dice estar esperando un telegrama de la Xirgu, y, acaso exagerando adrede, asegura que piensa embarcar a finales de abril para Nueva York, donde visitará a algunos viejos amigos antes de seguir hasta México. Allí estará con Margarita en el estreno de sus obras y dará una conferencia sobre Quevedo, «el poeta más interesante de España».[320]

Pablo Suero, que ya ha vuelto a Buenos Aires, lee con gran interés la entrevista. Recordando lo que el poeta le había dicho dos meses antes acerca de su teatro actual, le llama especialmente la atención la siguiente declaración: «Ahora estoy trabajando en una nueva comedia. Ya no será como las anteriores. Ahora es una obra en la que no puedo escribir nada, ni una línea, porque se han desatado y andan por los aires la verdad y la mentira, el hambre y la poesía. Se me han escapado de las páginas. Mientras haya desequilibrio económico, el mundo no piensa. Yo lo tengo visto. Van dos hombres por la orilla de un río. Uno es rico, el otro es pobre. Uno lleva la barriga llena, y el otro pone sucio al aire con sus bostezos. Y el rico dice: “¡Oh, qué barca más linda se ve por el agua! Mire, mire usted, el lirio que florece en la orilla.” Y el pobre reza: “Tengo hambre, no veo nada. Tengo hambre, mucha hambre.” Natural. El día que el hambre desaparezca, va a producirse en el mundo la explosión espiritual más grande que jamás conoció la Humanidad. Nunca jamás se podrán figurar los hombres la alegría que estallará el día de la Gran Revolución. ¿Verdad que estoy hablando en socialista puro?».[321]

Van pasando los días y el «socialista puro» no embarca. El 18 de abril Margarita Xirgu inaugura con *Yerma* una temporada triunfal en el teatro Bellas Artes, de México, y durante las próximas semanas el poeta se irá enterando de que su teatro —después de *Yerma*, la gran actriz catalana pone *Doña Rosita la soltera*, *La zapatera prodigiosa* y *Bodas de sangre*— está conquistando nuevos públicos en un país que le fascina. La prensa mexicana ya anuncia con entusiasmo su inminente llegada.[322]

El 20 de abril, para festejar la reciente publicación de *La realidad y el deseo*, de Luis Cernuda, se reúne en un restaurante de la minúscula calle Botoneras, al lado mismo de la Plaza Mayor, la flor y nata de la joven intelectualidad de Madrid. Lorca hace la presentación del libro ante la que llama «quizá la mejor capilla poética de Europa», lo cual no dista de ser cierto pese a la ausencia de Jorge Guillén, Miguel Hernández, Gerardo Diego y algún otro. Entre los presentes se encuentran Manuel Altolaguirre, Pablo Neruda, Rafael Alberti, José Bergamín, Pedro Salinas y Vicente Aleixandre.

El nuevo poemario de Cernuda ha impresionado a Lorca por la valentía y la franqueza con las

cuales el tímido y atildado sevillano afronta en él su homosexualidad. «*La realidad y el deseo* me ha vencido con su perfección sin mácula —declara—, con su amorosa agonía encadenada, con su ira y sus piedras de sombra.»[323]

El 1 de mayo se celebra la fiesta del trabajo y las Juventudes Socialistas Unificadas desfilan por las calles de Madrid para demostrar a los fascistas con quiénes se las tienen que ver. Lorca ha redactado un mensaje de apoyo que se publica en *¡Ayuda!*, la revista de Socorro Rojo Internacional. Dice escuetamente: «Saludo con gran cariño y entusiasmo a todos los trabajadores de España, unidos el Primero de Mayo por el ansia de una sociedad más justa y más unida».[324]

Dos días después, el 3 de mayo, se celebran nuevos comicios en Granada (además de en Cuenca), donde los resultados de los de febrero han sido impugnados por el nuevo Parlamento. Esta vez, con el Frente Popular en el poder, la situación ha cambiado radicalmente para las derechas granadinas, cuyos mítines son interrumpidos u obstaculizados. Hay una abstención masiva y ni un solo candidato del Bloque Nacional obtiene escaño. Viéndose privada de cualquier representación parlamentaria, la clase media de Granada sigue virando hacia la extrema derecha.[325]

La violencia crece en todo el país. El 7 de mayo los fascistas asesinan en Madrid a un oficial republicano, el capitán Faraudo, instructor de las milicias socialistas.[326] El día siguiente el exministro Álvarez Mendizábal, que ha criticado el ejército, casi pierde la vida en un atentado.[327] El entierro de Faraudo, el 10 de mayo, se convierte en una tensa manifestación política en la que se pide venganza y hay insultos y puños cerrados.[328]

El mismo 10 de mayo se celebran elecciones para la presidencia de la República, necesarias porque las Cortes del Frente Popular acaban de destituir a Niceto Alcalá-Zamora, acusado de haber apoyado políticas derechistas durante el «bienio negro». La coartada es que ha disuelto dos veces el Parlamento, proceder que según la Constitución de 1931 conlleva la destitución automática. Manuel Azaña, su sucesor, pide al moderado y carismático líder socialista Indalecio Prieto que le tome el relevo como presidente del Gobierno. Prieto está dispuesto a aceptar el reto, pero el dividido PSOE se niega. Error político gravísimo porque «don Inda», como avezado hombre de prensa que es, está muy al tanto de lo que está pasando en el estamento militar. Se trata, probablemente, del único político de izquierdas capaz de hacerse cargo de una situación que exige firmeza, tacto y pragmatismo. El PSOE, con su negativa, casi garantiza de antemano la inviabilidad del nuevo Ejecutivo. Viendo frustrados sus planes, Azaña nombra presidente del Consejo al gallego Santiago Casares Quiroga, que pertenece a su propio partido, Izquierda Republicana. Enfermo, testarudo, arrogante y agresivo, Casares no es ni mucho menos el hombre idóneo para el cargo en esta coyuntura tan sumamente peligrosa.[329]

El 29 de mayo el *Heraldo de Madrid* publica en su muy leída página teatral el «rumor» de que Lorca espera terminar en ocho días una nueva obra, *La casa de Bernarda Alba*, «drama de la sexualidad andaluza»; de que el «drama social» *El sueño de la vida* está en fase muy avanzada; de que la puesta en escena de *Así que pasen cinco años* por el grupo Anfistora ha sido aplazada hasta octubre, cuando la dirigirá el propio Lorca; y de que el poeta ha visto a la actriz María Fernanda Ladrón de Guevara y le ha ofrecido otra obra nueva, *Los sueños de mi prima Aurelia*, «elegía de la vida provinciana con todo lo que tenía de fabuloso y de ensueño antes de modernizarla el maquinismo, pugna de mundos patentizada por Lorca entre los tiempos ingenuos de la cría del gusano de seda y los febriles —y fabriles— de las refinerías de azúcar granadinas».[330]

Terminó *La casa de Bernarda Alba* el 19 de junio de 1936.[331] Manuel Altolaguirre recordaría un año después, ya muerto Federico, la insistencia con la cual declaraba que su meta en ella era una sencillez y una sobriedad absolutas, y que había eliminado cualquier detalle innecesario.[332] Adolfo Salazar fue testigo de su euforia mientras la obra progresaba: «Cada vez que terminaba una escena venía corriendo, inflamado de entusiasmo. “¡Ni una gota de poesía! —exclamaba—. ¡Realidad! ¡Realismo puro!”». Salazar nunca le había visto tan contento con algo suyo. Parecía un niño.[333]

Al pie del manuscrito con la lista de las *dramatis personae* el poeta indica que los tres actos «tienen la intención de un documental fotográfico».[334] Aunque el subtítulo definitivo de la obra sería *Drama de mujeres en los pueblos de España*, la acción se desarrolla en «un pueblo andaluz de tierra seca».[335] Se trataba, aunque no se dice, de Asquerosa (hoy Valderrubio), el segundo pueblo de los García Lorca en la Vega de Granada.

El personaje de Bernarda Alba se inspira en el de la terrateniente Frasquita Alba Sierra (1858-1924), que ocupaba con sus numerosas hijas una casa ubicada justo enfrente de la primera que tuvo el padre de Lorca en Asquerosa.

Pared por pared con la misma vivía una prima de Federico, Mercedes Delgado García, cuya familia compartía con sus vecinas un pozo «medianero» de agua fresca, circunstancia que permitía oír todo lo que se decía al otro lado. Así se iban enterando los Delgado del imperio que ejercía sobre sus hijas Frasquita, así como de otros muchos pormenores de la vida que se llevaba allí. Al joven Federico niño le había fascinado todo aquel chismorreó. Cabe pensar, aunque es pura especulación, que las conversaciones tendrían que ver muchas veces con cuestiones de herencias y de amores parecidas a las que se ventilan en la obra.[336]

Una de las hijas del primer matrimonio de Frasquita, Amelia, se había casado con José Benavides, vecino del no lejano pueblo de Romilla o Roma la Chica, al otro lado del Genil, a cuyos habitantes se les conoce por «romanos». Al morir Amelia, Benavides, llamado popularmente Pepico el de Roma, se había casado con la hermana de la difunta, Consuelo. Aquí tenemos la semilla que le serviría a Lorca para crear el crucial papel de Pepe el Romano.[337] En

cuanto a los demás personajes del drama, La Poncia existía realmente en el pueblo,[338] la abuela demente de Bernarda, María Josefa, se calca sobre una vieja pariente de los García en Fuente Vaqueros, que padecía alucinaciones eróticas y a la que visitaban Federico y su hermano Francisco.[339] Enrique Humanes (el pretendiente rechazado) y Maximiliano (cuya esposa es llevada a rastras al olivar) también fueron personajes de carne y hueso.[340] Además de estos préstamos, *La casa de Bernarda Alba* evoca la manera de hablar de los vecinos de Asquerosa; los lutos extremadamente largos de entonces; los ojos que espiaban detrás de las cortinas; el apego a los escándalos sexuales (reflejado en el episodio del bebé muerto); la llegada en verano de los segadores, acontecimiento esperado con impaciencia por las muchachas del pueblo; y el calor implacable de la canícula granadina.

Sin embargo, como en toda la obra teatral de Lorca, los «hechos» no son más que el punto de partida. Bernarda es una grotesca magnificación de Frasquita Alba, y no es de extrañar que, a juicio de la madre del poeta, hubiera sido prudente cambiar el apellido para no ofender a su familia.[341] De haber montado la obra, es posible que le hubiera hecho caso, aunque tener que suprimir el apellido Alba habría supuesto una notable pérdida, dadas las connotaciones simbólicas del vocablo.

No pudo ser casualidad que Lorca concibiera una obra sobre la tiranía doméstica en momentos en que había en España el peligro de un inminente golpe de Estado fascista. Bernarda, con su hipocresía, su catolicismo inquisitorial y su desprecio por los pobres expresa una mentalidad que el poeta conoce muy bien. Además, al definir la obra como «documental fotográfico», está indicando que se trata de un intento de crónica verídica, con ilustraciones en blanco y negro, de la España intolerante y autoritaria siempre dispuesta a aplastar los impulsos vitales del pueblo, representado en la obra no solo por las hijas de Bernarda sino también por las criadas.

Es casi seguro que Lorca tenía presente a su padre al escribir *La casa de Bernarda Alba*. Federico García Rodríguez era tal vez el único terrateniente de Asquerosa con ideas democráticas y republicanas. Había tenido roces con algunos de los otros a lo largo de los años, sobre todo con la familia Roldán,[342] con uno de los cuales se había casado su hermana Isabel, y era objeto de amargas críticas porque pagaba bien a los campesinos que trabajaban para él, e incluso les había construido casas. Se trataba de una generosidad sin precedentes en la comarca, lo que explica que en Asquerosa hubiera —y hay todavía— una calle que lleva su nombre. Don Federico era el buen terrateniente del pueblo, mientras Bernarda Alba es exactamente lo contrario.

Adela, que al final de la obra rompe el bastón de Bernarda, emblema de su poderío, es la más revolucionaria de todas las mujeres creadas por Lorca. Rechaza de plano un código de honor basado en el mantenimiento de las apariencias a todo coste y en el dogma de que los hombres son superiores a las mujeres. Cuando la familia descubre que no solo ama a Pepe el Romano sino que

la relación se ha consumado, la exclamación que profiere encierra una clara alusión a la crucifixión:

Ya no aguanto el horror de estos techos después de haber probado el sabor de su boca. Seré lo que él quiera que sea. Todo el pueblo contra mí, quemándome con sus dedos de lumbre, perseguida por los que dicen que son decentes, y me pondré delante de todos la corona de espinas que tienen las que son queridas de algún hombre casado.[343]

El 10 de junio se publica en la primera plana de *El Sol* una entrevista de Lorca con el genial caricaturista Luis Bagaría (a quien Pablo Suero había conocido en la redacción de *La Voz* el día de las elecciones). El poeta, que se ha tomado la precaución de contestar las preguntas por escrito —algo insólito en él— insiste una vez más sobre la misión social del teatro en la sociedad moderna:

Tengo que decir que este concepto del arte por el arte es una cosa que sería cruel si no fuera, afortunadamente, cursi. Ningún hombre verdadero cree ya en esta zarandaja del arte puro, arte por el arte mismo.

En este momento dramático del mundo, el artista debe llorar y reír con su pueblo. Hay que dejar el ramo de azucenas y meterse en el fango hasta la cintura para buscar las azucenas. Particularmente, yo tengo un ansia verdadera por comunicarme con los demás. Por eso llamé a las puertas del teatro y al teatro consagro toda mi sensibilidad.

Bagaría le pregunta a continuación por su opinión sobre la llamada «Toma» de Granada en 1492 por los Reyes Católicos. La respuesta no puede ser más contundente:

Fue un momento malísimo, aunque digan lo contrario en las escuelas. Se perdieron una civilización admirable, una poesía, una astronomía, una arquitectura y una delicadeza únicas en el mundo, para dar paso a una ciudad pobre, acobardada; a una «tierra del chavico» donde se agita actualmente la peor burguesía de España.

Habiendo dejado clara su opinión al respecto, el poeta pasa a definir lo que para él constituye el hecho de ser español:

Yo soy español integral, y me sería imposible vivir fuera de mis límites geográficos; pero odio al que es español por ser español nada más. Yo soy hermano de todos y execro al hombre que se sacrifica por una idea nacionalista abstracta por el solo hecho de que ama a su patria con una venda en los ojos. El chino bueno está más cerca de mí que el español malo. Canto a España y la siento hasta la médula; pero antes que esto soy hombre del mundo y hermano de todos. Desde luego no creo en la frontera política.[344]

Después de entregar sus respuestas Lorca se sintió inquieto y envió una nota a su amigo Adolfo

Salazar, que trabajaba en la redacción de *El Sol*, para pedirle que, sin que Bagaría se diese cuenta de ello, eliminase discretamente su contestación a una pregunta sobre el fascismo y el comunismo. «Me parece indiscreta en este preciso momento —se excusó— y además está ya contestada antes.»[345]

Salazar logró hacerlo. ¿A qué venía tanta precaución? Según varios testimonios el poeta recibía constantes presiones durante esas semanas, especialmente de Rafael Alberti y María Teresa León, para que se afiliase al Partido Comunista o, cuando menos, se identificase más estrechamente con él, y que llegó un día en que se hartó de tanta insistencia.[346] Tal vez temía que su respuesta a la pregunta pudiera dar lugar a nuevas presiones o le metiera en una polémica. Había hecho todo lo posible durante los meses anteriores para que su opinión sobre el fascismo quedara patente. Hacer lo mismo con el comunismo habría sido más comprometedor. Puede añadirse en apoyo de esta hipótesis que, poco antes de la guerra, el joven poeta malagueño José Luis Cano fue testigo de una escena en la que Lorca se negó a apoyar un manifiesto comunista y le dijo que no se creía en la obligación de tener que apoyar públicamente el PC. Vicente Aleixandre le confiaría más tarde a Cano que Lorca le había dicho que estaba cansado del asunto. El hecho es que, si bien el poeta no era anticomunista, tampoco se consideraba compañero de viaje.[347]

Otro indicio que acaso demuestre la creciente irritación que ya le producen las presiones de sus amigos comunistas es el hecho de no comparecer, el 30 de junio, en el homenaje a Máximo Gorki (que acaba de morir), organizado por la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura, filial española —a la que pertenece Lorca— de la organización internacional antifascista. Y ello pese a firmar un telegrama de pésame dirigido al Gobierno y pueblo soviéticos y a haber anunciado los periódicos su participación en el acto al lado de Dolores Ibárruri y otras destacadas figuras de la izquierda.[348]

Por estas fechas no se puede abrir un periódico madrileño sin tropezar con alguna noticia relativa a Lorca en alguna de sus múltiples facetas artísticas. Es tal su fama que apenas puede ir por la calle sin que numerosas personas se le acerquen.

El 23 de junio *La Voz* había informado que Margarita Xirgu iba a regresar a España en septiembre, habiendo renunciado a la tercera etapa de su gira por América. *Heraldo de Madrid* confirma la noticia el 1 de julio y añade que el primer estreno de la temporada de la actriz catalana en el teatro Español será *Doña Rosita la soltera*. Lorca, que según su hermano Francisco ya ha sacado el billete para México, sabe, pues, que su ausencia durará unos dos meses como máximo. Luego estará en casa para empezar la nueva y vibrante temporada que tiene preparada.[349]

Sigue firmando manifiestos de significación netamente izquierdista, entre ellos una «enérgica protesta» dirigida al dictador Salazar por el Comité de Amigos de Portugal y publicada el 4 de julio.[350] También sigue prodigando lecturas de *La casa de Bernarda Alba*, cada vez más

entusiasmado con lo que ha conseguido.[351] Uno de los que se la oyen es el escritor alemán Hans Gebser.[352] Otra lectura tiene lugar en el piso de Fernando de los Ríos y su mujer Gloria.[353] Y otra en el de Encarnación López Júlvez, *la Argentinita*, y su hermana Pilar, que acaban de volver a Madrid tras una visita triunfal a América. Cuando Miguel Pérez Ferrero acude al piso de las hermanas para hacerles una entrevista, «el gran Federico García Lorca está con ellas». La Argentinita le dice que *Los títeres de cachiporra* del granadino será uno de los tres ballets que monte aquel otoño.[354]

Una noche, tal vez el 9 de julio, el poeta cena en casa del diplomático chileno Carlos Morla Lynch. Asiste Fernando de los Ríos, «visiblemente inquieto». «El Frente Popular se disgrega y el fascismo toma cuerpo —manifiesta el famoso catedrático y exministro socialista—. No hay que engañarse. El momento actual es de gravedad extrema e impone ingentes sacrificios.» Como diputado, De los Ríos está muy al tanto de los rumores que corren acerca de un inmediato golpe de Estado. Y sabe, probablemente, que el presidente del Ejecutivo, Santiago Casares Quiroga, se está negando a tomárselos en serio y opina que, caso de producirse un levantamiento, será sofocado con tanta facilidad como el del general Sanjurjo en 1932.[355] Lorca llega tarde a la cena. Trae la buena nueva de que su hermano Francisco, actualmente secretario de la Legación Española en El Cairo, está sano y salvo —los periódicos acababan de informar por error que había sido herido por la bala de un asesino—, pero se muestra deprimido y apenas habla en toda la noche, lo cual en él no es nada habitual.[356]

Una de las razones del sombrío estado de ánimo del poeta aquella noche fue, acaso, su angustia ante la violencia y el caos que dan la impresión de ir apoderándose progresivamente de la vida de la capital. El 2 de junio la CNT y la UGT habían propiciado una huelga del ramo de la construcción, así como de electricistas y reparadores de ascensores. Dura todavía. Entre los sindicatos rivales hay constantes fricciones, sin contar con las provocaciones de los falangistas. Los tiroteos son cada vez más frecuentes, y un día, en el piso de sus padres de la calle de Alcalá, Lorca muestra al pintor José Caballero el impacto de una bala que se ha incrustado en el dintel de una puerta. «Poco ha faltado para que me encontraras muerto», le dice.[357]

El 11 de julio un grupo de falangistas, adelantándose a los acontecimientos, toma Radio Valencia y anuncian por sus micrófonos la inminencia de la Revolución Fascista.[358] Madrid es un hervidero de rumores y presagios. Lorca cena en casa de Pablo Neruda. El diputado socialista Fulgencio Díez Pastor, que está presente, se muestra extremadamente preocupado. El poeta, adivinando que sabe más de lo que dice, le acribilla a preguntas. ¿Qué ocurrirá? ¿Es cierto que va a haber un golpe militar? ¿Qué debe hacer él? Finalmente exclama: «¡Me voy a Granada!». Díez Pastor le contesta que ni hablar, que estará más seguro en Madrid.[359]

Parece ser que otras personas le aconsejaron lo mismo, entre ellas Luis Buñuel y el escritor falangista Agustín de Foxá.[360]

La noche del domingo 12 de julio la situación en la capital se hace explosiva cuando unos pistoleros abaten al teniente José Castillo, de la Guardia de Asalto. Desde hace meses Castillo, antifascista militante, ha sido objeto de amenazas de muerte. Ahora sus enemigos se han salido con la suya. En las primeras horas de la madrugada sus compañeros se toman una venganza atroz y asesinan a José Calvo Sotelo, jefe indiscutido (en la ausencia de José Antonio Primo de Rivera) de la oposición ultraderechista en las Cortes. Abandonan su cadáver en el Cementerio del Este, donde no será identificado hasta transcurridas varias horas. Calvo Sotelo es el mártir que necesitan los conspiradores, y aún más en vista de que han participado en el asesinato, como se comprueba enseguida, hombres uniformados, lo cual permite a las derechas presentar la monstruosidad como crimen de Estado. A partir de este momento numerosos militares que todavía dudaban deciden unirse a los rebeldes. El asesinato de Calvo Sotelo será utilizado más adelante para justificar la sublevación, aunque de hecho los planes ya estaban a punto bastante antes de que se consumara aquella muerte brutal.[361]

Es casi seguro que fue esta misma y fatídica noche del 12 de julio de 1936 cuando, sin poder saber lo que está ocurriendo fuera, Lorca da su última lectura madrileña de *La casa de Bernarda Alba*. Lo hace en el piso del doctor Eusebio Oliver, médico de su padre, situado en la calle de Lagasca, número 28. Entre los asistentes están Jorge Guillén, Dámaso Alonso, Pedro Salinas, Guillermo de Torre y Miguel Hernández.[362]

A la mañana siguiente la noticia del doble asesinato de Castillo y de Calvo Sotelo sume al poeta en un estado de profunda angustia. «Cuando le vi por última vez, en Madrid, estaba, literalmente, espantado —recordará Juan Gil-Albert—. El asesinato de Calvo Sotelo pareció indicarle que el fin se acercaba. “¿Qué va a pasar?”, me dijo, como quien conocedor intuitivo de los suyos espera lo peor.»[363]

Los padres del poeta habían vuelto a Granada unos días atrás, y es probable que, antes de su partida, les hubiera dado su palabra de reunirse con ellos allí para celebrar el día de San Federico, 18 de julio, en la Huerta de San Vicente.[364] Su instinto ahora es emprender el viaje inmediatamente. Según el pintor granadino Ángel Carretero, que le frecuentaba estos días, creía que, de producirse un conflicto armado, sería mucho más cruento en Madrid que en provincias. [365]

Aquel 13 de julio come en casa de su amigo Rafael Martínez Nadal, que acaba de llegar de Estocolmo. Después cogen un taxi y van a Puerta de Hierro, en las afueras, para tomarse un coñac y seguir comentando la situación. Lorca está extremadamente agitado y no para un momento de preguntar qué debe hacer. «Rafael, estos campos se van a llenar de muertos —diría finalmente, aplastando el cigarrillo y levantándose—. Está decidido. Me voy a Granada y sea lo que Dios

quiera.» Siempre según Martínez Nadal, se trasladan en taxi a la Gran Vía, donde el poeta compra ejemplares de sus libros para amigos escandinavos, y luego se dirigen a la agencia Thomas Cook, donde reserva una *couchette* en el tren de la noche.[366]

Antes de ir a la estación de Mediodía con Martínez Nadal, Lorca se despide de la familia de su amigo. Y, aunque no lo recoge Nadal, también ve a su hermana Isabel y a la gran amiga de esta, Laura de los Ríos, internada en la Residencia de Señoritas (ubicada en la calle de Miguel Ángel, número ocho).[367]

Una vez en Atocha, Martínez Nadal le ayuda a instalarse en el coche cama. Alguien deambula por el pasillo. Lorca se vuelve rápidamente de espaldas y exclama: «¡Lagarto, lagarto, lagarto!». Se trataba, según el testimonio de Nadal, de un diputado granadino a quien el poeta consideraba gafe y mala persona, y cuya identidad se nos escapa.[368]

Lorca vio a otra persona en el tren. Según José María García Carrillo, que desconocía el testimonio de Martínez Nadal, le contó que había coincidido allí con un poeta granadino que le era muy antipático y que ni siquiera le saludó. ¿De quién podía tratarse? Tal vez de José Sánchez-Reina, colaborador del *Noticiero Granadino* y autor de versos ultrarreaccionarios.[369]

Varias personas esperan en vano a Lorca esta noche en casa de Carlos Morla Lynch. Entre ellas Luis Cernuda, que en 1938 recordará que en el elegante salón no se hablaba más que del asesinato de Calvo Sotelo. Para sorpresa de Morla, Lorca no aparece. Finalmente llega alguien que dice que acaba de despedirle en la estación. Hay que suponer que se trata de Rafael Martínez Nadal.[370]

La mañana siguiente, 14 de julio de 1936, el poeta llega a Granada y se reúne con su familia en la Huerta de San Vicente. Desde allí, el 15, Vicenta Lorca, la madre, escribe a su hija Isabel para decirle lo contentos que están todos al tener a Federico entre ellos.[371]

Desde las anuladas elecciones de febrero de 1936 Granada viene siendo escenario de constantes disturbios, provocaciones y huelgas. Y a raíz de la pérdida de todos sus escaños en la nueva consulta del 3 de mayo, la burguesía local, tan denostada por el poeta, ha virado hacia posiciones cada vez más extremas.[372]

La Falange granadina trabaja en estrecha colaboración con los conspiradores militares de la guarnición, ante cuyos movimientos sospechosos el Gobierno, debidamente informado, deja de reaccionar con la necesaria decisión.[373] Algunos de dichos militares son «camisas viejas» de Falange. Entre ellos quizá el más peligroso es el comandante comisario de guerra José Valdés Guzmán. Nacido en Logroño en 1891, enemigo fanático de la República, lleva siete años en Granada y, además de ser jefe de las milicias falangistas de la provincia, tiene fuertes vinculaciones con los representantes en la ciudad de la CEDA, entre ellos el exdiputado de la coalición, Ramón Ruiz Alonso.[374]

Tres días antes de la vuelta de Lorca a Granada ha tomado posesión de la plaza un nuevo gobernador militar, el general Miguel Campins Aura, dueño de un expediente militar excepcional. Aunque se sabe que es buen amigo del general Franco, Valdés y sus cómplices no tardan en darse cuenta de que se trata de un republicano convencido.[375]

El gobernador civil de la provincia, el abogado gallego César Torres Martínez, se encuentra, al igual que Campins, en una situación de grave desventaja en estos momentos, pues solo lleva un mes en Granada. Demuestra enseguida su habilidad como negociador y contribuye a poner fin a una larga huelga de tranvías y barrenderos.[376]

Al llegar a la Huerta de San Vicente, Lorca tiene la agradable sorpresa de descubrir que se acaba de instalar en la casa un teléfono. Llama a su viejo amigo Constantino Ruiz Carnero, director de *El Defensor de Granada*, y el diario anuncia en su primera plana al día siguiente, 15 de julio, que va a pasar «una breve temporada» con su familia.[377] Su regreso también se consigna, pero con menos prominencia, en el diario de derechas, *Ideal*, y en el *Noticiero Granadino*. [378]

Los conspiradores saben, pues, que está en la ciudad. Por otra parte no se queda encerrado en la Huerta, sino que pasea por las calles y habla con la gente. En la plaza del Campillo topa con su viejo amigo Miguel Cerón Rubio, a cuyo lado había colaborado en la organización del Concurso de Cante Jondo en 1922. Se les acercan unas muchachas que están haciendo una colecta para Socorro Rojo Internacional. Lorca les da algunas monedas. «¿Qué te parece si hacemos un viaje a Rusia, Miguel?», dice, riéndose. Es un viejo sueño suyo. Cerón nunca le volverá a ver.[379]

Contento de encontrarse otra vez entre sus amigos granadinos, el poeta lee *La casa de Bernarda Alba* para un grupo de ellos reunidos en el carmen albaicinerero de Fernando Vilchez.[380] ¿Allí se hizo algún comentario sobre la entrevista de Federico con Luis Bagaría en *El Sol* unas semanas antes? Es difícil imaginar que nadie se refiriera a sus observaciones acerca de la clase media local, calificada de «la peor burguesía de España».[381]

Se van acabando las horas felices.

La noche del 17 se inicia en Marruecos el temido golpe antirrepublicano, y la mañana del 18 el general Franco lanza el llamamiento en el que anuncia el Movimiento Nacional y pide la colaboración de todos los «españoles patriotas».[382]

Cada 18 de julio, San Federico, la familia García Lorca solía celebrar en la Huerta de San Vicente el día del padre y del hijo mayor. Llegaban por decenas, cargados de regalos, amigos y parientes desde la ciudad, Fuente Vaqueros y Asquerosa, y la fiesta se prolongaba hasta la madrugada. Pero este año, ante las confusas e inquietantes noticias que van circulando, todo se viene abajo.

En Madrid el débil Santiago Casares Quiroga parece incapaz de reaccionar con energía, y, mientras los boletines gubernamentales siguen insistiendo en que la situación está controlada, el

general Gonzalo Queipo de Llano consigue, esta misma tarde del 18 de julio, hacerse con el mando de la Capitanía General de Sevilla, la más importante de Andalucía. Al caer la noche las fuerzas rebeldes han ocupado el centro de la ciudad y se está preparando el asalto a los barrios obreros.[383]

Radio Sevilla es una de las más potentes de España, y el carismático Queipo de Llano decide sacar el máximo partido de tal circunstancia. Las alocuciones nocturnas del general —alucinante mezcla de mentiras, violentas y sádicas amenazas, humor negro y sed de venganza— se harán pronto famosas y se escucharán en ambas zonas.[384]

César Torres Martínez, obedeciendo órdenes tajantes de Casares Quiroga, se niega en redondo a acceder a las demandas de las organizaciones de izquierda granadinas para que se les entreguen armas. Convencido por el ingenuo general Campins de que los oficiales son fieles al Gobierno, Torres no está dispuesto a cejar. Durante la noche dimite Casares Quiroga y, mientras el republicano moderado Diego Martínez Barrio trata desesperadamente de formar un nuevo Consejo para negociar una tregua con los rebeldes, se mantiene la orden de no repartir armas entre la población civil. Y es que los republicanos quieren por encima de todo combatir el alzamiento con medios legales, considerando que, una vez armadas las organizaciones de izquierdas, puede sobrevenir la anarquía y el derrumbe de las instituciones democráticas. Primero hay que hacer todo lo posible por llegar a una solución negociada con los sublevados. Pero estos se niegan. Como dirá Franco unos días más tarde a un corresponsal inglés, Jay Allen, si hay que eliminar a la mitad de los españoles para ganar lo que es ya una guerra civil en toda regla, está dispuesto a hacerlo.[385]

Ante la negativa de los socialistas a cooperar, los esfuerzos de Martínez Barrio para formar un gobierno de coalición se hunden. El que se anuncia a las cinco de la madrugada del 19 de julio nace ya cadáver (no hay tampoco representación comunista o anarquista). El pánico, el miedo y la rabia, alentados por la noticia de que otras guarniciones se han sumado a los rebeldes, se apoderan ahora de la clase obrera madrileña, que rechaza unánimemente al nuevo Ejecutivo, que además continúa con la política de no distribuir armas. Unas horas más tarde Martínez Barrio dimite y le toma el relevo José Giral Pereira, amigo de Azaña, que encabeza un nuevo Gobierno con plena representación de los partidos de izquierdas y con el compromiso explícito de armar al pueblo.[386]

La orden de hacer efectivo dicho compromiso no se transmite inmediatamente a Granada, donde reina una enorme confusión. Campins y Torres Martínez siguen creyendo que la guarnición se mantendrá leal, y, a pesar de las constantes demandas por parte de las delegaciones de izquierdas, no se facilita ni una sola arma. Cuando se conoce la noticia del cambio de política gubernamental al respecto, será demasiado tarde.[387]

Los rebeldes granadinos inician su sublevación durante las horas de la siesta del 20 de julio. El

general Campins, incrédulo, es detenido a punta de pistola por los oficiales en quienes tan ciegamente ha confiado y firma bajo sus amenazas la proclamación de guerra (unos días después será fusilado por Queipo de Llano en Sevilla). A las cinco los soldados salen a la calle y, sin que se les oponga resistencia alguna, ocupan los principales edificios oficiales de la ciudad. Se detiene a Torres Martínez, tan sorprendido como Campins, en su despacho. Lo mismo ocurre con el alcalde de ocho días, el socialista Manuel Fernández-Montesinos, marido de Concha García Lorca, la hermana del poeta.

Poco después los rebeldes han tomado ya todo el centro de la ciudad y la mayoría de las autoridades republicanas están encarceladas. Tan solo se ha producido un poco de resistencia en el escarpado barrio del Albaicín, donde se han levantado barricadas y se ha hecho todo lo posible por impedir que el enemigo logre subir por el acceso principal al barrio, la Carrera del Darro, y, luego, la empinada Cuesta del Chapiz. Los rebeldes tardarán tres días en reducir el Albaicín, pese a que sus defensores están prácticamente sin armas y municiones y que los militares tienen morteros, granadas de mano y cañones e incluso cuentan con tres o cuatro aviones de caza, que se dedican a ametrallar el barrio.[388]

El 23 de julio toda Granada está en manos de los insurgentes. Saben, sin embargo, que su situación está lejos de ser segura. La ciudad está rodeada de territorio republicano, y, en teoría, puede producirse de un momento a otro una contraofensiva. Es esencial, pues, que consoliden inmediatamente su supremacía al reforzar sus defensas y eliminar cualquier posibilidad de resistencia desde el interior. Con este propósito se establece un auténtico régimen de terror que en los próximos meses —y años— llevará a la muerte a miles de inocentes. No solo habrá ejecuciones diarias, a veces masivas, ante las tapias del cementerio, detrás de la Alhambra, sino que, menos oficialmente, actuarán escuadrones de la muerte —las siniestras Escuadras Negras— con la más absoluta impunidad, asesinando, torturando y reduciendo a la población civil a un estado de miedo visceral.[389]

Todo ello lo va sabiendo y padeciendo en sus propias carnes la familia García Lorca, angustiada por la suerte del marido de Concha, el alcalde Manuel Fernández-Montesinos. Según una vecina de la familia, el poeta fue a la cárcel con una cesta de comida para su cuñado el primer día del levantamiento. Volvió a casa llorando y se metió en la cama. No solo no había podido entregarla, sino que probablemente fue testigo de escenas desgarradoras.[390]

Un amigo íntimo suyo, Eduardo Rodríguez Valdivieso, logra visitar la Huerta varias veces durante estos días. «El dolor y el miedo que atenazaban a la familia García Lorca —escribirá años después— les hacía sentirse incomunicados, realidad que día a día se manifestaba más. Se

hallaban aislados.»[391] Normalmente el poeta habla poco con Eduardo de lo que ocurre, o de lo que puede ocurrir. Pero una tarde se abre:

Me acompañó por el carril de entrada y salida de la Huerta. Nos detuvimos. Él meditó y, mirando al cielo, paseó después sus ojos por los arbustos y las flores. Me dijo: «¿Tú crees que yo podría escapar de aquí y ponerme a salvo con los republicanos?». La impresión que me produjo su pregunta me anonadó. Imposible olvidar una mirada como la que Federico me dirigió, acompañando sus palabras. Vi tal desamparo, tan acerba duda, inocencia tanta, que quedé desconcertado. Mi respuesta, tras considerar las dificultades con que pudiera tropezar («Oh mis torpes andares», como él confesó a Estrella la gitana), fue dolorosamente negativa. Pero estaba claro, la resistencia de Federico tocaba a su fin.[392]

Otra tarde baja de su habitación después de descansar la siesta, o de tratar de descansarla, y les cuenta que acaba de tener una pesadilla sumamente inquietante. Ha soñado que, tumbado en el suelo, estaba rodeado de mujeres enlutadas —vestidos negros, velos negros— que enarbolaban sendos crucifijos, también negros, con los cuales le amenazaban. Mientras habla Federico, Rodríguez Valdivieso mira a la madre: su expresión de horror lo dice todo.[393]

A veces, sobre todo por la noche, aparecen aviones republicanos que lanzan granadas sobre edificios considerados como focos de la rebelión. La puntería no siempre es buena, y mueren algunos civiles. Cuando se oye el zumbido de los motores el poeta suele bajar, temblando, a esconderse debajo del piano de cola donde tantas veces ha interpretado canciones populares. Allí también se cobijan Concha con sus niños y Angelina Cordobilla González, la criada, que tiene veintitrés años.[394] Recordaba esta cuarenta años después: «Debajo del piano nos metíamos cuando sentíamos los aparatos. Y él, pues, pobrecito, bajaba con el albornoz y decía: “Angelina, me da mucho miedo, yo me meto con vosotras, que me da mucho miedo”, y se metía allí con nosotras». También les solía decir: «Si me mataran a mí, ¿lloraríais vosotros mucho?».[395]

Parece ser que ya sabe que le buscan, avisado por otro amigo íntimo, José María García Carrillo, que le llama sigilosamente por teléfono para ponerle al tanto.[396]

El 6 de agosto un escuadrón falangista llega a la Huerta de San Vicente para practicar un registro. No lo puede dirigir una persona más peligrosa: el capitán Manuel Rojas Feigespán, responsable de la matanza de los anarquistas de Casas Viejas en enero de 1933. Amnistiado por el Gobierno derechista en 1934 —había sido condenado a veintiún años de cárcel—, Rojas fue destinado a Granada y es jefe de milicias de la Falange granadina (el puesto antes ocupado por el ahora gobernador civil, José Valdés Guzmán). Es decir, hay un probado asesino al mando de las filas de combate joseantonianas.[397] ¿Qué busca Rojas en la Huerta de San Vicente? Circula el rumor persistente, propagado por los enemigos del poeta, de que tiene una radio clandestina en la finca con la que está en contacto con «los rusos», nada menos.[398] ¡Lorca con una radio

clandestina! ¿Quizá Rojas espera localizar tan improbable transmisor? No lo encuentra, naturalmente. Pero sí, cabe deducirlo, comprueba la presencia en la casa del poeta.[399]

Al día siguiente, 7 de agosto, un amigo de Federico, Alfredo Rodríguez Orgaz, hasta hace poco tiempo arquitecto municipal de Granada, se presenta en la Huerta. Ha permanecido escondido desde el 20 de julio, pero ahora, enterado de que corre extremo peligro, ha decidido tratar de escaparse. El padre del poeta le promete que esa misma noche unos amigos suyos, campesinos, le llevarán hasta la zona republicana, situada hacia el pueblo de Santa Fe a tan solo unos kilómetros. Federico le cuenta que ha estado escuchando por la radio los boletines del Gobierno. Está convencido de que la situación actual no puede durar. Se niega, pues, a acompañarle en su huida. Justo en aquel momento alguien da la voz de alarma. ¡Se acerca un coche! ¡A lo mejor vienen a por Rodríguez Orgaz! Este se despide precipitadamente y corre a esconderse entre unos arbustos detrás de la casa. Los del vehículo le persiguen, en efecto. Pero como no encuentran rastro suyo, y la familia niega haberle visto, se marchan. Por la noche Rodríguez Orgaz llega sano y salvo a territorio «rojo».[400]

Dos días después, el 9 de agosto, las cosas cambian a peor cuando se presentan en la Huerta diez o doce hombres armados que buscan a los tres hermanos del casero de la finca, Gabriel Perea Ruiz, falsamente acusados de haber matado en Asquerosa a dos tratantes, Daniel y José Linares, el 20 de julio. Perea Ruiz y su mujer, que llevan diez años cuidando la Huerta, son vecinos del pueblo y conocen, por ello, a la mayoría de los individuos que ahora los amenazan, oriundos del mismo, o de la cercana localidad de Pinos Puente, de la cual Asquerosa es anejo. Entre ellos van Enrique García Puertas, guarda jurado de la Azucarera de San Pascual, apodado el Marranero — tipo violento, cuñado de los hermanos Linares y más adelante alcalde de Pinos—, y dos hermanos, los terratenientes Miguel y Horacio Roldán Quesada, militantes de la CEDA.[401]

Horacio Roldán había «tomado» Pinos Puente el 20 de julio para los rebeldes, después de un breve intercambio de tiros con la Casa del Pueblo.[402] Según Carmen, la hermana de Gabriel Perea —que recordará hasta su muerte la llegada de «aquel tropel de gente» a la Huerta—, Miguel Roldán (conocido en Asquerosa y Pinos como el Marquesito) iba vestido aquella tarde de militar. [403]

Los Roldán Quesada estaban emparentados con los García Lorca por el matrimonio de su tío José con Isabel García Rodríguez, hermana de Federico García Rodríguez. No podían ver a este, no solo por litigios y pleitos que había habido entre ellos en relación con terrenos, sino por su conocida amistad con Fernando de los Ríos y porque envidiaban «el ambiente de naturalidad, de elevación, de sencillez y de cultura que se respiraba en su casa, los éxitos artísticos y sociales de sus hijos, y el relieve y el constante aumento del prestigio y de la fama nacional e internacional que iba adquiriendo su hijo mayor».[404]

Hay que tener en cuenta también que una hermana de Horacio y Miguel Roldán Quesada, María,

estaba casada con uno de los militares granadinos más implicados en la conspiración antirrepublicana, el capitán Antonio Fernández Sánchez.[405]

Los hombres venidos de Asquerosa y Pinos Puente rodean la Huerta y registran la casa de Gabriel Perea. Luego empujan escaleras abajo a la madre de este, Isabel, y a sus dos hijas, Carmen y Ana. Quieren saber dónde están los otros hijos, «los asesinos». Viendo que la madre insiste en que no lo sabe, la llevan a rastras, y también al resto de la familia, a la amplia terraza que hay delante de la Huerta. Treinta años después la niñera de Concha García Lorca, Angelina Cordobilla, recordará la escena así:

Ellos eran de Pinos. A la Isabel, la madre de Gabriel, y a él, les pegaron con la culata. Hechos polvo estaban, de rodillas. Entonces fueron a la casa de la señorita Concha, al lado. ¿No ha visto usted que allí hay una gran terraza? Pues allí había un poyo, con muchas macetas y *tó*. Allí cenaban y comían y *tó*. Y entonces fueron estos y azotaron a Gabriel. Y a Isabel, la madre de ellos, la pegaron y la tiraron por la escalera; y a mí. Y luego nos pusieron en la placeta aquella en fila, para matarnos allí. Y, entonces, la Isabel, la madre de ellos, le dice: «Hombre, siquiera mira por la teta que te he dado, que a usted le he criado con mis pechos». Y dice él: «Si me ha criado usted con sus pechos, con tus pechos, ha sido con mi dinero. Vas a tener martirio, porque voy a matar a todos». Al señorito Federico le dijeron allí dentro «maricón», le dijeron de *tó*. Y lo tiraron también por la escalera y le pegaron. Yo estaba dentro y *tó*, y le dijeron de maricón. Al viejo, al padre, no le hicieron *ná*. Fue al hijo.[406]

Según Carmen Perea, hermana de Gabriel, no cabía duda de que los agresores sabían perfectamente quién era Federico. Uno de ellos se mofaría, al salir este en defensa de Gabriel: «¡Ah, mira, el maricón amigo de Fernando de los Ríos!». Lorca contestaría que no solo era amigo del catedrático socialista, sino de muchas personas de convicciones diversas.[407]

El poeta, que acababa de reflejar en *La casa de Bernarda Alba* la mentalidad caciquil de los terratenientes de Asquerosa, ¿intuiría, ante la presencia en la Huerta de los hermanos Roldán, al fin y al cabo parientes suyos, que aquella misma mentalidad podía ser ahora mortal para él? Es muy posible. Además es casi seguro que sabía que el hijo menor de Francisca Alba, Alejandro, estaba casado con Gabriela Roldán Quesada, hermana de Horacio y Miguel. ¿Estaban al tanto los Roldán de que había escrito una obra con el título *La casa de Bernarda Alba*? La noticia se había publicado en la prensa madrileña, como sabemos, y pudo muy bien haber llegado a Granada, donde además, como hemos señalado, el poeta se la había leído a unos amigos en el Albaicín.[408]

Mientras ocurría esa escena tremenda llegó otro grupo a la Huerta e impidió que se cometiesen más atropellos.[409]

De la visita de los matones de Asquerosa y Pinos Puente quedó constancia, por suerte, en el

número de *Ideal* correspondiente al 10 de agosto de 1936:

Detenido por supuesta ocultación

Por sospecharse pudiera ocultar el paradero de sus hermanos José, Andrés y Antonio, acusados de haber dado muerte a José y Daniel Linares, hecho ocurrido en un pueblo de la provincia el día 20 del pasado, un sargento de la Benemérita, retirado, detuvo ayer a Gabriel Ruiz Perea, en su domicilio, callejones de Gracia, huerta de don Federico García. Después de interrogado fue puesto en libertad.[410]

Parece ser que, antes de llevarse a Gabriel Perea, el exsargento de la Guardia Civil (a quien no se ha podido identificar) advirtió al poeta que se encontraba a partir de entonces bajo arresto domiciliario, y que no podía abandonar la casa bajo ningún concepto.[411]

Lorca está ya aterrado. Intuye que la próxima vez vendrán a por él. ¿Dónde buscar refugio? ¿A quién dirigirse? ¿Qué hacer? Piensa entonces en su amigo el poeta Luis Rosales Camacho que, como él, había regresado a la ciudad desde Madrid justo antes de la sublevación, y dos de cuyos hermanos, José y Antonio, se cuentan entre los falangistas granadinos más destacados. Rosales, doce años menor que Federico, se considera hasta cierto punto discípulo suyo. Además, ¿no ha publicado un largo artículo sobre el *Romancero gitano* en *Cruz y raya*, la revista de José Bergamín? ¡Por supuesto que Luis ayudará! Lorca le llama inmediatamente. Le explica lo ocurrido y Rosales promete ir enseguida a la Huerta. Cumple su palabra.

Luis Rosales no es «camisa vieja» de Falange y solo ha ingresado en el partido el 20 de julio, considerando que no tenía más remedio que hacerlo. Ha impresionado favorablemente a sus nuevos jefes y cuando recibe la llamada de Lorca ya ha sido nombrado «jefe de sector» de Motril. No es un jerarca de Falange pero tampoco un cualquiera, sobre todo por los hermanos que tiene. [412]

En la Huerta se plantean distintas medidas para poner a salvo al poeta. Luis está dispuesto a pasarle a la zona republicana, cosa para él facilísima (aunque personalmente muy comprometida), pero Federico se opone, tal vez porque teme que, si él se da a la fuga, los energúmenos podrán llevarse a su padre. Tampoco quiere ir a casa de Manuel de Falla. Finalmente se decide que lo mejor será que se instale con la propia familia Rosales en la calle de Angulo, número 1. ¿Dónde puede estar más seguro? Todo el mundo está de acuerdo.[413]

Aquella misma noche se traslada hasta allí en el taxi de Francisco Murillo, chófer de Federico García Rodríguez.[414] La casa de los Rosales está a solo unos trescientos metros del Gobierno Civil, donde en estos momentos el comandante Valdés Guzmán se ocupa afanosamente en limpiar Granada de «rojos».

El padre de los hermanos Rosales, Miguel Rosales Vallecillos, es dueño de los almacenes La Esperanza, en la animada plaza de Bib-Rambla. Uno de los comerciantes más conocidos de la ciudad, se le respeta por su simpatía personal y por su probidad. Según Luis Rosales su padre era «conservador liberal» y decididamente antifalangista. La madre, Esperanza Camacho, en cambio, compartía el fervor joseantoniano de sus hijos y, antes de la sublevación, les había ayudado en sus preparativos, cosiéndoles uniformes e insignias.[415]

La espaciosa casa paternal es típicamente granadina. Tiene un patio, con numerosas estancias alrededor, donde la familia vive en verano. En la parte superior, a la que se llega por una ancha escalera, hay dos plantas. En la segunda, casi independiente, con acceso propio a la calle, vive la hermana de la señora Rosales, la tía Luisa Camacho. Es allí donde, por unanimidad, se acuerda meter al poeta.[416]

Poco a poco, gracias a las atenciones de las cuatro mujeres —la madre, su hija Esperanza, la tía Luisa Camacho y una sirvienta poco agraciada de nombre Basilisa—, parece que Lorca consigue tranquilizarse algo, o por lo menos aparentarlo. Les habla de sus experiencias en Nueva York, Buenos Aires y Cuba, y les toca canciones populares en el piano colocado especialmente en su habitación. En cuanto a los hombres, apenas los ve. El padre está casi siempre en su tienda, Miguel y José están casados y tienen hogar propio, y Luis y Antonio solo duermen raras veces en la casa durante estos días tan agitados. Únicamente suele estar el hermano menor, Gerardo, pero no siempre.[417]

Hay que subrayar que, al aceptar dar cobijo al poeta, Miguel Rosales Vallecillos hizo gala de una valentía y de una magnanimidad fuera de lo común. Corrían tiempos peligrosísimos y estaba prohibido proteger a un «rojo», por muchos atenuantes que se pudiesen aducir. De hecho, infringir esta orden podía significar ser pasado por las armas. Rosales Vallecillos tendría luego que pagar, literalmente, por el privilegio de haber hecho lo posible por ayudar al poeta, disfrazándose la fuerte multa impuesta por las autoridades rebeldes de voluntaria contribución al esfuerzo bélico. [418]

Lorca apenas puede escribir en circunstancias tan adversas. Lee el diario *Ideal*, que Esperanza le sube todas las mañanas y, sobre todo, escucha la radio, tanto la republicana como la rebelde. [419] También saca partido de la nutrida biblioteca de Luis, donde redescubre a Gonzalo de Berceo.[420] En cuanto a sus proyectos, habla con Luis del libro de sonetos que quiere publicar y de su intención de componer un poema épico, *Adán*, en la línea del *Paraíso perdido* de Milton. [421]

Los propagandistas del franquismo mantendrán después que, durante su estancia en casa de los Rosales, Lorca había trabajado con Luis en la composición de un himno en honor de la Falange. El propio Rosales diría siempre que el proyecto, nunca realizado, consistía más bien en una elegía

conjunta dedicada a todos los que ya habían muerto en la contienda desencadenada un mes antes.
[422]

¿Cuánto sabía Lorca acerca de la implacable represión que estaban llevando a cabo en Granada José Valdés Guzmán y sus secuaces? Pese a no poder tener cabal conocimiento de la magnitud del Terror, estaba sin lugar a dudas al tanto de las ejecuciones que se realizaban a diario en el cementerio. Estas se consignaban a veces en *Ideal*, señalándose abiertamente —el día 11 de agosto, por ejemplo— que algunas de ellas se imponían como represalia por los bombardeos de la aviación republicana, de acuerdo con el bando publicado a estos efectos. Se sobreentendía que las víctimas de las represalias eran presos sacados más o menos al azar de la cárcel. Lorca, con razón, temía por la vida de su cuñado Manuel Fernández-Montesinos, y cabe imaginar que suplicó a los hermanos Rosales que hicieran todo lo posible por salvarlo.

El 15 de agosto se presenta en la Huerta de San Vicente una escuadra provista esta vez de una orden para la detención de Federico García Lorca. Al ser informados de que no está allí, los individuos lo revuelven todo e incluso desmontan el piano de cola, buscando papeles comprometedores... ¡o quizá la famosa radio fantasma! Al final, el que encabeza al grupo, un tal Francisco Estévez, amenaza a la familia, diciéndoles que, si no revelan el paradero del poeta, se llevará al padre en su lugar (es lo que había temido Lorca). Luis Rosales, antes de abandonar la Huerta, había conminado a la familia a que por nada del mundo señalasen el paradero de Federico. Pero ahora no hay más remedio. Concha, angustiada, contesta que su hermano no ha huido sino que se aloja en casa de un amigo falangista, poeta como él. Es probable que incluso diera el nombre de Rosales. Parece lógico deducir que desde la Huerta la familia avisara inmediatamente a Federico de lo ocurrido (según Esperanza Rosales, hablaba a veces con su familia por teléfono: conversaciones breves, cautas, dado el temor a ser escuchados).[423]

Poco antes del amanecer del día siguiente, domingo 16 de agosto, los rebeldes fusilan en el cementerio a Manuel Fernández-Montesinos y otros veintinueve presos. A petición del exalcalde, asiste a su ejecución un sacerdote, conocido suyo, que tiene ahora la difícil obligación de informar a Concha de la muerte de su marido. La terrible noticia no tarda en llegar a Lorca, probablemente por teléfono. En este momento le acompaña Esperanza Rosales, apodada por él «Mi divina carcelera.» Años después contaba que quedó deshecho, anonadado, al enterarse de lo ocurrido.
[424]

Podemos tener la seguridad de que, a partir de este momento, empieza a temer muy en serio por su propia vida. Si los rebeldes han sido capaces de matar a Fernández-Montesinos por el simple hecho de ser republicano y de haber desempeñado durante ocho días la alcaldía, ¿qué posibilidades de salvarse tiene un famoso poeta «rojo»? ¿Acaso no ha hecho repetidas declaraciones antifascistas a la prensa? ¿No ha criticado a la clase media granadina, llamándola «la peor burguesía de España»? ¿No es íntimo amigo de Fernando de los Ríos, el político

socialista más odiado en Granada? ¿No fue *Yerma* objeto de furibundas críticas por parte de la prensa católica? Y el «Romance de la Guardia Civil Española», ¿no ha despertado protestas de la derecha? ¿No es objeto, por su fama, de inconfesables envidias en la ciudad? Además, ¿no le desprecian muchos granadinos por su condición de homosexual?

La familia Rosales también empieza a inquietarse y a pensar que tal vez el poeta estará más seguro en otro sitio. Pero, ¿dónde? Esperanza Rosales declaró al investigador Agustín Penón que el mismo Federico sugirió la posibilidad de esconderse en el piso de su gran amiga Emilia Llanos. Los Rosales consideraban preferible el carmen de Manuel de Falla, pues ¿quién iba a atreverse a violar la casa del Maestro, compositor de fama internacional, profundamente católico, y que, además, admiraba a Lorca? Si, ante las primeras amenazas de la semana anterior, Federico no había querido molestar al compositor, ¿no sería lógico ahora, ante la marcha de los acontecimientos, pedir asilo con él?[425]

Entretanto el enemigo se mueve deprisa. El capitán Manuel Rojas, el verdugo de Casas Viejas, dirige un registro infructuoso en la Huerta del Tamarit, perteneciente a un tío del poeta y situada no lejos de la de San Vicente.[426] También hay una búsqueda, ya mucho más cerca de su presa, en casa de Miguel Rosales, hermano de Luis, a dos pasos de Angulo, 1, en la calle de Lucena, número 2. Los esbirros no tardan en darse cuenta de su equivocación.[427]

Finalmente, verificado el paradero del poeta, lo detienen la tarde del 16 de agosto, el mismo día de la ejecución de Manuel Fernández-Montesinos.

Se trata de una operación a gran escala montada por el Gobierno Civil: se corta la calle de Angulo, policías y guardias civiles rodean la manzana, y hasta se apuestan hombres armados en los tejados por si el poeta procura escapar por aquel camino inverosímil desde la terraza de los Rosales.[428]

La persona que se presenta en casa de los Rosales para llevarse a Lorca es conocidísima en Granada. Se trata del exdiputado de la CEDA Ramón Ruiz Alonso, amigo y correligionario político de los Roldán Quesada.

Ruiz Alonso, nacido en 1903 en el pueblo salmantino de Villaflores, es hijo de un terrateniente acomodado venido a menos. Como su jefe José María Gil Robles, fue alumno de los salesianos de Salamanca y luego trabajó como delineante, antes del advenimiento de la Segunda República en 1931, en la Compañía de Trabajos Fotogramétricos Aéreos de Madrid. Por aquel entonces la vida le sonreía. Además se casa con la hija de uno de los compositores españoles más célebres del momento, el maestro Manuel Penella, descubridor de Conchita Piquer y autor, entre otros éxitos, de la ópera cómica *Don Gil de Alcalá* y de la zarzuela *El gato montés*. A la llegada de la República, sin embargo, la rueda de la fortuna le precipitó abajo y tuvo que desempeñar el oficio de albañil. Después explicó que estuvo perseguido por sus ideas antimarxistas y que perdió seis puestos de trabajo por no querer afiliarse a los sindicatos de izquierdas. Sea como fuere, es

indudable que el proletariado auténtico que rodeaba a Ruiz Alonso despreciaba al *nuevo pobre* antirrepublicano que se negaba a participar en su lucha de clases y se desvivía por recuperar cuanto antes su antigua situación holgada.

No tardó en conseguirlo. El primer paso vino cuando, en el otoño de 1932, consiguió un puesto como tipógrafo en los talleres de *El Debate*, el diario católico más importante del país, dirigido por el muy combativo Ángel Herrera y portavoz principal de Gil Robles. Este, dándose cuenta de la posible utilidad de su excompañero de los salesianos para los fines del partido, parece haber sido quien propició su traslado a Granada para trabajar en el periódico *Ideal*, propiedad, como *El Debate*, de Editorial Católica. Las cosas ya iban mejorando para Ruiz Alonso, y su satisfacción no conocería límites cuando, tras verse incluido en la lista de la CEDA por Granada en las elecciones de 1933, se vio de pronto convertido en diputado.[429]

El «obrero amaestrado», como sería apodado en las Cortes, al parecer por José Antonio Primo de Rivera, se ganó enseguida el desprecio de las izquierdas, y no solo en Granada. Que aquel hombre de orígenes burgueses, petulante, belicoso y fanfarrón, se arrogase la misión de redimir a la clase obrera española era algo que los republicanos consideraban estomagante. Durante su primer año en las Cortes, por otro lado, no se distinguió como representante de Acción Obrera, cuyo Comité Central entonces presidía, y en 1934 dimitió del partido, aunque negándose a renunciar a su escaño.[430]

Ruiz Alonso detestaba al «judío» Fernando de los Ríos, y hay indicios de que sentía por Lorca —cuya amistad con el catedrático era de dominio público— una peligrosa mezcla de desdén y envidia. Durante la campaña electoral de enero y febrero de 1936, en un ruidoso mitin celebrado en Fuente Vaqueros, se había referido despectivamente tanto al catedrático como a Lorca, llamando a este «el poeta de la cabeza gorda».[431]

Ruiz Alonso perdió su escaño granadino en marzo de 1936, al anularse los resultados de las elecciones de febrero. Y al no conseguir la reelección aquel mayo su despecho no conoció límites. En su libro *Corporativismo*, manual fascista publicado en plena guerra en 1937, confirmaría que a partir de aquel momento se había involucrado plenamente en la conspiración antirrepublicana, estableciendo contacto con los falangistas granadinos.[432]

Y hay más: Ruiz Alonso era íntimo amigo y correligionario de los hermanos Roldán Quesada, militantes ambos, como hemos visto, de la CEDA y participantes en una de las violentas visitas a la Huerta de San Vicente.

El 10 de julio Ruiz Alonso había salido de Madrid en coche para Granada, al tanto, seguramente, de que el alzamiento tardaría pocos días en producirse y con la intención de desempeñar un papel destacado en los acontecimientos. Estaba él mismo al volante. Su viaje se vio interrumpido de forma intempestiva cuando, en las afueras de Madrudejos, chocó con un camión. Tuvo la suerte de salir del percance con unas leves magulladuras. Llevado a Granada en

el vehículo de unos compañeros políticos, el médico le obligó a permanecer en cama, si bien se quedó tumbado poco tiempo. El 20 de julio, al salir la guarnición a la calle, Ruiz Alonso se unió inmediatamente a los rebeldes y empezó a desempeñar un papel significativo en la represión.[433]

Cuando «el obrero amaestrado» de la CEDA llama a la puerta de Angulo, número 1, la tarde del 16 de agosto va acompañado de dos compinches suyos: Luis García Alix, secretario de Acción Popular (CEDA) en Granada, y Juan Luis Trescastro, conocido y rico terrateniente de la Vega de Granada, abogado, militante del mismo partido, padrino de una hija de Ruiz Alonso, Elisa —la futura actriz Elisa Montés—, y fanfarrón en la más pura línea machista del señorito andaluz.[434]

En estos momentos no hay en casa de los Rosales ningún hombre. Luis y José están en el frente; Antonio, Gerardo y su padre se encuentran en diferentes puntos de la ciudad; y Miguel se halla de servicio en el cuartel de Falange. Así que la madre tiene que enfrentarse sola con Ruiz Alonso. Se opone rotundamente a que se lleve al poeta. ¿Con qué derecho se presenta en una casa falangista una persona para ella desconocida? ¿Y qué quieren con García Lorca? Según Esperanza Rosales, que escucha aterrada la conversación, Ruiz Alonso declara categóricamente que al poeta le achacan el contenido de sus escritos. Supone que las autoridades querrán interrogarlo por este motivo.[435]

La señora Rosales trata entonces de hablar con sus hijos por teléfono. Solo lo consigue con Miguel. Le cuenta lo que ocurre. Ruiz Alonso acepta trasladarse al cuartel de Falange para ver lo que hay que hacer. Al poco rato regresa con él. Miguel se queda atónito al constatar que la zona está acordonada y atestada de policías y soldados. Se da cuenta enseguida de que no habrá más remedio que entregar a Lorca. Ruiz Alonso le ha dicho en el coche que es un «espía de los rusos» y que ha hecho «más daño con la pluma que otros con la pistola». Ha añadido que él no ha hecho más que obedecer órdenes al aceptar escoltarle al Gobierno Civil. Conduce el coche su propietario, Juan Luis Trescastro, y con Ruiz Alonso van Luis García Alix y otros dos individuos no reconocidos por Miguel. Esta era su versión de los hechos en 1965.[436]

Lorca, arriba en el segundo piso de la casa, debió de comprender inmediatamente la gravedad de la situación. Dada la vehemente personalidad, y la voz estentórea, del corpulento Ruiz Alonso, cuesta creer que, desde una de las ventanas interiores que daban al patio, el poeta no siguiera la conversación que se sostenía abajo. Mientras, desde la de su dormitorio, vería el movimiento de guardias y policías en la calle, además de la presencia de hombres armados en los tejados. Esperanza Rosales diría recordar, además, que a poco de la llegada de Ruiz Alonso ella se había deslizado escaleras arriba para poner a Federico al corriente de lo que estaba ocurriendo.[437]

Cuando vuelve Ruiz Alonso con Miguel Rosales el poeta ya se ha vestido. Miguel explica a su madre la imposibilidad de impedir que Ruiz Alonso y sus hombres se lleven a Federico al Gobierno Civil, y que él mismo los acompañará para enterarse de cuál es el problema. Le dice

que está seguro de que no le pasará nada a Federico, y que probablemente lo único que quieren es hacerle unas cuantas preguntas. Pero, en realidad, teme lo peor. Esperanza va a buscar a Federico, que está con la tía Luisa Camacho. Sobre el piano hay una imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Se paran los tres delante de él brevemente, a instancias de la tía, para rezar juntos. «Así todo te irá bien», murmura esta.[438]

Luis Rosales le contó en 1956 al investigador Agustín Penón que en aquellos momentos Lorca se encontraba en un estado de desmoronamiento total, y que temblaba y lloraba.[439] Esto lo negaría después Esperanza, pero no hay razón para dudar del testimonio de su hermano, basado en lo que oiría aquella noche, al volver a casa, de labios de las mujeres.

Al despedirse Federico de Esperanza, susurró, según ella: «No te doy la mano porque no quiero que pienses que no nos vamos a ver otra vez».

Luego salió a la calle acompañado de Miguel Rosales y de Ramón Ruiz Alonso.[440]

Frente a la casa de los Rosales vivía la familia del dueño del bar Los Pirineos, situado a la vuelta de la esquina en la vecina plaza de la Trinidad. Uno de los hijos, Miguel López Escribano, de doce años, presenció desde una ventana la salida del poeta a la calle. Según creía recordar más de cuatro décadas después, llevaba pantalones color gris oscuro, una camisa blanca con el nudo de la corbata suelto y, al brazo, una americana. El grupo cubrió a pie los pocos metros a la plaza y desapareció.[441]

Miguel Rosales, que iba al lado del poeta, nos declaró que les esperaba allí el coche. Federico, entretanto, no hacía más que rogarle que buscara a su hermano José (Pepiniqui), uno de los falangistas granadinos, como queda dicho, de más prestigio.[442]

Cuando llegan unos segundos después al Gobierno Civil, en la calle Duquesa, Miguel se entera de que José Valdés Guzmán no está. Hace las veces del gobernador un teniente coronel de la Guardia Civil jubilado, Nicolás Velasco Simarro. Les explica que Valdés ha ido a inspeccionar unas posiciones en las Alpujarras (lo cual resulta verdad) y que no volverá hasta la noche. Entretanto él se hace cargo del poeta, que, tras un cacheo, es encerrado en una de las dependencias del primer piso del edificio. Miguel Rosales dirá después que hizo todo lo posible por tranquilizar a Lorca, prometiéndole que volvería enseguida con José y asegurándole que no le iba a ocurrir nada. Pero estaba sumamente preocupado.[443]

Rosales regresa a toda prisa a la sede de la Falange y trata desesperadamente de hablar por teléfono con José. No lo consigue. Tampoco logra localizar a Luis y Antonio. En cuanto a su hermano menor, Gerardo, parece que había ido al cine. No se sabe si Miguel habló con su padre. [444]

Cuando Luis y José Rosales vuelven aquella noche a Granada y se enteran de lo ocurrido, van

inmediatamente, consternados, a confrontar a Valdés, acompañados de otro destacado falangista, Cecilio Cirre. En el Gobierno Civil, Nicolás Velasco insiste en que Valdés no ha vuelto todavía de las Alpujarras —no sabemos si era verdad o no—, y le dice a Luis que lo mejor será que preste declaración oficial en relación con lo ocurrido. Treinta años después dirá Luis Rosales:

La noche que yo fui a reclamar a Federico, había cien personas en el Gobierno Civil, en una sala inmensa que había allí. ¡Cien personas! Era muy tarde ya, y me dijeron que no podía ver a Valdés. Me dijeron que prestara declaración, y la presté ante un teniente coronel de la Guardia Civil, cuyo nombre no recuerdo. Allí, en medio de aquella sala inmensa, presté declaración. Estuvieron conmigo mi hermano Pepe, Cecilio Cirre y alguien más, creo. Íbamos armados. Allí yo no conocía a nadie. En mi declaración dije que un tal Ruiz Alonso, al que yo no conocía, había ido aquella tarde a nuestra casa, a una casa falangista, y había retirado a nuestro huésped, sin una orden escrita ni oral. Después de que yo presté declaración, dije, en fin, con fuerza y despectivamente:

—¿Por qué ha ido un tal Ruiz Alonso a nuestra casa, a casa de hombres de Falange, y se ha presentado allí sin orden escrita ni oral y ha retirado a nuestro huésped?

Yo lo dije un par de veces, «un tal Ruiz Alonso». Entonces —y claro, yo hablaba alto, con pasión, despectivamente—, entonces, pues, este, que estaba allí, pasó delante y dijo:

—Ese tal Ruiz Alonso soy yo.

Entonces le dije:

—Bueno, ¿has oído? ¿has oído? ¿Por qué te has presentado en casa de un superior sin una orden y has retirado a mi amigo?

Entonces él dijo:

—Bajo mi única responsabilidad.

Yo le dije, tres veces:

—No sabes lo que estás diciendo. Repítelo.

Porque, claro, este era un inconsciente, este creía que se estaba llenando de gloria ante la historia. Lo repitió tres veces, por tres veces lo repitió y cuando terminó, pues, yo le dije:

—Cuádrate y vete.

Entonces estuvo muy bien Cecilio Cirre. Cecilio Cirre incluso lo zarandó, y para evitar, claro, algo más grave, que el que lo zarandeara fuera yo, entonces, pues, Cecilio Cirre le dijo:

—Estás tratando con un superior. Cuádrate y vete.

Entonces, pues, como las otras personas que estaban allí no intervenían, entonces, pues, ya se fue.[445]

Ruiz Alonso negó de manera tajante, en 1966, haber estado presente en la escena descrita por Luis Rosales, alegando que, después de entregar a Lorca en el Gobierno Civil, volvió a su casa. [446] Sin embargo el testimonio de Rosales sería confirmado independientemente por Cecilio Cirre, en su momento, y no parece haber motivos para dudar de su veracidad.[447]

No se ha encontrado la declaración prestada por Luis Rosales ante Velasco. Según Rosales, decía que Lorca había sido amenazado en su casa en las afueras de Granada, que había pedido su ayuda, y que era inocuo desde el punto de vista político (lo cual, claro, no era verdad). Y que él,

como hombre y como también poeta, no podía negar su protección a una persona injustamente perseguida, y que volvería a hacer lo mismo.[448]

Más tarde aquella noche José Rosales volvió al Gobierno Civil, y, abriéndose paso a la fuerza, llegó hasta el despacho de Valdés. Según juró en 1971 delante de un abogado, estaban con el gobernador en aquel momento los hermanos José y Manuel Jiménez de Parga —destacados derechistas granadinos y, según numerosos testimonios, asesores de Valdés—, el policía Julio Romero Funes y el abogado José Díaz Pla, jefe local de la Falange de Granada.[449]

Dos días antes de su muerte, en 1978, José Rosales evocó por última vez la violenta escena que, según él, tuvo con Valdés. El gobernador, dijo, tenía sobre la mesa de su despacho una denuncia contra Lorca, de dos o tres páginas de extensión, firmada por Ramón Ruiz Alonso. Valdés, afirmó, le entregó el documento para leerlo. Decía que Lorca era un escritor subversivo; que tenía una radio clandestina en la Huerta de San Vicente con la cual estaba en contacto con los rusos; que era homosexual; que había sido secretario de Fernando de los Ríos (lo cual no era cierto); y que los hermanos Rosales traicionaban al Movimiento al dar cobijo a un rojo notorio. Valdés, al terminar Rosales de leer la denuncia, se habría manifestado así: «Si no fuera por esta denuncia, Pepe, yo te dejaría que te lo llevaras, pero no puede ser porque mira todo lo que dice». Valdés añadiría que, si Rosales quería, podía coger a Ruiz Alonso y matarlo, pero que, por lo que le tocaba al poeta, el deber suyo como gobernador era investigar la denuncia. Y que entretanto no le pasaría nada a Lorca.[450]

La denuncia descrita por José Rosales no ha sido encontrada. De ser localizada tendríamos la clave del asesinato del poeta. Pero la posibilidad de que aparezca a estas alturas es mínima.

Al abandonar el despacho de Valdés, José Rosales vio brevemente a Lorca y le dio su palabra de que vendría por él dentro de poco.[451] Pero no le volvería a ver. A la mañana siguiente obtuvo del gobernador militar, coronel Antonio González Espinosa, una orden para la liberación del poeta y se fue corriendo con ella al Gobierno Civil. Valdés, furioso, le dijo que llegaba demasiado tarde, que ya se lo habían llevado, y que ahora se preocupara de salvarle el pellejo a su hermano Luis, por ser el principal culpable de todo el asunto. Rosales creyó a Valdés y seguiría afirmando hasta su muerte que aquella mañana del 17 de agosto de 1936 Lorca ya no estaba en el Gobierno Civil.[452]

Sin embargo es absolutamente seguro que todavía se encontraba en aquellas dependencias.

Luis tampoco volvería a ver a Federico. Después de la escena ocurrida en el despacho del Gobierno Civil, el falangista José Díaz Pla, íntimo amigo de los hermanos Rosales, le ayudó a redactar una declaración exculpatoria en la cual, además de exponer sus razones por haber protegido a Lorca, incorporaba una información detallada sobre las visitas de los distintos grupos a la Huerta. La esperanza de los dos, al proceder así, era no solo poder ayudar al poeta sino

también a la familia Rosales, ahora en serios apuros, sobre todo el mismo Luis. Este envió copias del documento a las diferentes autoridades rebeldes de la ciudad.[453]

Solo se ha encontrado la dirigida al jefe provincial de Falange, Antonio Robles Jiménez. Se trata de un documento de extraordinaria importancia que nos permite aproximarnos con cierta garantía de exactitud a los hechos que rodearon la última semana de Lorca. Al leerlo y enjuiciarlo, hay que tener presente que el poeta estaba todavía con vida; que Granada vivía momentos de terror; y que Rosales, aconsejado por el abogado Díaz Pla, torció ligeramente algún pormenor (insistiendo, por ejemplo, en que había dejado instrucciones en la Huerta para que, en el caso de nuevos registros, dijese que Lorca estaba con él, lo cual no era verdad).[454]

El documento, que se reproduce en apéndice, comprueba claramente que había una denuncia, o denuncias, contra Lorca antes de que buscara refugio, aterrado, con los Rosales. El hecho del traslado a una casa falangista servía, tal vez, a los intereses de quienes perseguían al poeta, pero no se podía haber previsto.

Cuando Ruiz Alonso ya se ha ido con Lorca, acompañado de Miguel, la madre llama enseguida por teléfono a la familia del poeta, que el día anterior se había mudado al piso de su hija Concha y Manuel Fernández-Montesinos, ubicado en plena Granada en la calle de San Antón, esquina a la calle de Puente de Castañeda. Esperanza Camacho también se pone en contacto con su marido, que va inmediatamente a consultar con Federico García Rodríguez y luego le acompaña al bufete del abogado Manuel Pérez Serrabona. «Nosotros pensábamos que se trataría de un juicio y que habría la posibilidad de una defensa legal», comentó después Esperanza, la hija.[455]

Para acercarnos a las horas pasadas por el poeta en el Gobierno Civil de Granada nuestro testigo más fidedigno es Angelina Cordobilla González, niñera de los tres hijos de Concha García Lorca, que estaba con la familia en la Huerta de San Vicente cuando se inició el alzamiento, como sabemos, y que luego les acompañó al piso de la calle de San Antón.

Entrevistada por Agustín Penón en 1955, Angelina recordaba con nitidez aquellos trágicos días de veinte años antes. Durante un mes había ido cada mañana desde la Huerta a la cárcel con comida y ropa limpia para Manuel Fernández-Montesinos hasta que, el 16 de agosto, le dijeran allí que ya no hacía falta. Aquella misma tarde había llegado la noticia de la detención del poeta. «¡¿Cómo lo voy a olvidar?! —exclamó Angelina en 1966—. ¡Don Manuel por la madrugada y el señorito Federico por la tarde!»[456]

Angelina solía insistir en que fue al Gobierno Civil tres mañanas seguidas, muerta de miedo, con comida, café y otras cosas para el poeta. Según ella, el primer día, tras discutir entre ellos, los guardias apostados en la entrada del edificio le habían permitido subir al primer piso del edificio. Allí arriba —era el 17 de agosto, a las diez u once de la mañana— los hombres que

había en la puerta de la improvisada celda le habían registrado la cesta antes de dejarla pasar adentro. En la desnuda habitación no había cama, solo una mesa con tintero, pluma y papel. «Angelina, Angelina, ¿por qué has venido?», le diría el poeta. «Me manda su madre, es su madre quien me manda», contestaría. A la mañana siguiente, según ella, se había encontrado con que el poeta no había comido nada. El tercer día, cuando salía de la casa de San Antón, la había parado un desconocido. Le dice: «La persona a quien va a ver usted ya no está». Pese a ello, Angelina siguió hasta el Gobierno Civil. Allí los guardias confirmaron que aquel preso ya no estaba, y le dijeron que podía subir a recoger sus cosas. Lo único que encontró fue un termo vacío y una servilleta. Pensando que quizás habían trasladado al poeta a la cárcel, la atemorizada criada se dirigió a ella y entregó la cesta. A los pocos minutos se la devolvieron. El señor García Lorca no estaba allí, le aseguraron. Casi desmayándose, volvió a la calle de San Antón.[457]

Si no le fallaba la memoria a Angelina, se llevarían al poeta durante la noche del 18 al 19 de agosto. Es más probable, sin embargo, que se confundiera con el paso del tiempo y solo viera una vez al «señorito Federico», es decir, la mañana del 17.

¿Por qué mintió José Valdés Guzmán a José Rosales aquella mañana, asegurándole que Lorca ya no se encontraba en el edificio? Parece que aquel energúmeno, sabedor de la fama del poeta, quería que le dejaran en paz antes de decidir la suerte del poeta. Decir que el poeta ya no estaba era tal vez la mejor manera de conseguirlo. Fanático perseguidor de «rojos», Valdés no solía andar con contemplaciones a la hora de condenar a muerte. Pero Lorca era diferente. Podía haber consecuencias negativas. Por ello pensó que lo mejor sería consultar el caso con el general Queipo, máxima autoridad rebelde en Andalucía y, desde luego, mucho más importante que el gobernador militar de Granada, el coronel Antonio González Espinosa. Era fácil la consulta porque, gracias a la toma de Loja el día antes, se acababa de restablecer la línea telefónica con Sevilla. Según varios testimonios la respuesta de Queipo de Llano fue fulminante. Al poeta había que darle «café, mucho café». Era la fórmula que gustaba de utilizar al ordenar una ejecución.[458]

Con o sin la implicación de Queipo de Llano, quizá debe considerarse a José Valdés Guzmán como máximo responsable de la muerte del poeta. Pese a las denuncias de Ramón Ruiz Alonso y sus compinches, y probablemente de otros, pese incluso a la orden de Queipo de Llano, Valdés habría podido evitar sin dificultad alguna el trágico suceso. Pero no quiso. Cabe pensar que, para aquel militar, Lorca era un rojo repugnante, la obra que había escrito, subversiva, su vida privada, como «maricón», un asco. Había atacado, además, a la burguesía granadina, calificándola de la peor de España. ¿Por qué perdonarle? Además es probable que Valdés tomara en cuenta otra cosa. ¿Qué mayor escarmiento, en momentos en que había que aterrorizar a la población civil, que matar al poeta granadino más famoso? Si ellos, los salvadores de la Patria, eran capaces de liquidar a

un ser así, ¿qué no harían con gente desconocida, con un obrero, con un albañil, con un conductor de tranvía, con un maestro de escuela?

No sabemos si hubo entre Lorca y Valdés Guzmán una entrevista antes de que se diera la orden fatal. Aquel militar, que siempre negaría, como Ruiz Alonso, haber intervenido en la muerte del poeta, se llevó su secreto a la tumba. Murió el 5 de marzo de 1939, víctima de un cáncer y de una herida recibida en el frente después de ser cesado en 1937 como gobernador civil de Granada. [459]

A Lorca lo sacaron del edificio esposado con otra víctima: un maestro de primera enseñanza, Dióscoro Galindo González, oriundo de Ciguñuela, en la provincia de Valladolid. Galindo había estado destinado en la provincia de Sevilla entre 1929 y 1934. Después le habían trasladado a Íllora, cerca de la Vega de Granada, y luego, en septiembre de 1934, al pequeño pueblo de Pulianas, a seis o siete kilómetros de la capital. Republicano acérrimo y muy querido de sus alumnos, caía mal al secretario del ayuntamiento, quien, al producirse el alzamiento, le denunció como enemigo peligroso de la España Nacional. Fue detenido por un grupo de falangistas y llevado a Granada. Nunca volvió.[460]

Quiso el azar que aquella noche un joven amigo de Lorca, Ricardo Rodríguez Jiménez, le viera cuando salía del Gobierno Civil, esposado con otra víctima. Rodríguez tenía una mano atrofiada, y unos años antes, al enterarse de que no le faltaba talento musical, el poeta le había comprado un violín pequeño para que pudiera aprender a tocar. No olvidaría jamás el detalle. En 1980 recordaba:

Yo vivía en la calle de Horno de Haza, cerca de la Comisaría de Policía, y frente al Gobierno Civil, en la calle Duquesa. Entonces, durante las primeras semanas del Movimiento, íbamos yo y un amigo cada noche a la Comisaría a oír el último parte de Queipo de Llano, que daban desde Sevilla a las tres de la madrugada. Jugábamos a las cartas con los policías de guardia hasta oír el parte. Aquella madrugada salí de la Comisaría a las tres y cuarto por ahí y me encontré con que de pronto me llaman por mi nombre. Me vuelvo: «¡Federico!». Me echó un brazo por encima. Iba con la mano derecha cogida de unas esposas con un maestro de la Zubia [en realidad, de Pulianas] con el pelo blanco. «Pero, ¿adónde vas, Federico?» «No sé.» Salía del Gobierno Civil. Iba con guardias y falangistas de la Escuadra Negra, entre ellos uno que era guardia civil, a quien habían expulsado de la Guardia Civil, y que se metió en la Escuadra Negra. No recuerdo cómo se llamaba. A mí me pusieron el fusil en el pecho. Y yo les grité: «¡Criminales! ¡Váis a matar a un genio! ¡A un genio! ¡Criminales!». Me detuvieron en el acto y me metieron en el Gobierno Civil. Yo estuve allí encerrado dos horas y luego me soltaron.[461]

Unos segundos después de este incidente los asesinos de aquella escuadra, que mataban por el placer de matar, empujaron a Lorca y a Galindo González dentro del coche.

Al pie de la Sierra de Alfacar, a unos nueve kilómetros al noroeste de Granada, hay dos pueblos colindantes: el que da nombre a la Sierra, y Víznar. Ambos han crecido vertiginosamente en los últimos años, debido en gran parte a la construcción de la autovía de Murcia, que garantiza el rápido acceso a la capital.

En julio de 1936, al estallar la guerra, los sublevados se hicieron fuertes en Víznar para poder resistir probables incursiones republicanas. El comandante del sector era un joven militar y destacado falangista, el capitán José María Nestares Cuéllar, que estableció su cuartel general en el espacioso palacio del arzobispo Moscoso y Peralta, levantado en el siglo XVII.

De haber sido tan solo un puesto militar, Víznar apenas figuraría hoy en los anales de la Guerra Civil. Se recuerda porque fue también lugar de fusilamientos, un calvario para cientos de «rojos». Nestares Cuéllar estaba en contacto constante con Valdés Guzmán, y cada noche llegaban coches desde el Gobierno Civil, o de los pueblos de los alrededores, cargados con grupos de víctimas a los que luego se daría «el paseo».

Los vehículos solían parar unos segundos delante del palacio de Moscoso y Peralta para la entrega o intercambio de papeles. Luego seguían su camino cuesta arriba en dirección a Alfacar. Podemos tener la casi certeza de que el vehículo en el que iban esposados Lorca y Galindo González vino por aquí.

Rebasados los muros del palacio se abre ante la vista un magnífico panorama. El terreno desciende bruscamente hacia Alfacar, y allí abajo, perdiéndose en la lejanía, se extiende la afamada Vega de Granada, hoy cada vez más degradada por naves industriales, carreteras nuevas, casas y demás construcciones. Enfrente se yergue la pelada Sierra Elvira, cuyas laderas casi desprovistas de vegetación contrastan con el verdor del campo que se extiende a sus pies.

Ya encima de Víznar el visitante descubre, unos metros más adelante, debajo del camino, una pequeña acequia que discurre rumorosa entre los restos de un antiguo molino. En tiempos de la República había aquí un espacioso edificio, Villa Concha, demolido hace algunos años. Utilizado como residencia de verano para niños pobres granadinos, se conocía en el pueblo como «La Colonia». En julio de 1936, cuando Víznar se convirtió en lugar fuerte militar, los falangistas transformaron el inmueble en cárcel provisional. Cada día y noche llegaban los coches con los condenados. El caserón, antes alegre hogar de niños veraneantes, se había transformado en morada de la muerte.

Para abrir las fosas comunes los sublevados trajeron a «La Colonia» a un grupo de masones granadinos y algún «rojo» más. En cuanto a los verdugos, la mayoría eran voluntarios de la llamada Escuadra Negra. También había algunos guardias de asalto obligados a participar en los fusilamientos como castigo por la inicial renuencia del cuerpo a unirse a los rebeldes.

Las víctimas eran encerradas en la planta baja del edificio, donde permanecían hasta la «saca». El párroco de Víznar o algún otro cura solía estar a mano para oír las últimas confesiones de

quienes quisiesen ser así atendidos. Luego, antes de rayar el alba, se los llevaba «de paseo», aunque a veces se fusilaba también de día. Después llegaban los enterradores, que sepultaban los cadáveres allí donde habían caído. A veces, al hacerlo, reconocían a algún amigo o pariente suyo.

[462]

Sabemos por varios testigos que Lorca pasó sus últimas horas en «La Colonia». Resulta especialmente pertinente el testimonio al respecto de José Jover Tripaldi. Cuando estalló la guerra, Jover, que tenía entonces veintidós años, veraneaba en Víznar. Queriendo evitar ir al frente, le pidió al capitán Nestares, amigo de la familia, que le diera algún puesto en el pueblo. Nestares accedió y le acogió en «La Colonia». El joven estaba de guardia la noche que llegó Lorca. Católico ferviente, tenía la costumbre de explicar a los presos que a la mañana siguiente irían a trabajar en unas fortificaciones, o a reparar carreteras. Luego, al acercarse el momento de la «saca», les comunicaba la espantosa verdad, por si acaso no la hubiesen intuido ya. Consideraba que hacerlo era su obligación como católico. Gracias a la advertencia los condenados a muerte podían, si querían, confesarse con el cura y entregar a los guardias un último mensaje para su familia, o alguna prenda.

Según Jover Tripaldi, el poeta, cuando le reveló que iba a ser fusilado, quiso hacerlo. Pero el cura ya se había marchado. El muchacho, viendo la terrible angustia que sus palabras habían provocado, le aseguró que si se arrepentía sinceramente de sus pecados le serían con toda seguridad perdonados. Le ayudó entonces a rezar el «Yo pecador», que solo recordaba a medias. «Mi madre me lo enseñó todo, ¿sabe usted?, y ahora lo tengo olvidado», murmuraría. Jover Tripaldi, al evocar este episodio años después, insistía en que el poeta pareció más tranquilo después de haber rezado. ¿Fue así o no? Imposible saberlo.[463]

Acompañaban a Lorca y a Dióscoro Galindo González en su vía crucis dos conocidos banderilleros granadinos, Joaquín Arcollas Cabezas y Francisco Galadí Melgar, anarquistas militantes que habían sido entre quienes con más beligerancia exigieran armas a las autoridades republicanas. Capturados en el Albaicín, no podían albergar la más mínima esperanza de salvarse.

[464]

Desde «La Colonia» el camino serpentea por el ancho valle. En unos pocos minutos hay una curva abrupta. Abajo la acequia cruza por un estrecho acueducto. Enfrente sube una pendiente donde crecen altos y tupidos pinos.

Este es el «barranco» de Víznar, de siniestra fama, donde reposan la mayoría de las víctimas del sistema de muerte instalado en «La Colonia». Cuando Gerald Brenan visitó el lugar en 1949 estaba «salpicado de hoyos de poca profundidad y montículos, sobre cada uno de los cuales se había colocado una piedra pequeña». Empezó a contarlos y descubrió que había varios cientos.

[465] Dos o tres años después las autoridades franquistas plantaron los pinos, se supone que para enmascarar las fosas. Pero si fue así no lograron su propósito. La más grande entre ellas, sobre la

cual se extiende hoy una sencilla cruz horizontal hecha de grandes piedras, se convertiría, con la muerte del dictador, en destino de peregrinaje para las familias de las víctimas.

¿Por qué se eligió el «barranco», de tan difícil acceso, para la matanza? La respuesta, al parecer, es que había aquí unos pozos excavados años atrás en busca de agua. La tierra removida, todavía blanda, hacía más asequible la apertura de las fosas.

La Junta de Andalucía ha creado un camino para facilitar la subida peatonal al lugar.

Se han practicado unas catas arqueológicas provisionales para determinar la ubicación exacta de las fosas. Se han encontrado cinco, pero hay más. Aparecieron restos óseos humanos con signos de violencia, casquillos e incluso algún arma de fuego. Se va a proceder dentro de poco, según los medios de comunicación, a efectuar exhumaciones.

En los primeros meses de la guerra los fascistas no despachaban a los presos en el «barranco» de Víznar, sino en los olivares que salpicaban entonces, más que ahora, las laderas del valle. Lorca fue una de las tempranas víctimas del holocausto granadino y, contrariamente a lo que se ha dicho a menudo, a él y a sus tres compañeros de infortunio no los mataron y enterraron aquí sino un kilómetro más adelante por el camino de Alfacar.

Es casi seguro que el coche o el camión se paró al lado del paraje hoy ocupado por el Parque Federico García Lorca. El poeta ni tuvo el consuelo de ver la luna, que, en su último cuarto menguante, se había puesto antes de las dos de la madrugada.[466]

Los esbirros acabaron con el poeta y los otros tres condenados al pie de un olivo que todavía existe, utilizando con toda probabilidad los faros del vehículo. Al lado estaba ya preparada la fosa.

Poco después llegó el muchacho de diecisiete años encargado del entierro, Manuel Castilla Blanco, apodado Manolo el Comunista, a quien protegía el capitán Nestares, amigo de su familia. Reconoció inmediatamente a los dos banderilleros. Una de las otras víctimas tenía una pierna de madera, otra una corbata de lazo («de esas que llevan los artistas»). Colocó los cadáveres uno encima de otro en la estrecha zanja. Cuando volvió a «La Colonia» le dijeron que el hombre de la «pata» de madera era el maestro de un pueblo cercano y el de la corbata, Federico García Lorca. [467]

¿Se dio cuenta el poeta, en el último trance, del misterioso paralelismo que se confirmaba ahora entre su destino y el de la heroína Mariana Pineda, tema llevado por él a las tablas unos nueve años antes? ¿Pensó en su madre, en su gran amor Rafael Rodríguez Rapún, en el viaje que había proyectado a México para aquel verano antes de volver a España con Margarita Xirgu? ¿En sus meses triunfales en Cuba y Buenos Aires? ¿En el estreno de *La casa de Bernarda Alba*, previsto para el otoño? ¿En el día en que, de niño, «paró la feria» de Fuente Vaqueros —allí al fondo en la oscuridad— con sus ocurrencias? ¿En *Doña Rosita la soltera*, su obra más granadina y más triste, aún sin representar en Madrid? ¿En *Así que pasen cinco años*, terminado exactamente cinco años

antes, el 19 de agosto de 1931, y al final de la cual muere de un pistoletazo El Joven, trasunto del autor? ¿Rezó a la Virgen de las Angustias? ¿Se sintió, con justificación, mártir? ¿Recordó lo que había dicho al poco de instaurarse la República: «Yo creo que el ser de Granada me inclina a la comprensión simpática de todos los perseguidos. Del gitano, del judío..., del morisco, que todos llevamos dentro».[468]

Solo nos contesta el silencio.

Parece, *parece*, que no murió enseguida y que hubo que rematarlo con un tiro de gracia, o varios, después de que se incorporara gritando «¡todavía estoy vivo!».[469] Entre los asesinos iba Juan Luis Trescastro, el fanfarrón machista compinche de Ramón Ruiz Alonso y los hermanos Roldán Quesada, quien, terminada la sangrienta faena, alardeó aquella misma mañana en Granada no solo de haber participado en la muerte de Federico García Lorca sino de haberle «metido dos tiros en el culo por maricón».[470] Según el testimonio de una pariente de los Roldán, además, que entonces tenía catorce años, aquella noche hubo una fiesta en una de las casas de la familia. Se trataba de celebrar la muerte del autor de *La casa de Bernarda Alba*.[471]

En absoluto habría que descartar la posibilidad, pues, de que el poeta fuera torturado de esta o de otra manera. Además lo tiende a confirmar el relato, solo conocido en 1990, de un taxista forzado a presenciar la ejecución y que luego se evadió a la zona republicana.[472]

Poco antes de fallecer, Juan Luis Trescastro ratificó su participación en los hechos al confesarle a Rafael Rodríguez Contreras, su practicante: «Yo he sido uno de los que hemos sacado a García Lorca de la casa de los Rosales. Es que estábamos hartos ya de maricones en Granada. A él por maricón, y a La Zapatera por puta (se trataba de una mujer estrafalaria, fundadora del partido El Entero Humanista, Amelia Agustina González Blanco, admirada por el Lorca adolescente)».[473]

En cuanto a Ramón Ruiz Alonso, antes de huir a Estados Unidos en 1976 confesó a su hija Emma Penella, la actriz, que sí, que había participado en la redacción de la denuncia causante de la detención del poeta en casa de los Rosales.[474]

Otro testimonio, procedente de un tal Manuel Luna, sirve para darnos una idea muy clara de cómo eran aquellos energúmenos. Se encuentra en una carta dirigida, hacia 1939, a quien fue estrecho amigo de Lorca, el escritor y crítico teatral granadino Melchor Fernández Almagro:

En Granada me he distinguido bastante. Fui de los que asistieron, en una mañana de agosto, al fusilamiento, en el cementerio, ante las fosas abiertas, de setenta rojos, todos ellos bandidos, asesinos, criminales, violadores, incendiarios... y gocé mucho, muchísimo, porque se lo merecían [...] Hicimos una buena limpia. Algunos días después cogimos al gran canalla de García Lorca —el peor de todos— y lo fusilamos en la Vega, junto a una acequia. ¡Qué cara ponía! Alzaba los brazos al cielo. Pedía clemencia. ¡Cómo nos reíamos viendo sus gestos y sus muecas!...

Pertenecí a la ronda depuradora de Ruiz Alonso. Pero como le digo, tuve que irme por asuntos particulares a

Zaragoza y después a Oviedo. En ambas poblaciones ayudé también a la depuración. En Oviedo pasé un rato muy agradable viendo fusilar al gran miserable de Leopoldo Alas Argüelles, el hijo del repugnante Clarín.[475]

Así era la mentalidad de quienes se levantaron contra la República, sabiendo de antemano, y dispuestos a ello, que iban a bañar a España en un mar de sangre.

Hoy, frente al parque, se ha instalado una pancarta que reza:

LUGAR DE
MEMORIA HISTÓRICA
DE ANDALUCÍA

Carretera de Alfacar
A Víznar

En estos parajes dejaron sus vidas miles de granadinos y granadinas en la defensa de los valores democráticos de la Segunda República Española. Obreros, campesinos, intelectuales, artistas, mujeres y hombres que soñaron un mundo nuevo. Sea este espacio de recuerdo y homenaje de la lucha de un pueblo.

Cerca del rodal donde mataron a Lorca se encuentra la célebre Fuente Grande. Los árabes, intrigados por las burbujas que subían sin parar a su superficie, y que lo siguen haciendo, la llamaron Ainadamar, «La Fuente de las Lágrimas», y en el siglo XI construyeron una acequia para llevar el agua a la ciudad. Mil años después sigue fluyendo. Es la acequia cuyo susurro oíría Lorca durante sus últimas horas en «La Colonia».

Los musulmanes admiraban la belleza de la fuente y sus alrededores, y levantaron en el contorno hermosos palacios veraniegos de los cuales ya no queda rastro. Sí han sobrevivido varias composiciones que cantan las excelencias del lugar, entre ellas una del poeta Abu'lBarakat al Balafiqi, muerto en 1372:

¿Es mi alejamiento de Ainadamar, que me detiene el pulso de la sangre, lo que hace brotar un chorro de lágrimas del fondo de mis ojos?

Sus aguas gimen con la tristeza de aquel que, esclavo del amor, ha perdido su corazón.

A su orilla entonan los pájaros melodías comparables a las del mismo Mosuli,[*] recordándome el remoto pasado en el que entré en mi juventud.

Y las lunas de aquel sitio,[**] bellas como José, harían abandonar a cualquier musulmán su fe por la del amor.

[476]

No deja de ser emocionante que la Fuente de las Lágrimas, elogiada hace muchos siglos por los árabes, siga manando todavía sus borbotones cerca del lugar

A partir de aquel momento, y durante años, no se podría hablar de Federico García Lorca en Granada, «como no fuera para difamarle y ofenderle, y estaba aún más prohibido publicar algo de lo que escribiera y todo cuanto a él se refiriera».[477] Se corrió una espesa cortina de silencio sobre el poeta y las circunstancias de su muerte. Incluso era peligroso poseer sus libros y, en vista de los constantes registros domiciliarios, no pocas personas se deshicieron de ellos o los ocultaron cuidadosamente. Lorca era un maldito. Y pronto, muy pronto, se convirtió en el máximo símbolo del sacrificio de su pueblo, víctima inocente de la vesania fascista. De verdad, nunca ha habido, en la historia de la literatura mundial, un escritor tan llorado.

Miguel Hernández

*Vientos del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran,
me esparcen el corazón
y me aventan la garganta...*

MIGUEL HERNÁNDEZ, *Viento del pueblo* (1937)

Miguel Hernández, a quien lamentaba Pablo Suero no haber podido conocer antes de su vuelta a Argentina tras las elecciones de febrero de 1936, llegó por primera vez a Madrid, desde su nativa Orihuela alicantina, a finales de 1931, poco después de promulgada la Constitución de la Segunda República. Tenía veintiún años, se había librado de quintas, y se quedó en la capital hasta mayo de 1932, tiempo suficiente para irle tomando el pulso a la ciudad... y se inflara como un aerostato su ambición de ser poeta de alto renombre. A finales de 1932, cuando corregía las pruebas de su primer libro, *Perito en lunas*, conoció en Murcia a Federico García Lorca. El encuentro le afectó profundamente.

Lorca le manifestó su admiración por los poemas, le dio su palabra de hablar de ellos en Madrid e incluso de escribir una crítica del volumen cuando se editara. Pero, aparecido este, no lo hace, pese a las reiteradas cartas de Miguel, y se limita a estimularle a seguir trabajando y luchando. Como les pasa a otros, Hernández esperaba demasiado del autor del *Romancero gitano*, quien, siempre rodeado de admiradores, tenía una facilidad asombrosa para que cada nueva «víctima» se creyera su único amigo de verdad. Y, claro, no podía atender a todos con la energía o sinceridad deseables. Ante la insistencia de Hernández parece ser que se fue desentendiendo de su compromiso, hasta el punto de no querer coincidir con el «poeta pastor» más de lo estrictamente inevitable, cuando, en marzo de 1934, este volvió a la capital.^[478]

Lo hizo con parte de un auto sacramental, *Quien te ha visto y no te ve y sombra de lo que eras*, bajo el brazo. Se la mostró a José Bergamín, católico y republicano, que, impresionado, publicó la obra completa en su revista *Cruz y raya* unos meses después.

En febrero de 1935 Hernández se incorpora a las Misiones Pedagógicas al lado del poeta

Enrique Azcoaga, labor que compagina con su trabajo en la monumental enciclopedia, *Los toros*, que en estos momentos prepara quien es ya uno de sus más fieles amigos y mayores valedores en Madrid, José María de Cossío. En julio Hernández propone a su novia en Orihuela, Josefina Manresa, hija de un guardia civil, que se separen: la relación se ha hecho demasiado difícil. Por las mismas fechas se va efectuando su alejamiento definitivo del catolicismo.[479] Nada de ello es ajeno a su atormentada relación amorosa con la pintora gallega Maruja Mallo, previamente amante, entre otros, de Emilio Aladrén (uno de los predilectos de Lorca unos años atrás) y de Rafael Alberti, relación que ya está en vías de romperse, para alivio de Miguel, hacia finales de 1935. Entretanto el poeta se ha hecho entrañable amigo de Pablo Neruda y su compañera, la grabadora Delia del Carril. Frecuenta asiduamente el piso del chileno en el barrio de Argüelles, conocido familiarmente como «La Casa de las Flores» por su abundancia de macetas, y colabora en su revista *Caballo Verde para la Poesía*, cuyo primer número había salido aquel octubre, entre los rumores de próximas elecciones después de los años en el poder de las derechas.[480]

A Hernández le apasiona la poesía torrencial y humanísima de Neruda. El 2 de enero de 1936 publica, en un «folletón» de *El Sol*, un encandilado elogio del último libro del chileno, *Residencia en la tierra*, que le ha conmovido. Necesita urgentemente comunicar su entusiasmo al lector: «Ganas me dan de echarme puñados de arena en los ojos, de cogermelos dedos con las puertas, de trepar hasta la copa del pino más dificultoso y alto. Sería la mejor manera de expresar la borrascosa admiración que despierta en mí un poeta de este tamaño de gigante». Neruda es un océano, un río desbordado, un ímpetu cósmico, con «la confusión desordenada y caótica de la Biblia». Su poesía «sale del corazón y entra en él directa». Es, para Hernández, la única que ya vale: «Quiero las manifestaciones de la sangre y no las de la razón, que lo echa a perder todo con su condición de hielo pensante». El tiempo y la muerte nos acechan, lo tiene bien asumido, y Neruda hace bien en querer cantar la vida desesperadamente mientras todavía tiene residencia terrenal.[481]

Cuatro días después, el 7 de enero de 1936, Miguel y Maruja Mallo, con quien tiene de vez en cuando una «recaída» de la cual luego se arrepiente, hacen una escapada a San Fernando de Henares, pueblo de las afueras de Madrid, a orillas del río Jarama (lugar después consagrado literariamente por Rafael Sánchez Ferlosio y hoy intolerable por el estruendo de los aviones de Barajas). Allí el poeta tiene un encuentro con la Guardia Civil digno del narrado por Lorca en su ya para entonces celeberrimo romance «Prendimiento de Antoñito el Camborio en el camino de Sevilla», encuentro del cual Rafael Alberti informó a Pablo Suero. Hernández, como siempre, anda sin su cédula personal, tan imprescindible entonces como hoy el DNI. Y anda, también como siempre, algo desaliñado. Se nota, y tanto, que no es un buen burgués. ¡Si hasta lleva alpargatas! Los civiles lo detienen, se lo llevan al cuartel, le propinan una sarta de bofetadas, le quitan las llaves de su casa, le dan con ellas en la cabeza, le llaman ladrón, hijo de puta. «Como no me

sacaban otras palabras que no fueran de protesta, me dijeron que me iban a hacer filetes si no confesaba los crímenes que había cometido», escribe el poeta después a Josefina Manresa (guardándose mucho de mencionar a Maruja Mallo). Por fin los guardias permiten que llame al cónsul de Chile, quien, les ha explicado, es su amigo el poeta Pablo Neruda. Luego, sin darle ninguna explicación, lo sueltan sin cargos.[482]

Al tanto de lo ocurrido, sus amigos y admiradores en Madrid redactan un manifiesto colectivo que se publica el 16 de enero de 1936 en *El Socialista* bajo el título «Protesta en favor del poeta Miguel Hernández». Su lectura no tiene desperdicio:

El lunes, día 7 de este mes de enero, estando el poeta murciano [*sic*] Miguel Hernández pasando el día en las orillas del Jarama, fue detenido por la guardia civil, y preguntado, primero, qué hacía por aquellos lugares. Miguel Hernández contestó, sonriente, que era escritor y que estaba allí por gusto. El traje humilde, modesto, de nuestro amigo, llevó a la guardia civil a tratarle con violencia, conduciéndole al cuartelillo de San Fernando. Durante el trayecto, para ocultar la vergüenza que provocaba en él la detención, Miguel Hernández, de rabia, fue dándoles con el pie a las piedras. Entonces, le amenazaron de muerte, diciéndole: «Si no por aquella mujer que viene andando detrás de nosotros, te dejamos seco».

Al entrar en el cuartelillo, y sin más explicación, el cabo le abofeteó. Siguieron los golpes, hasta con unas llaves que le quitaron después de un registro minucioso, en el que le encontraron además, como terrible prueba, una cuartilla encabezada con este nombre: «Juan de Ocón». Los guardias civiles de aquel puesto no podían comprender que un hombre con aire campesino escribiese un título para una obra de teatro. «Este es un cómplice. Anda. Confiesa.» Así, golpeado, insultado, vejado, permaneció varias horas en el cuartelillo, hasta que pudo telefonar a un amigo de Madrid, que respondió de su persona.

Enterados de este atropello, lo denunciarnos al ministro de la Gobernación, y protestamos, no de que la guardia civil exija sus documentos a un ciudadano que le parezca sospechoso, sino de la forma brutal de hacerlo, pues en vez de limitarse a comprobar su identidad, le golpease [*sic*] maltratándole y hasta amenazándole de muerte. Protestamos de la vejación que representa el abofetear a un hombre indefenso. Protestamos de esta clasificación entre señoritos y hombres del pueblo que la guardia civil hace constantemente. En este caso que denunciarnos, Miguel Hernández es uno de nuestros poetas jóvenes de más valor. Pero, ¡cuántas arbitrariedades tan estúpidas y crueles como esta se cometen a diario en toda España sin que nadie se entere! Protestamos, en fin, de esta falta de garantías que desde hace tiempo venimos sufriendo los ciudadanos españoles.

Encabezaba la protesta Federico García Lorca y seguían las firmas de José Bergamín, José María de Cossío, Ramón J. Sender, Antonio Espina, Arturo Serrano Plaja, César M. Arconada, Pablo Neruda, María Teresa León, Rosa Chacel, Miguel Pérez Ferrero (que en estos momentos trabaja en su biografía de Antonio y Manuel Machado), José Díaz Fernández, Rafael Alberti, Manuel Altolaguirre, Concha Méndez, Luis Cernuda, Luis Lacasa y Luis Salinas.[483]

El documento no solo nos da una idea de la impunidad con la cual, durante el Bienio Negro, actuaba la Guardia Civil, «ojo vigilante de los amos», sino que la calidad y cantidad de las firmas

son elocuente testimonio de la alta estimación en que ya tenía a Miguel Hernández la flor y nata de la joven intelectualidad española.

A raíz de aquel encuentro con la Benemérita, Hernández tomó dos decisiones importantes: romper definitivamente con Maruja Mallo y, a través de Alberti y María Teresa León, afiliarse enseguida al Partido Comunista. En su libro *Memoria de la melancolía*, León evoca la llegada del poeta aquel día —«descompuesto y verde de ira»— al estudio que ella compartía con Alberti en la calle Marqués de Urquijo. Miguel, que antes había dudado, ya no quiere esperar un minuto más. «Venía a decirnos: “Estoy con vosotros. Lo he comprendido todo.”»[484]

Parece más probable, sin embargo, no obstante la insistencia de la escritora, que en la «conversión» de Hernández al marxismo influyeran, más que ella y Alberti, Delia del Carril —la amante de Pablo Neruda— y el escritor argentino Raúl González Muñón. «Conversión», de todas maneras, según Eutimio Martín, a la que estaba abocada Miguel «por temperamento y necesidad vital».[485]

El 24 de enero de 1936 Manuel Altolaguirre termina de imprimir, en su colección Héroe, que tanto gusta a Juan Ramón Jiménez, el nuevo poemario de Hernández, *El rayo que no cesa*. El libro se compone mayormente de sonetos que dan fe de la etapa amorosa que el poeta espera dar ya por zanjada (el «rayo» es Maruja Mallo). Hay justo tiempo para incluir, al final, la elegía que acaba de dedicar a su amigo del alma Ramón Sijé, muerto en Orihuela el 24 de diciembre a los veintidós años, y que acaba de aparecer en la *Revista de Occidente* con seis sonetos asimismo incluidos en *El rayo que no cesa*.

Pese a la buena recepción crítica acordada al librito, está deprimido y preso de añoranza de su tierra y de su novia oriolana. «Como el toro que regresa al redil —escribe Juan Luis Ferris—, Miguel comienza a pensar que, después de tantos avatares y desgarros, lo que le conviene a su espíritu es aceptar el amor puro y sencillo que dejó en su rincón aldeano, aquella muchacha que se le moría de casta y de sencilla y a la que ha vuelto a idealizar para sobrevivir al fracaso.» Por otro lado va viendo que en su poesía actual tiene que salir de la cárcel de su «yo» para dirigirse al prójimo, al otro. Es, en parte, la influencia de Pablo Neruda. Y es, también, el hecho de ser ya comunista. Va cobrando importancia en su ánimo la palabra «solidaridad».[486]

Hernández había visitado a Juan Ramón Jiménez a comienzos de año y, tal vez contra todo pronóstico, había impresionado favorablemente al poeta de Moguer. Jiménez lee en la *Revista de Occidente* la elegía a Sijé y los seis sonetos y escribe un breve pero elogioso comentario para su columna quincenal de *El Sol*. Se publica el 23 de febrero, poco después de la victoria electoral del Frente Popular:

Verdad contra mentira, honradez contra venganza. En el último número de la REVISTA DE OCCIDENTE publica Miguel Hernández, el extraordinario muchacho de Orihuela, una loca elejía a la muerte de Ramón Sijé y 6 sonetos desconcertantes. Todos los amigos de la «poesía pura» deben buscar y leer estos poemas vivos. Tienen su empaque quevedesco, es verdad, su herencia castiga. Pero la áspera belleza tremenda de su corazón arraigado rompe el paquete y se desborda, como elemental naturaleza desnuda. Esto es lo excepcional, poético, y ¡quién pudiera exaltarlo con tanta claridad todos los días! Que no se pierda en lo rolaco, lo «católico» y lo palúdico, las tres modas más convenientes de “la hora de ahora”, ¿no se dice así?, esta voz, este acento, este aliento joven de España.[487]

Hernández no podía recibir mejor espaldarazo en estos momentos. Entretanto, en Orihuela, las derechas viven el triunfo del Frente Popular con ansiedad, con rabia. El 14 de abril, aniversario de la proclamación de la Segunda República, asiste allí a la inauguración de la plaza dedicada a la memoria de su llorado Sijé. Una semana después el padre de Josefina es trasladado a Elda y se lleva consigo a los suyos, lo cual le complica la vida a Miguel.[488]

Para finales de abril está otra vez en Madrid, donde reanuda con desgana su trabajo para *Los toros* de Cossío.

El 13 de mayo asiste a la comida-homenaje ofrecida al pintor Hernando Viñes, uno de los adalides de la llamada Escuela Española de París. Queda del ágape una magnífica fotografía donde aparecen muchas caras conocidas del mundo artístico de entonces, entre ellas las de Lorca, Buñuel, Alberti y Neruda. Al lado de este, casi oculto por el crítico Guillermo de Torre, asoma el poeta de Orihuela.

Estimulado por Neruda, Miguel también asiste, unos días después, a diversos actos del ya mencionado homenaje dedicado por los intelectuales madrileños a los escritores franceses Malraux, Lenormand y Cassou, que han llegado en representación del Frente Popular de su país. Hernández está en la conferencia pronunciada por Neruda en el Ateneo, titulada «Movimiento universal para la defensa de la cultura», y en el banquete cuya convocatoria encabezaban Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado. Estas actividades le ayudan, al parecer, a superar la depresión que le producen su situación económica, nada halagüeña, y no tener con él a Josefina. También es un acicate tener *El rayo que no cesa* en la Feria del Libro de Recoletos, a la cual asiste al lado de estrellas como Lorca y el poeta de Moguer.[489]

El traslado del padre de Josefina a Elda no solo le preocupa a Miguel porque dificulta aún más la relación con su novia («maldito pueblo valenciano», lo llama).[490] «En Orihuela todo el mundo conocía a tu padre —escribirá a Josefina aquel mayo— y sabían que era el mejor hombre del cuartel. Pero ahí nadie sabe nada y con el odio que la gente tiene a la Guardia Civil, no se fijarán mucho en nada.»[491]

La preocupación del poeta estaba más que justificada.

Entretanto, en el número de la *Revista de Occidente* correspondiente a junio, publica un

desgarrador poema, «Sino sangriento», que demuestra hasta qué punto le ha herido y sigue hiriendo su relación con Maruja Mallo:

*Cayó una pincelada
de ensangrentado pie sobre mi vida,
cayó un planeta de azafrán en celo,
cayó una nube roja enfurecida,
cayó un mar malherido, cayó un cielo...*[492]

El poema recuerda los sobrecogedores versos de *Sobre los ángeles*, en los cuales, siete años antes, Rafael Alberti había dado fe de parecidos estragos ocasionados por su vinculación con la pintora gallega. En «Égloga», publicada en el mismo número de la revista, su depresión se proyecta sobre Garcilaso de la Vega, un Garcilaso imaginado como ahogado, por amor, en las aguas del Tajo en torno a Toledo. El poema termina:

*Nada de cuanto miro y considero
mi desaliento anima,
si tú no eres, claro caballero.
Como un loco acendrado te persigo:
me cansa el sol, el viento me lastima
y quiero ahogarme por vivir contigo.*[493]

No sabemos en qué fechas exactamente se compusieron estos dos poemas dados a conocer en la *Revista de Occidente*, pero hay que suponerlos recientes. Tienden a confirmar el estado de ánimo muy alicaído de Hernández en vísperas de la guerra, y explican la premura con la cual conduce su pleito matrimonial con Josefina: cree que su única salvación reside en juntarse definitivamente con ella.

Para mediados de julio ya tiene terminados los dos primeros actos de una nueva obra de teatro, *El labrador de más aire*, que espera llevar acabada a Orihuela durante las vacaciones y leerla allí a sus amigos de la revista *Silbo*, fundada en mayo por Carlos Fenoll, Jesús Poveda y Ramón Pérez Álvarez (a quien cuenta, exagerando, que *El rayo que no cesa* se está «vendiendo a borbotones»).[494]

Madrid está viviendo momentos de gran inquietud y desasosiego en estas semanas anteriores a la sublevación militar. Sigue la huelga de construcción, convocada por la CNT a principios de junio; no da tregua el rosario de asesinatos y represalias; hay agrias intervenciones en el Parlamento; constantes rumores de un inminente golpe de Estado. Y para colmo, después del asesinato del teniente de la Guardia de Asalto José Castillo, la venganza se ejecuta, aquella

madrugada del 13 de julio, en la persona de José Calvo Sotelo, quien encarna, más que nadie, la ultraderecha parlamentaria. Algo tiene que explotar. Todo el mundo lo presiente.

Mientras los amigos de Castillo preparan su atroz represalia —primero van en busca de Gil Robles, sin encontrarle—, Lorca lee en casa del doctor Eusebio Oliver, como hemos visto, *La casa de Bernarda Alba*. Entre los asistentes está Miguel Hernández, quien, según su biógrafo, «tomó buena nota de personajes y de escenas para su nuevo drama *El laberinto de más aire*, del que solo tenía escritos un par de actos».[495]

La noche del 13, cuando se comenta en toda España el asesinato de Calvo Sotelo, Hernández lee en Unión Radio varios poemas, entre ellos su «Égloga» de inspiración garcilasiana. Le presenta el periodista Miguel Pérez Ferrero. En Orihuela y Elda sus amigos y familiares escuchan el recital con el aliento cortado. ¡Miguel en la radio! Y es verdad que el «poeta pastor» ya se va haciendo un nombre en la capital de la nación como nueva gran promesa de la poesía española. [496]

Unos días después se produce la sublevación. En una carta a Josefina fechada el 28 de julio de 1936 Miguel le describe el asalto al Cuartel de la Montaña, situado cerca de su casa al inicio del paseo de Rosales. «Todos los obreros de aquí llevan escopetas, fusiles, revólveres —sigue— y a cada paso que da uno tiene que acreditar su personalidad. No sé contarte todas las cosas por las que he tenido que pasar y para colmo de males, yo, que ya tenía dispuesto mi viaje esta semana pasada, me he desesperado al ver que no había trenes para ninguna parte de España...» Está preocupado por el padre de su novia. ¿Se habrá puesto a favor del Gobierno la Casa-Cuartel de Elda? Pese a lo que está ocurriendo le produce alegría saber que dentro de unos días estará con Josefina en el pueblo de Cox, al lado de Orihuela, y que pasarán las fiestas «juntos, juntos, juntos». ¡Cómo si no hubiera ocurrido nada! Además confía en que se casarán pronto: «Preciosa mía, sí, ya verás como sí que nos casamos este año si no me fusilan los rebeldes si triunfan». Para complacerla está dispuesto, aunque a regañadientes, a que los junte la Iglesia. «Yo no he dejado de creer en Dios ni he dejado de no creer —le explica—, pero por ahora no lo necesito, y solo te necesito a ti, y tú eres una queridísima tontica que crees que con ir a misa ya has cumplido tus deberes como cristiana, que no lo eres aunque tú lo creas.»[497]

Parece convencido de que la sublevación se aplastará y que todo volverá más o menos a su cauce normal, incluido su trabajo con José María de Cossío en Espasa-Calpe. «En Orihuela no sucede casi nada —le escribe a este—, ¿hasta cuándo se prolongará esta sangrienta situación?»[498]

Pero en Orihuela sí que pasan cosas, y muy graves. Ha habido un intento, por parte de los falangistas locales, de liberar a José Antonio Primo de Rivera, preso en la cárcel de Alicante

desde principios de junio. Pronto habrá otro, igualmente fracasado. A lo largo de agosto se asesinará a más de sesenta curas en la diócesis, y también habrá un copioso tributo de falangistas y otras víctimas entre las derechas. Nada de ello se olvidará en la levítica Orihuela, y dará lugar después a represalias brutales.[499]

El asesinato que más íntimamente le afecta a Miguel es el del padre de Josefina, el guardia civil Manuel Manresa, abatido en Elda el 13 de agosto. El poeta había expresado, como hemos visto, su inquietud cuando el traslado. Ahora sus peores temores se han confirmado. Como señala Ferris, aquella barbaridad lo deja con un espinoso dilema. Por un lado está con la República, con el pueblo. Por otro es novio de una mujer a cuyo padre acaban de asesinar «los rojos». Es decir, por muy «incontrolados» que fuesen, los suyos. Manuel Manresa deja atrás a una mujer enferma y cinco menores de edad, y Hernández hará todo lo posible por ayudarles.[500]

Lo que no puede hacer de ninguna manera es quedarse en Orihuela con los brazos cruzados. Tiene que actuar. Pide consejo a Cossío ante la pésima situación de la familia de Josefina. ¿Espasa le puede mandar a Orihuela la mitad de su sueldo? A principios de septiembre sigue dudando si volver o no a Madrid, y cuándo. Que Cossío, por favor, le oriente. Y, lo más terrible: «¿Es cierto, cierto lo de Federico García Lorca?». Ante la confirmación de la terrible noticia nacerá su gran elegía al poeta inmolado.[501]

El 18 de septiembre sale por fin hacia Madrid, donde se instala en una pensión de la calle de Vallehermoso, 96, a dos pasos de la plaza de Guzmán el Bueno. Desde allí le escribe a Josefina el 21. La echa terriblemente de menos. Madrid es espantoso. Por la noche nadie sale a la calle, es peligrosísimo hacerlo. Le dice que su única preocupación es casarse con ella cuanto antes y dedicarse a su obra (espera que el teatro Español ponga *El labrador de más aire*). Que no se preocupe: pronto todo mejorará y podrán hacer su vida. Nadie como Miguel Hernández para animar a los demás.[502]

Pero no es verdad que solo piensa en Josefina. Piensa en la guerra, en su deber. Ha vuelto a Madrid su hermana Elvira, con cuyo marido, Francisco, el poeta se presenta el 23 de septiembre en el cuartel del Quinto Regimiento, ubicado en la calle de Francos Rodríguez, en el barrio de Cuatro Caminos (se trata del incautado colegio de los salesianos del cual saldrá Antonio Machado hacia Valencia). Allí, después de esperar largo tiempo en la cola, se alista. En su ficha consta profesionalmente como «mecnógrafo» (como tal cobra su sueldo de Espasa-Calpe, a las órdenes de Cossío).[503] La decisión de ingresar en el Quinto Regimiento ha sido lógica, podríamos decir natural, dada su militancia comunista, y parece ser que está en lo cierto Ferris al decir que no influyó en ella su relación con Alberti y María Teresa León ni con otros escritores de izquierdas, agrupados la mayoría de ellos en la Alianza de Intelectuales Antifascistas (cuya presidencia había rechazado Juan Ramón Jiménez). Miguel lo tiene clarísimo: no quiere ser un intelectual de

retaguardia, no quiere dar recitales en el frente y volver por la noche a casa, quiere luchar al lado de su pueblo, hombro con hombro, ayudando también, si puede ser, con sus versos.[504]

Unos días después es enviado con un cuerpo de zapadores al pueblo de Cubas, a treinta kilómetros al suroeste de Madrid, para preparar fortificaciones. Desde allí, el 27 de septiembre, le escribe a Josefina una enardecida carta amorosa: es el segundo aniversario de su primera salida juntos, ya novios formales, y está seguro de que ella recuerda la fecha tanto como él. El 30 le cuenta que siguen cavando trincheras y que se oyen las explosiones de las bombas lanzadas por la aviación republicana sobre los rebeldes en Toledo. Que no se preocupe, no está en peligro, la verá en algunas semanas.[505]

El tono lloroso y quejumbroso de las cartas de Josefina le irrita a veces. ¿No comprende que no es la única persona que sufre, que en España hay ya muchas madres viudas, o que han perdido a sus hijos? Josefina hasta ha dejado caer que duda de su amor, imaginando que tiene una amiga en Madrid. Es intolerable. ¿No se da cuenta todavía de que él es «más franco y más claro que el agua clara» y que no le mentiría? Tiene que sobreponerse a esta actitud tan negativa: «Te prohíbo que sufras más, ¿sabes, morenica mía?». Las cartas de Josefina no solo le duelen, le dice, sino que le ofenden.[506]

Tras unas semanas en Valdemoro regresa a la capital. Luego, contrariando su urgente deseo de ver a Josefina, le mandan a Pozuelo de Alarcón, en cuyos alrededores, ante el implacable avance hacia Madrid de las tropas franquistas al mando del general Varela, ve los desastres de la guerra en toda su crueldad y de primera mano: cadáveres de milicianos amontonados, entre ellos numerosos camaradas mutilados por el enemigo, heridos chorreando sangre, gritos de terror, de dolor... Se guarda mucho de decirle a Josefina lo que ha presenciado y vivido durante estas horas en que los rebeldes creen que Madrid va a caer en sus manos de un momento a otro, y en que el Gobierno presidido por Largo Caballero huye a Valencia.[507]

Un año después recordará en un artículo aquel 7 de noviembre en que el pueblo de Madrid impidió que el fascismo se apoderara de la ciudad y que, con su magna gesta, supo «asombrar el mundo». «En ese día cayeron nuestros mejores cuadros —seguirá el poeta—, en ese día vimos cómo nuestros más fieles amigos, cómo nuestros hermanos sucumbían ante los criminales ataques de la facción. Pero en esa fecha histórica, que no podrá superar ninguna en grandeza, ni aun la del triunfo final, es cuando empezamos a elaborar nuestra victoria, es cuando nos dimos cuenta de lo que era la guerra.»[508]

Eran palabras que habrían podido ser redactadas por Antonio Machado.

Después es Alcalá de Henares, donde, el 23 de noviembre, se cruza inesperadamente con el comisario político de la brigada capitaneada por el ya casi mítico Valentín González, *el Campesino*. Se trata del poeta cubano Pablo de la Torriente-Brau, a quien, al parecer, ya ha conocido en la Alianza de Intelectuales Antifascistas. Miguel le cae tan bien que le saca de

Zapadores y le nombra jefe del Departamento de Cultura de la brigada. «Soy el comisario-político», Miguel anuncia orgulloso a Josefina el 26. Y unas líneas más abajo, escritas dos días después: «Resulta que me han nombrado ahora comisario de guerra. A lo mejor, cuando recibas esta, soy general o poco menos».[509]

¿En qué sentido era un «comisario de guerra»? Lo aclaró mucho después un camarada suyo, el comunista Santiago Álvarez, comisario político de la 11 División, la de Miguel. A Hernández, declaró Álvarez, habría que considerarlo como un «agitador» más que otra cosa. «Esta era su verdadera misión y por eso gozó de la movilidad que quiso o le impusieron.»[510]

Por estas mismas fechas abandona la pensión de Vallehermoso y se muda a la sede de la Alianza de Intelectuales Antifascistas. Hace una visita brevísima a Barcelona («un asunto de mi Brigada», le confía a Josefina) y, ya decidido a casarse sin demoras, se desvive por que su prometida se junte con él. Pero Josefina sigue dudando y quejándose, incapaz, por lo visto, de tomar una decisión tajante al respecto.[511]

En enero de 1937 los combates se hacen más feroces en la sierra de Madrid y los escritos propagandísticos que Hernández va publicando en distintos órganos bélicos adquieren, como señala Ferris, «un tono épico». Son prosas de urgencia como «Defensa de Madrid», «Para ganar la guerra» («Italia y Alemania, amamantadas y empujadas por la barbarie de Hitler y Mussolini, y pagando y halagando a cuatro generalazos de la basura que era el Ejército español...»), «Los seis meses de guerra civil vistos por un miliciano» (donde insiste sobre la necesidad de un mando único), «El deber del campesinado» («La tierra, vuestra, España, vuestra y no de italianos y alemanes»), «Primeros días de un combatiente», «Hombres de la Primera Brigada Móvil de Choque» (con viñetas de distintos luchadores y fotografía del poeta), «El pueblo en armas» o «El reposo del soldado». Escritos, todos ellos, dirigidos a los combatientes y con la meta de levantar la moral de los mismos.[512] También hay versos, como la elegía a su amigo y valedor Pablo de la Torriente-Brau, que muere luchando el 19 de diciembre de 1936, o «Memoria del 5.º Regimiento».[513]

En «Defensa de Madrid» el poeta arremete con saña contra quienes, en las ciudades de la retaguardia —léase sobre todo Jaén—, se desentienden de las duras realidades de la guerra, parecen desconocer que están muriendo muchos hombres y mujeres combatiendo el fascismo. Tales personas buscan cómodas situaciones que les alejen de la necesidad de arriesgarse y dan la impresión de vivir ajenos «a la terrible verdad que nos circunda». Quiere su escarmiento: «El que cree que la victoria es cosa de los demás y no suya debe recibir el duro castigo que se da a los fascistas. No es hora de histriones».[514]

En relación con este asunto, vale la pena escuchar otra vez al mencionado Santiago Álvarez,

que dijo en 1994, hablando de Miguel: «Siempre he dicho que él era un poeta combatiente. Porque él no era como Rafael Alberti o como los otros que iban al frente, estaban en un acto y volvían a Madrid. Él estuvo allí todo el tiempo, igual que cualquier otro combatiente [...] con su proceder, con su conducta y con sus escritos y con su palabra ayudaba mucho a levantar la moral de la gente, y los soldados que lo tenían al lado, pues claro, le querían mucho y lo tenían siempre como un soldado ejemplar...».[515]

En sus textos de guerra queda explícito el compromiso comunista de Hernández. Quiere que se conozca. En «Para ganar la guerra», por ejemplo, pide castigo para los que, «faltos de austeridad, pretenden establecer una nueva burguesía, viciar y deshonorar con preferencias y halagos la moral de sencillez y hombría que impone el comunismo».[516]

Siente por el Campesino una admiración sin límites. Valentín González no teme nada y no permite que nadie dé muestras de debilidad en su presencia. Hernández lo constata con satisfacción. Su palabra «quema», sus ojos «petrifican», lleva una barba «revuelta y negra» para infundir terror en moros y alemanes. «A su alrededor, contagiados de su fortaleza, su valor y su fe en la victoria del pueblo, se mueven cerca de dos millares de hombres, y van y avanzan donde él ordena y les llena de orgullo caer a su lado heridos o muertos.» Hay en Hernández, como en Machado, un afán de heroísmo, con la diferencia de que Miguel sí puede cambiar, cuando encarta, la pluma por la pistola. Y lo hace.[517]

A finales de febrero, sin poder ver antes al Campesino, de quien se despide en una carta abierta publicada en el periódico *Al Ataque* («Estoy orgulloso de haber peleado a tus órdenes con un fusil...»), el poeta pasa a Jaén, al Altavoz del Frente, a órdenes del luchador comunista comandante Carlos Contreras, alias Vittorio Vidali, tan admirado del poeta de *Campos de Castilla*. [518]

El 9 de marzo de 1937 se casa por fin, en Orihuela, con Josefina Manresa. La novia viste traje negro, él el uniforme del Quinto Regimiento. Pasan su luna de miel en Jaén, en la residencia del Altavoz del Frente, y Josefina es testigo de los preparativos para lanzar el primer número del periódico de guerra *Frente Sur*, donde Miguel colaborará asiduamente. Al lado de su mujer, feliz como nunca, produce a un ritmo fecundo, acelerado, tanto verso como prosa y teatro, siempre en función de la brutal contienda y de la necesidad de ganarla para que España sea por fin un país sosegado, justo y culto. La felicidad compartida de la pareja solo dura hasta el 21 de abril, sin embargo, fecha en la cual, avisada de la grave enfermedad de su madre, Josefina sale presurosa para Cox. Miguel está intensamente nervioso: loco por tener un hijo, quiere saber si Josefina está embarazada. Cuando le dice que sí se empieza a producir en su vida un cambio profundo. Es como si de repente se descubriera hombre de verdad. Y escribe «Canción del esposo soldado», que se publica el 10 de junio en *El Mono Azul*:

*He poblado tu vientre de amor y sementera,
he prolongado el eco de sangre a que respondo
y espero sobre el surco como el arado espera:
he llegado hasta el fondo.*

*Morena de altas torres, alta luz y ojos altos,
esposa de mi piel, gran trago de mi vida,
tus pechos locos crecen hacia mí dando saltos
de cierva concebida...[519]*

En *Frente Sur*, entre marzo y abril de 1937, publica quince artículos en los que anima a sus camaradas, reflexiona sobre los males de España y da fe de los esfuerzos titánicos por tierras jiennenses de los milicianos leales. Firma algunos con seudónimo, tal vez por si acaso caigan en manos de sus padres y les haga sufrir. Es el caso de «Compañeras de nuestros días» donde, de una manera muy personal, evoca la vida de sufrimiento de su progenitora, desde su niñez hasta su actual condición de mujer trabajadora exhausta. «Mi madre —asegura con tristeza e indignación— ha sido, es una de las víctimas del régimen esclavizador de la criatura femenina. Enferma, agotada, empequeñecida por los grandes trabajos, las grandes privaciones y las injusticias grandes, ella me hace exigir y procurar con todas mis fuerzas una justicia, una alegría, una vida nueva para la mujer.» Luego se extiende con más pormenores acerca del triste devenir de quien le ha dado la vida, su madre que, a los catorce años «ganaba un jornal humillante recogiendo aceituna, espigando rastros, trillando centeno, cogiendo la fruta de los huertos de los *señores amos*». Le parece ahora, desde las trincheras de Jaén, emblema cabal de la sufrida campesina española. La indignación del poeta se troca en rabia y furor en los siguientes párrafos.[520]

Sigue arremetiendo contra Hitler y Mussolini. ¿Y Franco? Es «el mono representante de ambos en España». Un resentido, un rencoroso, que, impotente, «se lanza asesinando contra el pueblo español, este pueblo antimilitar, antiguerrero, que nunca se ha preparado para la guerra, pero que la ha hecho y la ha ganado siempre». También hay palabras durísimas para Queipo de Llano y sus bestiales charlas radiofónicas desde Sevilla donde, como saben Hernández y sus compañeros, se está asesinando a mansalva.[521]

El 5 de mayo cubre con amplitud, en *Frente Sur*, la reciente y dura conquista del Santuario de la Virgen de la Cabeza, en Andújar, donde unos quinientos guardias civiles, a las órdenes del capitán Cortés, se habían hecho fuertes meses atrás, utilizando, como escudos, a numerosas mujeres «rojas» con sus niños, y amparados por la aviación fascista, que bombardea noche tras noche las posiciones republicanas. La descripción de la toma de Cerro Chico no tiene pérdida («A mi lado desfilaban las camillas con heridos y muertos que parecían jaras pálidas en los jarales. Y la jara me parecía desde entonces el rostro de un cadáver oloroso»). Y la de la rendición del Santuario se

lee como una novela. En el ataque Cortés recibe una herida mortal. «Queipo ha perdido uno de los numerosos admiradores fascistas de su lenguaje cabaretero y uno de los más fieles cumplidores de sus dictados de sangre», apunta el poeta. Cortés, termina, «ha sido culpable de que una preciosa cantidad de nuestra juventud haya caído inútilmente. Por él gimen en el hospital de Andújar muchos hombres de los que mandaba, y en varias poblaciones, muchas mujeres viudas y enfermas».[522]

Después del Santuario es la campaña de Castuera, en Extremadura, a la cual también asiste el poeta, ya curtido en las ásperas realidades de la guerra.[523]

A principios de julio está en Valencia para el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. Allí le estrecha la mano con emoción a Antonio Machado, no sabemos si por vez primera, y conoce a Octavio Paz y al cubano Nicolás Guillén, que unos meses después evocará el encuentro en la revista *Mediodía*, de La Habana: «La voz cortante y recia; la piel tostada por el férreo sol levantino. Todo ello sepultado en unos pantalones de pana ya muy trabajada y unas espardeñas de flamante sogá [...] Este cantor de las trincheras, este hombre salido de la más profunda entraña popular, produce, en efecto, una impresión enérgica y simple». Preguntado si tiene hijos, Miguel contesta, exultante: «la mitad de uno».[524]

Estar otra vez con Pablo Neruda es una alegría inmensa y Miguel le acompaña cuando el Congreso se desplaza a Madrid. Juntos vuelven a la Casa de las Flores, donde el chileno había dejado atrás muchas pertenencias cuando tuvo que salir pitando para París. «Subimos al quinto piso —escribirá Neruda— y abrimos con cierta emoción la puerta del departamento. La metralla había derribado ventanas y trozos de pared. Los libros se habían derrumbado de las estanterías. Era imposible orientarse entre los escombros [...] Aquel desorden era una puerta final que se cerraba en mi vida.»[525]

Los dos poetas nunca se volverán a ver.

En Madrid Miguel visita, cómo no, a su admirado Vicente Aleixandre, que está padeciendo una recaída de su pertinaz enfermedad renal. Aleixandre nunca olvidará la bondad en estos momentos del amigo, su carcajada feliz, su desbordante energía.[526]

Pasa el mes de septiembre en Moscú, él que nunca ha salido al exterior, invitado a formar parte de la delegación española al V Festival de Teatro Soviético. Mes vertiginoso: representaciones casi cada noche, visitas a otras ciudades —entre ellas Leningrado y Kiev— y a una escuela para niños españoles evacuados, infinitas entrevistas, paseos por las calles, reuniones con intelectuales, conversaciones políticas de alto voltaje. Y mucha propaganda. Un agobio, en fin. «No sabes qué vida más aperreada llevo en esos ocho días de trabajo constante con periodistas y otra cantidad de gente de aquí —le escribe a Josefina el día 8—. Aún no me he despertado y ya

está sonando el teléfono de mi habitación [...] para que me levante y vaya a cualquier parte donde me espera fulanito de tal para hacerme una interviú, o menganito para tocarme los cojones. Luego tengo que escribir para periódicos, revistas...»[527]

En el viaje de regreso recalca en París, donde vuelve a ver a Octavio Paz, León Felipe y Alejo Carpentier. El gran novelista cubano le lleva a un estudio y le registra la voz. Miguel ha escogido «Canción del esposo soldado». Es la única grabación suya que tenemos, pero algo es... mucho (de Lorca no tenemos nada). Parece ser que, durante su breve paso por la capital francesa, sus amigos notan que algo ha pasado desde los animados días del Congreso de Valencia. Y es que lo visto y oído en Moscú le ha hecho reflexionar críticamente, acaso por vez primera, sobre la realidad del comunismo, al margen de idealismos y buenas intenciones. «No creemos que la ingenuidad del poeta fuera tan elocuente como muestran sus escritos —escribe Ferris—, ni que en todo el mes de permanencia en la Unión Soviética no advirtiera la sombra oscura de Stalin.» Así sería. Y añade el biógrafo: «Lo suyo, como bien decía María Zambrano, era una simple cuestión de fe, una debilidad de creyente que se empeña en ver amor donde hay mandíbulas y garras, egoísmo feroz, hombres que acechan a hombres». El comunismo, en otras palabras, tenía, ya lo intuía el poeta, su lado oscuro, inconfesable.[528]

Vuelve a España hacia el 10 de octubre. Ya está en la calle, y en las trincheras, *Viento del pueblo. Poesía en la guerra*, hermosamente editado en Valencia por las Ediciones Socorro Rojo. Comprende veinticinco poemas, casi todos publicados anteriormente en periódicos y revistas, una efusiva dedicatoria para Vicente Aleixandre, un prólogo de Tomás Navarro Tomás titulado «Miguel Hernández, poeta campesino en las trincheras», y diecisiete fotografías (milicianos, campesinos, niños...) debidas a la compañera del Comandante Carlos, Tina Modotti, conocida popularmente como «la camarada María». El prólogo de Navarro Tomás suministra los datos biográficos esenciales del poeta, sin duda desconocidos para la mayoría de los lectores del libro. Explica que tiene 26 años, que al estallar la guerra no dudó en inscribirse en el 5.º Regimiento, que trabajó en la construcción de fortificaciones antes de luchar como miliciano en la brigada de Valentín González, *el Campesino*. Es el pueblo hecho poeta.

El libro queda como testimonio irrefutable del compromiso comunista de Miguel Hernández, que en estos versos incendiarios ataca frontalmente a Hitler y Mussolini («Contra España cayeron y España no ha caído»),[529] desprecia a los que «empuñan crucifijos y acaparan tesoros»[530] y arremete contra los portugueses de Salazar, los militares españoles rebeldes en general y máxime, en «Visión de Sevilla», contra Queipo de Llano:

*Una bota terrible de alemanes poblada
hunde su marca en el jazmín ligero,
pesa sobre el naranjo aleteante;*

*y pesa y hunde su talón grosero
un general de vino desgarrado,
de lengua pegajosa y vacilante
de bigotes de alambre groseramente astado...[531]*

Hay, sobre todo, compenetración con el pueblo en su lucha, en su inmenso dolor. Se trata de versos de ocasión, de urgencia, creados con el deseo de animar a los milicianos, incluso a atraer, leídos por los altavoces, a los vacilantes del otro bando. No siempre son gran poesía, pero de su sinceridad no podía dudar nadie. Y, en ocasiones, adquieren una fuerte intensidad lírica. Como dice Navarro Tomás, el poeta «siente con amplitud y profundidad la tragedia de España, el sacrificio del pueblo y la misión de la juventud. Sirve a su pueblo como poeta y como soldado». Así es:

*Cantando me defiando
y defiando mi pueblo cuando en mi pueblo imprimen
su herradura de pólvora y estruendo
los bárbaros del crimen...[532]*

El libro abre con «Elegía primera (A Federico García Lorca, poeta)», al parecer todavía inédita (la segunda se dedica a su llorado Pablo de la Torriente-Brau). En su estrofa inicial hay una llamativa personificación de la muerte. De la muerte que, debido a la maldita traición de los rebeldes, se está adueñando del campo y de los corazones españoles:

*Atraviesa la muerte con herrumbrosas lanzas,
y en traje de cañón, las parameras
donde cultiva el hombre raíces y esperanzas,
y llueve sal, y esparce calaveras.*

De las innumerables víctimas del holocausto, Federico es la más inolvidable:

*Entre todos los muertos de elegía,
sin olvidar el eco de ninguno,
por haber resonado más en el alma mía,
la mano de mi llanto escoge uno.*

*Federico García
hasta ayer se llamó: polvo se llama.
Ayer tuvo un espacio bajo el día
que hoy el hoyo le da bajo la grama...*

De todos los amigos, era Federico quien más alegría esparcía a su alrededor. Y, tal vez recordando el terrible «Grito hacia Roma» del poeta sacrificado —parece que hay un eco— surge la imprecación:

*Tú, el más firme edificio, destruido,
tú, el gavián más alto, desplomado,
tú, el más grande rugido,
callado, y más callado, y más callado.*

*Caiga tu alegre sangre de granado,
como un derrumbamiento de martillos feroces,
sobre quien te detuvo mortalmente.
Salivazos y hoces
caigan sobre la mancha de su frente...*

Y termina el hermoso y generoso homenaje a quien, en algún momento, no había sabido o querido apoyar debidamente al poeta de Orihuela:

*Rodea mi garganta tu agonía
como un hierro de horca
y pruebo una bebida funeraria.
Tú sabes, Federico García Lorca,
que soy de los que gozan una muerte diaria.*[533]

María Zambrano se percató de que Miguel ha cambiado a raíz de su viaje a la Unión Soviética. «Aparecía vuelto hacia dentro, enmudecido. Cualquiera pregunta hubiese sido improcedente, ya que la respuesta era él, él mismo a solas con aquello que dentro de su ser sucedía.» No ha mejorado su salud, delicada pese a su aspecto sano y fuerte (siempre ha padecido dolores de cabeza), pero ello no le impide incorporarse otra vez al Quinto Regimiento. El destino esta vez es Teruel, donde llega en pleno invierno. Allí recibe la noticia del nacimiento de su hijo, a quien se pondrán los nombres de Manuel Ramón, y se traslada inmediatamente a Cox para cogerlo gozoso en sus brazos.[534]

El hispanista italiano Dario Puccini ha apuntado que los poemas escritos por Hernández a partir de estos momentos denotan un diferente rumbo temático. Antes, al principio de la guerra, predominaba la nota optimista, la seguridad de que la República iba a prevalecer al defenderse contra el fascismo. Ahora, después de la visita a Rusia, el poeta no parece tan seguro. Ha empezado a perder su fe, demasiado ingenua, en el comunismo. Ha visto mucha sangre derramada, mucho dolor. Ha visto el odio, la crueldad de los hombres. Hay también «la íntima aversión a la

sin embargo necesaria y áspera violencia». Todo ello ha sacado a flote, según Puccini, «los tenaces sentimientos de tristeza que siempre tuvo en el fondo de su alma».[535]

El niño Manuel Ramón se va convirtiendo, para el poeta, en su razón de ser más profunda, sobre todo cuando se da cuenta de que la criatura no es fuerte. «Su actividad como soldado, como militante político, ya no ocupa un primer plano en su vida, que reserva ahora a su vertiente familiar y amorosa», escribe Ferris. Lo demuestra el hecho de que durante 1938 su producción de material propagandístico, tanto en verso como en prosa, decae notablemente. En sus cartas a Josefina la obsesión con Manuel Ramón se filtra en casi cada frase. Entretanto los dolores de cabeza le atacan con más frecuencia y hasta tiene que consultar al médico y descansar unas semanas en una residencia de reposo para combatientes en Benicasim. Allí, una tarde, garabatea en la arena, al lado de las olas, tres nombres: «Concha, Josefina y Manolillo». Concha es su madre.[536]

Por estos días, reflexionando sobre los dos años que ya lleva España en guerra, redacta el soneto «18 de julio 1936-18 de julio 1938». Es, otra vez, el tema de la sangre, sangre que ahora lo anega todo:

*Es sangre, no granizo, lo que azota mis sienas.
Son dos años de sangre: son dos inundaciones.
Sangre de acción solar, devoradora vienes,
hasta dejar sin nadie y ahogados los balcones.*

*Sangre que es el mejor de los mejores bienes.
Sangre que atesoraba para el amor sus dones.
Vedla enturbiando mares, sobrecogiendo trenes,
desalentando toros donde alentó leones.*

*El tiempo es sangre. El tiempo circula por mis venas.
Y ante el reloj y el alba me siento más que herido,
y oigo un chocar de sangres de todos los tamaños.*

*Sangre donde se puede bañar la muerte apenas:
fulgor emocionante que no ha palidecido,
porque lo recogieron mis ojos de mil años.[537]*

Entretanto la salud de Manuel Ramón empeora. Tiene infecciones intestinales que no remiten, diarreas constantes. Muere el 19 de octubre de 1938, a los diez meses. Miguel había ido a Orihuela en desesperada busca de medicamentos. Al llegar a casa se encuentra con el niño ya

amortajado en su cunita. El golpe es terrible. No dejará nunca de recordar la angustia de aquel terrible momento, el dolor de la separación definitiva, aquellos ojos todavía abiertos:

*Te has negado a cerrar los ojos, muerto mío,
abiertos ante el cielo como dos golondrinas:
su color coronado de junios, ya es rocío
alejándose a ciertas regiones matutinas...[538]*

La muerte de Manuel Ramón será tema frecuente en los poemas que siguen: «Ropas con su olor», «El cementerio está cerca», «Era un hoyo no muy hondo», «Muerto mío, muerto mío», «A mi hijo»... Pero hay un consuelo, el hecho de que Josefina ya lleva otro crío en las entrañas. Nace el 4 de enero de 1939, y nace fuerte. Le ponen los nombres de Manuel Miguel.[539]

Se está imprimiendo en Valencia su nuevo poemario, *El hombre acecha*. La edición será destruida cuando las tropas franquistas tomen Valencia unas semanas después, pero por suerte se salvarán dos ejemplares.[540]

Integran el libro diecisiete composiciones enmarcadas entre dos poemillas de corte popular, «Canción primera» y «Canción última». Acorde con su llamativo título, la temática de la colección —efusivamente dedicada a Pablo Neruda— gira en torno a la rabia que al poeta le produce la ola de sangre que inunda España, «esta península ultrajada», debido a la traición de los militares responsables de iniciar la guerra y de conseguir que, como dice «Canción primera», «*Hoy el amor es muerte / y el hombre acecha al hombre*». A veces el tono es casi soez, y hasta le sale a Hernández, al evocar a los adalides del fascismo internacional, un ramalazo machista, ¡y ello en alejandrinos!:

*Dormitorios de niños españoles: zarpazos
de inocencia que arrojan de Madrid, de Valencia,
a Mussolini, a Hitler, los dos mariconazos,
la vida que destruyen manchados de inocencia...[541]*

El desprecio es casi incontenible, la invectiva hiriente. Está claro que la mayoría de los versos, como los de *Viento del pueblo*, están destinados sobre todo a los que luchan en los frentes. Hipócritas, criminales, meapilas, banqueros avarientos, explotadores del prójimo... el poema «Los hombres viejos» lo dice todo, en 144 versos, también alejandrinos:

*Los veréis sumergidos entre trastos y coños
internacionalmente pagados, conocidos;
pasear por Ginebra los cojones bisoños
con cara de inventores mortalmente aburridos...*

Estos hombres viejos —viejos desde el nacimiento— se acompañan, está claro, de hembras de parecida catadura:

*Putonas de importancia, miden bien la sonrisa
con la categoría que quien las trata encierra;
políticas jetudas, desgastan camisas
jodiendo mientras hablan del drama de la guerra.[542]*

Otros poemas, como «La fábrica-ciudad», son pura propaganda prosoviética y llevan en la frente la marca de la insinceridad. Muy superior resultan el romance «Carta»,

*El palomar de las cartas
abre su imposible vuelo
desde las trémulas mesas
donde se apoya el recuerdo,
la gravedad de la ausencia,
el corazón, el silencio...[543]*

la tremenda denuncia «Las cárceles» o «Canción última», último poema del libro, que deja abierta una pequeña puerta a un porvenir mejor:

*Pintada, no vacía:
pintada está mi casa
del color de las grandes
pasiones y desgracias.*

*Regresará del llanto
donde fue llevada
con su desierta mesa,
con su ruinosa cama.*

*Florecerán los besos
sobre las almohadas.
y en torno de los cuerpos
elevantá la sábana
su intensa enredadera
nocturna, perfumada.*

*El odio se amortigua
detrás de la ventana.
Será la garra suave.*

Dejadme la esperanza.[544]

Pero la esperanza se va agotando. El 24 de febrero de 1939, dos días después de la muerte de Antonio Machado en Collioure, Miguel está en Madrid, donde vuelve a visitar a Vicente Aleixandre. Después de la caída de Barcelona, nadie sabe lo que puede ocurrir. ¿Será posible establecer una paz de última hora con los rebeldes? Cuando se presenta en la Alianza de Intelectuales se encuentra con que se está preparando una fiesta dedicada «a la mujer antifascista». Él, que lleva más de dos años en las trincheras, que ha visto correr la sangre y sabe cómo combaten las mujeres antifascistas de verdad, se indigna al ver los manteles y los alimentos. Y, a lo que parece, le espeta a Rafael Alberti: «Aquí hay mucha puta y mucho hijo de puta». El poeta de *Marinero en tierra* le invita a repetir delante de todo el mundo la frase proferida. Hernández, sin inmutarse, la escribe en una pizarra. María Teresa León, al verla, y sentirse directamente aludida, le da una bofetada que, según se ha dicho, le hace caer al suelo.[545]

La situación en Madrid es caótica, casi tan caótica como al principio de la contienda, como si no hubieran pasado tres años. Muchos de los que han luchado contra el fascismo ya solo piensan en salvar el pellejo, o bien huyendo como puedan o buscando refugio en alguna embajada. Negrín, todavía presidente del Consejo, ha calculado que, si sigue un poco más la resistencia, empezará la guerra europea y las llamadas democracias ayudarán por fin, aunque solo sea por su propio interés, a la República. Otros no están de acuerdo. Durante la noche del 5 al 6 de marzo se subleva el coronel Casado, jefe del Ejército del Centro y férreo anticomunista, y las fuerzas a sus órdenes toman Madrid. Negrín ha tratado de negociar con él hasta el último momento, pero inútilmente, y ya prepara él también su fuga.[546]

Vicente Aleixandre y José María de Cossío aconsejan a Miguel que huya de España, ya que, de caer en manos de los rebeldes, su fusilamiento será inevitable como luchador republicano muy significado. Además el golpe de Casado hace su posición, como comunista que es, aún más espinosa. Alguien sugiere la posibilidad de pedir asilo en la embajada de Chile, cuyo encargado de Negocios, Carlos Morla Lynch, ha sido íntimo amigo de Lorca y lo sigue siendo de otros poetas y escritores. Hernández le visita, al parecer con la vaga idea de poder empezar una nueva vida en Chile con Josefina y su hijo. Pero la entrevista no es un éxito. Morla no le puede dar garantías, la situación es muy incierta. Además —Hernández no lo puede saber—, Morla ya ha recibido, según Ferris, una lista de recomendados de Rafael Alberti en la cual, entre otros compañeros de la Alianza de Intelectuales, no figura el nombre del oriolano.[547]

Hay un último encuentro con Alberti y María Teresa León, por lo visto el 6 de marzo, consumado ya el golpe de Casado. La pareja va a salir dentro de poco para Murcia, en coche, con Ignacio Hidalgo de Cisneros, jefe de las Fuerzas Aéreas de la República. Destino: el aeródromo militar de Monóvar, situado a unos pocos kilómetros de Elda, donde esperan aviones todavía

leales al Gobierno de Negrín. ¿Pero por cuánto tiempo? Hay que darse prisa. Elda está a dos pasos del pueblo de Cox, donde se hallan Josefina y el niño. ¿Invitan Alberti y María Teresa León a Miguel para que vaya con ellos? Sería razonable deducirlo, pero no sabemos qué se dijo exactamente, si es que se dijo, y la versión de los hechos dada por María Teresa León no tiene visos de fiabilidad.[548] Ferris, por su parte, no duda en afirmar lo siguiente: «Por último —y he aquí lo relevante del asunto—, Miguel, que había entrado en el Partido Comunista de la mano de María Teresa y Rafael, que había estado unido a los altos mandos del ejército republicano, que había sido un poeta-soldado al lado de la *Troika [sic]* del Komintern en España —Togliatti, Feodorov, Stepanov, Vittorio Vidali—, no fue tenido en cuenta por ninguno de sus camaradas; no era ni siquiera invitado a salir con ellos hacia Elda, un pueblo alicantino situado a pocos kilómetros de Orihuela y de Cox, y era abandonado a su suerte para que se refugiara en una Embajada que no ofrecía demasiada seguridad...».[549]

Alberti y María Teresa León se escapan justo a tiempo. El mismo día 6 de marzo de 1939 despega desde la base de Monóvar un Douglas con Dolores Ibárruri, el alto dirigente comunista Stepanov, Jesús Monzón (militante comunista y alcalde de Alicante) y el diputado francés Jean Catalá. Luego sale otro Douglas, pilotado esta vez por Hidalgo de Cisneros. Lleva a bordo a Juan Negrín y varios ministros de su Gobierno. «Hacia las cuatro de la madrugada del día 7 —sigue narrando Ferris—, Alberti y María Teresa despegaban a bordo de un Dragón en compañía de Núñez Mazas, ministro del Aire, y de Antonio Cordón, titular de Guerra.» El destino del avión: Orán.[550]

Miguel ahora es como uno de esos perros que se abandonan cada verano en las carreteras españolas con la consigna poco caritativa de que «se busquen la vida». ¿Dónde va a buscarse la vida, si todo se ha venido abajo y solo parece contar el sálvese quien pueda? Según las memorias de María Teresa León, a diferencia de otros testimonios, les había dicho, en aquel último encuentro, que iba a volver al frente. ¿Al frente? Pero es impensable que Hernández pensara tal cosa pues, ¿a qué frente se podía ya «volver»? No había ya ninguno. La guerra estaba perdida. Además, para complicar aún más las cosas, él, como comunista, era doblemente proscrito después del golpe de Casado. Su única preocupación ahora es volver al lado de Josefina y su hijo. A su hogar. Y lo hará por sus propios medios, como tantas veces lo ha hecho, sin pedirle nada a nadie. Hernández es alicantino, pero tozudo como un aragonés y valiente como el Cid.

El 9 de marzo de 1936 Miguel sale de Madrid. Con la caída de Negrín todo es confusión y debe sortear algún problema con los milicianos de turno antes de poder proseguir su camino, ¡él que ha luchado en las trincheras y con su pluma por la República! Por suerte le saca las castañas del fuego el salvoconducto del Comisariado de Guerra que lleva en el bolsillo. Cinco días después

logra llegar a Valencia justo antes de que los nacionales tomen la ciudad. Recoge el original de su libro *El hombre acecha*, impreso pero todavía no encuadernado, y el 14 ya está en Cox. Consciente de su situación extremadamente peligrosa hace gestiones infructuosas para conseguir un pasaporte.

El 1 de abril Franco firma su último parte: la guerra ha terminado. A mediados del mes Hernández sale de Alicante para Madrid —parece una locura— donde ve a un amigo falangista, Eduardo Lloset Marañón, director unos años atrás de la revista sevillana *Mediodía*. Está empeñado en llegar a Sevilla, donde cree, equivocadamente, que se encuentra Jorge Guillén. Lloset le da una carta de presentación para Joaquín Romero Murube, poeta y amigo de Lorca. Y hacia la capital sevillana, ¡territorio de Queipo de Llano!, se encamina el autor de los rabiosos poemas antifascistas de *Viento del pueblo*. Allí se entrevista el 24 de abril con Romero Murube, que le aconseja, así como otros falangistas, que se oculte cuanto antes. Sevilla es para él una trampa mortal, ¿no se da cuenta? Además ¡el mismísimo general Franco acaba de llegar a la ciudad! En cualquier momento alguien puede reconocerlo y poner una denuncia que le lleve enseguida al paredón. Hernández comprende que no hay nada que hacer allí y sale para Cádiz, donde espera recibir ayuda de un antiguo conocido, Pedro Pérez Clotet, director de la revista *Isla*. Pero Pérez Clotet está fuera. El poeta decide entonces que no le queda más remedio que tratar de entrar en Portugal. La verdad es que está dejado de la mano de Dios. El 29 de abril le envía a Josefina una postal con la imagen de Franco. El mensaje va parcialmente en clave. Le dice que seguramente no volverá a Sevilla «por ahora». Que le llamará cuando tenga un puesto. Que ha escrito a Lisboa, «y allí recibirá noticias tuyas nuestro amigo Cuquí». Cuquí es el apodo de su hijo. ¿Pensaba Miguel en la posibilidad de que pudiese escapar con ellos a América desde Lisboa? Tal vez.^[551]

El 29 de abril cruza al país vecino por un paso clandestino cerca de Rosal de la Frontera. Está extremadamente cansado después de andar una semana por el campo, durmiendo a la intemperie y siempre atento a no caer en manos de los franquistas. Como está sin dinero portugués y se muere de hambre, vende a un desconocido su único traje y el reloj de oro que le había dado Vicente Aleixandre como regalo de boda. Pero la rueda de la fortuna no gira a su favor. Ha llegado el momento de la verdad. El comprador le denuncia a la policía como probable ladrón. Es detenido y entregado el 4 de mayo a las autoridades españolas de Rosal de la Frontera. Allí le reconoce un guardia civil paisano suyo y lo señala como peligroso «rojo». Lo encarcelan. Se hacen pesquisas. Vicente Aleixandre testifica en Madrid que, efectivamente, el reloj de oro fue regalo suyo de boda. Pero es demasiado tarde. En Rosal, donde pasa una semana, ya saben que se trata del poeta comunista Miguel Hernández. Durante un interrogatorio de diez horas, con las brutalidades de rigor, que incluso le hacen orinar sangre, el poeta cae en numerosas contradicciones. Jura que es apolítico, que no pertenece a ningún partido. Reconoce, sin embargo, que es autor de un libro de poemas titulado *Viento del pueblo*, que bastaría sin más, si lo conociesen sus verdugos, para su

fusilamiento. Decía literalmente el informe: «Estrechado a preguntas sobre sus amistades literarias manifiesta que Federico García Lorca era un hombre de mucha más espiritualidad que Azaña, que no desconoce que era pederasta, y que a pesar de esto era uno de los hombres de gran espiritualidad en España y que, después del teatro clásico, él ha sido una de sus mejores figuras, advirtiéndole a los Agentes que suscriben tengan cuidado no sea que se repita el caso de García Lorca, que fue ejecutado rápidamente y, según tiene entendido, el mismo Franco (nuestro inmortal Caudillo) sentó mano dura sobre sus ejecutores [...] Por tanto, es de suponer que este individuo haya sido en la zona roja por lo menos uno de los muchos intelectuales que exaltadamente ha llevado a las masas a cometer toda clase de desafueros, si es que él mismo no se ha entregado a ellos».[552]

El 7 de mayo es conducido a la Prisión Provincial de Huelva, luego, el día 11, a Sevilla, desde donde manda otra postal a Josefina. Le dice que va detenido hacia Madrid, «por no llevar la documentación necesaria para pasar a Portugal». «Que manden de Orihuela y Cox los informes mejores sobre mi conducta», advierte. El 15 ingresa en la madrileña cárcel de Torrijos.[553]

Desde allí escribe desesperadamente a los amigos que cree podrán interceder a su favor en trance tan peligroso: a José María de Cossío, a Pablo Neruda y al falangista valenciano Juan Bellod, que en su testimonio insistirá sobre «el fervor patriótico y religioso» del preso, revelado sobre todo en su auto sacramental *Quién te ha visto y quién te ve*. Hernández, asegura Bellod, se pudo extraviar pero, en el fondo, no es ajeno al Glorioso Movimiento. Fue un detalle generoso, pues la revancha está a la orden del día y las ejecuciones se multiplican. Dada la censura, Miguel sabe que debe escribir sus cartas con sumo cuidado e insistir mucho en su inocencia, su catolicismo. «Tengo mejores impresiones que nunca —le dice a Josefina— y creo que no tardaré en ir o en llamarte. Ese amigo chileno que te decía, se preocupa grandemente de todo, hasta un cardenal francés hace gestiones. La Virgen Santísima, el Señor y el cardenal y este amigo de verdad, conseguirán lo que deseamos todos...»

El abogado encargado de la defensa del poeta, Diego Romero Pérez, es persona decente, pero su tarea es extraordinariamente difícil en circunstancias en que se fusila por el solo hecho de haber combatido en el bando contrario. El poeta pide un aval de su antiguo protector, el clérigo Luis Almarcha Hernández, cabal representante de la mentalidad ultraconservadora de Orihuela, autor de *Mi cautiverio en el dominio rojo* y futuro obispo de León, pero el testimonio no resulta todo lo positivo que se hubiera deseado. No es sorprendente: Almarcha, en Barcelona cuando empezó la guerra, odia a los «rojos». Dice que el poeta, de buena familia y educación, puso su talento al servicio de la España de los sin Dios, y que ahora necesita «regenerarse».[554]

Las condiciones en la prisión son brutales, terroríficas, tanto que a veces el pelo de los presos se pone blanco de la noche a la mañana. En sus cartas a Josefina, Hernández ni quiere ni puede, dada la censura a que se somete la correspondencia, dar idea alguna de ellas. Se castiga

despiadadamente por el menor desliz, apenas hay sitio para dormir, les fuerzan a cantar «Cara al sol» tres veces al día, cada noche se producen «sacas». Es el reino de la muerte y hace pensar en la inscripción escrita encima de la puerta del Infierno en Dante: «Abandonad toda esperanza los que entréis aquí». Ayuda a Miguel, sin embargo, el hecho de ser poeta y de poder expresar en versos sus sentimientos y los de las criaturas que le rodean y que, como él, luchan cada minuto por mantener la moral en una situación límite.[555]

Coincide en la cárcel con Miguel el humorista Miguel Gila, que recordaría después el hondo cambio operado en el aspecto del poeta desde su último encuentro. «El Miguel Hernández que yo había conocido en el frente de Somosierra era un hombre rústico, macizo, con ojos brillantes y mandíbula fuerte, y este Miguel que ahora paseaba por el patio de la prisión de Torrijos tenía movimientos lentos y sus ojos apenas se entreabrían. El trato recibido por la policía portuguesa al ser detenido y, posteriormente, las palizas recibidas cuando fue entregado a las autoridades franquistas le habían marcado muy hondamente.»[556]

Se ha iniciado el proceso contra el poeta. Está en manos del juez del Tribunal Especial de Prensa. Lo más grave es que el informe del alcalde de Orihuela, Baldomero Jiménez, es absolutamente desfavorable. Entre otras cosas dice: «Su actuación en esta ciudad desde la proclamación de la República ha sido francamente izquierdista, más aún, marxista, incapaz por temperamento de actuación directa en ningún aspecto, pero sí de activísima propaganda comunistoide. Se sabe que durante la revolución ha publicado numerosos trabajos en toda clase de periódicos y publicaciones, y que estuvo agregado al Estado Mayor de la Brigada del Campesino. Hace bastantes años que se le conocía por El Pastor Poeta, y últimamente por El Poeta de la Revolución».[557]

La causa pasa luego al Cuerpo Jurídico Militar. Miguel ha hecho una declaración ingenua en la cual no oculta su actuación ni antes ni durante la guerra, y las autoridades se encuentran en un dilema, aun reconociendo que se trata de un gran poeta y del autor de un Auto sacramental de innegable ortodoxia católica. El 6 de septiembre Hernández declara de nuevo. Hay pruebas irrefutables contra él. Y sin embargo le liberan el 15 de septiembre, al lado de otros numerosos presos favorecidos, inesperadamente, por la medida de soltar a todos aquellos que todavía no hayan sido juzgados.[558]

Lo que no sabe el poeta, al salir con profundo alivio de la cárcel de Torrijos y encaminarse hacia la casa de su abogado defensor Diego Romero Pérez, es que hay contra él otro proceso independiente, mucho más grave, que le imputa adhesión a la rebelión militar y pide la pena de muerte.[559]

Romero Pérez, que sí lo sabe, le recomienda que salga cuanto antes de España, y se ofrece a

acompañarle hasta Algeciras, donde se le facilitará la entrada en Gibraltar.[560]

Al día siguiente José María de Cossío le aconseja lo mismo: que se exilie inmediatamente. También le ofrece cobijo en su casa de Tudanca, en Cantabria. Hernández opta por volver a visitar la Embajada de Chile, donde la entrevista, mantenida ahora con el nuevo encargado de negocios, Germán Vergara Donoso, vuelve a ser insatisfactoria. Terco como siempre, emprende la marcha hacia Cox y su familia. Ya está con ellos el 18 de septiembre, ingenuamente convencido de poder seguir a su lado sin que pase nada. Los amigos le advierten del tremendo peligro en que se encuentra. Que se vaya cuanto antes y en absoluto se le ocurra dejarse ver en Orihuela. No les hace caso. «Asombra —comenta Ferris— que Miguel confiara tanto en sus paisanos.» Y es verdad, pues conocía de sobra la mentalidad de muchos de ellos. Piensa ahora tal vez que lo mejor sería trabajar en la propiedad de Cossío en Tudanca, allá en Cantabria, y, como si fuera la cosa más fácil del mundo, le escribe en este sentido.[561]

Entre quienes le advierten del peligro en que se encuentra está la escritora Carmen Conde. ¿No sabe que a los «vencidos» que regresan a sus hogares les espera cárcel y muerte? Pero sigue sin hacer caso. Y es detenido, debido a una denuncia puesta por un viejo enemigo, José María Martínez, *el Patagorda*, oficial del Juzgado Municipal oriolano, que está al tanto de que ha sido comisario político del Campesino. Cabe pensar, además, que en Orihuela han circulado ejemplares de *Viento del pueblo* y que el libro suscitó, entre más de uno, un odio mortal hacia su autor.

Lo encierran en el sótano del antiguo seminario, conocido ahora como prisión de San Miguel. Y durante los dos meses que pasa allí no le socorre ninguno de sus viejos compañeros y antiguos profesores de derechas, empezando por Luis Almarcha. «El canónigo estaba a escasos metros de aquella fortaleza religiosa convertida en prisión. ¿Qué hubo de tanta caridad cristiana?», se pregunta pertinentemente Ferris.[562] Miguel le dice a Josefina, en una de las cartas que le manda clandestinamente, que allí se siente mucho peor, y hasta más hambriento, que en Madrid. «A nuestros paisanos les interesa mucho hacerme notar el mal corazón que tienen, y lo estoy experimentando desde que caí en manos de ellos. No me perdonarán nunca los señoritos que haya puesto mi poca, o mi mucha inteligencia, mi poco o mi mucho corazón, desde luego las dos cosas más grandes que todos ellos juntos, al servicio del pueblo de una manera franca y noble. Ellos preferirían que fuera un sinvergüenza.»[563]

Acaso lo que más le hiere es la implacable dureza de su padre, con quien nunca se ha llevado bien y que no le irá a ver ni una sola vez durante sus sesenta días de cautiverio. En su calabozo recibe pocas noticias desde fuera y una sola visita de Josefina. Le sigue haciendo llegar sus cartas y algunos poemas que, le dice, debe guardar cuidadosamente, pues un día, cuando se publiquen, le podrán garantizar el pan. Cuando no llegan palabras de Josefina casi se desespera. Pero nunca se rinde. Miguel Hernández es quizá un ingenuo. Pero no se puede cuestionar su valentía.

Viene la orden de traslado a Madrid. El 1 de diciembre de 1939 es conducido a la estación de ferrocarril de Orihuela. Acuden para despedirle Josefina, que ha traído consigo al niño, y sus hermanos Vicente y Encarnación. Su padre no comparece. Un guardia civil con un poco de humanidad, Pepe Fuentes, le quita las esposas para que pueda abrazar a su hijo. Unos minutos después sale de su Orihuela natal por la que va a ser la última vez.[564]

En la prisión de la plaza del Conde de Toreno tiene el consuelo de coincidir con Antonio Buero Vallejo, atrapado en el muelle de Alicante con tantas ratas humanas más, y con dos viejos amigos, Fernando Fernández Revuelta —«ferroviario, capitán del ejército republicano y corresponsal de guerra de *El Socialista*»— y Fidel Manzanares. El poeta confía, sobre todo, en José María de Cossío.[565]

Entretanto el procedimiento sumarísimo en marcha contra él avanza inexorablemente. En realidad, ganada la guerra por quienes la empezaron, el país entero está sujeto a un atroz proceso vengativo. Y hay motivos de sobra para que los vencedores no se muestren misericordiosos con el autor de *Viento del pueblo*. El 18 de enero de 1940 el Consejo de Guerra Permanente número 5 requiere su comparecencia. Hernández y otros diecisiete compañeros de infortunio, entre ellos el periodista Eduardo Guzmán, son condenados a muerte. En el caso del poeta, «como autor de un delito de adhesión a la rebelión militar». ¡Cuando los *rebeldes* han sido los otros! El 30 de enero, la Auditoría de Guerra del Ejército de Ocupación resuelve dejar en suspenso la ejecución «hasta tanto se reciba el enterado de S.E. el Jefe del Estado».[566]

Varios amigos tratan de intervenir a favor de Miguel, especialmente, una vez más, José María de Cossío, quien, a través de Eusebio Oliver Pascual, que ha sido médico de cabecera, durante la guerra, del general José Enrique Varela, ahora ministro del Ejército, logra llegar hasta este acompañado de los escritores falangistas Rafael Sánchez Mazas y José María Alfaro. «La conversación se centró esencialmente en las nocivas repercusiones que podría alcanzar la ejecución de un poeta de la significación de Hernández —escribe Ferris—, repitiéndose así un caso semejante al de Federico García Lorca.» Quizá más importante, desde el punto de vista de Varela, fue el hecho de que Hernández estaba casado con una mujer cuyo padre fue guardia civil asesinado por los «rojos».[567]

Varela pudo entrevistarse con Franco, en fecha no determinada, y, según parece, el Caudillo, tras escucharle, dijo algo así como «otro García Lorca no». Era consciente, claro, del daño que había ocasionado al Movimiento, y que lo seguía ocasionando, la muerte del poeta del *Romancero gitano*. Es más, en 1937 se había encargado él mismo de desmentir públicamente, en unas declaraciones a un redactor de *La Prensa* de Buenos Aires, cualquier implicación de su bando en la muerte del poeta, alegando que había muerto en Granada en los primeros días de la guerra

«mezclado con los revoltosos» y que se trataba de un accidente.[568] Pero sus palabras no habían convencido a nadie. Y así, hacia finales de junio de 1940, para evitar otro error parecido, conmutó la pena de muerte de Miguel Hernández por la inferior en un grado, es decir, treinta años y un día. Así que Miguel debía su vida a lo cometido en la persona de su admirado Federico. No recibió la confirmación en firme de la disposición de Franco hasta el 23 de julio, tres semanas después. Como señala Ferris, había pasado siete meses (sin decírselo a Josefina) con la posibilidad de que cada noche fuera la última. Ahora, al saber que no le van a fusilar, empieza a respirar.[569]

Pero no por mucho tiempo. El 22 de septiembre es trasladado desde la cárcel del Conde de Toreno a la de Palencia, donde ingresa con un achaque: los habituales dolores de cabeza y los problemas intestinales que tampoco le han faltado a lo largo de la guerra. Hace un frío intenso, además, y hay mucha humedad. Después escribirá a Carlos Rodríguez Spiteri: «Que no me pase lo que me pasó en Palencia, de donde hube de salir enfermo y con una hemorragia muy grande». Es probable que la estancia en aquella cárcel le hiciera un daño irreparable.[570]

El 28 de noviembre es otro cambio cuando ingresa en el Reformatorio de Adultos de Ocaña. Aquí no se libra del reglamentario mes de incomunicación.[571]

En Ocaña tiene la agradable sorpresa, al salir de su celda solitaria, de encontrar a Fidel Manzanares Muñoz y Fernando Fernández Revuelta, compañeros de sufrimientos en la cárcel de Torrijos. A este le conmueve su aspecto: «No parecía el mismo. No lo había visto desde que salió en libertad provisional de Torrijos a mediados de septiembre del 39. Había pasado, por consiguiente, poco más de un año, 14 meses, pero parecía con 30 años más encima. Llegó con bronquitis que contrajo en Palencia, donde pasó un frío horroroso. Y llegó fumando».[572]

Era verdad, Miguel, que antes no fumaba nunca, ya no solo lo hace sino que compulsivamente. Le ayuda a sentirse algo más tranquilo pero no ayuda para nada a su salud, ya tan quebrantada.

Al poeta le entenece el detalle de sus dos amigos, que, con otros reclusos admiradores suyos, le organizan un «banquete» para celebrar, tras su incomunicación, la vuelta a la «normalidad» carcelaria. El breve discurso leído por Hernández en ocasión tan señalada se conserva. Demuestra que mantenía intactas su extraordinaria entereza y su negación a darse por vencido. «Es preciso que brindemos —dijo—. Y no tenemos ni vino ni vaso. Pero ahora, en ese mismo instante, podemos levantar el puño, mentalmente, clandestinamente, y entrechocarlo. No hay vaso que pueda contener sin romperse la sola bebida que cabe en un puño: el odio. El odio desbordante que sentimos ante estos muros representantes de tanta injusticia; el odio que se derrama desde nuestros puños sobre estos muros...»[573]

No se conoce ni una sola de las muchas cartas recibidas por Miguel de su mujer a lo largo de su odisea penitenciaria. En opinión de Eutimio Martín, hay que deducir que ella las destruyó (en el supuesto de que las recobrar a la muerte del poeta, o conservara copias), acaso convencida por

otros, para que no se pudiera apreciar cuán poco apoyo le había prestado a Miguel durante su calvario.[574] Ferris, por su lado, infiere, a la vista de lo que le escribe a Josefina en estos momentos, que persistía el problema que siempre había existido entre ellos, es decir, la insatisfacción de Miguel ante lo que percibía como falta de carácter de su mujer, su tendencia a dejarse caer en el desánimo, la queja y la abyección. Josefina se había negado a trasladarse a Madrid con el niño, pese a la insistencia de Miguel, que necesitaba con más urgencia que nunca verles, tenerles cerca, aunque no los pudiese apretar contra el pecho. «Deja esa cobardía para andar por el mundo que siempre has tenido —le escribe el 18 de enero de 1941, casi desesperado—. En Palencia, todavía podías excusarte, pero en Madrid no estarías nunca sola, pasara lo que pasara, porque además de Vergara, están Vicente [Aleixandre] y una infinidad de amigos.»[575]

La vida en el Reformatorio de Ocaña es un martirio cotidiano. No ayuda el hecho de que el director, un tal Juan Bautista, antiguo jugador del Betis, es un tipo miserable. El poeta trata de matar el aburrimiento estudiando algo de francés, de matemáticas. Y escribe dos cuentos para su hijo («El potro oscuro», «El conejito»). A uno de los presos, Florentino Hernández Girbal, le dice cuánto admira *La destrucción del amor*, de Aleixandre, y cuánto la obra de Lorca («Más aún, le quería imitar y tenía pensado hacer una trilogía dramática protagonizada por el campesino, el pescador y el minero»). Por otro lado le preocupa la injerencia de su madre, muy católica, en la educación de Manuel, en quien tiene puestas todas sus esperanzas, y le insta una y otra vez a Josefina para que deje al niño desarrollarse según su propia personalidad («Pobrecillo: tan pequeño y metido en unos berenjenales tan serios y tan usados»).[576]

Hay otro grave disgusto. Y es que José María de Cossío, cuya intervención había sido decisiva para la permuta de la pena capital, le visita, acompañado de Dionisio Ridruejo y otros falangistas vinculados a la revista *Escorial*, para tratar de convencerle a entonar el *mea culpa*, firmar formalmente su arrepentimiento y así conseguir el indulto. Se niega de manera tajante. Y, a partir de entonces, Cossío se distancia. Su regalo final es un ejemplar de *La España del Cid*, de Menéndez Pidal. «No me recuerdes a Cossío —Miguel le escribirá a Carlos Rodríguez Spiteri el 10 de octubre de 1941—. Recuérdame a los amigos de verdad.»[577]

En Orihuela está haciendo algunas iniciativas en el mismo sentido, probablemente a instancias de la madre del poeta, el canónigo Luis Almarcha, antaño protector de Miguel y ahora furibundo enemigo de los «rojos». Otra vez el poeta se rebela tercamente. «Almarcha y toda su familia y demás personas de su especie que se guarden muy bien de intervenir en nada de mis asuntos — escribe a Josefina el 26 de abril—. No necesito para nada de él, cuando he despreciado proposiciones de otros mucho más provechosas. Ya te contaré, y comprenderás que no es posible aceptar nada que venga de la mano de tantos Almarchas como hay en el mundo. Sería una verdadera vergüenza.»[578]

Ante estas presiones, y también para estar cerca de Josefina y el niño, insta a Germán Vergara

Donoso y a Carlos Rodríguez Spiteri para que se empiece a gestionar su traslado al Reformatorio de Adultos de Alicante. Hay otra razón: su estado de salud, ya muy frágil. Es algo que saben Aleixandre y los otros amigos próximos pero que desconoce Josefina, a quien Miguel se lo oculta cuidadosamente. El traslado se concede y el poeta llega a Alicante el 29 de junio de 1941.[579]

Allí, después del cruel periodo de incomunicación inicial reglamentaria, el reencuentro con Josefina y Manolillo es gozoso, tras dos años de espera intolerable. Pero tiene el disgusto de que sigan los intentos de que cambie de actitud, se arrepienta, atienda a su *regeneración* (la palabra está ya muy de moda en el mundo carcelario) y así consiga su liberación. El ocupante de una celda contigua, Antonio Ramón Cuenca, contaría que, después de una visita incómoda, probablemente a finales de octubre de 1941, el poeta le dijo: «Tengo una vida, que puse al servicio de mi ideal, y si tuviera doscientas vidas lo mismo las hubiera dado y las volvería a dar ahora».[580] La tenaz negativa a colaborar con quienes le querían salvar el alma dio lugar a un nuevo enfrentamiento con Josefina, hasta el punto de que llega el día en que se niega a acudir al locutorio. El 7 de noviembre (cuarto aniversario de la heroica gesta de resistencia del pueblo de Madrid) le escribe con gran amargura: «Haces bien en dejar de venir mientras no te llegue algún dinero. Me acostumbraré a no ver a Manolillo, lo mismo que me he acostumbrado a muchas cosas. Josefina, nunca me he hecho ilusiones. Siempre he sabido lo que había de ocurrirme, pero he tenido que callarme muchas cosas para tenerte tranquila. Es posible que quiera a mi hijo menos que tú; pero hoy no puedo hacer lo que tú misma ves mal».[581]

A finales de noviembre cae gravemente enfermo. Tiene tanta fiebre que no puede andar al locutorio. La tuberculosis, porque se trata de tuberculosis, ha empezado a trabajar en serio (aunque Miguel le dice a su hermana Elvira que no es más que «un principio de tifus que se ha neutralizado a tiempo»).[582]

La desesperación ya empieza a filtrarse en sus cartas. Tal vez intuye que le queda poco tiempo. No hay medicinas adecuadas. El jefe médico del reformatorio se inquieta y le manda al Hospital Provincial de Alicante para un examen radioscópico. «Las pruebas —relata Ferris— detectan una grave lesión en el pulmón izquierdo y una abundancia de pus que puede ahogar al paciente.» Sí, pero el «sistema» carcelario instaurado por las autoridades franquistas no permite que se preste la debida atención a la situación del enfermo. ¿Para qué? El biógrafo cita un espeluznante testimonio acerca de la verdadera situación de los presos políticos del régimen. Procede de uno de los jefes médicos de un penal de Segovia en los años cuarenta. A la vista de la plaga de enfermedades que diezmaba a los «rojos» hacinados en las cárceles —en 1941 todavía unos 140.000— se determinó, según este testigo, «ignorar la gravedad de los procesos morbosos de los penados y de sus estados de desnutrición y hacer la vista gorda sobre su deterioro que indefectiblemente les conducía a la muerte. En vez de fusilarlos resultaba más práctico, económico y menos comprometido el dejarlos morir de forma *natural*».[583]

Miguel Hernández sabe que su única esperanza de salvación reside en que le internen en el Sanatorio de Porta-Coeli de Valencia, especializado en el tratamiento de la tuberculosis. Pero el Sanatorio se reserva, lógicamente, para pacientes procedentes del bando victorioso, no para poetas comunistas enemigos de la España de Franco. Los amigos que quieren conseguir que el traslado se produzca tienen prácticamente todo en contra. Solo el apoyo de una persona realmente importante dentro del nuevo régimen habría podido conseguir el milagro.

En este momento, debidamente advertido por los «comisarios eclesiásticos» que allí «trabajan» a sus órdenes, se persona otra vez en la cárcel, eso sí, el canónigo Luis Almarcha, acompañado de varios conocidos de Miguel entre las «fuerzas vivas» de Orihuela. La versión de la visita publicada después por el jesuita, que casi da a entender que el poeta le pidió auxilio espiritual, no encaja en absoluto con las de otros testigos menos interesados del episodio. «Lo que el canónigo pretendía, amparándose en la debilidad física de Hernández —sigue Ferris— no era otra cosa que el ya citado arrepentimiento, su adhesión al nuevo orden político, la firma de unos poemas religiosos que le fueron ofrecidos —según testimonio de Luis Fabregat— y su inmediato matrimonio canónico con Josefina.» [584]

Rechazó las pretensiones de Almarcha, menos la de dejarse casar con su mujer por la Iglesia. Ha comentado Ramón Pérez Álvarez, íntimo del poeta y uno de los fundadores de la revista oriolana *Silbo*: «No creo que nadie en su sano juicio pueda pensar que don Luis Almarcha no tuviera influencia para *mandar*, no pedir, que simplemente Miguel fuera trasladado a un sanatorio antituberculoso penitenciario. Podía más. No se quiso.» [585]

La decisión de casarse era, por otro lado, muy pragmática y necesaria, ya que para el nuevo régimen no tenía validez jurídica alguna su matrimonio civil y, así, la familia quedaba del todo desasistida desde el punto de vista legal. La ceremonia tiene lugar en la enfermería del Reformatorio el 4 de marzo de 1942. Puntúa las breves palabras del cura la respiración entrecortada del poeta postrado en su cama y a todas luces moribundo. [586]

Sus llagas emiten un hedor repugnante. Le hace compañía hasta el final su paisano el sindicalista Joaquín Ramón Rocamora, que le atiende todo lo que puede, le repone la cánula del pus que se sale con frecuencia de su costado, le arregla la cama, le habla, le escucha... [587]

El 21 de marzo de 1942 llega una orden para trasladar al enfermo al Sanatorio de Porta-Coeli en Valencia. Tal vez, después de la boda, Almarcha había decidido por fin intervenir. Pero los médicos deciden que no vale la pena mover al poeta. Josefina, acompañada de Elvira, la hermana de Miguel, le hace la que será su última visita. Al constatar que ha venido sin el niño el poeta llora amargamente. «Te lo tenías que haber traído», murmura. «Tenía la ronquera de la muerte — escribirá Josefina en sus memorias—, yo le toqué los pies y los tenía fríos y con rodales negros.» Después, idas ya su mujer y Elvira, solo consuela al moribundo, cubierto todo el cuerpo de pus, la

presencia de Joaquín Ramón Rocamora, que recoge una de sus últimas frases, una exclamación: «¡Ay, hija, Josefina, qué desgraciada eres!».[588]

Fallece a las 5.30 horas de la mañana del sábado 28 de marzo de 1942. Mantiene los ojos abiertos, como su malogrado primogénito, y nadie los conseguirá cerrar (resultado de su acusado hipertiroidismo). Se deniega el permiso para hacerle una mascarilla mortuoria. Por suerte el preso José María Torregrosa, que es escultor, burla la vigilancia y logra ejecutar dos dibujos a lápiz del cadáver, los ojos abiertos de par en par. Los amigos del poeta consiguen poner a salvo sus escritos, conservados en dos bolsas.[589]

Hubo, al final, un poco de caridad cristiana al permitir el director que desfilasen los presos delante del poeta, amortajado por sus amigos y expuesto en el patio, y que la banda de la institución tocase la *Marcha fúnebre* de Chopin. A la puerta esperaban Josefina y unos familiares para hacerse cargo del ataúd y llevarlo al cementerio. Entre ellos no estaba el padre del poeta, que le había negado hasta el final el consuelo de su presencia. «Llegados al camposanto alicantino de Nuestra Señora de los Remedios —relata Ferris—, nadie pudo quedarse a velar el cuerpo de Hernández aquella noche, por ser lugar a donde aún llevaban a fusilar a los presos condenados.» Lo enterraron, pues, a la mañana siguiente.[590]

Unos días después el padre de Miguel declaró, cuando fueron a darle un pésame que ni necesitaba ni se merecía: «Él se lo ha buscado».[591]

Pablo Neruda lo experimentó de otra manera, allá en México. «Un asesinato más se agrega a los muchos y terribles —escribió a Juan Ramón Jiménez, pensando acaso sobre todo en Lorca—. Pero, tal vez nunca me sentí más mal herido y creo que a usted le pasará lo mismo.»[592]

A Juan Ramón, sí, le pasó lo mismo. En 1948, en Argentina, después de criticar la actuación durante la guerra de León Felipe y de elogiar la del poeta cubano Pablo de la Torriente (el comisario amigo de Miguel) y del músico Gustavo Durán, escribió: «De los poetas españoles muertos durante la guerra, los más señalados fueron Miguel de Unamuno, Antonio Machado, Federico García Lorca y Miguel Hernández. De ellos, el que peleó en los frentes y no quiso salir de su cárcel, donde se extinguía tísico y cantando sus amores, mientras otros compañeros siguieran detenidos, fue Miguel Hernández, héroe de la guerra. Decir esto que yo digo es justo y es exacto».[593]

Sí, justo y exacto. Con la muerte de Miguel Hernández, el nuevo régimen, ahora consolidado gracias a la traición de las llamadas democracias europeas, mostró una vez más su verdadero rostro.

Epílogo

Pablo Suero, de regreso en Buenos Aires, sigue con angustia el desarrollo de la situación española, muy comentada y discutida en los periódicos porteños. Los recuerdos de su reciente estancia en Madrid le obsesionan, se hacen incluso insoportables, sobre todo cuando en septiembre llega el rumor, y luego la confirmación, del asesinato de su amigo García Lorca. En casi toda la prensa se rememora con admiración, nostalgia y dolor los triunfales meses del poeta en la ciudad, cuando *Bodas de sangre* tuvo en el inmenso teatro Avenida un éxito apoteósico, y el granadino, desplegando como nunca sus múltiples dones, se convirtió en la comidilla de la sociedad de la metrópoli.

Para los diarios progresistas bonaerenses (otra cosa son los reaccionarios), los fascistas, al matar al gran Federico, han querido estrangular la voz de la raza. «Fue el moderno “Fénix de los Ingenios” hispanos», reza el titular de un artículo publicado en *Crítica* el 16 de septiembre de 1936. Su autor, González Carbalho, había tratado al poeta en Argentina. «Quienes apuntaron contra él mataron mucho de España —termina—; mataron la juventud, la justicia, la poesía de España. La voz de los poetas es temible, porque ella tiene la capacidad para convencer e iluminar. Pero son necesarios ríos de tiniebla en la inteligencia y el corazón para encontrar un enemigo en la belleza y eliminarla a tiros de fusil.»

Bajo el peso del dolor, Pablo Suero decide reunir en un libro los artículos que enviara desde España a *Noticias Gráficas*, añadiéndoles ahora algunos comentarios posteriores. *España levanta el puño* se publica en Buenos Aires a finales de 1936. Lleva una emocionante dedicatoria a los amigos dejados atrás, acerca de cuya suerte, menos en el caso del granadino, no hay noticias:

A Federico García Lorca, Rafael Alberti, José Bergamín, Carlos Soldevila, María Teresa León, Concha Méndez, Adolfo Salazar, Manuel Altolaguirre, Eduardo Ugarte, Vicente Aleixandre, Eduardo Blanco Amor, Alejandro Casona, Ramón J. Sender, José Venegas, José Lorenzo, A. Serrano Plaja, Paulino Massip, Francisco Madrid, Bagaría, C. Rodríguez M. Spiteri, Luis Fernández Ardavín, J. Díaz Fernández, Félix Paredes, José Luis Salado, Santiago de la Cruz, Santiago Ontañón, Manuel Fontanals, Helena Cortesina, José F. Montesinos, cerebros y corazones de la Nueva España, unidos en el fervor antifascista, con el pueblo heroico que lucha contra la caterva de generales traidores a la República y que asesinan a sus hermanos en nombre de CRISTO.

Hoy, más de ochenta años después de iniciada la sublevación criminal contra la legalidad democrática, cuando en España se habla insistentemente de la necesidad de recuperar la memoria

de lo ocurrido antes, durante y después de la Guerra Civil, Federico García Lorca es el poeta y dramaturgo español más traducido de todos los tiempos, lo cual equivale a decir más amado.

Vino el momento en que el régimen de Franco, ante la creciente celebridad de Lorca en el extranjero, se vio forzado a permitir la reaparición en España de sus escritos, hasta entonces prohibidos. Y así fue como el propio Caudillo dio su beneplácito para que Aguilar sacara en 1954 las *Obras completas* del poeta —en absoluto completas y además algo censuradas— en una edición de lujo inalcanzable para los bolsillos estudiantiles. No obstante su elevado coste, el libro vendió muchos miles de ejemplares a lo largo de los siguientes años, con numerosas reimpresiones y la incorporación sucesiva de nuevos textos y documentos.

Todavía parece casi inconcebible que a Lorca lo pudiesen haber matado en Granada, «su Granada». Pero así fue. Le condenaron irremisiblemente sus múltiples dones, su homosexualidad, sus ideas políticas, su fama, sus ganancias, su familia liberal. También es aberrante que aún no se hayan encontrado sus restos, pese a tres búsquedas, tratándose del desaparecido más famoso del mundo y del máximo símbolo de la tragedia de la guerra civil desencadenada por la sublevación de los generales traidores.

Hay que decir que España no ha hecho todavía los deberes con los inmolados por el franquismo. Los investigadores nos aseguran que continúan en cunetas y fosas comunes unas 115.000 víctimas, lo cual constituye una vergüenza ante los ojos del mundo civilizado.

Antonio Machado se reconoce hoy como uno de los poetas más profundos del idioma y existe en torno suyo una ingente bibliografía. Entretanto el recoleto camposanto de Collioure sigue atrayendo cada año a miles de peregrinos que quieren rendir un emocionado homenaje al autor de *Campos de Castilla*, fiel hasta el final a su amada República.

A Juan Ramón Jiménez, de obra tan vasta como constantemente reelaborada y a menudo hermética, no le conocemos aún en su totalidad. Poco a poco los especialistas han ido ordenando, analizando y publicando el intrincado material inédito que generó, es cierto, pero queda mucho camino por recorrer. Hasta que no se haya hecho será imposible la evaluación crítica de su aportación global a la literatura española. Aportación cuya relevancia nadie parece cuestionar.

En cuanto a Miguel Hernández, su calvario representa de manera patética la crueldad de un régimen que nunca supo ni quiso perdonar a sus adversarios, ni inmediatamente después de la contienda ni durante su prolongada andadura. Si el poeta hubiera sobrevivido al holocausto —por lo menos 50.000 presos republicanos fueron fusilados entre 1939 y 1944, sin contar los miles de casos como el suyo, muertos por falta de atención médica—, cabe pensar que habría creado una obra de creciente envergadura. La que dejó es cada vez más leída, estudiada y admirada, aquí y fuera, y sus poemas de la guerra quedarán para siempre como testimonio de su hondo y valiente compromiso con la causa de su pueblo.

Reflexionando sobre la tragedia de la Guerra Civil y el incalculable daño infligido a España

por quienes decían ser sus hijos más auténticos, causa asombro, más de cuatro décadas después de muerto Franco, que sigan existiendo a lo largo y ancho del Estado tantos símbolos y recuerdos de aquel régimen brutal. Y es que la llamada Ley de la Memoria Histórica, elaborada por el Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero, fue y es poco satisfactoria, como demuestra el hecho de que los despojos del Caudillo y José Antonio Primo de Rivera continúan en el tétrico Valle de los Caídos bajo la cruz cristiana dicen que más alta del mundo.

Con tal amnesia, tal renuencia a afrontar los hechos, es imposible que España avance con pie seguro hacia el futuro. Solo ayudará a paliar tanto sufrimiento —ya que curarlo es imposible— la plena asunción de lo ocurrido y, dentro de lo que cabe, la restitución. Tampoco estaría de más no olvidar las palabras atribuidas a Jesucristo: «Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres».

Al seguir meditando sobre la tragedia de la Guerra Civil y la dictadura, sobre la suicida ruptura cultural que supuso la implantación de aquel Estado tiránico, las condiciones infrahumanas de las cárceles franquistas, la diáspora y luego la muerte en el exilio de tantos inocentes que nunca pudieron volver a su país, es difícil no tener presente el comentario de Lorca cuando, en vísperas de la sublevación, le preguntó Luis Bagaría por la caída de Granada en 1492. «Fue un momento malísimo —escribió—, aunque digan lo contrario en las escuelas. Se perdieron una civilización admirable, una poesía, una astronomía, una arquitectura y una delicadeza únicas en el mundo, para dar paso a una ciudad pobre, acobardada...» No muy diferente fue 1936, y no muy diferentes han sido sus secuelas. Da pena, suscita rabia, pensar en lo que habría podido ser España si la sublevación se hubiera cortado a tiempo, y si las llamadas democracias —Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos— hubiesen ayudado a la República en su momento de suprema necesidad.

Franco murió en 1975. Estamos en 2019, plenamente incorporados en Europa. Han sido 44 años de progreso sin parangón en la historia de España. Pero queda la asignatura pendiente de la Memoria Histórica, para quien esto escribe la más acuciante. ¿Cómo no tener siempre presentes a tantos muertos aún en cunetas, tirados y abandonados como perros? La injusticia es flagrante, máxime recordando que el franquismo exhumó rigurosamente a sus propias víctimas.

En este libro he evocado a cuatro poetas republicanos anonadados y silenciados, de una manera u otra, por el fascismo. Se pudo haber incluido a otros, entre ellos a los del exilio interior, en primer lugar a Vicente Aleixandre, cuyo Premio Nobel cabe leer como reconocimiento a una generación brillante de creadores descoyuntada por una guerra civil innecesaria y desastrosa.

Que descansen todos en paz. Y que su obra ayude y anime para que España, reconciliada consigo misma, sea por fin el país culto, tranquilo y magnánimo por el cual luchó cada uno a su manera.

Referencias y notas

A menos que se especifique lo contrario, todas las publicaciones periódicas señaladas en las notas se editaban en Madrid.

SIGLAS UTILIZADAS EN LAS NOTAS

GAGL: Gibson, *El asesinato de García Lorca*, Madrid, Punto de Lectura, 2005.

García Lorca, *OC*, I, etc.: Federico García Lorca, *Obras completas*, a cargo de Miguel García-Posada, Madrid, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, Madrid, 4 tomos, 1997.

Hernández, *OC*, I: Miguel Hernández, *Obras completas, I*, Barcelona, RBA, 2006. (Se trata de la reedición de la edición crítica de Agustín Sánchez Vidal.)

Hernández, *OC*, II: Miguel Hernández, *Obra completa, II, Teatro, prosas, correspondencia*, edición crítica de Agustín Sánchez Vidal y José Carlos Rovira con la colaboración de Carmen Alemany, Madrid, Espasa-Calpe, 1992.

JGE: Juan Ramón Jiménez, *Guerra en España (1936-1953)*, introducción, organización y notas de Ángel Crespo, Barcelona, Seix Barral, 1985. M

achado, *OC*, I: Antonio Machado, *Poesías completas*, edición crítica de Oreste Macrí con la colaboración de Gaetano Chiappini, Madrid, Espasa-Calpe/Fundación Antonio Machado, 2.^a reimpresión, 1989.

Machado, *OC*, II: Antonio Machado, *Prosas completas*, edición crítica de Oreste Macrí con la colaboración de Gaetano Chiappini, Madrid, Espasa-Calpe/Fundación Antonio Machado, 2.^a reimpresión, 1989.

Bibliografía

- ALBERTI, Rafael, *Primera imagen de...*, Losada, Buenos Aires, 1945.
- ALONSO, Dámaso, «Federico García Lorca y la expresión de lo español» [1937], en *Poetas españoles contemporáneos*, Gredos, Madrid, 3.^a ed. aumentada, 1978, pp. 257-265.
- , «Federico en mi recuerdo», en García Lorca, *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, ed. facsímil del manuscrito original del poema, Institución Cultural de Cantabria / Diputación Regional de Cantabria, 1982, pp. 7-13.
- ALONSO, Monique, *Antonio Machado, poeta en el exilio*, con la colaboración de Antonio Tello, Anthropos, Barcelona, 1985.
- ALTOLAGUIRRE, Manuel, «Nuestro teatro», *Hora de España*, Valencia, IX (septiembre de 1937), pp. 27-37.
- AUCLAIR, Marcelle, *Enfances et mort de Garcia Lorca*, Seuil, París, 1968.
- AZNAR SOLER, Manuel, *II Congreso Internacional de escritores para la defensa de la cultura (Valencia-Madrid-Barcelona-París, 1937)*, Vol. II. *Literatura española y antifascismo (1927-1939)*, Generalitat Valenciana, 1987.
- , con Luis-Mario Schneider, *II Congreso Internacional de escritores para la defensa de la cultura (Valencia-Madrid-Barcelona-París, 1937)*, Vol. III. *Actas, ponencias, documentos y testimonios*, Generalitat Valenciana, 1987.
- BARCO, Pablo del, «El falangismo de Manuel Machado», *Historia 16*, Madrid, año VI, núm. 65 (septiembre de 1981), pp. 115-122.
- BARGA, Corpus, «Antonio Machado ante el destierro. Detalles inéditos de su salida de España», *La Nación*, Buenos Aires, suplemento «Artes-Letras-Bibliografía», 19 de julio de 1956, p. 1.
- , «Los últimos días de don Antonio Machado», carta dirigida por Corpus Barga al director de *La Estafeta Literaria*, Luis Ponce de León, presentada por este, *La Estafeta Literaria*, Madrid, núm. 343 (7 de mayo de 1966), pp. 39-40.
- BRENAN, Gerald, *The Face of Spain*, Turnstile Press, Londres, 1950.
- BROTHERSON, Gordon, *Manuel Machado. A Revaluation*, Cambridge University Press, 1968.
- BUÑUEL, Luis, *Mi último suspiro* [1982], DeBolsillo, Madrid 2012.
- CASTRO DELGADO, Enrique, *Hombres made in Moscú*, Luis de Caralt, Barcelona, 1965.
- CERNUDA, Luis, «Federico García Lorca (Recuerdo)», *Hora de España*, Barcelona, núm. 18 (junio de 1938), pp. 13-20; reproducido en Cernuda, *Prosa completa*, Barral, Barcelona, 1975, pp. 1334-1341.
- CHAVES, Julio César, *Itinerario de don Antonio Machado (de Sevilla a Collioure)*, Editora Nacional, Madrid, 1968.
- ESPAÑOL BOUCHÉ, Luis, *Madrid 1939. Del golpe de Casado al final de la Guerra Civil*, Almena, Madrid 2004.
- FERRERES, Rafael, «Antonio Machado en Valencia», en *Homenaje a Manuel y Antonio Machado*, Madrid, *Cuadernos hispanoamericanos* (1975-1976), pp. 374-385.
- FERRIS, José Luis, *Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, Temas de Hoy, Madrid, 2002.
- GARCÍA LORCA, Federico, *Epistolario completo*, al cuidado de Andrew A. Anderson y Christopher Maurer, Cátedra (Crítica y Estudios Literarios), Madrid, 1997.

- , *Obras completas*, a cargo de Miguel García-Posada, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, Madrid, 4 tomos, 1997.
- GARCÍA LORCA, Francisco, *Federico y su mundo*, edición y prólogo de Mario Hernández, Alianza, Madrid, 2.^a ed., 1981.
- GEBSEER, Jean, *Lorca. Poète-dessinateur*, GLM, París, 1949.
- GIBSON, Ian, *En busca de José Antonio*, Planeta, Barcelona, 1980.
- , *Paracuellos, cómo fue*, Argos Vergara, Barcelona, 1983.
- , *Queipo de Llano*, Grijalbo, Barcelona, 1986.
- , *Federico García Lorca [1985-1987]*, edición revisada, Crítica, Barcelona, 2011.
- , *La noche en que mataron a Calvo Sotelo [1982]*, Ediciones B, Barcelona, 2016.
- , *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca [1998]*, edición corregida y revisada, DeBolsillo, Madrid, 2016.
- , *Ligero de equipaje. La vida de Antonio Machado [2006]*, DeBolsillo, Madrid, 2016.
- , *El hombre que delató a García Lorca. Ramón Ruiz Alonso y el asesinato de García Lorca [2007]*, DeBolsillo, Madrid, 2016.
- GIL-ALBERT, Juan, *Memorabilia (1934-1939)*, en *Obras completas en prosa*, Institución Alfonso el Magnánimo y Diputación Provincial, Valencia, tomo 2, 1982.
- GÓMEZ BURÓN, Joaquín, *Exilio y muerte de Antonio Machado*, Sedmay Ediciones, Madrid, 1975.
- GUERRERO RUIZ, Juan, *Juan Ramón de viva voz*, Ínsula, Madrid, 1961.
- GULLÓN, Ricardo, *El último Juan Ramón Jiménez. Así se fueron los ríos*, Alfaguara, Madrid 1968.
- , «Enseñanzas de Mairena», en *Homenaje a Antonio Machado*, Madrid, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (1989), pp. 86-103.
- HERNÁNDEZ, Miguel, *Epistolario*, introducción y edición de Agustín Sánchez Vidal, prólogo de Josefina Manresa, Alianza, Madrid, 1986.
- , *Obras completas, I*, Barcelona, RBA, 2006. (Se trata de la reedición de la edición crítica de Agustín Sánchez Vidal y José Carlos Rovira con la colaboración de Carmen Alemany, Espasa-Calpe, Madrid, 1992.)
- , *Obra completa, II, Teatro, prosas, correspondencia*, edición crítica de Agustín Sánchez Vidal y José Carlos Rovira con la colaboración de Carmen Alemany, Espasa-Calpe, Madrid, 1992.
- , *Viento del pueblo [1937]*, edición facsímil, Ediciones de la Torre, Madrid, 1992.
- HIGUERA ROJAS, Eulalia-Dolores de la, «Habla el chófer de García Lorca», *Gentes*, Madrid, núm. 37 (24 de abril de 1979), pp. 30-33.
- , *Mujeres en la vida de García Lorca*, Editora Nacional, Madrid / Excma. Diputación Provincial de Granada, 1980.
- HUGUET, Jesús y Rafael PÉREZ CONTEL, prólogo al homenaje *Valencia a Machado*, Generalitat Valenciana, 1984.
- ISSOREL, Jacques, *Collioure 1939. Les derniers jours d'Antonio Machado. Últimos días de Antonio Machado*, prefacio / préface de Manuel Andújar, Fondation Antonio Machado, Collioure, 1982.
- JACKSON, Gabriel, *The Spanish Republic and the Civil War: 1931-1939*, Princeton NJ, Princeton University Press, 1966.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón, *Canción*. Nota preliminar de Agustín Caballero, Aguilar, Madrid, 1961.
- , *El modernismo. Notas de un curso (1953)*, Aguilar, Madrid, 1962.
- , *Espanoles de tres mundos. Viejo Mundo, Nuevo Mundo, Otro Mundo. Caricatura lírica, 1914-1940*. Con tres apéndices de retratos inéditos, edición y estudio preliminar de Ricardo Gullón, Aguilar, Madrid, 1969.
- , *Selección de cartas (1899-1958)*, Picazo, Barcelona, 1973.

- , *Guerra en España (1936-1953)*, introducción, organización y notas de Ángel Crespo, Seix Barral, Barcelona, 1985.
- LARGO CABALLERO, Francisco, *Mis recuerdos. Cartas a un amigo*, Ediciones Unidas, México, 1976.
- LEÓN, María Teresa, *Memorias de la melancolía*, Losada, Buenos Aires, 1970.
- MACHADO, Antonio, *Poesías y prosas olvidadas*, recogidas y presentadas por Robert Marrast y Ramón Martínez López, Centre de Recherches de l'Institut d'Études Hispaniques, París, 1964.
- , *La Guerra. Escritos: 1936-1939*, colección, introducción notas de Julio Rodríguez Puértolas y Gerardo Pérez Herrero, Emiliano Escolar Editor, Madrid, 1983.
- , *Antonio Machado. Poeta en el exilio*, edición de Monique Alonso, con la colaboración de Antonio Tello, Anthropos, Barcelona, 1985.
- , *Poesías completas*, edición crítica de Oreste Macrí con la colaboración de Gaetano Chiappini, Espasa-Calpe / Fundación Antonio Machado, Madrid, 2.^a reimpresión, 1989.
- , *Prosas completas*, edición crítica de Oreste Macrí con la colaboración de Gaetano Chiappini, Espasa-Calpe / Fundación Antonio Machado, Madrid, 2.^a reimpresión, 1989.
- , *Prosas dispersas (1983-1936)*, edición de Jordi Doménech, Páginas de Espuma, Madrid, 2001.
- , *Prosas sueltas*, Colección Unicaja de manuscritos de los hermanos Machado, Málaga, 2006.
- MACHADO, José, carta desde Collioure, en febrero de 1939, a Tomás Navarro Tomás, en la cual le habla de la muerte de su hermano, *La Torre*, Puerto Rico, año XII, núms. 45-46 (*Homenaje a Antonio Machado*), pp. 255-256.
- , *Últimas soledades del poeta Antonio Machado. (Recuerdos de su hermano José)*, Forma Ediciones, Madrid, 1977.
- MACHADO, Manuel, *Poesía*, Ediciones Jerarquía, Madrid, 1940.
- MARTÍN, Eutimio, «Miguel Hernández en la cárcel: nuevos documentos», separata de la revista *Canelobre*, núm. 22, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante, otoño de 1991.
- , «Una cronología hernandiana», *Informaciones*, Madrid, 22 de marzo de 1992, pp. 6-7.
- , «La militancia comunista de Miguel Hernández», *Ínsula*, Madrid, núm. 544, abril de 1992.
- MARTÍNEZ BARRIO, Diego, *Memorias*, Planeta, Barcelona, 1983.
- MARTÍNEZ NADAL, Rafael, «El último día de Federico García Lorca en Madrid», en *Residencia. Revista de la Residencia de Estudiantes*, número conmemorativo, México, 1963, pp. 58-61.
- MARTÍNEZ REVERTE, Jorge, *La batalla de Madrid*, Crítica, Barcelona, 2004.
- MOLINA FAJARDO, Eduardo, *Los últimos días de García Lorca*, Plaza y Janés, Barcelona, 1983.
- MONTERO, Enrique, «Palabras previas» a la edición facsímil de *Hora de España. Revista mensual* (Valencia 1937-1938, Barcelona 1938), Liechtenstein y Barcelona, Topos Verlag / Editorial Laia, 5 tomos, 1977, pp. v-xvi.
- MOREIRO, José María, «El último viaje de Antonio Machado» [entrevista a Matea Monedero, viuda de José Machado], *Los domingos de Abc. Suplemento semanal*, Madrid, 26 de febrero de 1978, pp. 6-16.
- MORENO VILLA, José, *Vida en claro. Autobiografía*, Colegio de México, México, 1944.
- MORLA LYNCH, Carlos, *En España con Federico García Lorca (Páginas de un diario íntimo, 1928-1936)*, Aguilar, Madrid, 1958.
- ONIS, Federico de, «Antonio Machado, poeta predilecto», en Gabriel Pradal-Rodríguez, *Antonio Machado (1875-1939). Vida y obra*, Hispanic Institute in the United States, Nueva York, 1951, pp. 7-10.
- PALAU DE NEMES, Graciela, *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez*, Gredos (Biblioteca Románica Hispánica), Madrid, 1957.
- PENÓN, Agustín, *Diario de una búsqueda lorquiana (1955-1956)*, edición a cargo de Ian Gibson, Plaza y Janés,

- Barcelona, 1990.
- , *Miedo, olvido y fantasía. Crónica de su investigación sobre Federico García Lorca (1955-1956)*, edición de Marta Osorio, Comares, Granada, 2001.
- POZO, Gabriel, *Lorca, el último paseo*, Ultramarina, Granada, 2009.
- PRIETO, Gregorio, *Lorca en color*, Editora Nacional, Madrid, 1969.
- PUCHE ÁLVAREZ, José, recuerdos de su amistad con Machado, en el *Homenaje a Antonio Machado* de la revista *España peregrina*, México (febrero de 1940), pp. 68-69.
- RAMOS ESPEJO, Antonio, «En Valderrubio, Granada. La casa de Bernarda Alba», *Triunfo*, Madrid, 6.ª serie, núm. 4 (febrero de 1981), pp. 58-63.
- , «El capitán Rojas en la muerte de Federico García Lorca», *Diario de Granada*, 16 de febrero de 1984, pp. 16-18.
- , *El 5 a las 5 con Federico*, Editoriales Andaluzas, Sevilla, 1986.
- RIOJA, Enrique, «Último sol en España», en la revista *Diálogo de España*, México, núms. 4-5 (octubre de 1963), reproducido por Ricardo Gullón y Allen W. Phillips en *Antonio Machado*, Taurus («El escritor y la crítica»), Madrid, 1973, pp. 115-120.
- RODRIGO, Antonina, «La auténtica Doña Rosita la soltera», *El País* («Miscelánea»), Madrid, 17 de agosto de 1989, pp. 4-5.
- RODRÍGUEZ ESPINOSA, Antonio, «Souvenirs d'un vieil ami», traducidos por Marie Laffranque e incluidos en su libro *Federico García Lorca*, Seghers, París, 1966, pp. 107-110.
- RODRÍGUEZ VALDIVIESO, Eduardo, «Horas en la Huerta de San Vicente. Una dolorosa mirada en los últimos días de Federico García Lorca», *El País*, Madrid, 26 de agosto de 1995, p. 8.
- ROJO, José Andrés, *Vicente Rojo. Retrato de un general republicano*, Tusquets, Barcelona, 2006.
- RUIZ ALONSO, Ramón, *Corporativismo*, prólogo de José María Gil Robles, Ediciones Ruiz Alonso, Salamanca, 1937.
- SALAZAR, Adolfo, «In memoriam. Federico García Lorca en La Habana», *Carteles*, La Habana (23 de enero de 1938), pp. 30-31.
- , «In memoriam. El mito de Caimito», *ibíd.* (20 de febrero de 1938), p. 24.
- , «La casa de Bernarda Alba», *ibíd.* (10 de abril de 1938), p. 30.
- SAMPELAYO, Carlos, «Antonio Machado. Retazos de su vida y su muerte», *Camp de l'Arpa*, Barcelona, núms. 17-18 (febrero-marzo de 1975), pp. 9-11.
- SÁNCHEZ VIDAL, Agustín, *Luis Buñuel: obra literaria*, Ediciones del *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 1983.
- , *Miguel Hernández, desamordazado y regresado*, Planeta (Espejo de España), Barcelona, 1992.
- SANCHO SÁEZ, Alfonso, «Antonio Machado, mi profesor de francés», *Ideal*, Granada, 22 de febrero de 1986, p. 3.
- SUERO, Pablo, *España levanta el puño*, Noticias Gráficas, Buenos Aires 1936.
- THOMAS, Hugh, *The Spanish Civil War*, Penguin Books, Harmondsworth, Inglaterra, 10.ª impresión, 1986.
- TITOS MARTÍNEZ, Manuel, *Verano del 36 en Granada. Un testimonio inédito sobre el comienzo de la Guerra Civil y la muerte de García Lorca*, Atrio, Granada, 2005.
- TRAPIELLO, Andrés, *Las armas y las letras. Literatura y Guerra Civil (1936-1939)*, Península, Barcelona, 2002.
- VALDERRAMA, Pilar de, *Sí, soy Guiomar. Memorias de mi vida*, Plaza y Janés, Barcelona, 1981.
- VAQUERO CID, Benigno, «El franquismo contra García Lorca», *Ideal*, Granada, 28 de julio de 1986, p. 4.
- , «¿Por qué mataron a García Lorca?», artículo inédito, fechado el 17 de septiembre de 1986, regalado a Ian Gibson (archivo de Ian Gibson, Casa-Museo Federico García Lorca, Fuente Vaqueros, Granada).
- VEGA DÍAZ, Francisco, «Muerto cayó Federico», *El País*, Madrid, 19 de agosto de 1990.

VILA-SAN-JUAN, José Luis, *García Lorca, asesinado: toda la verdad*, Planeta (Espejo de España), Barcelona, 1975.

XIMÉNEZ DE SANDOVAL, Felipe, *José Antonio (biografía apasionada)*, Editorial Juventud, Barcelona, 1941.

XIRAU, Joaquín, recuerdos de su amistad con Machado y de la salida de Barcelona con él hacia la frontera francesa, en el *Homenaje a Antonio Machado* publicado por la revista *España*, México, núm. 1 (febrero de 1940), pp. 64-69.

—, «Por una senda clara», artículo sobre los últimos días de Machado fechado «París, marzo de 1939», en *Diálogos. Artes. Letras, Ciencias Humanas*, México, XIX, núm. 112 (1983), pp. 58-64.

Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Federico García Lorca y Miguel Hernández son cuatro de las mejores voces poéticas de la España del siglo xx. Unidos no solo por su absoluta dedicación a las letras, sino por su lealtad a la Segunda República, enarbolaron una defensa acendrada de la libertad y la democracia.



El hispanista Ian Gibson realiza un recorrido por las intensas vidas de estos grandes poetas, con su compromiso republicano -y las nefastas consecuencias que tuvo en sus vidas- como eje central.

Cuatro pilares fundamentales de la sociedad española del siglo xx silenciados con la muerte y el exilio. Cuatro poetas que lo dieron todo y a quienes la España de *charanga* y *pandereta* se encargó de destruir.

IAN GIBSON (Dublín, 1939) es un hispanista internacionalmente reconocido y, desde 1984, ciudadano español. Entre sus libros más destacados figuran: *La represión nacionalista de Granada en 1936 y la muerte de Federico García Lorca* (Ruedo Ibérico, París, 1971) — prohibido inmediatamente por el régimen franquista y ganador del Premio Internacional de la Prensa (Niza, 1972)—, la magna biografía *Federico García Lorca* (1985-1987; reeditada en un solo volumen en 2011), *La vida desahogada de Salvador Dalí* (1998), *El erotómano: La vida secreta de Henry Spencer Ashbee* (Ediciones B, 2003), *Ligero de equipaje. La vida de Antonio Machado* (2006), *Lorca y el mundo gay* (2007), la novela *La berlina de Prim* (2012), *Luis Buñuel. La forja de un cineasta universal, 1900-1938* (2013), *Poeta en Granada. Paseos con Federico García Lorca* (Ediciones B, 2015), *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca, 1898-1936* (2016), *Aventuras ibéricas* (Ediciones B, 2017) y *El asesinato de García Lorca* (reeditado enteramente revisado y puesto al día por Ediciones B en 2018).

Ian Gibson vive actualmente en Madrid.

Edición en formato digital: abril de 2019

© 2007, Ian Gibson Ritchie

Autor representado por Silvia Bastos, S. L., Agencia Literaria

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Ilustración de portada: © Laura Pacheco

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-1314-038-4

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Prólogo: Epifanía del Frente Popular

- [1] Suero, p. 120.
- [2] «Un periodista argentino en Madrid», *Heraldo de Madrid*, 6 de febrero de 1936, p. 9.
- [3] Suero, p. 4.
- [4] *Ibid.*, p. 10.
- [5] *GAGL*, p. 32; *JGE*, p. 97; Guerrero Ruiz, p. 430.
- [6] Suero, p. 20.
- [7] *Ibid.*, p. 17.
- [8] *Ibid.*, p. 155.
- [9] *Ibid.*, p. 18.
- [10] *Ibid.*, p. 40.
- [11] «Paulina Singerman, en Madrid», *Heraldo de Madrid*, 9 de enero de 1936, p. 13.
- [12] Jackson, pp. 185-187.
- [13] Machado, *OC2*, p. 2085.
- [14] *Ibid.*, p. 2185.
- [15] Antonio Machado, «Discurso a las Juventudes Socialistas Unificadas», *OC2*, p. 2191.
- [16] Antonio Machado, «Sigue hablando Mairena a sus alumnos», *El Sol*, 19 de enero de 1936; Machado, *OC2*, pp. 2085-2086.
- [17] El manifiesto se publicó el 23 de febrero de 1936 en *El Sol*. Reproducido en *GAGL*, pp. 412-415.
- [18] Suero, pp. 50-58.
- [19] *Ibid.*, pp. 59-65.
- [20] *Ibid.*, pp. 91-98.
- [21] *Ibid.*, pp. 84-90.
- [22] Reproducido en *GAGL*, pp. 408-409.
- [23] *Ibid.*, pp. 36-38.
- [24] Suero, pp. 84-90.
- [25] *Ibid.*, pp. 139-143.
- [26] *Ibid.*, pp. 120-126.
- [27] Juan G. Olmedilla, «En la Zarzuela. En homenaje popular a la memoria de Valle-Inclán, la compañía Nueva Escena estrenó con gran éxito el esperpento valleinclanesco “Los cuernos de don Friolera”», *Heraldo de Madrid*, 18 de febrero de 1936, p. 9; *GAGL*, pp. 33-34.
- [28] Suero, pp. 162-170.
- [29] *Ibid.*, pp. 177-184.
- [30] *Ibid.*, pp. 66-73.
- [31] *Ibid.*, pp. 74-79.
- [32] *Ibid.*, pp. 43-44.
- [33] *Ibid.*, pp. 44-46.
- [34] *Ibid.*, pp. 47-49.
- [35] *Ibid.*, pp. 48-49; *Heraldo de Madrid*, *La Voz*, *El Socialista* y otros diarios madrileños de estos días

consultados.

[36] Jackson, pp. 192-195.

[37] *Ibid.*, p. 196; *Gaceta de Madrid*, núm. 49 (18 febrero 1936), p. 1427

[38] Suero, pp. 48-49.

[39] *Ibid.*, pp. 173-176.

1. Antonio Machado

[40] *El Pueblo*, Valencia, 19 de marzo de 1927, p. 1; *Meditación del día*, dedicada «A mis amigos del S.R.I.», se publicó también en *Ayuda*, núm. 50 (11 abril 1937), p. 4, al lado de la intervención de Benavente.

[41] «Retrato», Machado, *OCI*, p. 492.

[42] Machado, *Prosas dispersas*, p. 465.

[43] Gibson, *Ligero de equipaje. La vida de Antonio Machado, passim*.

[44] Conversación nuestra con D.^a Leonor Machado Martínez, Madrid, 19 de diciembre de 2005.

[45] Entrevistas nuestras con D.^a Leonor Machado Martínez y D.^a Eulalia Machado Monedero, Madrid, 2004-2005; Brotherston, p. 61; Barco, pp. 118, 120.

[46] «El 2 de mayo de 1808», *Nuestro Ejército* (abril-mayo 1938), recogido en Machado, *OC2*, pp. 2252-2255.

[47] «Retrato», Machado, *OCI*, p. 492.

[48] «Madrid frunce el ceño (Los milicianos de 1936)», Machado, *OC2*, p. 2163.

[49] «A Lister. Jefe en los ejércitos del Ebro», *Hora de España*, Barcelona, núm. XVIII (junio 1938), pp. 10-11; Machado, *OCI*, p. 826.

[50] *El Sol*, 31 de julio de 1936, p. 2; *Ahora*, misma fecha, p. 8; *La Libertad*, misma fecha, p. 1; *Abc*, misma fecha, p. 30.

[51] Sobre la «traición» de Marañón, véase *Abc* (Madrid), 11 de febrero de 1937, p. 11, y la nota al respecto en Machado, *La Guerra. Escritos: 1936-1939*, p. 438.

[52] Machado, *Prosas dispersas*, p. 736.

[53] García Lorca, *OC*, III, p. 639.

[54] Machado, *Prosas sueltas*, Málaga, Colección Unicaja manuscritos de los hermanos Machado, tomo 5, fol. 101r.

[55] Largo Caballero, p. 176.

[56] Martínez Reverte, pp. 200-201.

[57] *Ibid.*, pp. 45-49, 86-87, 221.

[58] *Madrid. Baluarte de nuestra Guerra de Independencia*, cuaderno de 16 páginas publicado en *Servicio Español de Información*, 1937, donde el poema lleva la fecha 7 de noviembre de 1936; recogido en Machado, *OCI*, p. 833.

[59] Machado, *OCI*, p. 833 («Miaja»).

[60] «¡Madrid!», publicado en *Servicio Español de Información* y recogido en Machado, *OC2*, pp. 2224-2226.

[61] Machado, «Divagaciones de actualidad», *Ayuda*, 7 de noviembre de 1936, p. 8. Con el título de «Divagaciones», *Voz de Madrid*, París, reprodujo el artículo el 5 de noviembre de 1938, p. 6.

[62] Texto reproducido por Monique Alonso, p. 33. No hemos podido consultar el original del folleto editado por el Quinto Regimiento.

[63] «A los Intelectuales Antifascistas del mundo entero. Noviembre de 1936», *El Mono Azul*, núm. 13 (19 noviembre 1936), p. 4; el manifiesto se publicó al día siguiente en *Abc*, p. 6, y sin duda en otros diarios republicanos.

[64] *Heraldo de Madrid*, 22 de noviembre de 1936, p. 2; *Ahora*, misma fecha, p. 4, y 23 noviembre de 1936.

[65] «Importante manifiesto del Gobierno de la República. El reconocimiento por Alemania e Italia de la Junta de Burgos quiere compensar al general Franco de los descalabros sufridos ante la muralla de Madrid», *Ahora*, 22 de noviembre de 1938, p. 5.

[66] Alberti, *Primera imagen de...*, pp. 53-54.

[67] «El 5.º Regimiento en todos los frentes. En la vanguardia de la lucha por la libertad y en la defensa de la cultura. Los sabios españoles y el 5.º Regimiento», *Milicia popular. Diario del 5.º Regimiento de Milicias Populares*, núm. 109 (24 noviembre 1936), p.1.

[68] *Ibid.*

[69] *Ibid.*, p. 3.

[70] *Ibid.*

[71] «Mientras los “patriotas” de Franco bombardean la Biblioteca... Los rojos del Quinto Regimiento, para contrarrestar la barbarie fascista sobre los centros de cultura, ponen fuera de la zona de guerra a varios sabios españoles», *Heraldo de Madrid*, 25 de noviembre de 1936, p. 2.

[72] *Ibid.*

[73] *Ibid.*

[74] Véase Gibson, *Paracuellos cómo fue, passim*.

[75] Juan de Castilla, «Intelectuales desmandados», *Abc*, Sevilla, 13 de octubre de 1936.

[76] Por lo que toca al *Abc* de Sevilla en los primeros meses de la guerra, consignemos que, aparte de los poemas mencionados, Manuel Machado publicó allí: «Tradición», 10 de noviembre de 1936, p. 9; «Figuras de raza. San Ignacio de Loyola», 24 de noviembre de 1936, p. 7; «Estampas religiosas. San Agustín (el santo-amigo)», 18 de diciembre de 1936, p. 5.

[77] *Heraldo de Madrid*, 25 de noviembre de 1936, p. 2.

[78] José Machado, p. 198.

[79] Ferreres, p. 374.

[80] *Heraldo de Madrid*, 26 de noviembre de 1936, p. 4.

[81] «Antonio Machado en Valencia. El insigne poeta dice: El Museo del Prado y la Biblioteca Nacional han sido bombardeados sin otro motivo bélico que la fatal necesidad de destruir que siente el fascismo...», *La Vanguardia*, Barcelona, 29 de noviembre de 1936, p. 1.

[82] José Machado, pp. 198-199.

[83] Sancho Sáez, «Antonio Machado, mi profesor de francés».

[84] «El ministro de Instrucción Pública Jesús Hernández inaugura la Tribuna de Agitación y Propaganda de la plaza de Emilio Castelar. Los grandes poetas Antonio Machado y León Felipe intervienen en el acto», *El Pueblo*, Valencia, 12 diciembre de 1936, p. 6. *El Mercantil Valenciano* anunció el acto el 11 de diciembre de 1936 pero, al día siguiente, no incluyó, sorprendentemente, información sobre el mismo.

[85] José Machado, p. 203.

[86] Moreno Villa, p. 230.

[87] Citado por Huguet y Pérez Contel, pp. 12-13.

[88] «Lo que el fascismo está destruyendo en Madrid afecta a todos los hombres. Llamamiento a los intelectuales del mundo, de los hombres de ciencia y artistas de la Casa de la Cultura de Valencia», *Verdad*,

Valencia, 27 de diciembre de 1936, p. 2 (reproducido por Aznar Soler, II, pp. 314-315); «Un manifiesto de los intelectuales españoles», *Milicia Popular*, núm. 143 (28 diciembre 1936), p. 4 (solo reproduce en parte el documento).

[89] Montero, p. viii.

[90] *Ahora. Diario de la Juventud*, núm. 13 (14 enero 1937), p. 8; «El gran poeta Antonio Machado y las Juventudes Socialistas», *Milicia Popular*, núm. 159 (14 enero 1937), p. 4; Machado, *OC2*, pp. 2165-2166, siguiendo a Marrast y Martínez López (Antonio Machado, *Prosas y poesías olvidadas*, pp. 55-56), fechada incorrectamente esta declaración el 3 de octubre de 1936.

[91] Entrevista por J. Orozco Muñoz, titulada «Habla el gran poeta Antonio Machado», fechada el 1 de abril de 1937, recogida, sin especificar el lugar de publicación, en Machado, *OC2*, pp. 2187-2189. Por las alusiones a la Federación Universitaria Española se sobreentiende que la entrevista se publicó en un órgano de dicha asociación.

[92] *El Mono Azul*, núm. 15 (11 febrero 1937), p. 8.

[93] *El Pueblo*, Valencia, 16 de marzo de 1937, p. 3; *ibid.*, 17 de marzo 1937, p. 3; *ibid.*, 19 de marzo de 1937, p. 6 («Jacinto Benavente y Antonio Machado al servicio de la España republicana»).

[94] *El Pueblo*, Valencia, 19 de marzo de 1937, p. 1; «Meditación del día», dedicada «A mis amigos del S.R.I.», se publicó también en *Ayuda*, núm. 50 (11 abril 1937), p. 4, al lado de la intervención de Benavente.

[95] *El Pueblo*, Valencia, 26 de abril de 1937, p. 6.

[96] «La intelectualidad española y la cobarde agresión a Almería. Los intelectuales antifascistas a todos los del mundo», *ibid.*, 2 de junio de 1937, p. 1; *Frente Rojo*, Valencia, misma fecha, p. 2 (reproducido por Aznar Soler, II, pp. 320-321).

[97] *Hora de España*, Valencia, núm. 10 (octubre 1937), pp. 5-12; Machado, *OC2*, pp. 2343-2349.

[98] *Hora de España*, Valencia, núm. 4 (abril 1937), pp. 5-10; Machado, *OC2*, pp. 2179-2183.

[99] Machado, *La Guerra. Escritos: 1936-1939*, p. 104; Machado, *OC2*, pp. 2191-2192.

[100] *Hora de España*, Valencia, núm. 9 (septiembre 1937), pp. 5-11; Machado, *OC2*, pp. 2215-2221.

[101] Citado por Ferreres, p. 378.

[102] *Ibid.*, p. 381.

[103] *Hora de España*, Barcelona, núm. 18 (junio 1938), pp. 8-9; Machado, *OCI*, pp. 824-825.

[104] Ferreres, p. 381.

[105] José Machado, p. 38.

[106] «El II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas», *El Pueblo*, Valencia, 4 de julio de 1937, p. 6; *ibid.*, 6 de julio de 1937, pp. 1-2.

[107] Corpus Barga, «El II Congreso Internacional de Escritores», *Hora de España*, Valencia, núm. 8 (agosto 1937), pp. 5-10.

[108] *El Pueblo*, Valencia, 6 de julio de 1937, p. 1.

[109] *Ibid.*, 10 de julio de 1937, p. 2.

[110] *Hora de España*, Valencia, núm. 8 (agosto 1937), pp. 30-36.

[111] *Ibid.*, pp. 41-45.

[112] Machado, *OC2*, p. 2226.

[113] *Hora de España*, Valencia, núm. 8 (agosto 1937), pp. 64-70.

[114] *Ibid.*, pp. 59-60.

[115] *Ibid.*, pp. 36-38.

[116] *Ibid.*, pp. 55-58.

[117] *Ibid.*, pp. 25-29.

- [118] *Ibid.*, pp. 11-19.
- [119] Aznar Soler y Schneider, pp. 394-395.
- [120] *Ibid.*
- [121] «Sobre la disolución de la Casa de la Cultura», *Frente Rojo*, Barcelona, 17 de julio de 1937, recogido en Machado, *OC2*, pp. 2194-2195.
- [122] *Hora de España*, Barcelona, núm. 18 (junio 1938), p. 8; Machado, *OCI*, p. 824.
- [123] Valderrama, p. 60.
- [124] *Hora de España*, Barcelona, núm. 18 (junio 1938), p.5; Machado, *OCI*, p. 822.
- [125] *Hora de España*, Barcelona, núm. 18 (junio 1938), pp. 6-7; Machado, *OCI*, p. 823.
- [126] *Hora de España*, Barcelona, núm. 18 (junio 1938), p. 7; Machado, *OCI*, pp. 823-824.
- [127] *Hora de España*, Barcelona, núm. 18 (junio 1938), p. 9; Machado, *OCI*, p. 825.
- [128] *Hora de España*, Barcelona, núm. 18 (junio 1938), p. 10; Machado, *OCI*, pp. 825-826.
- [129] José Machado, p. 200.
- [130] Machado, *La Guerra. Escritos: 1936-1939*, pp. 346-351.
- [131] Los apartados V, VI y VII proceden de «Divagaciones de actualidad», artículo publicado en *Ayuda*, Valencia, el 7 de noviembre de 1936, p. 8.
- [132] María Zambrano, «La Guerra de Antonio Machado», *Hora de España*, Valencia, núm. 12 (diciembre 1937), pp. 68-74.
- [133] «Una nota del Gobierno sobre su traslado», *El Pueblo*, Valencia, 31 de octubre de 1937, p. 1; *ibid.*, 2 de noviembre de 1937, p. 3.
- [134] Machado, *OC2*, p. 2232.
- [135] Mi llorado amigo Nigel Dennis tuvo la generosidad de enviarme una fotocopia de esta interesante carta.
- [136] *La Vanguardia*, Barcelona, 27 de marzo de 1938, p. 3.
- [137] *Ayuda*, Valencia, núm. 87 (31 marzo 1938), p. 1; Machado, *OCI*, pp. 832-833; José Machado, p. 202; Machado, *La Guerra. Escritos: 1936-1939*, p. 384, nota 10.
- [138] José Machado, p. 205; entrevista nuestra con D.^a Leonor Machado Martínez, Madrid, 25 de abril de 2005.
- [139] José Machado, p. 206.
- [140] *Ibid.*, pp. 206-207.
- [141] *Ibid.*, pp. 207-208.
- [142] Sancho Sáez, «Antonio Machado, mi profesor de francés.»
- [143] José Machado, pp. 208-209.
- [144] *Ibid.*, p. 209; entrevista nuestra con D.^a María y D.^a Carmen Machado Monedero, Madrid, 27 de septiembre de 2005.
- [145] Entrevista nuestra con D.^a Leonor Machado Martínez, D.^a María Machado Monedero y D.^a Carmen Machado Monedero, Madrid, 27 de septiembre de 2005.
- [146] Machado, «Desde el mirador de la guerra. Para el Congreso de la paz», *La Vanguardia*, Barcelona, 23 de julio de 1938, p. 3; Machado, *OC2*, pp. 2460-2463.
- [147] Machado, «Desde el mirador de la guerra», *La Vanguardia*, Barcelona, 6 de octubre de 1938, p. 3; Machado, *OC2*, pp. 2475-2477.
- [148] Machado, «Desde el mirador de la guerra», *La Vanguardia*, Barcelona, 6 de octubre de 1938, p. 3; Machado, *OC2*, p. 2477.
- [149] Machado, «Desde el mirador de la guerra», *La Vanguardia*, Barcelona, 23 de octubre de 1938, p. 3; Machado, *OC2*, p. 2483.

- [150] Machado, «Desde el mirador de la guerra», *La Vanguardia*, Barcelona 6 de enero de 1939, p. 3; Machado, *La Guerra. Escritos: 1936-1939*, pp. 310-313; no recogido en Machado, *OC2*, inexplicablemente.
- [151] Machado, «Desde el mirador de la guerra», *La Vanguardia*, Barcelona, 14 de mayo de 1938, p. 3; Machado, *OC2*, p. 2444.
- [152] Machado, «Desde el mirador de la guerra», *La Vanguardia*, Barcelona, 22 de mayo de 1938, p. 3; Machado, *OC2*, p. 2451.
- [153] Machado, *Prosas dispersas, 1893-1936*, p. 427.
- [154] Machado, «El Quinto Regimiento del 19 de Julio», *Nuestro Ejército*, núm. 4, 18 de julio de 1938; Machado, *OC2*, p. 2264.
- [155] Machado, *La Guerra. Escritos: 1936-1939*, pp. 293-294.
- [156] Machado, «Sigue hablando Mairena a sus alumnos», *Hora de España*, Barcelona, núm. 19 (julio 1938), pp. 8-12; Machado, *OC2*, pp. 2388-2391.
- [157] Machado, «Desde el mirador de la guerra», *La Vanguardia*, Barcelona, 1 de septiembre de 1938, p. 3; Machado, *OC2*, p. 2472 (con la desafortunada errata de «siente» por «miente»).
- [158] «Antonio Machado, el creador de “Juan de Mairena”, siente y evoca la pasión española. El gran poeta recuerda su obra y su vida, tan llena de silencioso trabajo. Comparte la pasión que anima el pueblo en defensa de la independencia», *Voz de Madrid*, París, 8 de octubre de 1938, p. 4; Machado, *OC2*, pp. 2276-2280.
- [159] Entrevista nuestra con D.^a María y D.^a Carmen Machado Monedero, Madrid, 28 de septiembre de 2005.
- [160] Se trata del artículo de Carlos Sampelayo (véase Bibliografía).
- [161] Castro, pp. 617-619.
- [162] José Machado, pp. 215-216.
- [163] Xirau, pp. 67-68.
- [164] Puche, pp. 68-69.
- [165] «Unas cuartillas de Machado», *La Vanguardia*, Barcelona, 29 de octubre de 1938, p. 1; Machado, *OC2*, p. 2298.
- [166] Machado, «Mairena póstumo», *Hora de España*, Barcelona, núm. 23 (noviembre 1938), pp. 7-13; Machado, *OC2*, pp. 2408-2413.
- [167] Machado, «Desde el mirador de la guerra», *La Vanguardia*, Barcelona, 10 de noviembre de 1938, p. 3; Machado, *OC2*, pp. 2484-2487.
- [168] «Una alocución de don Antonio Machado dirigida a todos los españoles», *La Vanguardia*, Barcelona, 22 de noviembre de 1938, p.3; Machado, *OC2*, pp. 2291-2294.
- [169] Citado por Monique Alonso, p. 278.
- [170] Texto de Ehrenburg en Machado, *La Guerra. Escritos: 1936-1939*, pp. 355-356 y nota, pp. 435-436.
- [171] Machado, «Desde el mirador de la guerra», *La Vanguardia*, Barcelona, 6 de enero de 1938, p. 3; Machado, *La Guerra. Escritos: 1936-1939*, pp. 310-313.
- [172] Rojo, pp. 252-259.
- [173] José Machado, p. 218.
- [174] *Ibid.*, pp. 218-219.
- [175] *Ibid.*, pp. 219-220.
- [176] Para las gestiones, Xirau (1940), p.68, y «Por una senda clara», p. 60; para la salida de Barcelona, «Por una senda clara», p. 60.
- [177] José Machado, p. 219.
- [178] Xirau, «Por una senda clara», p. 60.

- [179] *Ibid.*, p. 61.
- [180] Monique Alonso, p. 61.
- [181] Machado, *OCI*, p. 36.
- [182] Rioja, p. 116.
- [183] José Machado, p. 221; Monique Alonso, p. 467.
- [184] Xirau, «Por una senda clara», pp. 61-62.
- [185] José Machado, pp. 222-223.
- [186] Onís, p. 16.
- [187] Gullón, «Enseñanzas de Mairena», p. 93.
- [188] Rioja, p. 117.
- [189] Xirau, «Por una senda clara», p. 62.
- [190] *Ibid.*
- [191] Español Bouché, p. 38 y ss.
- [192] Entrevista del autor con D.^a Leonor Machado Martínez, Madrid, 25 de abril de 2005. Podría ser, con todo, que aquel encuentro tuviera lugar en Girona, no en Figueres.
- [193] Xirau, «Por una senda clara», pp. 62-63.
- [194] José Machado, p. 224.
- [195] Xirau, «Por una senda clara», p. 68.
- [196] José Machado, p. 226; testimonio de Matea Monedero en Moreiro, p. 12.
- [197] Testimonio de Matea Monedero en Moreiro, p. 12.
- [198] Xirau, «Por una senda clara», p. 64.
- [199] Corpus Barga, «Antonio Machado en el destierro».
- [200] José Machado, pp. 229-230.
- [201] Xirau, «Por una senda clara», p. 64.
- [202] Corpus Barga, «Antonio Machado en el destierro».
- [203] Monique Alonso, p. 83.
- [204] Corpus Barga, «Antonio Machado en el destierro».
- [205] Issorel, p. 69.
- [206] *Ibid.*, pp. 70-71, 76.
- [207] *Ibid.*, pp. 79-80.
- [208] *Ibid.*, pp. 72-73.
- [209] La carta fue reproducida en facsímil por la revista *Peña Labra. Pliegos de poesía*, Santander, núm. 16, 1975. Hay una fotografía de la misma en Machado, *OC2*, entre las pp. 1904 y 1905.
- [210] José Machado, carta a Tomás Navarro Tomás, p. 255.
- [211] Issorel, pp. 82-84.
- [212] *Ibid.*, pp. 84-85.
- [213] *Ibid.*, p. 85.
- [214] *Ibid.*, p. 85.
- [215] José Machado, carta a Tomás Navarro Tomás, p. 255.
- [216] Testimonio de Juliette Figüères en Gómez Burón, p. 148.
- [217] José Machado, p. 255.
- [218] Fotografía de la partida de defunción, Gómez Burón, p. 155.
- [219] José Machado, pp. 144-145.

- [220] Issorel, p. 86.
- [221] *Ibid.*, pp. 86-88.
- [222] José Machado, p. 237.
- [223] *Ibid.*, pp. 236; Machado, *OCI*, p. 49.
- [224] Monique Alonso, pp. 496-498.
- [225] Para el carácter civil del entierro, véase «Una nota sobre su muerte» [la de Machado], *Romance*, México, núm. 3 (1 de marzo de 1940), p. 17, y Monique Alonso, p. 495.
- [226] Issorel, p. 98, nota 42.
- [227] Fotografía en Monique Alonso, p. [501].
- [228] Monique Alonso, fotografía de recortes de la prensa francesa, p.503.
- [229] Issorel, p. 48, para el testimonio de Baills; para la posible participación de Rojo, fotografía de recorte de la prensa local en Monique Alonso, p. 503, que recoge la presencia de «le général Rojo, sous-secrétaire du ministère de la Défense Nationale». Para la «defección» de Rojo, ver Español Bouché, p. 44. Unos días después del entierro, Jacques Baills hizo una lista, con la ayuda de José Machado, de todas las personalidades que habían acudido al mismo. Después cometió el error garrafal de mandársela a un exministro de Largo Caballero, Julio Just, sin retener para sí mismo —y para la historia— una copia. Nunca más se supo de la lista (Issorel, p. 48).
- [230] José Machado, p. 236; interesantes fotografías del cortejo recogidos en Monique Alonso, pp. [500-501].
- [231] Gómez Burón, p. 163.
- [232] Para las fotografías, véase Monique Alonso, pp. [499-502].
- [233] Jaime Espinar, «Recuerdo de Antonio Machado», *Espiral*, Bogotá, núm. 21 (marzo de 1949), no visto, citado por Chaves, p. 396; fotografía de la partida de defunción, Monique Alonso, p. 497.

2. Juan Ramón Jiménez

- [234] *JGE*, p. 183.
- [235] Nota preliminar de Agustín Caballero a Juan Ramón Jiménez, *Canción* (1961), p. 10.
- [236] *JGE*, p. 6.
- [237] Guerrero Ruiz, *passim*.
- [238] *Ibid.*
- [239] Sánchez Vidal, *Luis Buñuel: obra literaria*, p. 28.
- [240] *JGE*, p. 254.
- [241] Guerrero Ruiz, *passim*.
- [242] Palau de Nemes, p. 287.
- [243] *JGE*, p. 60.
- [244] *Ibid.*, p. 313.
- [245] Juan Ramón Jiménez, «Con la inmensa minoría. Crítica», *El Sol*, 12 de abril de 1936, p. 5.
- [246] Juan Ramón Jiménez, «Con la inmensa minoría. Crítica», *El Sol*, 26 de abril de 1936, pp. 1 y 4. Para la actitud de Domenchina hacia los homosexuales, véase su reseña de *Canción*, de Juan Ramón, en *La Voz*, 27 de junio de 1936, p. 2. Para la hostilidad del grupo de Lorca y Alberti, véanse «Una carta sobre crítica literaria», *Heraldo de Madrid*, 30 de marzo de 1936, p. 11; «Polémica literaria. Una carta de Juan José Domenchina», *ibid.*,

31 de marzo de 1936, p. 12; «Polémica literaria. Contestación a una carta del señor Domenchina», *ibid.*, 2 de abril de 1936, p. 15.

[247] Juan Ramón Jiménez, «Recuerdo del primer Francisco Villaespesa (1899-1901)», *El Sol*, 10 de mayo de 1936, p. 5.

[248] Machado, *Poesías completas*, CLXXIV.

[249] Citado por Gullón, «Cartas de Antonio Machado a Juan Ramón Jiménez...», pp. 212-213.

[250] *GAGL*, pp. 43-44.

[251] *Ibid.*, pp. 44 y 426.

[252] *El Sol*, 24 de mayo de 1936, p. 2.

[253] Agustín Caballero, nota preliminar a Juan Ramón Jiménez, *Canción*, Madrid, Aguilar, 1961, pp. 12-13.

[254] Juan Ramón Jiménez, *Canción* (Aguilar), p. 153.

[255] Juan José Domenchina, «*Canción*. I», *La Voz*, 18 de junio de 1936, p. 2; «*Canción*. II», *ibid.*, 27 de junio de 1936, p. 2; «En defensa de la crítica (a propósito de «*Canción*)», *ibid.*, 6 de julio de 1936, p. 2.

[256] Juan Ramón Jiménez, «Con la inmensa minoría. Teresa de la Parra. Cementerio del Este, nicho 101, Madrid», *El Sol*, 24 de mayo de 1936, p. 5.

[257] Juan Ramón Jiménez, «La estación total», *El Sol*, 7 de junio de 1936, p. 5.

[258] Guerrero Ruiz, p. 459.

[259] «En el Auditorium de la Residencia de Estudiantes. Una conferencia de Juan Ramón Jiménez sobre “Política poética”», *El Sol*, 17 de junio 1936, p. 5.

[260] *JGE*, pp. 105-116.

[261] *Ibid.*, pp. 183, 324.

[262] *Ibid.*, p. 324.

[263] *Ibid.*, pp. 117-118.

[264] *Ibid.*, pp. 281-282.

[265] *Ibid.*, p. 119.

[266] *Ibid.*, p. 183.

[267] *Ibid.*, p. 323.

[268] Palau de Nemes, pp. 291-292; *JGE*, pp. 160, 282.

[269] Entrevista de J.R.J. con Eddy Chibás, *Bohemia*, La Habana, 23 de mayo de 1937, reproducida en *JGE*, pp. 159-167.

[270] «Declaración del gran Juan Ramón Jiménez», *El Mono Azul*, núm. 1 (27 agosto 1936), p. 3; bajo el título «Habla un poeta del pueblo», la declaración se reprodujo, menos los párrafos 2 y 4, en *Ayuda*, 3 de octubre de 1936, p. 7; el texto se reproduce en *JGE*, p. 120.

[271] *JGE*, p. 122.

[272] *Ibid.*, p. 29.

[273] *Ibid.*, pp. 124, 203-204; Palau de Nemes, p. 294.

[274] *JGE*, p. 124.

[275] *Ibid.*, p. 282.

[276] Palau de Nemes, p. 294.

[277] *GAGL*, pp. 162-163, 166.

[278] *JGE*, pp. 125-126; el texto se publicó después en *Hora de España*, Valencia, IX (septiembre 1937), pp. 59-60.

[279] *JGE*, p. 124.

- [280] *Ibid.*, p. 133.
- [281] Gullón, *El último Juan Ramón Jiménez*, p. 21.
- [282] *Ibid.*, p. 22.
- [283] *JGE*, p. 133.
- [284] *Ibid.*, p. 140.
- [285] *Ibid.*, p. 38.
- [286] *Ibid.*, p. 140.
- [287] *Ibid.*, pp. 151-153.
- [288] Juan Ramón Jiménez, «Federico García Lorca (1928)», en *Españoles de tres mundos*, pp. 193-194.
- [289] *JGE*, pp. 140-141.
- [290] *Ibid.*, pp. 170-171.
- [291] «Dos grandes escritores frente al fascismo» [el otro es Thomas Mann], *Hora de España*, Valencia, IX (septiembre 1937), pp. 59-60.
- [292] Machado, *OC2*, pp. 2222-2224.
- [293] *Ibid.*, pp. 182-184.
- [294] Palau de Nemes, p. 302.
- [295] *JGE*, pp. 231-232.
- [296] Machado, *Cartas a Pilar*, p. 177.
- [297] *JGE*, pp. 235-237; «Iris de la noche», en Machado, *OCI*, p. 619.
- [298] *JGE*, p. 162.
- [299] *Ibid.*
- [300] *JGE*, pp. 214-229.
- [301] Trapiello, p. 391.
- [302] Carta de enero de 1954 a Pedro Laín Entralgo y Luis Rosales, en Juan Ramón Jiménez, *Selección de cartas*, p. 383.
- [303] *JGE*, p. 256.
- [304] *Ibid.*, pp. 264-265.
- [305] *Ibid.*, p. 35.
- [306] *Ibid.*, p. 276.
- [307] Palau de Nemes, pp. 320-321.
- [308] *JGE*, pp. 279, 283-284.
- [309] *Ibid.*, p. 282.
- [310] *Ibid.*
- [311] Juan Ramón Jiménez, *El modernismo. Notas de un curso (1953)*, Madrid, Aguilar, 1962.
- [312] *JGE*, fotografía número 7.

3. Federico García Lorca

- [313] García Lorca, *OC*, I, p. 515.
- [314] *GAGL*, pp. 39-40.
- [315] *Ibid.*, pp. 421-422, 424-425.

- [316] *Ibid.*, pp. 422, 426-429.
- [317] *Ibid.*, pp. 391-395.
- [318] García Lorca, *OC*, III, pp. 631-662.
- [319] *La Voz*, Madrid, 23 de junio de 1936; *Heraldo de Madrid*, 1 de julio de 1936, p. 9.
- [320] García Lorca, *OC*, III, p. 633.
- [321] *Ibid.*, p. 632.
- [322] *Excelsior*, México, abril-junio 1936, *passim*; *ibid.*, 18 de mayo de 1936, pp. 5, 8, para el anuncio de la llegada del poeta.
- [323] García Lorca, *OC*, III, p. 288.
- [324] *¡Ayuda!*, 1 de mayo de 1936, p. 1.
- [325] *GAGL*, pp. 68-94, *passim*.
- [326] *Heraldo de Madrid*, 9 de mayo de 1936, p. 16; Ximénez de Sandoval, p. 548; Gibson, *La noche en que mataron a Calvo Sotelo*, p. 179.
- [327] *El Socialista*, Madrid, 9 de mayo de 1936.
- [328] *La Libertad*, Madrid, 10 de mayo de 1936, pp. 5-6.
- [329] Jackson, pp. 203-206.
- [330] *Heraldo de Madrid*, 29 de mayo de 1936, p. 9.
- [331] Fundación Federico García Lorca, Madrid.
- [332] Altolaguirre, p. 36.
- [333] Salazar, «*La casa de Bernarda Alba*», p. 30.
- [334] Manuscrito de la obra, Fundación Federico García Lorca, Madrid.
- [335] *Ibid.*
- [336] Véase información de Mercedes Delgado García en Higuera Rojas, *Mujeres en la vida de García Lorca*, pp. 187-189; también en Ramos Espejo, «En Valderrubio, Granada...», p. 61.
- [337] Conversación nuestra con José , Valderrubio, 17 de agosto de 1986.
- [338] Ramos Espejo, «En Valderrubio, Granada...», p. 62.
- [339] Francisco García Lorca, pp. 377-378.
- [340] Ramos Espejo, «En Valderrubio, Granada...», p. 63.
- [341] Rodrigo, p. 4.
- [342] Gibson, *Federico García Lorca*, pp. 1116-1117.
- [343] García Lorca, *OC*, II, p. 631.
- [344] *Ibid.*, III, p. 637.
- [345] García Lorca, *Epistolario completo*, pp. 823-824.
- [346] Conversación nuestra con Fulgencio Díez Pastor, Madrid, 11 de junio de 1980.
- [347] Conversación nuestra con José Luis Cano, Madrid, 9 de abril de 1979.
- [348] *Heraldo de Madrid*, 22 de junio de 1936, p. 2; 29 de junio de 1936, p. 9.
- [349] *La Voz*, Madrid, 23 de abril de 1936, p. 4; *Heraldo de Madrid*, 1 de julio de 1936, p. 9; para el testimonio de Francisco García Lorca, carta inédita de Juan Larrea a Mario Hernández, 10 de noviembre de 1978.
- [350] *GAGL*, pp. 426-429.
- [351] Conversación nuestra con José Caballero, Madrid, 15 de febrero de 1987.
- [352] «Por primera vez se traduce Novalis al castellano», *Heraldo de Madrid*, 16 de julio de 1936, p. 13; Gebser, pp. 14-16.
- [353] Gibson, *Federico García Lorca*, p. 1104.

[354] *Heraldo de Madrid*, 7 de julio de 1936, p. 8; 9 de julio de 1936, p. 9; conversación nuestra con Pilar López, Madrid, 24 de septiembre de 1980.

[355] Para una apreciación particularmente hostil de Casares Quiroga desde el punto de vista de un político socialista militante, véase Largo Caballero, pp. 157-158.

[356] Morla Lynch, pp. 491-492.

[357] Jackson, pp. 220-221; información facilitada por José Caballero a Marcelle Auclair, en Auclair, p. 367.

[358] *La Libertad*, Madrid, 12 de julio de 1936, p. 3; *Heraldo de Madrid*, 13 de julio de 1936, p. 2.

[359] Información de Fulgencio Díez Pastor en Auclair, pp. 368-369; conversación nuestra con Fulgencio Díez Pastor, Madrid, 10 de octubre de 1978.

[360] Buñuel, *Mi último suspiro*, p. 200; Auclair, p. 369.

[361] Gibson, *La noche en que mataron a Calvo Sotelo*, *passim*.

[362] Dámaso Alonso, «Federico García Lorca y la expresión de lo español», pp. 160-161; Dámaso Alonso, «Federico en mi recuerdo», p. 13; Ferris, p. 325.

[363] Gil-Albert, p. 250.

[364] Rodríguez Espinosa, p. 110; no ha sido posible confirmar la fecha de la llegada de los padres del poeta a Granada.

[365] Molina Fajardo, p. 102; conversación de Agustín Penón con Ángel Carretero, Madrid, 1956 (hoja suelta en Archivo de Agustín Penón).

[366] Martínez Nadal, «El último día de Federico García Lorca en Madrid.»

[367] Conversaciones nuestras con Isabel García Lorca y Laura de los Ríos, Madrid, septiembre de 1978.

[368] Martínez Nadal, «El último día de Federico García Lorca en Madrid.»

[369] Penón, *Miedo, olvido y fantasía*, p. 178.

[370] Cernuda, p. 1337.

[371] Parte de la carta, fechada 15 de julio de 1936, está reproducida por Mario Hernández en su introducción a Francisco García Lorca, p. xxvi.

[372] *GAGL*, pp. 68-94, *passim*.

[373] «Informe del gobernador civil de Granada, don Ernesto Vega Manteca, relativo a la situación de Granada entregado a los Sres. Ministros de la Guerra y Gobernación en el día de hoy, de cesar en mi cargo.» Documento que nos ha remitido generosamente la familia de Vega Manteca. Está fechado: «Madrid, 24 de junio de 1936».

[374] Gibson, *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca*, p. 668.

[375] *Ibid.*, pp. 669-670.

[376] *Ibid.*, p. 670.

[377] Conversación nuestra con Isabel Roldán García, prima de Lorca, que recordaba perfectamente que en la Huerta había teléfono, Chinchón (Madrid), 1 de febrero de 1982. Isabel García Lorca, la hermana del poeta, nos dijo luego que el aparato se instaló justo antes de la guerra (conversación en Madrid, 23 de junio de 1984).

[378] «Carnet mundano», *Ideal*, Granada, 16 de julio de 1936, p. 6; *Noticiero Granadino*, 17 de julio de 1936, p. 1.

[379] Conversación nuestra con Miguel Cerón Rubio, Granada, 1966.

[380] Conversación nuestra con José Fernández Castro, Granada, 11 de enero de 1987.

[381] Conversación nuestra con Miguel Rosales Camacho, Granada, 1966.

[382] Thomas, I, p. 243.

[383] *Ibid.*, pp. 243-244.

[384] Gibson, *Queipo de Llano*, *passim*.

[385] *GAGL*, pp. 100-102; las declaraciones de Franco a Jay Allen se publicaron en *News Chronicle*, Londres, 29 de julio de 1936; Martínez Barrio, pp. 358-359.

[386] Martínez Barrio, pp. 360-361.

[387] *GAGL*, pp. 101-103.

[388] *Ibid.*, pp. 129-160 *passim*.

[389] *Ibid.*

[390] Esta información sobre la visita de Lorca a la cárcel, no contrastada, nos la proporcionó doña Aurora de la Cuesta de Garrido, que vivía en la Huerta de la Virgencica, cerca de la Huerta de San Vicente, y era muy amiga de los García Lorca. Recibió de Angelina Cordobilla, la criada de estos, una descripción detallada de la vuelta del poeta a casa después de su visita a la cárcel. Conversación con Aurora de la Cuesta, Granada, 8 de agosto de 1987.

[391] Rodríguez Valdivieso, «Horas en la Huerta de San Vicente».

[392] *Ibid.*

[393] Conversación nuestra con Eduardo Rodríguez Valdivieso, Granada, 30 de julio de 1980.

[394] Gibson, *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca*, p. 678.

[395] *GAGL*, p. 211.

[396] Penón, *Diario de una búsqueda lorquiana*, pp. 60-61.

[397] Ramos Espejo, «El capitán Rojas en la muerte de García Lorca».

[398] *GAGL*, pp. 219-220.

[399] La fecha y los pormenores de esta visita se pueden establecer gracias al documento exculpatorio de Luis Rosales, fechado el 17 de agosto de 1936, reproducido por Molina Fajardo, p. 347. Reproducida en la nota 453, abajo.

[400] Conversación nuestra con Alfredo Rodríguez Orgaz, Madrid, 9 de octubre de 1978.

[401] *GAGL*, pp. 213-217; conversación nuestra con Isabel Roldán García, Chinchón (Madrid), 1 de enero de 1982, y con Carmen Ruiz Perea, Valderrubio, 22 de agosto de 1980; Gibson, *Federico García Lorca*, pp. 1116-1117; véase también el documento exculpatorio de Luis Rosales, nota 453, abajo.

[402] Conversación nuestra con Benigno Vaquero Cid, Pinos Puente, 17 de agosto de 1986.

[403] Ramos Espejo, *El 5 a las cinco con Federico García Lorca*, p. 192.

[404] Vaquero Cid, «¿Por qué mataron a García Lorca?», p. 5.

[405] Conversación nuestra con Isabel Roldán García, Chinchón (Madrid), 1 de enero de 1982, y con Carmen Perea Ruiz, Valderrubio, 22 de agosto de 1980; esquela del capitán Fernández, *Ideal*, Granada, 1 de septiembre de 1937.

[406] Conversación nuestra con Angelina Cordobilla González, grabada en magnetófono, Granada, 1966.

[407] *GAGL*, pp. 69-72; conversación nuestra con Carmen Perea, la hermana de Gabriel, testigo de los hechos ocurridos en la Huerta de San Vicente (Valderrubio, 22 de agosto de 1980); véanse también las entrevistas de Antonio Ramos Espejo con Carmen Perea en 1986, recogidas en Ramos Espejo, *El 5 a las cinco con Federico García Lorca*, pp. 188-194.

[408] Carta de Antonio Rodríguez Roldán publicada en *Ideal*, Granada, 17 de septiembre de 1986, p. 2.

[409] Conversación nuestra con Isabel Roldán García, grabada en magnetófono, Chinchón (Madrid), 22 de septiembre de 1978; conversación nuestra con Encarnación Santugini Díaz, Granada, 1975.

[410] *Ideal*, Granada, 10 de agosto de 1936, p. 4.

[411] Conversación nuestra, grabada en magnetófono, con Luis Rosales Camacho, Cercedilla (Madrid), 2 de septiembre de 1966, y posteriores conversaciones con el mismo en Madrid.

[412] Conversación nuestra, grabada en magnetófono, con Luis Rosales Camacho, Cercedilla (Madrid), 2 de

septiembre de 1966.

[413] *Ibid.*

[414] Higuera Rojas, «Habla el chófer de García Lorca».

[415] *GAGL*, p. 231.

[416] *Ibid.*, pp. 234-235.

[417] *Ibid.*, pp. 189-190.

[418] *Ibid.*, pp. 307-308.

[419] *Ibid.*, pp. 240-241.

[420] *Ibid.*, pp. 239-240.

[421] *Ibid.*, pp. 241-242.

[422] *Ibid.*, p. 242.

[423] Los pormenores de esta visita proceden del documento exculpatorio de Luis Rosales, véase nota 454, abajo.

[424] *GAGL*, pp. 242-243.

[425] Declaraciones de Esperanza Rosales a Agustín Penón, Madrid, 2 de junio de 1956 (Penón, *Diario de una búsqueda lorquiana*, pp. 303-305). Esperanza Rosales las confirmó en una conversación con nosotros, Madrid, 7 de septiembre de 1978.

[426] *GAGL*, pp. 225-227.

[427] Conversación nuestra con Antonio Jiménez Blanco, testigo de la llegada del grupo a casa de Miguel Rosales para llevarse a Lorca, Madrid, 24 de marzo de 1986; me había ya contado casi exactamente lo mismo, de forma independiente, José Mercado Ureña, Málaga, 4 de junio de 1985.

[428] *GAGL*, pp. 245-248.

[429] *Ibid.*, pp. 180-187.

[430] *Ibid.*, pp. 190-196.

[431] Ruiz Alonso, p. 134; conversación nuestra en Fuente Vaqueros (diciembre de 1986) con José Martín Jiménez, presente en el mitin de Ruiz Alonso.

[432] Ruiz Alonso, pp. 249-250.

[433] *GAGL*, pp. 203-205.

[434] *Ibid.*, pp. 248-256; para el bautizo de Elisa Ruiz Alonso, «Carnet mundano», *Ideal*, Granada, 26 de diciembre de 1934 (agradezco el dato a Emilio Ruiz Barrachina).

[435] *GAGL*, pp. 256-257; conversación nuestra con Esperanza Rosales, Madrid, 7 de noviembre de 1978.

[436] *GAGL*, pp. 256-257.

[437] *Ibid.*, pp. 258-259.

[438] *Ibid.*

[439] Dato facilitado por Luis Rosales a Agustín Penón, Madrid, 30 de mayo de 1956. Véase Penón, *Diario de una búsqueda lorquiana*, p. 201.

[440] *GAGL*, pp. 259-261.

[441] Conversación nuestra con el testigo de esta escena, Miguel López Escribano, Granada, 29 de septiembre de 1980.

[442] Conversaciones nuestras con Miguel Rosales Camacho, Granada, 1965-1966.

[443] *Ibid.*

[444] *Ibid.*

[445] Declaración grabada por nosotros en la casa de verano de Luis Rosales Camacho, Cercedilla (Madrid), 2

de septiembre de 1966.

[446] Conversación nuestra con Ramón Ruiz Alonso, grabada en magnetófono, Madrid, 3 de abril de 1967.

[447] Conversación nuestra con Cecilio Cirre, Granada, septiembre de 1966.

[448] Conversación nuestra con Luis Rosales Camacho, grabada en magnetófono, Cercedilla (Madrid), 2 de septiembre de 1966.

[449] Vila-San-Juan, pp. 190-193.

[450] Conversación nuestra con José Rosales Camacho, grabada por nosotros, Granada, 26 de agosto de 1978.

[451] *GAGL*, p. 267.

[452] Vila-San-Juan, p. 152; conversación nuestra con José Rosales Camacho, grabada en magnetófono, Granada, 26 de agosto de 1978.

[453] *GAGL*, p. 267; conversación nuestra con Luis Rosales Camacho, grabada en magnetófono, Cercedilla (Madrid), 2 de septiembre de 1966.

[454] Texto completo del documento, reproducido por Molina Fajardo (1983), p. 347: Doy para tu conocimiento información exacta de mi conducta en relación con la detención de Federico García Lorca.

En fecha [espacio para poner la fecha una vez averiguada] una escuadra de Falange al mando del Jefe de Milicias [es decir, el capitán Manuel Rojas] practicó un registro en casa del detenido con resultado infructuoso. Este día le fue comunicado por nuestro Jefe, que no existía acusación alguna contra él.

Al día siguiente y por elementos distintos, se practicó otro registro en dicha casa, para capturar al antiguo arquitecto de Granada, Alfredo Rodríguez Orgaz. El resultado fue también infructuoso.

A los dos días, varios individuos armados irrumpieron en el domicilio del detenido, con la finalidad de aprehender a uno de sus colonos. En este registro se procedió con bastante violencia. Habida información sobre el caso en la Comisaría, se puso en libertad al acusado.

Teniendo en cuenta que los que practicaron el segundo y tercer registro no habían presentado la orden necesaria para practicarlos, la insistencia en las molestias, y con la única finalidad de que no pudiera ser violentado por personas que no tuvieran autoridad para ello, le albergué en mi casa a partir del último registro, en que había sido golpeado, hasta el día de su detención, dejando orden en su domicilio para que si había nuevos requerimientos, indicasen el lugar en que se encontraba, para ponerlo inmediatamente a disposición de la justicia.

En apoyo de mi actitud, digo:

- 1.^a Que no había en aquel momento ninguna clase de requerimiento oficial contra el detenido.
- 2.^a Que nuestro Jefe de Milicias en el primer registro y dados sus resultados, le había puesto en libertad.
- 3.^a Que dado el carácter literario de mi relación con el detenido, nunca supuse pudiera ser enemigo para la causa que defendiendo.
- 4.^a Que mi obligación como autoridad era defender al detenido contra cualquier clase de atropello o incorrección.
- 5.^a Que mi obligación como autoridad era tener al detenido a disposición de la justicia cuando esta procediera contra él.
- 6.^a Que no contento con esto y comprendiendo que si no había orden de detención el primer día, pudo haberla después, pregunté por medio del camarada Jefe de Sector Cecilio Cirre al camarada Jefe de Milicias Manuel Rojas si había alguna clase de denuncia u orden de detención contra él, con la única finalidad de ponerlo a disposición de la autoridad competente.
- 7.^a Que me fue comunicado, dos horas antes de la detención de García Lorca, que no había nada contra él, por nuestro Jefe de Milicias por mediación de Cecilio Cirre.
- 8.^a Que durante el tiempo que estuvo en mi casa, no solamente no estuvo oculto, sino que de modo bien

ostensible lo han visto y conversado con él cuantos falangistas han pasado por allí: Rojas, Cirre, Serrano, Casas, Reyes y muchísimos más.

9.^a Que cumpliendo mis órdenes, al primer requerimiento, se puso al detenido a disposición de la justicia.

10.^a Que he podido saber, después de practicada la detención, que un día antes la escuadra al mando de Francisco Díaz Esteve se personó con orden de prenderlo en su domicilio, sito en los Callejones de Gracia y allí se le notificó, cumpliendo mis órdenes, que estaba en mi casa.

11.^a Que el mismo día le fue dada orden al Jefe de esta escuadra por el camarada Sánchez Rubio para que se me presentara con la intención de que yo pusiera al detenido a la disposición de la autoridad.

12.^a Que dicho Jefe no cumplió esta orden por lo cual yo no pude saber que se procedía contra el preso.

Tengo que contestar urgentemente ahora de una imputación calumniosa y pido se exijan las responsabilidades derivadas de la conducta observada por quien o quienes hayan ordenado se rodease mi domicilio con fuerza armada, realizando con ello un intolerable atropello, y una notoria vejación hacia mi casa, mi familia y el crédito de mi nombre.

Dejo el cargo que ostento a tu disposición en tanto no tenga un certificado de la legalidad de mi conducta.

¡¡¡Arriba España!!!

[455] Conversación nuestra con Esperanza Rosales Camacho, Madrid, 7 de noviembre de 1978.

[456] Agustín Penón entrevistó a Angelina Cordobilla González en El Padul, Granada, 29 de mayo de 1955 (Penón, *Diario de una búsqueda lorquiana*, pp. 84-91); la cita procede de mis conversaciones con ella en Granada, grabadas en magnetófono durante el verano de 1966, en presencia de su hija.

[457] Conversación nuestra con Angelina Cordobilla González, Granada, verano de 1966.

[458] *GAGL*, pp. 14, 274-277.

[459] *Ibid.*, pp. 277-278.

[460] Conversaciones nuestras con Antonio Galindo Monge, hijo de Dióscoro Galindo González, Madrid, 1977-1978; *GAGL*, pp. 299-292.

[461] Conversación nuestra con Ricardo Rodríguez Jiménez, grabada en magnetófono, Granada, 28 de julio de 1980.

[462] Esta descripción del funcionamiento de «La Colonia» procede sobre todo de las numerosas conversaciones nuestras en Granada (1965-1966) con un superviviente de aquellos tiempos, el masón Antonio Mendoza Lafuente, albañil que trabajaba de enterrador en Víznar.

[463] Agustín Penón se entrevistó repetidas veces con Jover Tripaldi en Granada en 1955 (Penón, *Diario de una búsqueda lorquiana, passim*); Jover Tripaldi confirmó estos detalles en la conversación que tuvimos con él, Granada, 13 de abril de 1984.

[464] *GAGL*, pp. 287-288.

[465] Brenan, p. 145.

[466] Comunicación del Real Observatorio de Greenwich, 29 de octubre de 1986.

[467] Conversaciones nuestras con Manuel Castilla Blanco, Alfacar y Granada, 1966.

[468] García Lorca, *OC*, III, p. 378.

[469] El primer testimonio procede del «rinconcillista» y arabista José Navarro Pardo, que dejó una descripción (todavía inédita) de la muerte de Lorca, basada en información recibida de la persona que decía haber llevado al poeta en coche a Víznar desde el Gobierno Civil. Según dicha persona, Lorca manifestó que era católico, pidió un sacerdote, no murió enseguida y tuvo que ser rematado con un tiro de gracia (detalles que nos suministró por teléfono la hija de Navarro Pardo, señora de Benito Jaramillo, Madrid, 7 de noviembre de 1984); el segundo testimonio es de un falangista llamado Cuesta, quien aseguró, poco después de la muerte del poeta, que él había

participado en su ejecución (conversación con Manuel López Banús, Fuengirola, 29 de enero de 1988, que obtuvo este testimonio del propio Cuesta, a cuya centuria López Banús se vio forzado a pertenecer en los primeros meses de la guerra).

[470] *GAGL*, p. 321.

[471] Testimonio de D.^a Luisa Roldán que me transmite, amablemente, Emilio Ruiz Barrachina, que lo oyó de sus labios en el verano de 2006.

[472] Vega Díaz, «Muerto cayó Federico».

[473] Entrevista nuestra con Rafael Rodríguez Contreras, Granada, 1971.

[474] Pozo, pp. 147, 329-336.

[475] Fragmento de carta reproducido en el catálogo de la exposición *Federico García Lorca y Granada* (Granada, 1998), p. 272.

[476] Me siento muy en deuda con mi amigo el arabista James Dickie por sus valiosas investigaciones, realizadas a petición mía, sobre Ainadamar. La traducción de este poema es suya. Sus versiones de otros textos árabes referentes a Ainadamar se incluyen en *GAGL*, Apéndice X, pp. 469-472.

[477] Vaquero Cid, «El franquismo contra García Lorca».

4. Miguel Hernández

[478] Gibson, *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca*, p. 516.

[479] Martín, «Una crónica hernandiana», p. 6.

[480] *Ibid.*

[481] Hernández, *OC2*, pp. 2152-2159.

[482] *Ibid.*, pp. 2373-2374.

[483] «Protesta a favor del poeta Miguel Hernández», *El Socialista*, 16 de enero de 1936, p. 2. Se ha dicho que el manifiesto se publicó en otros diarios. Es probable pero no lo hemos podido confirmar.

[484] Ferris, p. 290.

[485] Martín, «La militancia comunista de Miguel Hernández», p. 81.

[486] Ferris, pp. 290-296.

[487] Juan Ramón Jiménez, «Con la inmensa minoría. Crítica», *El Sol*, 23 de febrero de 1936, p. 5.

[488] Ferris, pp. 311-312.

[489] *Ibid.*, pp. 314-318.

[490] Hernández, *OC2*, p. 2397.

[491] *Ibid.*, p. 2415.

[492] Hernández, *OCI*, pp. 537-540.

[493] *Ibid.*, pp. 540-542.

[494] Ferris, p. 318.

[495] *Ibid.*, p. 325.

[496] Ferris, pp. 323-325.

[497] Hernández, *OC2*, pp. 2451-2453.

[498] *Ibid.*, p. 2445.

[499] Ferris, p. 331.

- [500] *Ibid.*, pp. 331-332.
- [501] Hernández, *OC2*, pp. 2454-2455.
- [502] *Ibid.*, pp. 2456-2457.
- [503] Martín, «La militancia comunista de Miguel Hernández», p. 79.
- [504] Ferris, pp. 335-338.
- [505] Hernández, *OC2*, pp. 2458-2461.
- [506] *Ibid.*, pp. 2461-2464.
- [507] *Ibid.*, pp. 2236-2237.
- [508] *Ibid.*
- [509] *Ibid.*, pp. 2468-2472; Martín, «Una cronología hernandiana», p. 8.
- [510] Citado por Martín en «La militancia comunista de Miguel Hernández», p. 92.
- [511] Hernández, *OC2*, pp. 2481-2482.
- [512] *Ibid.*, pp. 2270-2284.
- [513] «Elegía», *Ayuda*, núm. 41 (6 febrero 1937), p. 1; «Memoria del 5.º Regimiento», *ibid.*, núm. 42 (13 febrero 1937), p. 1. Recogidos en Hernández, *OCI*, pp. 566-569 y 625-628 respectivamente.
- [514] Hernández, *OC2*, pp. 3166-3167.
- [515] Ferris, p. 352.
- [516] Hernández, *OC2*, p. 2169.
- [517] *Ibid.*, p. 2176.
- [518] *Ibid.*, p. 2185; Ferris, p. 363.
- [519] Hernández, *OCI*, pp. 601-604.
- [520] Hernández, *OC2*, pp. 2191-2193.
- [521] *Ibid.*, p. 2203.
- [522] *Ibid.*, pp. 2209-2215.
- [523] Ferris, pp. 371-373.
- [524] *Ibid.*, pp. 375-377.
- [525] *Ibid.*
- [526] *Ibid.*, p. 378.
- [527] Hernández, *OC2*, p. 2518.
- [528] Ferris, pp. 382-383.
- [529] Hernández, *OCI*, p. 145.
- [530] *Ibid.*, p. 593.
- [531] *Ibid.*, pp. 586-587.
- [532] «Recoged esta voz», Hernández, *OCI*, p. 576.
- [533] Hernández, *OCI*, pp. 551-555.
- [534] Ferris, p. 384
- [535] Puccini citado por Ferris, p. 386.
- [536] Ferris, pp. 387-388.
- [537] Hernández, *OCI*, p. 677.
- [538] «A mi hijo», *ibid.*, pp. 707-708.
- [539] Sánchez Vidal, pp. 259-260.
- [540] Nota de Sánchez Vidal en Hernández, *OCI*, p. 1028.
- [541] «Rusia», Hernández, *OCI*, p. 652.

- [542] «Los hombres viejos», *ibid.*, pp. 656-260.
- [543] *Ibid.*, pp. 667-669
- [544] *Ibid.*, pp. 680-681.
- [545] Ferris, pp. 399-401; la versión del lamentable episodio dado años después por la propia María Teresa León en *Memoria de la melancolía* es muy poco explícita (p. 289).
- [546] Español Bouché, pp. 53-54.
- [547] Ferris, p. 403.
- [548] León, p. 289.
- [549] Ferris, p. 404.
- [550] *Ibid.*, p. 405.
- [551] Hernández, *OC2*, p. 2537.
- [552] Ferris, pp. 411-413.
- [553] Hernández, *OC2*, p. 2539.
- [554] Ferris, pp. 414-419.
- [555] *Ibid.*, pp. 419-420.
- [556] Citado por Ferris, pp. 426-427.
- [557] *Ibid.*, p. 423.
- [558] *Ibid.*, p. 426
- [559] *Ibid.*, p. 431.
- [560] *Ibid.*
- [561] *Ibid.*, pp. 431-433.
- [562] *Ibid.*, p. 43.
- [563] Hernández, *OC2*, p. 2570.
- [564] Ferris, pp. 437-438.
- [565] *Ibid.*, pp. 438-439; Martín, «Miguel Hernández en la cárcel: nuevos documentos», sin paginación.
- [566] Ferris, pp. 441-443.
- [567] *Ibid.*, pp. 444-445.
- [568] *GAGL*, pp. 350-351.
- [569] Ferris, pp. 445-451.
- [570] *Ibid.*, p. 453.
- [571] Martín, «Una cronología hernandiana», p. 7.
- [572] Martín, «Miguel Hernández en la cárcel: nuevos documentos», sin paginación.
- [573] Ferris, pp. 454-456.
- [574] Comunicación de mi amigo Eutimio Martín, agosto de 2006.
- [575] Hernández, *OC2*, p. 2648.
- [576] Martín, «Miguel Hernández en la cárcel: nuevos documentos», sin paginación.
- [577] Ferris, pp. 462-463; Hernández, *OC2*, p. 2691; Martín, «Miguel Hernández en la cárcel: nuevos documentos», sin paginación.
- [578] *Ibid.*, p. 463; Hernández, *OC2*, p. 2666.
- [579] *Ibid.*, pp. 455-465.
- [580] *Ibid.*, p. 469.
- [581] Hernández, *OC2*, p. 2694.
- [582] *Ibid.*, p. 2696.

[583] Ferris, pp. 471-472.

[584] *Ibid.*, pp. 475-476.

[585] *Ibid.*, p. 477

[586] *Ibid.*, pp. 476-480.

[587] *Ibid.*, p. 480.

[588] *Ibid.*, pp. 484-486.

[589] *Ibid.*, p. 486.

[590] *Ibid.*, p. 487.

[591] *Ibid.*, pp. 487-489.

[592] *JGE*, p. 256.

[593] *Ibid.*, p. 58.

[*] El autor francés Jean-Richard Bloch era uno de los dirigentes de la Asociación Internacional de Escritores. Desconocemos la identidad del profesor Cohen.

[*] Referencia a Ishaq al-Mawsili (o de Mosul), el más famoso de los músicos árabes.

[**] Es decir, las mujeres de Ainadamar.

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Cuatro poetas en guerra

Prólogo: Epifanía del Frente Popular

1. Antonio Machado

2. Juan Ramón Jiménez

3. Federico García Lorca

4. Miguel Hernández

Epílogo

Referencias y notas

Bibliografía

Sobre este libro

Sobre Ian Gibson

Créditos

Notas